ALAS RETRÁCTILES

ALFONSO PEREYRA

Click
EDICIONES

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Biografía
Créditos
Click

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A los que luchan toda la vida

The best people possess a feeling for beauty, the courage to take risks, the discipline to tell the truth, the capacity for sacrifice. Ironically, their virtues make them vulnerable; they are often wounded, sometimes destroyed.

ERNEST HEMINGWAY

1

Lo primero que Pablo Leguía vio al despertar, a las siete en punto de la mañana, fue un techo resquebrajado de color blanco que no pudo reconocer, y enseguida sintió la misma angustia que lo oprimía siempre que amanecía en un cuarto de hotel o en cualquier otra habitación que no fuera la suya. Al levantar la cabeza, observó que se encontraba en un amplio ambiente con las paredes pintadas de color verde pálido. Había otras camas a su alrededor. Camas de hospital. Cuando quiso desperezarse, notó que los brazos estaban firmemente atados a las barandillas laterales con gruesas cintas de tela. Forcejeó con las ligaduras un par de veces, pero no consiguió soltarse. Cerró de nuevo los ojos, respiró hondo y trató de organizar las ideas. Recordaba haber estado sentado en el asiento posterior de un automóvil, flanqueado por sus hermanos Aurelio y Luis. Su cuñado conducía y su padre ocupaba el asiento del copiloto. Lo habían despertado en medio de la noche aduciendo que debían aplicarse con urgencia una vacuna contra la intoxicación por mariscos, y tras casi una hora de camino llegaron a un hospital, aparcaron en el estacionamiento y entraron en una vetusta sala de emergencia. Minutos después, una vieja enfermera le pidió gentilmente que la acompañara a un consultorio, donde sostuvo un breve diálogo con el médico de turno:

—¿A qué se dedica, señor? —preguntó neutral el doctor.

—Soy arquitecto, especializado en urbanismo —farfulló Pablo—. En este momento tengo un par de proyectos en marcha relacionados con la tecnología. También estoy a punto de adquirir la propiedad de un inmenso terreno en Paracas, donde planeo construir una urbanización. He avisado a amigos importantes para que integren el consejo directivo y haremos nuestras propias reglas de convivencia. La ubicación del terreno es ideal, y podríamos colocar un pequeño aerogenerador en cada parcela para aprovechar los fuertes vientos de la zona. Pienso que lo mejor sería utilizar corriente continua. La corriente alterna es más flexible, pero no puede acumularse. En cualquier caso, no se requiere mucho voltaje: casi todos los

electrodomésticos y dispositivos electrónicos trabajan con veinticuatro voltios o menos, lo mismo que se obtiene al conectar en serie dos baterías de automóvil.

Pablo quería impresionar, resaltar su influencia, demostrar su preeminencia. El doctor lo estudiaba con el rigor de un entomólogo. Al fondo del consultorio, dos enfermeras trataban de reprimir la risa.

—Permanecerá aquí esta noche —le espetó impertérrito el médico—. Deseamos hacerle unos exámenes.

Las imágenes posteriores al diálogo con el doctor eran difusas. Pablo recordó haber exigido a voz en cuello que lo devolvieran a su apartamento de Surco alegando que tenía muchas cosas que hacer. Se dirigió hacia la puerta de salida con la intención de huir, pero sus familiares le bloquearon el paso. A continuación, lo sujetaron tres hombres vestidos de blanco que habían acudido a la sala de emergencia por orden del médico y uno de ellos le inyectó un poderoso sedante. No se acordaba de nada después de eso, y no sabía por cuánto tiempo había dormido. Al abrir nuevamente los ojos, Pablo observó cómo sus compañeros de habitación se preparaban para empezar el día y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Poco después, una enfermera advirtió que Pablo estaba despierto y acudió a examinarlo. Tras comprobar con un par de preguntas que el paciente estaba tranquilo, desanudó las cintas y le liberó los brazos. La señora le indicó que se encontraba en un hospital de salud mental y le mencionó cuándo había llegado ahí. «Anoche; muy tarde», le dijo. La señora expuso las normas internas, le explicó la distribución de las áreas del pabellón, le señaló la ubicación del casillero donde estaban sus pertenencias, detalló las actividades diarias y le informó de que el doctor Roberto Jiménez lo atendería a las once de la mañana para comunicarle las razones de su internamiento. Pablo apenas pudo asentir.

—¿Desea tomar una ducha y desayunar? —preguntó la enfermera.

—Sí, gracias —contestó Pablo apocado—. ¿Qué día es hoy?

—Miércoles —dijo la enfermera antes de irse.

Las manos recién liberadas tardaron unos minutos en recuperar la sensibilidad. Al bajar de la cama, los pies descalzos tocaron el frío piso de cemento y se estremeció. Llevaba encima la ropa de la noche anterior, un chándal de material sintético que se había puesto con apuro ante la urgencia de la supuesta vacuna. Se acercó con cautela al casillero que le había indicado la enfermera y retiró la

toalla y el jabón asignados. En el mismo compartimento encontró su maletín deportivo favorito y en su interior halló artículos de higiene personal, ropa interior, camisetas, pantalones, sandalias y mocasines. También encontró una bonita fotografía de su familia, ante la que evocó el precioso día soleado en el que había sido tomada y sonrió tristemente. Reunió lo necesario y se dirigió por el pasillo principal al baño más cercano, tal como le habían instruido. En el trayecto, en el interior de uno de los cuartos individuales por los que pasaba, enfrentó los enormes ojos de un extraño individuo de edad indefinible que lo miraba con terror. Resultaba evidente que el pobre infeliz se había convertido en la marioneta de sus fantasmas. Pablo miró al suelo y apuró instintivamente el paso.

Desde la puerta del baño, el arquitecto analizó de un vistazo la distribución del espacio. Se trataba de una deteriorada habitación cubierta de azulejos de color amarillo, custodiada esa mañana por un desangelado celador. A su derecha se encontraban seis duchas individuales alineadas contra la pared, todas ocupadas en ese momento. A la izquierda se habían instalado cuatro lavabos. Al fondo, los retretes y urinarios. No había espejo, de manera que nadie podía ver reflejada su demencia. Pablo sabía que llevaba la barba crecida y entonces no le sorprendió que, de repente, el celador le alcanzara una maquinilla de afeitar desechable y le conminara con un gruñido a utilizarla. Cuando se estaba rasurando, se desocuparon dos duchas. Pablo se apresuró a terminar, se desvistió y entró en uno de los cubículos disponibles, cerrando la cortina de plástico tras de sí. La breve ducha que tomó le permitió unos instantes a solas para aclarar los pensamientos, que se sucedían desordenados a toda velocidad. Concluyó que en realidad no sabía lo que le esperaba, pero que debía salir lo antes posible de ese hospital. Terminó de ducharse y se vistió allí mismo con lo que había seleccionado: pantalón corto, sandalias y una camiseta que le había regalado su mujer. Dejó sus cosas en el casillero, salió nuevamente al pasillo principal y se dirigió al comedor. Advirtió al entrar que era un amplio ambiente con vistas al jardín en el que se habían colocado ocho largas mesas de madera y numerosas sillas de plástico, y notó que había pocos lugares disponibles. Un chico trigueño le indicó con un gesto amistoso que había un espacio libre en su mesa, así que Pablo se acercó. Cumplidas las introducciones de rigor, se ubicó al lado del chico que lo había invitado a sentarse. Se llamaba Martín y parecía buena persona.

—Muchas gracias —dijo tímidamente Pablo acomodándose en la silla.

—De nada —respondió Martín antes de beber un sorbo de zumo —. ¿Te trajeron hoy?

—Anoche —rectificó Pablo—. Tengo cita con un doctor Jiménez a las once. ¿Por qué estamos aquí?

—Nosotros, por drogas —precisó Martín, señalando con la cabeza a sus compañeros—. Esta es una clínica de rehabilitación para alcohólicos y drogadictos, aunque también hay algunos locos. ¿Tú eres drogo o estás rayado? —preguntó a Pablo con voz burlona mirándolo directamente a los ojos. Luego hizo un guiño, bajó la vista y siguió comiendo.

Pablo inspeccionó los rostros de los sujetos sentados a su alrededor mientras discutían acerca de la conveniencia de fijar el domingo como día de visita de los familiares. Por su forma de hablar, sus modales y su raza mestiza, el arquitecto tuvo la certeza de que todos eran pobres. «Cualquiera de ellos podría ser hijo de Violeta, la sirvienta de la casa», pensó.

Minutos después se acercó a la mesa un auxiliar de enfermería y entregó a Pablo un azafate con el desayuno: zumo de papaya, café con leche, huevos revueltos y dos panes. El arquitecto se alimentó en silencio, reconcentrado en sus pensamientos. «¿Será posible que me encuentre aquí por alcoholismo?», se preguntó. Admitió que había estado bebiendo licor en exceso, aunque conocía a otras personas que hacían lo mismo y que, no obstante, tenían una vida materialmente exitosa y aparentemente satisfactoria. Terminó de comer y se despidió gentilmente de Martín.

Al salir del comedor, un celador indicó a Pablo que se colocara al final de una fila de pacientes que se había formado a lo largo del pasillo y que empezaba, según alcanzó a ver Pablo, en una mesa sobre la que se había colocado un bidón de agua. «Medicación», fue la respuesta del celador a las indagaciones del arquitecto sobre el propósito de la espera. Cuando llegó su turno, dijo su nombre a la enfermera encargada como habían hecho los anteriores. La señora revisó anotaciones en un cuaderno y a continuación extendió hacia Pablo, con un escueto «su medicación, señor», un vaso de plástico con cuatro pastillas de diferentes formas y colores.

—Esto no es para mí —indicó el arquitecto recibiendo el vaso con un movimiento involuntario—. Se ha equivocado. Tengo cita con el médico a las once.

—Su médico ha dejado estas instrucciones, señor —replicó la enfermera—. Haga el favor de tomar sus pastillas. Hay gente esperando.

Pablo miró dentro de ese vaso de plástico blanco, jugueteó

brevemente con las píldoras y supo en ese instante que era un presidiario. Estaba rodeado de individuos adiestrados para recibir instrucciones y cumplir horarios, constantemente acoquinados por unos policías uniformados de blanco. No había escapatoria, no había con quien razonar. Sin luchar, sin cuestionar, entregado a su destino con la misma resignación que una hoja al viento, agolpó las pastillas en la mano izquierda y empezó a tragarlas mecánicamente, una por una, bebiendo ocasionales sorbos de agua. Al finalizar, inclinó la cabeza a modo de despedida y se encaminó hacia el casillero del dormitorio para buscar su cepillo de dientes. En el trayecto oyó a alguien anunciar que eran las nueve y que correspondían dos horas de descanso en el jardín, tiempo que era aprovechado por los trabajadores de limpieza para asear los dormitorios, los baños y el comedor. Algunos pacientes debidamente autorizados podían salir del pabellón y comprar gaseosas y golosinas en el quiosco ubicado a unos cincuenta metros de la puerta principal del hospital.

El jardín era un espacio rectangular de aproximadamente trescientos metros cuadrados con vistas al campo de fútbol del hospital, y el perímetro estaba delimitado con una malla olímpica de color verde. Bien mantenido, sin muebles ni árboles y con el césped cortado al ras, el área parecía en realidad una pista de tenis. Algunos pacientes jugaban en una esquina con una pelota. Otros conversaban en grupo, fumando hasta el filtro los cigarrillos autorizados para ese día. La gran mayoría, sin embargo, prefería echarse en el césped. Pablo hizo lo último. Ya acostado, con los ojos cerrados, esperó pacientemente a que los medicamentos que acababa de ingerir hicieran efecto. «No son más que pastillas», pensó. Reconstruía en su mente algunas imágenes de las últimas semanas. Era cierto que había estado irritable, pero se había sentido lleno de vitalidad. Había decidido dejarlo todo para establecerse en Chincha, una ciudad ubicada doscientos kilómetros al sur de Lima, tal como había comunicado a todos sus contactos personales y profesionales en el extenso correo electrónico que escribió una tarde, con varias copas de pisco encima, invitándolos a participar en un proyecto urbanístico en el que había estado trabajando los días anteriores. Su iniciativa no había recibido el respaldo esperado, ni siquiera un reconocimiento a su esfuerzo. También había tenido un bochornoso percance frente a amigos y familiares durante la presentación de sus primeras invenciones tecnológicas, pasatiempo al que se había dedicado con singular pasión. Tras el abandono de su esposa, se había entregado a exorcismos sexuales con prostitutas

o amantes eventuales, tratando de encontrar remedio a su desconsuelo. Reconoció además que había estado durmiendo pocas horas, si es que acaso dormía, aunque no se sentía cansado al despertar. Con tantos planes nuevos en mente había estado infatigable, moviéndose de aquí para allá, procurando gestionarlos simultáneamente. Convencido de encontrarse poseído por un benévolo demiurgo e inspirado por el genio expansivo del hombre renacentista, no podía dejar de crear, inventar o imaginar. Las ideas surgían sin cesar y establecían asociaciones inesperadas gracias al nuevo despertar de su conciencia. No se complacía con los diseños; también elaboraba maquetas y modelos con todo tipo de materiales.

Pablo salió de su ensimismamiento, distraído por el griterío de los pacientes que jugaban a la pelota. A unos pasos, un hombre de mediana edad tarareaba una conocida canción de salsa. El arquitecto se sintió de pronto fatigado, sin saber si debía atribuir ese cansancio a los medicamentos, a la súbita revelación de su condición o al esfuerzo que le había llevado recordar tan detalladamente el pasado reciente. Alcanzado por el sopor, se durmió profundamente.

A las once, una enfermera obesa con desagradables marcas de viruela voceó desde la puerta que era tiempo de regresar a los dormitorios. Pablo se espabiló, caminó hasta la puerta e indicó a la señora que tenía una cita a esa hora con el doctor Jiménez. Al cabo de unos instantes apareció una enfermera joven, intercambió opiniones con su compañera, se acercó a Pablo y le pidió que la acompañara. Al poco de entrar en el pabellón, doblaron a la derecha. Cuando llegaron al área de consultorios, la muchacha abrió la puerta de uno de ellos y cedió el paso.

Sentado detrás del escritorio se encontraba un hombre trigueño, regordete, de unos sesenta años. Llevaba grandes lentes de marco metálico y vestía una camisa a rayas. Miraba a Pablo con atención, pero no hizo ademán de incorporarse. Simplemente le señaló una silla y lo invitó a tomar asiento.

—Buenos días —murmuró Pablo aún de pie.

—Mucho gusto, señor Leguía. Mi nombre es Roberto Jiménez. Soy el médico psiquiatra que ha escogido su familia. Siéntese, por favor.

A continuación, el doctor Jiménez extendió la mano hacia Pablo y este la estrechó firmemente antes de acomodarse en la silla.

—En primer lugar, lamento que hayamos utilizado métodos tan extremos para traerlo aquí —continuó el doctor con hablar cansino —. Debe saber que discutimos el asunto un par de veces con sus

familiares, pero estábamos convencidos de que usted no hubiera aceptado venir de buena gana. Se encuentra aquí por su propia protección.

—¿Cuál es el problema, doctor? —interrogó Pablo notoriamente ansioso, apretando los dedos contra las rodillas.

—Viene experimentando un severo cuadro maniaco, una de las fases del trastorno bipolar —respondió el médico—. Hace unos días me reuní con sus familiares y me contaron acerca de sus recientes actividades. Sabemos que ha estado conduciendo por carretera en estado de ebriedad y naturalmente estábamos preocupados por su bienestar.

—¡Trastorno bipolar! —explotó Pablo—. ¿Cómo puede usted estar tan seguro del diagnóstico si nunca me ha evaluado? Usted no me conoce. Tengo treinta y cinco años, doctor. No me puede retener aquí por la fuerza, ni siquiera con la connivencia de mi familia. Necesito un teléfono ahora mismo. Deseo salir de inmediato, tengo muchas cosas que hacer.

Dijo todo esto atropelladamente. Las venas del cuello hinchadas, el rostro enrojecido, la respiración agitada.

—Le suplico que no se altere —interrumpió el doctor manteniendo la serenidad—. No necesitamos llamar a los celadores, así que tratemos de permanecer tranquilos. Es cierto, no lo conozco. Concluí que estaba usted padeciendo un cuadro maniaco a partir de los testimonios de sus familiares y amigos cercanos. Además, mi colega el doctor Ramos le hizo una breve evaluación anoche. Supongo que lo recuerda.

Estuvieron en silencio por unos momentos, sin mirarse. El doctor Jiménez pasaba lentamente las páginas de una carpeta que descansaba sobre el escritorio. Pablo pensaba en sus familiares, en el trabajo pendiente, en su mujer. También en los componentes que faltaban para ensamblar la computadora que había concebido, en la distribución de las calles de la pequeña ciudad amurallada que planeaba desarrollar, en improbables posibilidades de financiación para solventar sus sueños.

—No tengo por qué permanecer aquí, doctor —dijo al fin Pablo —. Su diagnóstico es incorrecto y mi internamiento no es más que un infortunado error. En cualquier caso, estoy seguro de que podemos manejar este malentendido de otra manera, fuera de este hospital. Tengo varios proyectos en marcha que requieren mi atención urgente. Este viernes debo reunirme con el importador de la espuma plástica que necesito para fabricar los estuches impermeables de celulares, una idea que se me ocurrió bebiendo un

mojito en la piscina del hotel donde me hospedo cuando voy a El Carmen.

—Estará en el hospital por dos semanas —señaló el imperturbable doctor Jiménez—. Esperamos que para entonces los medicamentos hayan hecho efecto. Son antipsicóticos de última generación utilizados para tratar la esquizofrenia, pero indicados también para episodios de manía aguda. Todo resultará bien, señor Leguía. No tiene nada de qué preocuparse. Dejaré instrucciones precisas para que lo cuiden con especial amabilidad. Uno escucha casos terribles de celadores abusivos.

—¡No puede hacer esto! —chilló el arquitecto dando un respingo—. ¿Quién dio la autorización para que me internaran aquí? Con usted no se puede hablar, no me está escuchando. Tengo que reunirme con la persona encargada. Este es un secuestro, un grave delito.

—Tómelo con calma, señor Leguía —dijo el doctor—. Tengo mucha experiencia tratando casos como el suyo. Pronto volverá todo a la normalidad y podrá regresar a su vida. Los días de visita son los sábados, entiendo que su papá vendrá a verlo este fin de semana. Mire, aquí tiene unas hojas de papel. Las enfermeras conservan los lapiceros como medida de precaución porque hace algunos años, en el pabellón tres, un paciente esquizofrénico trató de apuñalar a su compañero de habitación con uno. Fue un desastre, había sangre por todas partes. En fin, se me ha ocurrido que usted podría escribir una carta contando su versión de los hechos. Sería un documento valioso para la evaluación de su caso.

Pablo ponderó la recomendación del médico y le pareció una excelente idea. En efecto, se trataría de un documento muy valioso, aunque no utilizaba esa palabra en el sentido que el doctor le había dado. Explicaría detalladamente cómo su genialidad sin límites había conseguido explicar con claridad algunos de los misterios del universo. También mencionaría las continuas revelaciones que había venido descubriendo en el desenfrenado ritmo que había llevado recientemente. Señalaría asimismo que había alcanzado la iluminación. Lo había dicho en voz alta, lo había puesto por escrito. Tenía tantas cosas que contar que escribir la carta solicitada le tomaría seguramente las dos semanas que según el médico debía permanecer en ese espantoso hospital. Para poder salir, tenía que concentrarse en otorgar pruebas irrebatibles de su sanidad a un jurado invisible. Quería empezar cuanto antes.

—De acuerdo, escribiré una carta. ¿A quién debo dirigirla?

—A quien corresponda —contestó el doctor Jiménez tras

pensarlo un segundo—. El documento será revisado por varias personas antes de emitir un dictamen. He leído el correo electrónico que envió hace unos días detallando sus planes futuros y pienso que debería redactar algo similar. Debo irme en pocos minutos. ¿Tiene alguna otra inquietud?

Pablo quería saber cuándo vería a su mujer. Se rompía la cabeza preguntándose si aquella violenta discusión de semanas atrás había sido suficiente razón para destruir su matrimonio. Sin lugar a dudas, ella estaba al tanto de lo que venía ocurriendo. Pensaría en eso después. Por lo pronto, debía conseguir que el médico le permitiera continuar el tratamiento en casa. Ese pabellón inmundo era completamente inadecuado para él. «Está lleno de indios pobres y enfermos mentales», pensó decir.

—No estoy acostumbrado a dormir rodeado de extraños —dijo al final Pablo—. Mientras este asunto se resuelve, me pregunto si será posible ubicarme en un ambiente más privado.

—Veré lo que puedo hacer —murmuró el doctor Jiménez—. ¿Algo más?

—Nada más, doctor Jiménez —respondió Pablo mordiéndose la lengua. Se sentía algo mareado y tenía un persistente zumbido en los oídos.

—En ese caso, lo veré en dos días a esta misma hora —concluyó el médico, y dio por terminada la reunión.

Ambos se levantaron; el médico rodeó el escritorio y se dieron la mano respetuosamente. Pablo no lo hubiera adivinado, pero el doctor era de baja estatura como él. El arquitecto recogió las hojas de papel que estaban sobre el escritorio. Eran unas veinte. En la puerta del consultorio le esperaba la enfermera que lo había escoltado desde el jardín. Caminaron juntos hasta el dormitorio y se despidieron con un gesto silencioso. Pablo percibió desde el umbral un penetrante olor a desinfectante, aunque no le pareció especialmente desagradable. El piso de cemento seguía húmedo, las camas habían sido tendidas y los bastidores de las ventanas enrejadas estaban abiertos. Todo lucía más limpio, más ordenado. Varios pacientes permanecían sobre sus camas, entretenidos en sus pequeñeces. Algunos leían, otros conversaban. Ajeno a la actividad que lo rodeaba, Pablo se acercó al casillero, dejó sobre el maletín las hojas de papel que llevaba en la mano, extrajo su cepillo de dientes y se encaminó hacia el baño. Tenía planeado a continuación escribir la carta que le había solicitado el médico, de modo que no le ocupó mucho tiempo enjuagarse la boca. Urgido por sus vísceras, se sentó en un retrete limpio y despachó sus asuntos. Se lavó las

manos con compulsión y se dirigió de vuelta al dormitorio para recuperar los papeles. Caminaba rápido, decidido. Comenzó a barajar las primeras frases de la carta, pero aún no sabía lo que quería decir exactamente. Tenía que ser un escrito fundacional: poblaría una ciudad, dejaría un legado, cumpliría su brillante destino. Pensó en todos los grandes sabios de la humanidad sobre los que había leído con deleite y estuvo seguro de encontrarse entre ellos. Entró en el dormitorio, dejó el cepillo, buscó sin resultado dentro del maletín las zapatillas azules que recordaba haber utilizado la noche anterior, recogió los papeles y salió nuevamente. Animado por el logro inminente de su objetivo, era incapaz de detenerse, como un motor perpetuo. Localizó a una enfermera, corrió a abordarla, mencionó la reunión con el doctor Jiménez, explicó la tarea que le habían encargado, pidió un lapicero y solicitó sentarse en una de las mesas del comedor para escribir con comodidad. Ante la notoria indecisión de la enfermera, que lo miraba confundida, Pablo insistió en la relevancia de su misión. Gesticulaba aparatosamente.

—Falta poco para el almuerzo, señor —puntualizó la enfermera con rudeza—. Ahora no es posible darle lo que pide. Vuelva al dormitorio y espere. Llamaremos a las doce en punto. En la tarde podrá escribir.

Pablo regresó al dormitorio vencido. Percibía la hostilidad con la que los otros pacientes lo observaban y podía adivinar la razón: era diferente a ellos. Levantó la vista y sorprendió a un muchacho desviando la mirada al verse descubierto. «Resentidos de mierda», pensó el arquitecto. Ya sentado encima de su cama, con las hojas de papel a un lado, reflexionaba sobre la manera de explicar sus recientes hallazgos sin que sonaran como un sinsentido delirante. Le parecía apropiado transmitir su opinión por escrito y no hablar en público porque de esa manera disminuía el riesgo de confundir al emisario con el mensaje. Su libertad dependía de su capacidad para presentar argumentos con precisión, aclarando los conceptos que pudieran ser difíciles de asimilar para una mente ordinaria. Algunas personas podrían confirmar lo que diría. Por ejemplo, los empleados del hotel en el que se alojaba cuando iba al sur, aquel lugar de gran terraza y bonita piscina. También podrían hablar a su favor Mónica y Humberto, con quienes se había asociado para producir sus invenciones tecnológicas. Andrés, el músico que había conocido en Ica, podría ciertamente contar su versión. De ninguna manera convocaría a Ismael Martínez, rico heredero con propiedades en toda la región sur y dueño además de una biblioteca privada en

Huacachina a la que Pablo había donado todos sus libros pocos días antes. El muy estúpido ni siquiera había agradecido el regalo.

A Pablo siempre le había parecido que los libros debían cambiar continuamente de manos, como el dinero. Opinaba que uno debía atesorar las palabras, no el papel en el que estaban escritas. «Adquirido el conocimiento, debemos desprendernos de su fuente», pensaba el arquitecto siempre que evocaba la imponente biblioteca de su tío Estuardo, importante funcionario de una compañía de seguros que había muerto muchos años atrás. Cientos, miles de libros colocados en incontables anaqueles repartidos en el interior de una amplísima habitación con techo de doble altura. El antiguo secreter de roble macizo colocado en medio del cuarto lucía diminuto comparado con su entorno. Al morir el tío, sus hijos debían dividirse entre otras propiedades la magnífica colección de volúmenes adquiridos por su padre a lo largo de muchísimos años. La discusión sobre la repartija duró varios meses y los hermanos, que tenían fama de ambiciosos y mezquinos, terminaron enfrascados en una áspera controversia, disputándose principalmente la edición limitada de una antigua enciclopedia médica que contenía cuidadas ilustraciones de órganos humanos cortados de forma transversal que habían sido dibujadas por un afamado pintor del siglo XIX. Ante los reiterados desacuerdos, recurrieron a un pariente cercano para que dirimiera definitivamente la contienda. Como resultado, todo el conjunto fue disgregado y malvendido a oportunistas y aprovechados, y los herederos se distribuyeron la ridícula ganancia a partes iguales. «El legado de un hombre no debería consistir en lo que ha leído, sino en lo que ha escrito», concluyó Pablo amasando los papeles contra su cama de hospital. Estaba indeciso. No sabía si empezar la carta compartiendo las enseñanzas que le habían permitido traspasar la frontera del conocimiento humano, o enumerando los proyectos concretos que había ideado y puesto en marcha durante las últimas semanas.

A las doce, una enfermera anunció que el almuerzo estaba listo, y todos los pacientes de la habitación se arremolinaron en la puerta para dirigirse al comedor. Pablo dejó las hojas en el casillero y se mantuvo a unos metros del alboroto, reflexionando todavía acerca del contenido de su manifiesto. Tenía la boca seca y sentía un ligero adormecimiento en el cuerpo. Mientras los demás se desplazaban en tropel, Pablo caminaba lentamente. Cuando llegó al comedor, todas las mesas estaban ocupadas. Localizó a Martín al fondo, sentado contra la pared. Buscó su mirada y este respondió, avisándole con

señas que allí había espacio.

—Buenas tardes —saludó Pablo en el momento de sentarse.

—Buenas —respondieron algunos.

Comenzaron a llegar los platos. Los auxiliares distribuían los azafates de plástico con eficiencia autómata. El almuerzo incluía una ensalada de lechuga, tomate y zanahoria, estofado de pollo con arroz blanco y un vaso de limonada. De postre, una manzana. «No está nada mal», se dijo Pablo. Sus compañeros de mesa hablaban sobre el partido de fútbol que se jugaría en pocos días en la cancha del hospital. Martín, sentado nuevamente al lado de Pablo, sintió curiosidad.

—¿Cómo te fue con el médico?

—No estoy drogo ni rayado —señaló Pablo con una sonrisa, recordando la pregunta del desayuno—. Mi internamiento aquí es un tremendo malentendido. Simplemente he estado bebiendo mucho las últimas semanas, un asunto que puedo manejar sin dificultad. En fin, el doctor me dio unas hojas en blanco y me ha pedido redactar una carta explicando las razones por las cuales creo que su diagnóstico está equivocado. Será leída por varias personas, según he entendido. Debo terminarla antes de mi siguiente cita con el médico, pero no he podido empezar a escribir todavía porque las enfermeras tienen los lapiceros. Pienso hablar sobre mis invenciones y también sobre la ciudad que quiero fundar.

—Estás recontraloco, hermano —replicó Martín muerto de risa —. ¿Cómo es eso de que piensas fundar una ciudad?

Los demás habían dejado de hablar del partido de fútbol y escuchaban divertidos la conversación.

—Es un proyecto en el que vengo trabajando desde hace algunas semanas —respondió Pablo—. Estoy a punto de adquirir un terreno baldío de dos mil hectáreas en Paracas y quiero convertirlo en un paraíso terrenal. Se requiere una fuerte inversión, así que he invitado a participar a todos mis amigos y conocidos. Formaremos una empresa de accionariado difundido con los aportes recaudados que será la propietaria del suelo. Se constituirá derecho de superficie intransmisible a favor de los accionistas por un plazo de noventa y nueve años y deberán cumplirse determinados parámetros de edificación para levantar las casas en las parcelas asignadas. Al morir el accionista, la empresa adquiere la propiedad de lo construido sin obligación de reembolso. Los herederos se convertirán en accionistas porque así lo dispone la ley, pero se requerirá aprobación de la asamblea para otorgarles derecho de superficie sobre la parcela que ocupaba el padre. La empresa será

administrada por un grupo de personajes importantes que he invitado a participar. Una suerte de consejo de ancianos, a la vieja usanza romana. Todos ellos buenos amigos, adinerados y poderosos.

—Qué bien —dijo Martín pasmado ante lo que acababa de escuchar y examinando atentamente a Pablo para descubrir alguna manifestación física de su locura.

—Las invenciones también me interesan, Martín —añadió Pablo —. Estoy diseñando un sistema informático innovador y me he juntado con unos amigos para producirlo en masa cuando sea oportuno. El sistema no depende de una unidad central, sino de la capacidad de procesamiento combinada de varios dispositivos electrónicos. Desde el enfoque sistémico, se comprueba que el todo es mayor que la suma de sus partes. Estoy seguro de que será un éxito. Perdóname por no entrar en detalles, pero su funcionamiento es difícil de explicar. Actualmente, nos encontramos trabajando en un estuche impermeable para teléfonos celulares y en un dispositivo antirrobos para automóviles.

—Entonces, eres ingeniero —concluyó Martín.

Pablo observó detenidamente a su interlocutor. Unos treinta años, pelo negro crespo, cara redonda, nariz aguileña, ojos achinados. Por su acento, parecía provenir de la selva. Vestía una camiseta de color amarillo, pantalón bermudas y sandalias.

—¿De dónde eres? —inquirió Pablo intrigado.

—De Tarapoto —contestó Martín orgulloso—. ¿Conoces?

—He estado muchas veces —respondió el arquitecto con media sonrisa—. Me gusta mucho. Hace algunos años pasé allí una semana, invitado a un ritual de limpieza con ayahuasca. Me enamoré perdidamente de una charapa en Sauce, un pueblo pletórico de orquídeas emplazado frente a una laguna llena de tilapias. Pasábamos horas revoloteando en la cama y salíamos del cuarto únicamente para comer algo. Una pena: ya no recuerdo el nombre de la chica.

—Yo también he probado ayahuasca —señaló Martín—. En Tarapoto me internaron en un centro de rehabilitación especializado en el tratamiento de adicciones con medicina ancestral. Quisiera regresar allí, quizás me arregle la vida. Mi enamorada cree que deberíamos irnos lo antes posible de esta ciudad tan jodida y hacer nuevos amigos. Gente zanahoria.

Pablo había tomado ayahuasca incontables veces. La primera vez había sido por diversión, junto a un grupo de amigos. Cuando la pócima hizo efecto, pasó el resto de la velada revolcándose en el piso de la habitación. Su experiencia más memorable con ese

alucinógeno se produjo tiempo después en una comunidad shipiba cerca de Pucallpa junto a un anciano que Pablo había conocido a la edad de siete años, cuando visitó la zona por primera vez acompañado de su padre. El hombre se llamaba Abelardo Muñoz: al arquitecto se le olvidaron con el tiempo las facciones del rostro, pero siempre recordó el nombre. Veinte años después, Pablo volvió a la ciudad para celebrar un Año Nuevo y se propuso encontrarlo. Tras varios intentos, una persona le informó de que Abelardo vivía en la comunidad de San Francisco, a unos cuarenta minutos en bote desde el puerto de Yarinacocha. Pablo se embarcó raudo en una de las largas canoas motorizadas que los locales llamaban «peque peque» debido al sonido que producían sus motores fuera borda. El paisaje durante el recorrido fue estupendo; pudo incluso distinguir algunos delfines rosados saltando no muy lejos del barco. Al arribar a la comunidad, pidió instrucciones a la gente que transitaba por allí y le señalaron una trocha que llevaba a la casa que buscaba. Después de algunos minutos de caminata llegó a la vivienda, emocionado hasta el tuétano y determinado a responder a la llamada del destino. Era mediodía, hacía mucho calor y el cielo estaba encapotado. En un rincón de la inmensa maloca estaba Abelardo, colocándose una venda sobre la mano que se había lacerado días atrás con un machete. Al reconocer al viejo, el corazón de Pablo dio un brinco. El hombre tendría unos setenta años. Parecía añejo, no envejecido. Compacto, no empequeñecido. Los ojos grises, quemados por el sol. Pablo se acercó amablemente y lo abrazó con ternura. Abelardo correspondió al abrazo sin haber podido descifrar la identidad o las intenciones del visitante. De cualquier manera, invitó al arquitecto a sentarse sobre un precioso manto bordado. Cuando estuvieron cómodos, Pablo compartió sus recuerdos de infancia. El anciano lo miraba intrigado, sin comprender nada de lo que escuchaba pero asintiendo como si lo hiciera. Contagiado por el entusiasmo del forastero, Abelardo mostró su álbum de fotografías, y Pablo pudo identificar en ellas a algunos conocidos. Descubrió que el personaje principal de uno de sus pocos recuerdos de infancia era un renombrado chamán y que había viajado por todo el mundo. Supo, por ejemplo, que a orillas del Ganges ese hombre había encarado a unos santones y que había conseguido doblegarlos con la magia de su medicina ancestral. En París había sido venerado como una deidad. En la selva de Brasil había participado en una misa en la que se usó *yagé* en lugar de vino de consagrar. Al cabo de un rato intercambiando historias, el anciano y el joven acordaron realizar una ceremonia de ayahuasca

esa misma noche, como a las siete.

Al despedirse, Abelardo indicó que no era necesario regresar en barco porque existía una carretera a la ciudad. Pablo recorrió el sendero que conducía de regreso al puerto, dobló a la derecha, caminó doscientos cincuenta metros hasta la pista, tomó un taxi que pasaba por allí y llegó en quince minutos al hotel donde se hospedaba. Consumió un café y un pan con jamón en la cafetería, entró en su habitación, se bañó con agua fría y durmió una siesta. Despertó poco antes de la seis, abrió las cortinas y vio nubes negras en el horizonte. «Seguramente lloverá», pensó. Dispuso sus cosas, las metió en una mochila y salió presuroso. Subió a un mototaxi y después abordó un microbús que lo dejó en San Francisco. Había comenzado a llover con fuerza y la trocha que conducía a la casa de Abelardo era un lodazal resbaladizo que Pablo consiguió atravesar a duras penas. El anciano lo recibió con una amplia sonrisa, luego le presentó a su mujer y su hija, le informó de que tenía todo preparado y que empezarían la ceremonia apenas escampara. Pablo saludó a las mujeres y Abelardo le preguntó con naturalidad si le apetecía yacer junto a su hija Beatriz en el interior de la pequeña choza que se ubicaba a unos metros. La muchacha no tenía más de quince años. Pablo interpretó el gesto como una muestra de generosidad, pero no podía aceptar. Se negó educadamente, se acomodó sobre el manto bordado que permanecía en el suelo y se distrajo con el sonido rítmico que hacían las gotas de lluvia al chocar contra el techo revestido con hojas de yarina. Para Abelardo, el rechazo a su ofrecimiento había sido culpa de la muchacha, así que con un ladrido la mandó a dormir.

Cuando paró de llover, se iniciaron los preparativos. Era noche cerrada y no había luz eléctrica, pero consiguieron iluminar el espacio con velas colocadas sobre el suelo. La ropa se pegaba al cuerpo debido a la humedad y al intenso calor, y una nube de mosquitos atacaba a Pablo con implacable furia. Abelardo se había adornado para la ocasión: llevaba una pechera de yute con diseño shipibo y un tocado de plumas. La mujer sacudió la hamaca sobre la que Pablo dormiría y la cubrió después con un mosquitero. Ella también iba a intervenir en la sesión. Sobre el manto bordado en el que Pablo estaba sentado, fueron colocados el recipiente que contenía la pócima, una taza plástica para beberla y la botella de agua florida. Los participantes se ubicaron en línea, con Abelardo al centro, mirando hacia el interior de la maloca. La luz de las velas brindaba al evento una dimensión espectral. Momentos antes de ingerir el brebaje, Pablo se preguntó sobre las consecuencias de

cerrar un círculo y también sobre la utilidad de una flecha después de alcanzar el blanco. Durante toda su vida había identificado su primer viaje a Pucallpa con un nombre, Abelardo Muñoz, la persona que estaba en ese instante junto a él y que había resultado ser una eminencia en medicina ancestral. El hombre con el que se encontraba a punto de iniciar una ceremonia de ayahuasca en medio de la selva amazónica dos días antes de Año Nuevo.

—¡Dale, compadrito! —interrumpió Martín señalando hacia el azafate de Pablo—. Están recogiendo los platos.

Pablo había comido apenas un poco de ensalada. No sentía hambre y el hormigueo en el cuerpo continuaba. Bebió la limonada, guardó la manzana y entregó la bandeja al auxiliar. Minutos después se levantaron todos de la mesa, se despidieron con muestras de camaradería y retornaron a sus habitaciones. Caminando hacia su cuarto, Pablo se encontró con la enfermera que le había liberado los brazos esa mañana.

—Buenas tardes, señora —saludó Pablo con gentileza—. Estoy buscando mis zapatillas azules; no las encuentro entre mis cosas. Estoy seguro de que las traía puestas cuando llegué.

—Sus zapatillas están guardadas —aclaró la enfermera con autoridad—. En este hospital se prohíben las correas y los zapatos con cordones.

Algunos pacientes y varios celadores se dirigían de vuelta al comedor para la clase de pintura. Los ingresados pintaban con tizas, ya que no se permitían pinceles ni lápices. Pablo deseaba únicamente lavarse los dientes, recoger las hojas de papel del casillero, pedir un lapicero y empezar a escribir. Se preguntaba si correspondía iniciar la carta con una breve reseña de su difícil juventud. Resolvió que de ninguna manera mencionaría que había pensado muchas veces en suicidarse, pues existía el riesgo de que lo dejaran en ese manicomio de por vida. Recordaba que en alguna ocasión, afligido por una decepción amorosa, ató uno de los extremos de una soga a la baranda de la escalera de la casa que alquilaba en Barranco e hizo un nudo corredizo en la otra punta, pero no consumó su intención porque recordó que debía alimentar al perro. Esa noche, lloró con amargura. En aquel entonces se mudaba constantemente; no recordaba haber vivido más de dos años en el mismo lugar, e incluso durmió en su automóvil por una temporada. Con todo ello, cambió de opinión. Le pareció que sería preferible comenzar la carta con una breve presentación personal. Contaría que tenía una bonita vivienda, un buen trabajo, una linda esposa y que era uno de los más destacados profesionales en su

campo. Una persona equilibrada, brillante, apasionada. No mencionaría nada sobre sus nuevas habilidades.

Cuando algunos de sus compañeros de habitación se acomodaban para la siesta, Pablo entró en silencio en la estancia y se dirigió directamente al casillero. Luego al baño, cepillo y pasta dental en mano. En el trayecto se encontró con el individuo que había visto esa mañana en una de las habitaciones privadas. El sujeto caminaba lentamente con los brazos extendidos y un hilo de baba le caía por la barbilla. Los ojos muy abiertos, apuntando a un objetivo inescrutable. Pablo entró al cuarto de baño y se lavó los dientes. Retornó a la habitación, al casillero, buscó las hojas de papel que necesitaba y salió una vez más al corredor en busca de una enfermera.

La enfermera Juana Chumpitaz trabajaba en el hospital desde hacía treinta años. Menuda, dinámica, cabello entrecano, era una respetada veterana de costumbres sencillas. Madre de dos hijos profesionales y abandonada por su conviviente durante el embarazo del segundo, ganaba lo necesario para mantener una vida decente sin depender de sus familiares. Nadie la esperaba en casa, de manera que hacía guardias sin remordimiento y compraba baratijas con el dinero extra. El hospital era su hogar, el escenario de sus historias. Sus mejores amigas, Pilar y Luisa, también trabajaban allí. En su larga experiencia cuidando enfermos mentales, había visto de todo: dramáticos intentos de suicidio, espectaculares tentativas de fuga, episodios de sangre y violencia. En suma, estaba acostumbrada a lo inesperado. «Quiero a mis locos», repetía continuamente frente a sus compañeros de trabajo. Evangélica devota, pensaba que todos los pacientes podían reconducir sus vidas hacia el bien si aceptaban a Cristo como su salvador.

—¿Cómo está, señora? —saludó Pablo al acercarse—. Me reuní con el doctor Jiménez esta mañana y me ha pedido que escriba una carta. Entiendo que ustedes las enfermeras tienen los lapiceros. Quisiera, por favor, sentarme a redactar el documento en el comedor.

—El comedor está ocupado, hay clase de pintura —dijo la enfermera Chumpitaz—. ¿Quién le ha dado esos papeles?

—El doctor Jiménez —repitió Pablo empezando a impacientarse —. Me reuní con él esta mañana, me entregó estas hojas de papel en blanco y me ha pedido redactar una refutación de su diagnóstico. Todo lo que necesito es un lapicero y un espacio en el comedor para sentarme a escribir —agregó.

—Ya le dije que el comedor está ocupado —indicó la enfermera

—. Tiene que esperar hasta las cuatro. No tenemos personal suficiente para cuidar a todos, y un objeto puntiagudo en un salón lleno de pacientes podría ser peligroso.

—¡Esto es urgente! —chilló Pablo perdiendo los estribos.

No lejos del lugar donde se producía la discusión, un celador levantó la cabeza. Pablo percibió la amenaza y bajó la voz.

—La carta debe estar lista el viernes —indicó Pablo—. Todo lo que necesito es un lapicero y una mesa. Por favor, llame al doctor Jiménez y pregúntele. Él podrá confirmar lo que he dicho.

—Está bien —cedió la enfermera—. Llamaré al doctor Jiménez. ¿Cuál es su nombre?

—Leguía. Pablo Leguía.

—Muy bien, señor Leguía —dijo doña Juana—. Ahora espere en el dormitorio. Le avisaré cuando haya hablado con el médico. ¿No quiere participar en la clase de pintura?

—No, muchas gracias.

Sentado nuevamente sobre su cama y esperando noticias de la enfermera Chumpitaz, Pablo repasaba su complicada tesitura. Se encontraba contra su voluntad en un hospital de salud mental, rodeado de esquizofrénicos y drogadictos. A menos que entregara la carta en dos días, pasaría dos semanas ahí. Deseaba redactar el documento inmediatamente, pero no tenía lapicero. No le importaba trabajar sobre la cama si era necesario. Debía salir lo antes posible, tenía infinidad de asuntos que atender: reunirse con su mujer para arreglar las cosas, hablar con Mónica y Humberto para avanzar con el prototipo de la computadora que pensaba fabricar, llamar al vendedor del terreno de Paracas para cerrar el trato y contratar la maquinaria para el movimiento de tierras. Debía darle un nombre a la pequeña ciudad que construiría y estipular sus normas internas. El correo electrónico que había enviado a sus cientos de contactos explicando su proyecto urbanístico había sido respondido por apenas unas cuantas personas que requerían detalles de la operación. Un conocido con el que años atrás había negociado la venta de una propiedad le deseó buena suerte y se excusó amablemente de participar. Tendría que convocar al consejo directivo para explicar el avance de sus gestiones, aunque los integrantes que había designado no habían contestado sus llamadas telefónicas en los días posteriores a la difusión de su propuesta. Aparentemente, no bastaba con exponer sus ideas. Reclutaría a los inversionistas uno a uno, y les detallaría los planes de desarrollo, el presupuesto, la rentabilidad.

Una idea diminuta se iba agrandando dentro de la cabeza de

Pablo. Había sido descuidado en sus apariciones en público, llamadas telefónicas y correos electrónicos, se había comportado agresivamente con ciertas personas y tomaba demasiado alcohol. No pudo decir con exactitud lo que pensaba en el correo que envió a tanta gente. Tampoco consiguió que funcionaran los artefactos durante la cena de presentación en público de sus invenciones. Se preguntó entonces lo que pensaría si ese correo electrónico hubiera sido dirigido a él, si hubiese asistido como invitado a esa cena de presentación. Se dio cuenta de que sus palabras habían sido malinterpretadas, que había compartido lo que deseaba con demasiada sinceridad y que no se encontraba preparado para afrontar tantos desafíos al mismo tiempo. «Para cualquier otra persona, mis sueños parecen una locura», dedujo al fin. Compartiría sus pensamientos con mayor prudencia, pues sabía que la carta sería analizada por desconocidos y podría ser usada en su contra. Decidió que no mencionaría sus planes futuros y que se limitaría a una hoja de vida convencional, resaltando sus estudios universitarios y su amplia experiencia profesional. Podía retomar sus nuevos negocios al salir. Definitivamente evitaría brindar detalles acerca de la relación con su mujer o mencionar los cambios que se habían producido en su cosmovisión. No revelaría a los demás su identidad de dios menor ni describiría la explosión de su creatividad infinita cuando se sentía en unidad con el universo. Se preguntaba quiénes estarían tratando de localizarlo en ese mismo instante y lo que estarían diciendo sus familiares para justificar su misteriosa desaparición. «Trastorno bipolar», había dicho el médico. A Pablo le pareció una injusta conclusión, una absurda simplificación. No podían etiquetarlo de esa manera.

—Señor Leguía —dijo la enfermera Chumpitaz desde la entrada del dormitorio—. Por favor, traiga los papeles y acompáñeme.

2

Justo cuando iba a detener un taxi, María titubeó. Estaba al final de la avenida Pardo y acababa de comprar alambre de plata para fabricar unos aretes en el pequeño taller de orfebrería que había instalado unos meses atrás en su apartamento. La mujer levantó la vista hacia las copas de los árboles que daban sombra al trajín que se producía en el concurrido centro de Miraflores durante esa tarde de primavera: niños vendiendo golosinas y cigarrillos a los peatones, ejecutivos de corbata caminando apresurados, madres jóvenes acompañando a sus hijos a los grandes almacenes que se encontraban al otro lado de la avenida. Calculó que sí le alcanzaría para pagar el recibo de luz después de comprar la cartera de cuero roja que había visto la semana anterior en una tienda situada a pocas manzanas.

—¿Un chocolate, señorita? —le preguntó al pasar un niño de unos nueve años, mostrando su canastilla de golosinas.

María movió la cabeza negativamente y empezó a andar hacia la tienda con la esperanza de que el artículo que le interesaba estuviese todavía disponible. Caminó despacio por la avenida Larco, ojeando los escaparates de los bazares para enterarse de las últimas tendencias de la moda. Muchos hombres se giraron a mirar sus lindas curvas y ella apuró el paso, intimidada por la agresión. Había acordado juntarse en su apartamento con Guadalupe a las ocho de la noche para tomar una botella de vino viendo las fotografías del matrimonio de una compañera de colegio, aunque en realidad quería ir a bailar a una discoteca para sacudirse de la mala racha que estaba viviendo. Con treinta y dos años recién cumplidos, se encontraba otra vez sola. Continuaba dolida por la infidelidad que había terminado su compromiso de tres años con Felipe, la tienda de complementos de ropa que abrió en San Isidro había quebrado pocos meses atrás y tuvo que vender su maltrecho automóvil para amortizar una parte de la deuda de la tarjeta de crédito que había utilizado para cancelar las deudas pendientes del fracasado negocio. Al perder su principal fuente de ingresos, no le quedó más remedio

que aceptar un trabajo mal pagado como diseñadora gráfica en una editorial. Además, le habían detectado un mioma uterino que arriesgaba su fertilidad, y las pastillas que le habían recetado para tratarlo le causaban bruscos cambios de humor y temblores frecuentes. Claramente, no era época de vino y rosas.

Su teléfono móvil sonó, lo extrajo de la cartera y respondió una llamada de Pepe, uno de sus amigos íntimos. Lo había conocido cuando trabajaban juntos en una agencia publicitaria y desde entonces se habían hecho inseparables. Pepe era coqueto, dicharachero y chismoso. Había sido su paño de lágrimas después de la ruptura con Felipe, la ponía al tanto de oportunidades laborales y la aconsejaba sobre la forma más apropiada de refinanciar sus deudas.

—¡Hola, Pepín! —saludó María—. ¿Qué novedades?

—¿Cómo estás, María querida? —respondió cariñosamente Pepe —. Te llamo rapidito para avisarte que más tarde toca el grupo que nos gusta en una discoteca de Barranco. Voy a ir al concierto con un chico que conocí hace unos días en un cóctel: me parece un buen tipo y creo que ustedes podrían llevarse bien. Le he hablado de ti y quiere conocerte.

—¿A qué hora es el concierto? —preguntó María ansiosa—. He quedado en reunirme con Guadalupe para ver unas fotos en mi casa, así que puedo salir a partir de las once. Cuéntame más sobre el chico, no seas malo, no me dejes con la curiosidad.

—No puedo hablar ahora —se excusó Pepe—. Estoy con gente. Pasamos por ti a las once.

—¿Cómo se llama? —chilló María.

—¡No seas pesada, mujer!

—Un beso, Pepito.

«¿Quién será el galán?», se preguntó María al colgar. No conocía el nombre del chico, de manera que no podía verificar sus antecedentes. Tras pensar en el asunto por un rato, decidió confiar en Pepe. Se alisó la falda con las manos aprovechando el reflejo de un escaparate y siguió caminando hacia la tienda.

María pasó el resto de la tarde y buena parte de la reunión con Guadalupe pensando en la ropa que se pondría para ir al concierto. Pretendía parecer atrevida, no fácil. Nunca necesitó pintarse mucho; no tenía imperfecciones que ocultar. «Lo que natura non da, maquillaje non presta» decía bromeando a sus amigas siempre que se excedía de copas, pero ellas nunca celebraban la gracia. A las diez despidió a Guadalupe con besos, buenos deseos y la promesa de un pronto reencuentro. No le había mencionado ni una palabra

sobre el concierto de esa noche. Si el amigo de Pepe resultaba simpático, no deseaba disputarlo con nadie. Apuró las últimas gotas de vino en su copa y dejó en la cocina el cenicero lleno y la botella vacía. Estaba achispada, con ganas de hacer travesuras y divertirse. Cerró las cortinas que daban a la calle, abrió el armario atiborrado de ropa que se encontraba en su dormitorio y eligió el vestido celeste con tirantes que había comprado días antes en un remate. «Quedará lindo con el brazalete de plata que terminé de labrar el domingo», pensó. Se desnudó por completo y se examinó minuciosamente frente al espejo de vestir localizado en el cuarto de baño: las largas pestañas enmarcando sus penetrantes ojos negros, la piel canela, la nariz griega, el cabello azabache y la boca corazón otorgaban a su rostro una belleza singular. Inspeccionó su cuerpo y comprobó que las clases de yoga que recibía dos veces por semana estaban haciendo efecto. «Si el amigo no me gusta, puedo quedarme en el local y bailar hasta que canten los pajaritos», decidió. Se arregló en pocos minutos y estuvo lista exactamente a las once.

A las once y diez, sonó el timbre del intercomunicador. María se asomó por la ventana enrejada y avisó con una seña que saldría pronto. Su madre le había enseñado que a los hombres había que hacerlos esperar, aunque una estuviera lista. Separó el dinero suficiente para volverse en taxi, guardó su documento de identidad, agarró sus llaves, visitó el espejo por última vez, encendió el equipo de música y se sentó en una silla del comedor. Ocho minutos después, aseguró su apartamento, cruzó la puerta del edificio, caminó unos metros y se acomodó en el asiento posterior del lujoso automóvil que Pepe acababa de comprarse.

—María, él es Pablo Leguía —dijo Pepe por toda introducción.

—¿Qué tal, Pablo? —preguntó María instantes después, envalentonada por el alcohol.

—Todo bien. ¿Tú qué tal? —respondió Pablo desde el asiento del copiloto.

En el trayecto a la discoteca hablaron sobre música e intercambiaron tarjetas de presentación. Pablo y María se habían escrutado detenidamente y ninguno parecía decepcionado. Pablo quedó embobado con los ojos resplandecientes de la muchacha, con sus labios carnosos, con los hoyuelos que aparecían en las mejillas cuando sonreía. A ella le atraían el cabello ondulado y la facha desenfadada. Al bajar del automóvil, María redujo sus expectativas: el chico era de baja estatura, esquelético, ambiguo. «No resistiría un buen *round* en la cama», sentenció sin paliativos. Pablo caminó un tanto retrasado para contemplar la magnífica figura de la mujer y

trató de aparentar desinterés para no revelar su embeleso. Pepe tenía entradas preferenciales, de manera que pudieron sortear la fila de entrada atestada de fanáticos. Se colocaron cerca del escenario, bebieron cerveza e intercambiaron esporádicos comentarios a voz en grito debido al bullicio. Pablo trataba de aproximarse a María con sus torpes maneras de seductor inexperto, causando invariablemente la impresión equivocada. Al terminar el concierto, Pepe se acercó a un grupo de jóvenes y empezó a bailar, provocando a la presa seleccionada: un sonriente chaval de veintitantos años vestido con camiseta a rayas y pantalón ajustado.

—Así que eres arquitecto —dijo María rompiendo un incómodo silencio.

—Sí, trabajo para una conocida firma —respondió Pablo con jactancia—. He ayudado a diseñar algunos de los edificios más altos de la ciudad, aunque mi verdadera pasión es el urbanismo. Hace muchos años, una empresa petrolera proyectó el desarrollo de lo que ahora es la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia. Una ciudad entera diseñada en planos. Debe de ser increíble formar parte de una experiencia así.

—¿De qué signo eres? —preguntó María analizando las posibilidades de compatibilidad.

—Aries —contestó Pablo extrañado por el cambio de tema. Prefería continuar hablando sobre su profesión, pero a ella no parecía interesarle.

—Yo soy Acuario —continuó María—. Según el horóscopo, no somos compatibles —añadió con una sonrisa pícara.

—¿En serio crees en eso de los signos? —interrogó Pablo mirándola a los ojos—. Me han dicho que los redactores de una conocida revista dominical realizan un sorteo todos los jueves para definir a quién le tocará escribir la página del horóscopo. Es una farsa. Los astros son bolas de fuego quemando hidrógeno. No definen el carácter, de eso se encarga la vida.

—Ahora vuelvo —dijo María visiblemente ofendida. Encendió un cigarrillo y se aproximó a unas chicas que se encontraban parloteando al lado de la barra.

Dieron las cuatro de la mañana y María no aparecía por ninguna parte. Pepe se había ido una hora antes, abrazando a su nueva conquista. Cansado, repudiado y triste, Pablo resolvió irse a dormir. Detuvo un taxi en la puerta del local, regateó la tarifa y se sentó en el asiento posterior para meditar acerca de lo que acababa de ocurrir. Estaba deprimido, enojado consigo mismo por el comentario sobre los signos zodiacales. Había actuado

impecablemente hasta que cometió el error de decir lo que pensaba. «Una pena», concluyó, mirando a través de la ventanilla. Entretanto, María llevaba veinte minutos charlando en el baño de la discoteca con una amiga, tomaba un vodka con zumo de arándanos y estaba decidida a bailar hasta el amanecer.

***

Cinco meses después, Pablo recibió un correo electrónico de María. Se trataba de un mensaje grupal en el que comunicaba a sus contactos el cambio de su número telefónico. No había podido olvidar los hoyuelos en las mejillas de la mujer, e incluso la había dibujado de memoria en una ocasión. Recién llegado de unas vacaciones en Guatemala, con un apartamento dúplex recién estrenado y un todoterreno nuevo, el arquitecto se sentía un triunfador. Pasados dos minutos de las cuatro de la tarde llamó a María, aferrado al recuerdo de una noche y muchos días.

—María, soy Pablo Leguía —anunció con aplomo—. ¿Cómo estás?

—¡Hola, Pablo! —exclamó María—. Estoy en la oficina, con poco trabajo. Parece que hoy terminaré temprano.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Pablo dominando su ansiedad—. Pienso abrir una botella de vino australiano y asar malvaviscos en la chimenea de mi nuevo dúplex. ¿Quieres acompañarme?

—¡Me encanta la idea!

—Perfecto, te busco a las siete.

A las siete y tres, un moderno todoterreno de color negro estacionó en la puerta del edificio de María. Ella salió minutos después, arreglada y perfumada. En el camino a su dúplex, Pablo contó anécdotas de su visita a Tikal mientras manipulaba el equipo de música para mostrar sus canciones favoritas. Estaba locuaz, ocurrente, seductor. Ella lo veía desenvolverse y estaba hechizada con sus historias. Llegaron al apartamento, encendieron unos leños y abrieron una botella de vino. Para la segunda copa, se estaban besando con pasión. A las diez, tras haber rechazado dulcemente todos los asaltos de Pablo, María quería regresar a su casa. Todavía no se sentía preparada para una nueva relación y quería pensar bien las cosas. «Dejemos que las esencias reposen», susurró María al despedirse, rematando la frase con un beso.

En los días siguientes, María y Pablo hablaron por teléfono durante horas y descubrieron que tenían numerosas cosas en

común. El sábado a primera hora hicieron planes para un día de campo. Pablo compró unos trozos de carne, tres botellas de malbec mendocino, una bolsa de carbón y un pedazo de red de alambre que pensaba colocar sobre dos piedras grandes para improvisar una parrilla. María aportó un mantel de cuadros, servilletas de papel, cubiertos, platos y vasos de plástico. Llegaron a Cieneguilla al mediodía y la encontraron abarrotada de turistas, así que decidieron continuar hacia el sureste en busca de un paraje más apartado. Era un precioso día soleado; los árboles frutales se extendían por todo el fértil valle del río Lurín hasta estrellarse contra la intratable cordillera de los Andes. Avanzaron durante media hora por la trocha asfaltada que conducía a Huarochirí, atravesando haciendas y estancias, hasta que se toparon con un poblado de casitas blancas con flores de colores pintadas en las paredes. A la derecha de la pista se había colocado un bebedero primorosamente decorado con letreros que invitaban al viajero a refrescarse con agua pura de deshielo. El lugar se llamaba Nieve Nieve. María quería detenerse a conocerlo, pero tras un breve debate con Pablo acordaron almorzar primero. Cruzaron un puente a la salida del pueblo, recorrieron medio kilómetro y Pablo identificó una gran piedra plana cerca del lecho del río que parecía perfecta como mesa. Aparcaron a unos metros, descargaron las cosas y se instalaron despreocupadamente sobre la roca escogida después de cruzar un pequeño cañaveral. Pablo se encargó de asar los filetes, María fue responsable de tender la mesa. Al final de una tarde deliciosa, salpicada de risas, besos y mucho vino, decidieron que era tiempo de volver a la ciudad. Limpiaron todo y guardaron la comida que había sobrado en una bolsa de plástico para regalarla más tarde a un necesitado. El sol se acababa de ocultar y oscurecía rápidamente. Llegaron a Nieve Nieve, se detuvieron frente a una tienda de comestibles y fueron abordados al bajar del todoterreno por un hombre de mediana edad que vendía manzanas y membrillos a precio de regalo. María seleccionó frutas para el viaje de retorno y pagó con unas monedas.

—¿Escuchas eso? —preguntó Pablo alerta—. ¡Son tambores!

—No escucho nada —musitó María. No le había comentado nada a Pablo de su problema auditivo. «Se lo diré en el camino de regreso», resolvió al instante.

Pablo quería investigar la procedencia de la música, así que corrieron por las estrechas calles del poblado guiados por los retumbos de un bongó. Alcanzaron a ver un resplandor a la izquierda, pasando las últimas casas. Poco después se encontraban

en un descampado observando las piruetas de tres jóvenes de cabello largo que danzaban al calor de una hoguera. A pocos metros habían instalado una tienda para acampar. Uno de ellos se percató de los visitantes y los invitó a acercarse con una seña.

—¡Buenas! —exclamó el que tocaba los tambores mostrando sus dientes blancos—. Mi nombre es Gabriel. El de pelo ondulado que baila como un poseso es Rafael. El moreno vestido de blanco se llama Boto. Viene de Brasil.

—Ella es María. Mi nombre es Pablo. ¿Qué hacen?

—Pasamos el rato —dijo Gabriel mirando el fuego con arrobamiento, como si pretendiera desentrañar de esa manera los secretos del cosmos. Era un hombre bellísimo, de maneras delicadas y hablar pausado.

—¿Podemos acompañarlos por unos minutos? —preguntó María adelantándose a los deseos de Pablo.

—Será un placer —contestó Gabriel mirándola con los ojos entornados.

Fulminada por la hermosura de su interlocutor, María retrocedió un paso y apretó la mano de su enamorado para no trastabillar. Le temblaban las rodillas, sentía mariposas en la panza y su corazón palpitaba con fuerza. Pablo se percató del estremecimiento de la mujer, pero lo atribuyó al temor. Saludaron a los demás y se sentaron todos sobre unas piedras, formando un arco alrededor de la fogata. El crepúsculo brindaba al aquelarre un aire de misterio. Boto compartió con su español rudimentario algunas anécdotas de la travesía que había realizado por el río Amazonas, navegando en una motonave desde Manaos hasta Iquitos junto a otras trescientas personas. Gabriel terciaba ocasionalmente para traducir algunas palabras y aclarar ambigüedades. Rafael observaba la escena en silencio.

—¿Tienen ganas de bailar? —preguntó Boto cuando terminó de relatar sus historias, taladrando a Pablo con una mirada obscena.

Se puso en pie de un salto, agarró el bongó y comenzó a tocar un ritmo africano, meneando el cuerpo a ritmo de samba. Los demás permanecieron sentados. Ya era de noche, el cielo estaba lleno de estrellas y los búhos ululaban en la arboleda cercana.

—¿De dónde eres, Gabriel? —interrogó María—. No logro reconocer tu acento.

—He viajado por todo el mundo y hablo varios idiomas —respondió Gabriel sin ánimo de alardear—. Mi acento es una mezcla de varios, así que puedo comprender tu confusión. Nací en Uspallata, Argentina, a unos cien kilómetros de la ciudad de

Mendoza. Mi padre es portugués; mi madre, chilena.

—¿Y tú, Rafael?

—Yo nací en Jesús María hace veintitrés años —contestó Rafael con solemnidad—. Soy limeño, como tú y Pablo. No he tenido la suerte de recorrer el planeta como Gabriel, pero dicen que soñar es viajar. He transitado infinidad de senderos espirituales en búsqueda de la verdad universal. Gracias a experiencias extracorpóreas espontáneas, mi cuerpo astral ha sido capaz de explorar los confines de la galaxia y ha recorrido cientos de universos paralelos. Nunca conocí a mi padre y mi mamá murió hace algunos años.

—¿Universos paralelos? —le preguntó María escéptica—. Parecen cosas de ciencia ficción.

—Así es, María. Universos paralelos —replicó Rafael ardido por el comentario—. Nunca comprenderás lo que digo porque eres un insecto insignificante y estás atrapada en la única realidad que conoces. No tienes ninguna autoridad para cuestionarme.

—Lo lamento —murmuró María tratando de ocultar su repentino sobresalto. Se había dado cuenta de que Pablo no tenía ninguna probabilidad de ganar una pelea contra esos chicos y que se hallaban en las afueras del pueblo, lejos de la ayuda de los lugareños. «Hemos sido imprudentes al arriesgarnos de este modo», se recriminó.

—¿Desde hace cuánto están juntos? —interrogó Gabriel.

—Recién nos estamos conociendo —aclaró María.

—No olvides aprender de tus errores cuando todo termine —dijo Rafael unos instantes después mirando a Pablo—. La relación entre ustedes no prosperará.

Apenas terminó la frase, el muchacho se levantó, se alejó unos metros y se entregó a la contemplación del fuego. María apremió a Pablo con la mirada para que se marcharan cuanto antes. Un viento suave mecía las ramas de los árboles, los murciélagos revoloteaban sobre sus cabezas y el rumor del río se oía a lo lejos.

—Debemos irnos —anunció al fin Pablo—. Hemos tenido un largo día y todavía nos queda mucho camino por recorrer. Muchas gracias por su hospitalidad. ¿Existe forma de localizarlos? —preguntó por educación.

—Somos nómades —respondió Gabriel—. Nos trasladamos todo el tiempo y nos detenemos de preferencia en poblaciones pequeñas. Comemos cuando sentimos hambre, acampamos cuando oscurece, nos levantamos al amanecer y continuamos andando. Quién sabe, quizá nos encontremos por ahí algún día. Ha sido un gusto conocerlos, hacen una linda pareja.

Mientras María se despedía de Gabriel con un prolongado abrazo, Rafael se inclinó hacia Pablo y le susurró al oído: «Tú eres como nosotros, pero estás distraído. Te aseguro que nos volveremos a ver».

—Tenemos en el coche unos filetes que sobraron del almuerzo —recordó de pronto María—. Espero que ustedes no sean vegetarianos.

—Soy argentino, María —le recordó Gabriel con una sonrisa—. Qué delicia, hace mucho que no como un bife. Si quieren, los acompaño hasta la carretera.

María se despidió educadamente de Rafael y después empezó a caminar en dirección a Gabriel y Pablo, que se habían adelantado unos pasos. Boto tocaba el bongó, ajeno a la partida de los invitados.

—¿Qué sucede con Rafael? —susurró María a Gabriel cuando se alejaban del refugio—. Habla puras estupideces.

—No le ocurre nada —dijo Gabriel con una mueca—. Rafael está loco de remate, pero te puedo asegurar que tiene un corazón enorme. Es el más perfecto de nosotros: un espíritu puro, no contaminado por lo profano.

Frente a la tienda de comestibles, María y Pablo subieron al todoterreno y ella entregó por la ventanilla la bolsa con los pedazos de carne. Se dijeron adiós nuevamente y Pablo inició la marcha. «Vayan con cuidado», dijo Gabriel. El agraciado joven observó por unos instantes cómo se alejaba el vehículo, dio media vuelta y se encaminó de regreso al campamento.

Pablo apagó la radio porque necesitaba concentrarse para conducir por la sinuosa pista. En el asiento del copiloto, María bajó la ventanilla para aspirar el aire fresco de la campiña y consiguió sosegarse al cabo de unos minutos. Se detuvieron en Cieneguilla para comprar agua y recargar combustible. A las ocho llegaron a la ciudad y decidieron detenerse a tomar un café en un centro comercial situado cerca del apartamento de la mujer. Aunque el lugar estaba atestado de clientes a esa hora del sábado, encontraron una mesa disponible en un cafetín. Pidieron dos tazas de café con leche y una tarta de queso con zarzamoras.

—No estoy muy seguro de lo que acaba de suceder, María —susurró Pablo—. Ha sido una experiencia insólita. No comprendo quiénes eran esos chicos, ni a qué apuntaban. Había algo tenebroso en sus miradas, en su forma de comportarse. Actuaban como si ocultaran algo.

—¡Ha sido increíble! —exclamó María eufórica—. A ver,

examina con disimulo a las personas que están sentadas en las mesas vecinas. Parecen cadáveres. En cambio, tú brillas como un sol. ¿Cómo me veo yo?

—Te ves riquísima —contestó Pablo sorbiendo un poco de café —. Me parece estupendo que salgamos de la ciudad; deberíamos hacerlo más seguido. Ha sido un día de campo inolvidable, aunque haya terminado de una forma inesperada.

—¿Qué te parece si nos quedamos esta noche en mi apartamento? —sugirió María con una sonrisa impúdica, pensando en los ojos de Gabriel—. Podríamos ver una película. Recuerda que mañana es domingo y no tenemos que trabajar.

Pablo pagó apuradamente la cuenta y caminaron deprisa hasta el estacionamiento. En el interior del todoterreno empezaron a besarse, a explorarse, a desearse. Apenas entraron en el apartamento de María, Pablo la alzó en brazos, la llevó hasta el cuarto mientras le daba un profundo beso, la tendió sobre la cama y se colocó encima. Ella lo detuvo.

—Debemos hablar de una cosa —indicó María seria—. Tengo una lesión en el nervio auditivo y utilizo audífonos. El médico ha dicho que mi problema es degenerativo, de manera que quedaré completamente sorda en unos años.

—No me importa, amor —contestó Pablo acariciándole el pelo negro. Estaba hipnotizado con la boca de la mujer, con los senos asomando por la blusa, con el sabor a vainilla del cuello. Arremetió nuevamente, enceguecido por la promesa de placer.

María rechazó el embate y retrocedió hasta el respaldo de la cama, evidentemente disgustada.

—No me estás escuchando, Pablo —reclamó María al cabo de unos segundos—. Te acabo de confesar mi temor más grande y tú respondes como si habláramos del clima. Tal vez a ti no te importe, pero a mí sí.

Pablo resopló como un caballo. El momento había pasado.

—Me sorprende que con los avances tecnológicos de nuestra era recibamos todavía diagnósticos tan definitivos —señaló Pablo con grandilocuencia—. La ciencia actual no puede alcanzar la estrella más cercana ni explicar la leyenda de la vida. No es infalible, como han demostrado Newton, Einstein y tantos otros eruditos de la historia. Si quieres podemos tratar con medicina ancestral: algunas de sus prácticas parecen eficaces.

—¿Medicina ancestral? ¿De qué rayos estás hablando? —exclamó María irritada.

Pablo permaneció callado, agachó la cabeza y suspiró. Poco

después, levantó la mirada hacia María como lo hubiera hecho un cazador apuntando a su presa. Ella se sobresaltó, ya que nunca la habían examinado de ese modo.

—¿Qué te parece si hablamos del asunto mañana? —preguntó Pablo instantes después—. He conducido durante horas y me siento muy cansado. Vamos a dormir.

María comprendió, se disculpó con un beso y fue a bañarse. Mientras se enjabonaba, admitió que no había sido la mejor ocasión para hablar de su dolencia. «Conversaremos mañana», resolvió. También decidió que no mencionaría durante un tiempo nada sobre sus dificultades financieras, pues no deseaba ser malinterpretada. En realidad, quería saber más acerca de Pablo: cuáles eran sus libros preferidos, en qué año se había licenciado como arquitecto, qué lado de la cama prefería… Estaba alarmada por la perturbadora mirada que había recibido minutos antes. Entretanto, en la habitación, Pablo se había desvestido hasta quedar en calzoncillos y se había metido entre las sábanas. Le llevó unos minutos acostumbrarse al panorama: había ropa amontonada por doquier. Encendió el televisor con el mando a distancia y comenzó a zapear maquinalmente. Serpenteó hasta el centro de la cama y esperó anhelante el codiciado premio.

María salió del baño como un huracán, vestida con un chándal de algodón y medias blancas. Se arrimó a Pablo, le dio un beso y se acurrucó al lado derecho de la cama, mirando hacia la puerta de la habitación. Pablo empezó a maniobrar debajo de la manta unos minutos después, pero la muchacha esquivó su empeño.

—Esta noche no, mi amor. Me ha venido la regla —mintió.

Poco después, ambos dormían profundamente.

El domingo despertaron poco antes de las diez de la mañana. Pablo necesitaba una ducha con urgencia y decidió ir a su dúplex para cambiarse, pero acordó buscar a María antes de la una para almorzar juntos en un restaurante japonés inaugurado hacía algunas semanas. Se despidió de ella con un beso en la mejilla prometiéndole que no tardaría. Tras bajar a la calle, arrancó el todoterreno y se puso en marcha. En el trayecto se acordó de lo que Rafael había dicho la noche anterior acerca de la relación con María y concluyó que no eran más que tonterías dichas por un lunático. De hecho, Pablo sentía que las cosas con María caminaban estupendamente y que habían empezado a enamorarse. Aunque todos sus amoríos anteriores habían terminado de forma estrepitosa, con llanto y desgarro, estaba seguro de que con ella sería diferente. Además, se encontraba en la mejor etapa de su vida: las cosas en el

trabajo iban bien y gozaba de todas las comodidades que correspondían a un profesional exitoso.

A las doce y media, María se sentó en las escaleras de acceso al edificio para esperar a Pablo. Estaba algo mareada y necesitaba tomar el aire. «Deben de ser esas pastillas de mierda», maldijo. Evocó las escenas del día anterior: la barbacoa al costado del río, la hoguera junto a los tres chicos, la belleza de Gabriel, las palabras de Rafael… Extrajo un paquete de cigarrillos de su bolso y encendió uno. No sentía ningún remordimiento por haber mentido a Pablo sobre su periodo menstrual, puesto que con la artimaña había ganado tiempo para ordenar sus ideas. Si consentía demasiado pronto a los deseos de Pablo, estaba segura de que él perdería interés. «Las acuarianas somos incompatibles con los arianos, eso lo sabe todo el mundo», se recordó. Estaba además la sentencia que Rafael había dictado sobre el futuro de su idilio, a la que sin embargo no daba mayor importancia. «Ese chico era un orate», opinó aspirando una bocanada de humo y expulsándola lentamente con la mirada clavada en una hormiga solitaria que avanzaba por la pared. Con todo ello, consideró que no estaba todavía lista para dar el siguiente paso. «No quiero sufrir», pensó haciéndose cargo de su edad y el drama de sus relaciones anteriores. Decidió que, si las cosas empezaban a ir mal, se alejaría rápidamente. Poco después llegó el arquitecto. María se levantó, apagó el cigarrillo pisoteándolo contra el suelo y se acercó al todoterreno negro con una sonrisa falsa. Al abrir la puerta tuvo de pronto la certeza de que jamás podría olvidar a Pablo, sin importar el desenlace de lo que estaban viviendo.

—¿Todo bien? —preguntó el arquitecto mientras María se ajustaba el cinturón de seguridad. Estaba impecablemente vestido con camisa a rayas, *jeans* y zapatos negros. Se había bañado, afeitado y perfumado.

—Sí, vamos. Estoy muerta de hambre —respondió María más animada—. Como no hemos reservado mesa, lo más probable es que nos anoten en una lista de espera. La gente almuerza tarde los domingos, espero que encontremos espacio disponible.

—Podemos ir a otro restaurante —sugirió Pablo iniciando la marcha—. Ese lugar está de moda y siempre está lleno de gente.

—Quiero ir ahí —insistió María encaprichada—. Mis amigas dicen que se come riquísimo, que los rollos de salmón con palta son de otro mundo.

Recorrieron la avenida José Gálvez hasta el final, giraron a la derecha y se detuvieron en un semáforo ubicado en la intersección

de Diagonal con Benavides. Pablo reparó en un malabarista de aspecto desaliñado que lanzaba aros de metal al aire frente a la primera fila de vehículos y recordó nuevamente a Rafael.

—¿Qué te pareció el comentario de Rafael, el chico de anoche? —tanteó Pablo.

—¿Qué comentario? —respondió María con fingida extrañeza.

La luz cambió a verde, el malabarista caminó entre los automóviles con la mano extendida y Pablo le regaló una moneda. El arquitecto avanzó una manzana en completo silencio y dobló a la izquierda en la calle San Martín. María subió el volumen de la radio, pretendiendo camuflar el mutismo. El restaurante estaba tres manzanas más adelante, en una esquina. Estacionaron el todoterreno en la puerta del local, un edificio de tres pisos de aspecto exterior sobrio y decoración minimalista en el interior. La guapa anfitriona los informó de que tenía disponible una mesa para dos. Tras subir las escaleras que conducían al segundo piso, donde se encontraba el comedor, notaron que no había nadie. Pablo pidió una mesa más grande y los condujeron a uno de los ambientes privados ubicados en el tercer piso.

—Esta mesa no me gusta —se quejó María—. Estamos encerrados; me pregunto qué ocurriría en caso de terremoto. Tendríamos que abrir esa puerta deslizante y bajar tres pisos corriendo. Además, parece como si nos estuviéramos escondiendo de alguien. La idea de venir a un restaurante consiste precisamente en compartir un espacio con otras personas. La próxima vez, mejor nos quedamos en la casa. Para colmo, hace un par de horas hablé por teléfono con mi amiga Guadalupe y le mencioné que almorzaríamos aquí. Prometió venir a beber una copa con nosotros a las dos y ahora no podrá vernos cuando llegue.

—¿Por qué no le avisas por teléfono que estamos aquí arriba? —sugirió Pablo mientras revisaba las opciones del menú.

María encajó el golpe, cerró los ojos y contó hasta diez, logrando mantener la calma. «No pelearé esta batalla», decidió.

—Por si acaso, avisemos al mozo —contestó al fin escondiendo su rabia.

Los platos fueron llegando en el orden que había indicado Pablo y acompañaron la comida con una botella de viognier. Guadalupe llamó a las dos para avisar que los alcanzaría más tarde, de modo que pudieron disfrutar de la sobremesa sin compañía. Pablo aproximó su silla a la de María, le dio un beso en la frente y comenzó a acariciarle la espalda.

—Pablo, tengo que decirte algo —señaló María con gravedad

mirándolo a los ojos—. Me siento feliz contigo, en serio. Me pareces un chico lindo, bondadoso, divertido. Lo que pasa es que estoy acostumbrada a la soledad y necesito un poco de espacio. No te enfades, pero creo que deberíamos ir más lento. Tenemos toda la vida para conocernos.

—Lo que ocurre es que me fascina estar contigo, María. Me pones contento, muevo la cola como un perrito cuando te veo.

—A mí también me encanta que estemos juntos —aseguró ella —. En verdad deseo que las cosas resulten entre nosotros, pero estoy harta de sufrir decepciones. Hace pocos meses terminé un largo noviazgo debido a una infidelidad, lo pasé muy mal y recién me estoy recuperando, así que necesito unos días para meditar. Todo está sucediendo demasiado rápido y me siento un poco insegura.

—No permitamos que nuestro pasado interfiera con el presente, amor —adujo Pablo jugueteando con su copa de vino—. Nuestras vivencias anteriores han forjado nuestro carácter y han permitido que estemos reunidos ahora, eso es lo importante. La vida nos coloca obstáculos para que aprendamos a superarlos o a convivir con ellos. Al contrario, pienso que deberíamos vernos más seguido, de esa manera podemos zanjar rápidamente cualquier duda que surja.

—No lo sé, Pablo. Tengo la corazonada de que, si nos precipitamos, ambos lloraremos un nuevo desengaño. No quiero que resultemos heridos, eso es todo.

—Siempre está el riesgo de salir lastimados. Caminar al borde de la cornisa es parte de este juego. Somos adultos, de seguro podremos sobrellevar los problemas que aparezcan conversando sobre ellos con honestidad. Siempre he sido una persona solitaria: me cuesta trabajo relacionarme con otras personas. Si las cosas no resultan bien entre nosotros, si este amor arrebatado que he empezado a sentir por ti termina en el cesto de la basura, es probable que cierre mi corazón definitivamente y me entregue a una existencia contemplativa, como hacen los anacoretas. Me gustaría saber cuanto antes si ese es el futuro que me espera. Como ves, en realidad no tenemos todo el tiempo del mundo. Odiaría que nos demos cuenta de un error demasiado tarde, cuando el perjuicio sea irremediable e irreversible.

—Está bien —claudicó María—. Si quieres, te puedes quedar a dormir en mi apartamento por unos días.

—¡Genial! —exclamó Pablo radiante.

Poco antes de las tres, Guadalupe abrió la puerta corrediza.

Saludó a Pablo con un beso en la mejilla, abrazó efusivamente a María y se acomodó en una silla.

—Así que tú eres el famoso Pablo —expresó Guadalupe mientras el camarero le servía una copa de vino—. María me ha hablado muchísimo sobre ti. Yo también estudié arquitectura y me encantaría conversar contigo sobre Le Corbusier y Frank Lloyd Wright, mis favoritos.

—En realidad, me interesa más el urbanismo —indicó Pablo mirando a María. Tenía la impresión de que Guadalupe libraba una feroz batalla interna, pero no comprendía todavía las razones que respaldaban su intuición.

—Bueno, también está eso —bromeó Guadalupe enseñando su dentadura amarilla—. Por mi formación y experiencia, estoy más inclinada a la estética.

—Te felicito, Guadalupe —manifestó Pablo—. Para la apreciación estética se requiere una sensibilidad particular que lamentablemente yo no poseo. Para ser honesto, me siento tan atraído por el planeamiento urbano como una hormiga por el azúcar. La función que realizo en la firma de arquitectos donde trabajo es tediosa y poco gratificante, pero paga las cuentas.

María escuchaba con atención la conversación y estaba asombrada. «Pablo es realmente brillante», pensó. Los tres charlaron animadamente sobre actualidad, arte contemporáneo y directores de cine.

—¿Qué han planeado para esta tarde? —interrogó de repente Guadalupe—. Si quieren podemos tomar una taza de café en mi casa. Queda cerca de aquí —agregó.

—Tal vez en otra ocasión, Guadi —desestimó con educación María—. Ayer salimos de día de campo y estamos exhaustos.

A continuación, Pablo pidió la cuenta, pagó en efectivo y dejó una generosa propina para que lo trataran bien la próxima vez. «Este lugar es carísimo», pensó. Se despidieron de Guadalupe en la puerta del restaurante, abordaron el todoterreno y partieron.

—¿Qué te pareció Guadalupe? —indagó María bajando el volumen de la radio.

—Buena gente —contestó Pablo amagando un bostezo—. Me parece que está sufriendo. Quizás deberías hablar con ella y tratar de consolarla.

Al llegar al pequeño apartamento de ella, se dirigieron directamente a la cama y pasaron el resto de la tarde viendo la televisión. A eso de las ocho de la noche, Pablo fue a su casa, metió algunas cosas en una bolsa y regresó con María una hora después.

Como habían acordado, durmieron las siguientes noches en el apartamento de María. Pablo la recogía de la oficina a las seis de la tarde, compraban provisiones en el supermercado, cocinaban juntos, comían lo que habían preparado y conversaban hasta la madrugada bebiendo té verde. Gracias a la tregua sexual que había conseguido con su mentira, María pudo hablar sin interrupciones acerca de sus deseos, manías, debilidades y temores. También logró descansar por las noches sin un cañón apuntándole al cuerpo. Pablo partía todas las mañanas a las siete y transitaba las despejadas calles de la ciudad durante quince minutos hasta llegar a su dúplex para bañarse, vestirse e ir a trabajar.

El jueves por la tarde, el arquitecto llamó por teléfono a María para avisarla de que debía atender un proyecto con urgencia y que no podría pasar por ella a la hora acostumbrada. Sonaba cansado y malhumorado.

—¿A qué hora crees que terminarás? —inquirió María.

—Honestamente, no lo sé. Tal vez sea preferible que duerma esta noche en mi casa. No quisiera despertarte al llegar.

—¿No me estarás sacando la vuelta con otra?

—Tengo un millón de cosas por hacer, María —dijo Pablo fastidiado—. No tengo tiempo para tonterías. Si tienes dudas, puedes llamarme aquí a la oficina.

—No te pongas así, que era una broma —comentó María en tono conciliador, impresionada con la desproporcionada reacción de Pablo—. He estado pensando que el sábado podríamos organizar una reunión en tu apartamento con Guadalupe, Pepe y tus hermanos con sus esposas. También podemos avisar a tu hermana Lucrecia. ¿Qué opinas?

—Me parece una pésima idea —indicó Pablo cortante—. Mañana voy a estar agotado, así que tenía en mente descansar el fin de semana. Prefiero que sea el viernes siguiente.

—Pepe sale de viaje el martes —soltó María escocida por el tono belicoso de Pablo. Decidió que era momento de aguijonearlo y descubrir los límites de su tolerancia.

—Trata de ponerte en mi lugar —respondió el arquitecto endulzando la voz—. Los socios del estudio esperan que responda a sus expectativas. Si no cumplo con satisfacción, podrían incluso despedirme y sería el fin de mi carrera.

—Bueno, ahora tienes una mujer esperándote en casa —enfatizó María intransigente—. Hasta ahora hemos hecho las cosas a tu manera y no me he quejado. Si resulta demasiado complicado para ti, podemos quedar como amigos y aquí no pasó nada.

—Discúlpame, amor —musitó Pablo golpeado por la advertencia —. No te enojes conmigo, el proyecto en el que estamos trabajando es muy importante y requiere especial atención. No hay apuro; podemos hacer la reunión cuando vuelva Pepe. De cualquier manera, no creo que sea buena idea invitar a la gente con tan poca anticipación.

—Mira, Pablo —reconvino María con severidad—. Tienes toda la mañana del sábado para descansar. Si me das el dinero necesario y me prestas tu todoterreno, puedo encargarme de los preparativos sin tu ayuda.

—¿Por qué no hablamos después? —sugirió Pablo acorralado—. Este no es el mejor momento para tratar el asunto.

—¿Si no es ahora cuándo, Pablo? ¿Cuando te dé la gana? —interrogó María enfadada sin esperar en realidad una respuesta—. Yo me encargo de llamar a todos mañana, tú no tienes que hacer absolutamente nada.

—Como quieras, pero no prometo disfrutarlo —indicó Pablo contrariado—. Te llamo más tarde; no deseo discutir contigo por una nimiedad.

—¿Entonces, no te espero esta noche?

—No.

—Perfecto. Saldré con mis amigas, así que no me llames.

—Está bien. Diviértete.

A las nueve de la noche del sábado, el dueño de casa recibió a los invitados mientras María se arreglaba en el segundo piso. Aurelio, uno de los hermanos de Pablo, repartió entre los presentes unas copas de pisco acholado destilado en alambique de cobre que había comprado en un viaje al sur e indicó la proporción de las cepas utilizadas en el ensamblaje. María se unió al grupo después de un rato: estaba radiante con su vestido amarillo, el pelo recogido y aros de plata colgando de los lóbulos de las orejas. Pepe realizó un brindis por la felicidad de la nueva pareja, resaltando las cualidades de ambos. Las botellas vacías de vodka, pisco y whisky se acumularon con rapidez. A la medianoche, María y Pepe conversaban acodando los brazos sobre un mueble de la cocina al tiempo que Pablo mostraba al resto de invitados las funciones de su moderno equipo de sonido.

—Me alegra verte contenta, querida María —dijo Pepe pasando un brazo por encima de los hombros de su amiga—. Pablo es un buen partido: lo acaban de ascender a jefe del departamento de diseño del estudio de arquitectos donde trabaja. Además es buen mozo, inteligente y sensible.

—¡Parece que me lo quieres robar! —exclamó María divertida—. Nos estamos conociendo. Hasta ahora me parece un chico lindo, superatento, con un fascinante mundo interior. A veces puede ser mandón, pero es entendible: está acostumbrado a dar órdenes. Estoy administrándole flores de Bach desde el lunes para controlar su carácter impetuoso.

—No lo envenenes antes de casarte, no seas burra —aconsejó Pepe riéndose a carcajadas—. ¿Cómo se llevan en el dormitorio?

—¡Eso no te incumbe! —articuló María haciéndose la ofendida.

A continuación hizo a su amigo un gesto cómico y saludó al viento fresco que empezaba a mover lentamente la nube negra que había oscurecido sus aspiraciones de mujer por tantos meses. Bebió un trago de su vodka con agua tónica, chasqueó la lengua y se dirigió de regreso al salón. Pepe la siguió.

En la sala se había montado un jolgorio. Los hombres trataban de encender la chimenea mientras las mujeres charlaban sobre el matrimonio, los hijos y el trabajo. Una canción de los ochenta sonaba a todo volumen. María se tumbó en el sofá al lado de Pablo y empezó a acariciarle la nuca, observándolo con detenimiento: el pelo castaño y ensortijado, la nariz celestial, los ojos color miel… No era su hombre ideal, pero había conseguido ilusionarse nuevamente con la estabilidad de una familia. Recordó que a los diecinueve años, con sus padres recién divorciados y la economía familiar en ruinas, había tenido que conseguir un empleo temporal en el mostrador de un restaurante de comida rápida para pagar sus estudios en el instituto de diseño gráfico. En las horas de poca clientela meditaba ensimismada sobre la precariedad de su existencia, sobre la ausencia de su padre, sobre sus amores rotos. Un par de años después, en plena crisis económica y con las cifras de desempleo a un nivel alarmante, lloró con desconsuelo la partida de su madre al extranjero. A partir de entonces tuvo que aprender a sobrevivir, a esconder las cicatrices y encubrir los pesares, y a mostrar siempre el mejor ángulo en las fotografías. Pablo era una probabilidad, una oportunidad, una posibilidad al menos. Le gustaban sus maneras educadas, su sentido del humor, su tendencia a la fantasía. Sin embargo, María percibía un lado siniestro, irreconocible, impenetrable. «Algo me hace ruido», pensaba, todavía indecisa con la idea de la intimidad. Estaba en sus manos dar el siguiente paso, tomar la iniciativa. Excitada por el alcohol y la música, sintió curiosidad por conocer las preferencias sexuales de su enamorado para compararlas con las de sus devaneos anteriores, por averiguar el tamaño del miembro, por descubrir si sus

problemas futuros se solucionarían en el tálamo. Decidió arriesgarse: no tenía nada que perder. «Esta noche saldremos de dudas», concluyó.

Poco después de las dos de la mañana, Pablo se excusó con los convidados y subió tambaleándose de borracho las escaleras que conducían al dormitorio principal. Se lavó la cara con agua fría en el cuarto de baño, se desvistió hasta quedar en ropa interior, cerró las cortinas, apagó la luz y se metió en la cama. Sentía náuseas, no podía pensar. Apenas cerró los ojos, inició el paseo en montaña rusa. Corrió al baño y vomitó el alma con la cabeza metida en el váter. Se enjuagó la boca y regresó a cobijarse con la manta, extenuado. María se demoró treinta minutos en despedir a los invitados, arreglar el desorden de la cocina y subir al dormitorio. Entró directamente al baño del cuarto, se lavó los dientes, se desnudó por completo, caminó por la habitación en penumbra y se tendió sobre el lecho. Pablo resollaba recostado sobre su lado izquierdo, de espaldas a ella. María extendió el brazo y comenzó a acariciarle la espalda, con lo que obtuvo un áspero «déjame dormir» como respuesta. La muchacha perseveró hasta conseguir lo que deseaba, que Pablo la viera. Él despertó de golpe, se inclinó hacia ella, se bajó los calzoncillos, la penetró con rabia y eyaculó dos minutos después. Dio media vuelta, acomodó su almohada y siguió durmiendo. «¿Qué?», exclamó María con perplejidad desde el otro lado del abismo. Se apoyó contra el respaldo cogiéndose la cabeza con las manos y gimoteó amargamente, incapaz de descifrar lo que había hecho mal.

Se levantaron al mediodía y bajaron a la cocina para comer. María había rumiado su pesar toda la noche y pensaba en una separación inminente. Pablo tenía una resaca terrible y no recordaba lo que había ocurrido en el dormitorio.

3

Cuando su hermano Aurelio llamó por teléfono a las ocho de la mañana del miércoles para indagar sobre su estado de ánimo, Pablo pensó decir: «Preocúpate de tus propios asuntos». En cambio, respondió cortante que se encontraba ocupado y que devolvería la llamada más tarde. Había pasado toda la noche fabricando con palo de balsa las piezas de un avión a escala, un prototipo de alas retráctiles que había diseñado unos días atrás. A pesar de haber bebido una botella entera de tequila, no se sentía borracho. Estaba lleno de energía, optimista, lúcido. Llegaría tarde a la oficina, pero no le importaba. Estaba harto de trabajar para otros, cansado de sacrificar su libertad a cambio de un sueldo. Los socios de la firma de arquitectos estaban al tanto del abandono de su esposa ocurrido pocas semanas atrás y le permitían ciertos dislates, esperanzados en la pronta recuperación de su mejor empleado.

Tomó una ducha, se vistió y salió de su apartamento poco después de las nueve. Conducía su todoterreno con pericia a pesar del alcohol. Recorrió la avenida República de Panamá hasta llegar a la intersección con Canaval y Moreyra, giró a la izquierda, avanzó un par de manzanas y estacionó en la puerta de la oficina. Sandro León, uno de los socios de la firma y jefe directo de Pablo, lo abordó cuando bajaba del vehículo.

—Buenos días, Pablo. ¿Cómo te sientes? —preguntó el socio entre preocupado y curioso.

—Me siento estupendamente, don Sandro. Gracias por preguntar —dijo Pablo con gentileza. Su fuerte aliento alcohólico podía percibirse con nitidez; el rostro aparecía endurecido, los ojos estaban vidriosos.

—No me parece que estés en condiciones de trabajar —señaló Sandro paternal—. Comprendemos por lo que estás pasando y queremos apoyarte. Eres un buen hombre y un excelente arquitecto. Tómate unos días y regresa cuando estés recuperado; nos encargaremos de los asuntos pendientes. Mi hija acude a un psicólogo dos veces por semana para hablar sobre su divorcio; quizá

deberías reunirte con él. Mi secretaria tiene el teléfono.

—¡Pero estoy bien! —exclamó Pablo abriendo mucho los ojos.

—No, Pablo. No estás bien —replicó el jefe con crudeza—. Hueles a letrina, pareces agotado y tienes grandes ojeras. ¿Has dormido?

—Como un bebé —mintió Pablo apartando la mirada—. Agradezco su interés, pero no necesito vacaciones. El trabajo me hace bien, me distrae.

—Mira, hijo —respondió Sandro con gravedad—, he pasado mi vida entera en esta oficina y me ha costado muchísimo esfuerzo convertirla en la prestigiosa firma que es ahora. No podemos arriesgarnos a que un empleado importune a los demás con sus problemas personales. No te estoy sugiriendo que tomes unos días, te lo estoy ordenando. No puedes presentarte así frente a nuestros clientes; nos dejarías mal parados. Mi chófer conducirá tu coche y te llevará hasta tu casa. No deberías manejar con la borrachera que traes. Buena suerte, muchacho, acércate a tu familia y confía en Dios.

Sandro León extendió la mano derecha con displicencia y Pablo la apretó con firmeza. Admiraba a ese hombre: era uno de sus ídolos desde tiempos universitarios y lamentaba haberle mostrado una debilidad de carácter. Sentía además que su carrera peligraba, su posición era codiciada y probablemente algunos de sus colegas estaban frotándose las manos con su desdicha. Detuvo con un gesto despectivo al chófer que se acercaba, subió a su vehículo y condujo de regreso al apartamento.

De vuelta en su domicilio, sentado sobre la cama, empezó a colocar el revestimiento de las alas de su avioncito. Había conseguido un tipo de papel que se tensaba al rociarlo con agua. Entregado afanosamente a su nuevo pasatiempo, rumiaba las palabras que su mentor le había dirigido en la puerta de la oficina. «Lo he decepcionado», pensó entristecido. No obstante, consideró que el tiempo libre le caería bien, puesto que le permitiría enfrascarse en la materialización de las ideas que había venido formulando. Pocos meses atrás había comprado un dispositivo de control remoto de las funciones básicas de su vehículo utilizando un ordenador de bolsillo y pensaba incorporar un sistema que había concebido basado en la telefonía móvil para apagar el coche a distancia en caso de robo, pero no tenía la capacidad técnica requerida para fabricar el circuito.

El viernes por la noche, Pablo invitó a comer a casa a su prima Mónica, con la que había retomado contacto después de mucho

tiempo. Ella y su esposo Humberto Ayalza se dedicaban al desarrollo de proyectos inmobiliarios, pero tenían nociones de tecnología porque habían trabajado durante muchos años en el área administrativa de una poderosa multinacional del sector. Eran carismáticos, inteligentes y estaban continuamente a la caza de nuevas oportunidades de negocio. Pasada la una de la mañana, conversaban en la mesa de comedor.

—¿Cómo va el trabajo, Pablo? —preguntó Mónica mientras rellenaba su copa de vino, cuidando de no mencionar a su esposa—. Me gustaría que supervises el nuevo edificio multifamiliar que estamos construyendo. Sé que no es mucho comparado con los proyectos a los que te dedicas, pero podrías ganar un dinero extra apoyando a tu querida prima.

—Por favor, hablemos de eso en otro momento, Mónica —se excusó Pablo vocalizando con dificultad debido a los efectos del licor—. Me han dado vacaciones por unos días, así que podríamos conversar el lunes con calma. En realidad quiero comentarles una idea que se me ocurrió hace poco, un invento tecnológico que podría ser un éxito comercial, pero que no puedo desarrollar solo. Quizá ustedes puedan ayudarme a encontrar un ingeniero electrónico.

—¿De qué se trata? —interrogó Humberto con interés.

—Pienso en un teléfono móvil conectado al solenoide de un automóvil que apaga el sistema eléctrico cuando recibe una llamada. Es un concepto elemental, pero me parece útil y práctico. Especialmente ahora, con tanto robo de vehículos.

—¡Suena genial! —exclamó Mónica entusiasmada—. Conozco a la persona ideal: un ingeniero que trabajó con nosotros hace muchos años y que ahora vive retirado en las afueras de la ciudad, dedicado a sus invenciones. Es un genio loco —añadió con una sonrisa.

—Nos interesa participar de la iniciativa —complementó Humberto con solemnidad—. Necesitamos calcular el coste unitario y definir el número de unidades que deseamos vender para determinar el monto de la inversión. En eso tengo experiencia; he colocado muchísimos productos en el mercado. Pienso que sería conveniente utilizar los puntos de venta de una empresa de telefonía, y a cambio podríamos otorgar exclusividad en la compra de las líneas telefónicas que se requieren para que el mecanismo funcione.

—Puede ser, pero solamente por un plazo —precisó Mónica—. No me parece bien trabajar con un solo proveedor: limitaría nuestro

crecimiento.

Pablo escuchaba con atención el intercambio y asentía frecuentemente. Su idea había despertado inusual interés en los visitantes y tenía otras en mente. «A esto podría dedicarme el resto de mi vida», pensó. Diez minutos después, los esposos Alayza se levantaron de sus asientos y se despidieron afectuosamente con la promesa de una próxima reunión para definir los detalles de la sociedad que habían decidido constituir. Pablo agradeció con una sonrisa las muestras de confianza y los acompañó hasta la puerta. Resolvió al instante que era tiempo de celebrar, de manera que llamó a Perséfone, una prostituta que había conocido en un local de *striptease*, y pasó el resto de la noche entregado a su deseo febril.

Al mediodía del sábado, Juana, la esposa de su amigo Julio, llamó para recordarle que esa noche era la fiesta sorpresa de cumpleaños de su marido y que todos debían llegar antes de las nueve a la casa de Chorrillos donde se realizaría. Pablo dio las gracias por el recordatorio y confirmó su asistencia. Apareció a las ocho y media, portando en la mano derecha la botella de vino que pensaba regalar. Desde la puerta de la casa calculó que había no menos de cuarenta personas, casi todas conocidas. A las diez, Julio ya había recibido los saludos cumpleañeros y los invitados se encontraban dispersos por la casa, conversando en grupos o bailando al son de la música. Pablo se sirvió el cuarto vodka de la noche y se acercó a un grupo de chicos que departía sobre la festividad que se celebraría el siguiente fin de semana en Chincha. Entre esos amigos estaba Rebeca Montalvo, una joven chinchana de pelo negro, piel muy blanca y pequitas en la nariz, de la que Pablo quedó irremediablemente prendado. Se acercó a ella mostrando las plumas y consiguió apartarla del grupo con una soberbia actuación. El arquitecto hablaba sin parar, con rapidez, con seguridad. Ella parecía corresponderle. Se sirvieron otra copa y se sentaron en unos sillones situados cerca de la puerta principal y lejos de la algarabía.

—¿Entonces vas a Chincha el próximo sábado? —preguntó la chica entornando los ojos.

—No lo sé —contestó Pablo haciéndose el interesante—. Estaré muy ocupado la semana que viene: necesito terminar el diseño de un dispositivo electrónico que acabo de inventar y también debo formar la empresa que se encargaría de su comercialización. No puedo adelantar detalles porque todavía no hemos obtenido la patente. También estoy trabajando en el prototipo de un avión subsónico con alas de geometría variable que según mis cálculos podría reducir hasta un ocho por ciento la resistencia aerodinámica

de una aeronave.

—Tú no puedes ser arquitecto —masculló Rebeca asombrada—. ¿Cómo sabes tantas cosas?

—Estudio mucho y asimilo con facilidad —respondió Pablo petulante—. Siempre me ha fascinado la ciencia y desde hace algunos días tengo más tiempo para investigar. Esta mañana, por ejemplo, estuve leyendo sobre las ecuaciones de Maxwell. También me interesan la economía, la filosofía, la historia y la literatura universal.

—Ven a la fiesta de la próxima semana, por favor —suplicó la muchacha alucinada con la erudición de su nuevo amigo—. Nos divertiremos, habrá pelea de gallos y bailaremos festejo. Además, quiero que conozcas a mi papá, la persona que más amo en este mundo.

—Voy a tratar —dijo Pablo fingiendo indiferencia.

Conversaron por unos minutos más y se despidieron con la promesa de reencontrarse la semana siguiente en Chincha. Ella le dio su número telefónico y el nombre de un hotel que quedaba cerca de su casa, en el distrito de El Carmen.

***

Pablo pasó la semana entretenido con sus nuevos proyectos. El lunes por la mañana se reunió con Mónica y Humberto, revisaron juntos el estatuto de la nueva empresa y acordaron la contratación de un abogado para tramitar la formación de la sociedad y completar la solicitud de la patente de invención. El miércoles por la tarde recibió en su dúplex al ingeniero que le había recomendado Mónica, un hombre retirado de unos sesenta años que pasaba sus días encerrado en el taller de electrónica que había construido en el jardín de su casa. Después de discutir asuntos técnicos, abrieron una botella de escocés y permanecieron conversando hasta la medianoche sobre la brevedad de la vida y la incertidumbre del porvenir. El jueves al mediodía, Pablo pasó por el estudio de arquitectos para dejar unos planos que había olvidado entregar, invitó a almorzar a uno de sus subordinados y se enteró de las novedades de la oficina bebiendo dos copas de pisco *sour*. El viernes decidió rendirse a la voluptuosidad: llamó a dos prostitutas a las ocho y media de la mañana y dedicó la jornada a la lujuria y al exceso. El sábado se levantó al amanecer para continuar con la fabricación de su aeromodelo y comenzó a idear un sistema informático descentralizado que utilizaría la capacidad de

procesamiento de sus periféricos para operar. A las diez resolvió que iría a Chincha, y media hora después estaba conduciendo por la autopista en dirección al sur.

Llegó a Chincha Alta poco antes de la una de la tarde, una ciudad caótica y ruidosa emplazada a ambos lados de la Panamericana Sur, que con el tiempo había transformado un tramo de la carretera en una avenida local con intersecciones, semáforos y tráfico perenne. Siguiendo las indicaciones que Rebeca le había dado por teléfono, Pablo avanzó hasta la salida de la ciudad y dobló a la izquierda apenas vio el letrero que anunciaba el acceso al distrito de El Carmen. El lugar era un paraíso, un refugio, un basurero, un punto de vista, un copo de algodón; una mala costumbre, una perpetua fiesta, un repique de cajón. La mayoría de los pobladores del distrito era descendiente de los esclavos angoleños y mandingas que fueron importados durante la época colonial para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, cultivo predominante de la región entonces. Después de la abolición de la esclavitud decretada a mediados del siglo XIX por el presidente Castilla, los negritos permanecieron trabajando en la zona como peones libres, aportando a la cultura popular sus sabores, sus costumbres, su percusión y sus danzas africanas.

El arquitecto recorrió un corto tramo de la pista asfaltada, cruzó el puente construido sobre el cauce seco del río Matagente y avanzó durante doce minutos por el mismo camino rodeado de plantaciones de algodón y maíz hasta que avistó a su derecha la alameda que debía conducirle al hotel, una antigua casa de hacienda, con aspecto de atesorar historias de muerte y opresión, señorío y rebelión, amor y dignidad. Al llegar a la casa, Pablo quedó maravillado con la fachada colonial, con el retablo de caoba nicaragüense de la capilla, con la intensidad de los colores bajo el sol resplandeciente. Subió las escaleras del acceso principal, pidió una habitación sin preguntar el precio, deshizo el equipaje y llamó a Rebeca para avisarle que había llegado. Ella respondió que se encontraba haciendo compras en la ciudad y que iría a buscarlo después de almorzar, así que Pablo aprovechó para conocer los alrededores. El alojamiento contaba con quince habitaciones, un amplio patio central, una magnífica terraza con vista al jardín y un surtido bar. Todo lucía decorado con esmero, tratado con cariño. Las galerías subterráneas de trazado laberíntico que recorrían la casa y los cepos y grilletes exhibidos en las paredes recordaban un pasado esclavista, cuando la hacienda era administrada por jesuitas y nobles. Un empleado del hotel contó a Pablo que en tiempos de la

colonia uno de los ramales del laberinto llegaba hasta el puerto de Tambo de Mora, lugar de desembarco de los esclavos de ultramar que accedían a la hacienda por ese estrecho túnel. El hotel tenía una interesante particularidad que el arquitecto notó casi de inmediato: todos los empleados, con excepción del barman, eran de raza negra.

Finalizado el recorrido, Pablo se sentó en una mesa del patio central, pidió una copa de pisco y se dejó envolver por la quietud de esa tarde. No tenía apetito. Al cabo de un rato, una elegante anciana de unos ochenta años se acomodó en uno de los sillones distribuidos cerca de la mesa donde Pablo se encontraba.

—¡Salud! —exclamó de pronto la señora levantando su copa de pisco *sour*.

Pablo se acercó.

—Buenos días, señora —saludó con afabilidad—. Me llamo Pablo Leguía.

—Buenas tardes —corrigió la anciana—. Soy Caridad, la dueña de esta casa. Puedes sentarte si quieres. ¿De dónde eres?

—De Lima; soy arquitecto. Trabajo para una firma importante.

—¡Ya sé quién eres! —exclamó doña Caridad—. Dos de mis hijos han trabajado contigo en un proyecto de habilitación en el norte y me han hablado con mucho cariño de ti. Recuerdo mejor tu apodo, «Señor meñique». Supongo que has venido para la fiesta.

—Así es, me invitó una chica que vive aquí cerca y la estoy esperando para salir.

—Pensé que eras casado —soltó la anciana.

—Me separé hace unas semanas —murmuró Pablo.

—Discúlpame —rogó doña Caridad avergonzada—. No deseaba incomodarte. ¿Y cómo se llama la chica que vendrá a buscarte, para avisar en recepción?

—Rebeca Montalvo —respondió al instante el arquitecto—. La conocí la semana pasada en Lima, en una reunión.

—Es mi sobrina nieta —señaló la señora—. Un poco descocada, pero de buen corazón. Quizás debas conocer a mi nieta Catalina: se acaba de divorciar y está pasando una temporada conmigo. Mañana almorzaremos en la terraza. Si lo deseas, puedes acompañarnos.

El agradecimiento de Pablo por la gentil invitación fue interrumpido por la irrupción de Rebeca en el patio. La muchacha lo saludó con un breve abrazo, besó a su tía abuela en la mejilla y se arrellanó en uno de los sillones, resoplando con fuerza. Estaba muy sensual con su pantalón ceñido, su camiseta escotada y su pelo desordenado. Pocos minutos después la anciana apuró su copa, se

levantó con ayuda de uno de los camareros, recordó a Pablo la cita para almorzar al día siguiente y caminó lentamente hacia su cuarto para dormir una siesta. Rebeca se excusó por la tardanza, ordenó una copa de pisco, habló sobre la pelea de gallos que acababa de concluir y también sobre los preparativos de la celebración de esa noche, tras lo cual se despidió alegando una urgencia e indicando que estaría con sus amigos en la plaza del pueblo a partir de las ocho. El arquitecto quedó confundido, pues había asumido que la chica lo atendería durante su estancia. Levantó los hombros, sonrió divertido, pidió un cóctel, aspiró el perfume de los jazmines y dedicó el resto de la tarde a repasar mentalmente lo que requeriría para construir el sistema de cómputo que había empezado a bosquejar y que, en su opinión, revolucionaría el sector informático.

Poco antes de las nueve de la noche, Pablo salió del hotel conduciendo su todoterreno, atravesó la ruta de álamos que llevaba a la casona, volteó a la derecha por la pista asfaltada que llevaba a la Panamericana Sur y avanzó un trecho hasta toparse con la pequeña plaza del pueblo de El Carmen, un insípido cuadrado de cemento acotado por palmeras que parecía ser el centro de la reunión. Las puertas de las casas alrededor de la plaza estaban abiertas y sus habitantes, casi todos morenos, parloteaban y reían en la acera bebiendo pisco. Pablo estacionó cerca de ahí, compró varias botellas de cerveza y se unió a la celebración. Mientras buscaba a Rebeca entre la concurrencia, uno de los empleados del hotel, un chico alto y huesudo con la piel muy oscura, lo reconoció y lo invitó a sentarse en la puerta de su casa para tomar una cerveza y fumar un cigarrillo. Pablo aceptó encantado.

—Mucho gusto, amigo. Me llamo Antonio, Antonio Cotito —dijo el moreno enfatizando cada palabra—. Tú eres de Lima.

—Así es, mi nombre es Pablo. ¿Conoces a Rebeca Montalvo? La estoy buscando.

—La conozco: está bien rica —se rio el negrito exhibiendo unos dientes blanquísimos—. No la he visto todavía, pero quédate aquí mientras la esperas. Mis tíos tocan violín y cajón; ahorita armamos un fiestón de padre y señor mío.

—¡Qué bien! —exclamó Pablo observando boquiabierto a una pareja que bailaba en medio de la calzada.

Pablo pasó la noche jaraneando con su nuevo amigo Antonio. Bailaron con los vecinos a ritmo de cajón, bongó y quijada de burro; bebieron cerveza, una botella de pisco y otra de ron; comieron anticuchos y picarones. Al final de la fiesta, cuando fumaban un cigarrillo apoyados en una de las palmeras de la plaza para no

caerse al suelo, tropezaron con Rebeca. La muchacha se detuvo a una distancia prudente, saludó levantando la mano derecha y se alejó con rapidez. El festejo se trasladó a la vivienda de don Amador, ubicada a dos manzanas de la plaza. Pablo supo por uno de los amigos de Antonio que el anciano dueño de la casa había sido un músico y bailarín prodigioso, y que era venerado como uno de los principales referentes de la cultura afroperuana. Una de las hijas del viejo escuchó que hablaban de su padre y preguntó al arquitecto si deseaba conocer a la leyenda viviente. Entraron a la casa cuidando de no tropezar con los muebles y la mujer señaló al anciano de pelo crespo blanco que se encontraba sentado sobre la silla de ruedas situada frente a un televisor apagado. La hija explicó que su padre había sufrido un derrame cerebral hacía pocos años y que había perdido completamente la movilidad y la facultad de hablar, pero que podía expresarse con la mirada. Pablo se acercó al viejo, le susurró al oído con su aliento pestilente unas palabras cariñosas y se colocó frente a él, esperando una reacción. Don Amador lo miró con los ojos grisáceos muy abiertos. Pablo veía borroso y la luz era tenue, pero aseguró a los demás que el viejo le había regalado una sonrisa. Poco después del amanecer, mientras algunos fieles caminaban hacia la iglesia para atender a la primera misa del domingo, el arquitecto subió a su vehículo y emprendió el camino de regreso al hotel. Estaba exultante. Entró en la casona cuando los empleados se preparaban para ofrecer el desayuno y ordenó que le llevaran a la habitación un jugo de naranja, un café negro cargado y un sándwich de jamón con queso. Engulló la comida y dormitó hasta el mediodía. Se levantó, se duchó, se vistió y fue a buscar a Rebeca a su casa, pero la sirvienta le informó por el ventanillo de que la señorita estaba indispuesta y que no atendería visitas. De vuelta en el hotel, uno de los empleados comunicó a Pablo que doña Caridad estaba esperándolo en la terraza para almorzar, y lo acompañó durante el corto trayecto.

—Te vi anoche con Antonio —dijo el empleado tras establecer contacto visual con el huésped—. Tremenda borrachera la que te has pegado con mi primo: el pobre va a dormir hasta la próxima semana. No puedo creer que estés despierto. Mi nombre es José Cartagena.

—Pablo —farfulló el arquitecto extendiendo la mano para saludar—. Todo bien; tengo buena cabeza para el trago.

—Nos vamos a juntar más tarde en el pueblo con Marito, para muchos el mejor cajoneador de El Carmen —mencionó José caminando muy erguido—. Puedes unirte si quieres.

—Gracias, lo pensaré —contestó Pablo mientras cruzaban el umbral de la terraza.

Doña Caridad y Catalina lo esperaban sentadas en una mesa cuadrada revestida con mantel de encaje. La anciana indicó a Pablo que se acercara agitando una mano, lo saludó con un sonoro beso en la mejilla, le presentó a su nieta y señaló una silla vacía. La muchacha era bonita, pero aparecía demacrada, la mirada era esquiva y la sonrisa lánguida. Durante el almuerzo, Pablo contó algunas de sus anécdotas más divertidas y respondió con jovialidad las preguntas de la matriarca, quien celebraba las ocurrencias del visitante castañeteando la dentadura postiza. Catalina comió sin levantar la mirada, bostezó un par de veces y respondió con monosílabos las pocas preguntas que le hizo la abuela. Al terminar el postre pidió permiso para retirarse y se despidió con educación. Pablo y la señora hablaron por horas, felices de la vida, tomando copitas de anisado arequipeño. Al terminar, caminaron lentamente hasta el patio central y se despidieron con un largo abrazo. Pablo corrió a su habitación, vomitó hasta las tripas en el inodoro, se tendió sobre la cama y cerró los ojos.

Decidió quedarse en el hotel hasta el día siguiente: no se sentía capaz de conducir tres horas por carretera en plena noche. Por la cabeza le pasaban como seguidillas algunas imágenes de la víspera: las negritas vestidas de blanco agitando la pelvis al ritmo de los tambores, las risotadas de un hombre con sombrero jipijapa que zapateaba a la perfección, la mirada concentrada del tocador de cajón atizando su instrumento en comunión extática con las musas, la solitaria cucaracha cruzando la pista en medio del tumulto, o los grandes ojos del viejo Amador. Durmió profundamente unas horas, tras las que despertó sobresaltado, tomó una ducha fría para despejarse, telefoneó insistentemente a Rebeca sin obtener respuesta y condujo su todoterreno hasta la casa de la muchacha, ansioso por verla.

—Espere, por favor —contestó la sirvienta a través del postigo cuando Pablo preguntó por la chica.

—¿Qué pasa, Pablo? —preguntó Rebeca con voz somnolienta al abrir la puerta—. ¡Son las diez de la noche! —exclamó.

—Nada importante; solamente quería avisarte que me quedo hasta mañana —comunicó Pablo con ingenuidad—. Podríamos almorzar juntos.

—Estaré ocupada —respondió rotunda la muchacha—. Gracias por venir, y vuelve pronto —añadió suavizando el tono.

—Gracias a ti. Este corto viaje ha sido una extraordinaria

experiencia —dijo el arquitecto.

—No lo dudo —soltó sarcástica la mujer—. Nos vemos, señor arquitecto —agregó antes de cerrar la puerta.

—Chau, Rebeca —concluyó el arquitecto bajo la luna llena, al tiempo que escuchaba el canto de los grillos y se entretenía con los acompasados pulsos luminosos de las luciérnagas.

Al subir al todoterreno, Pablo se preguntó si José estaría aún reunido con sus amigos en el pueblo y se dirigió hacia allá. La plaza seguía cubierta de papeles y desperdicios y las calles estaban desiertas. Un solitario peatón caminaba frente a la iglesia y el arquitecto se detuvo a su lado, bajó la ventanilla del copiloto y le preguntó por José.

—Lo he visto hace un rato —dijo el hombre en tono apacible—. Creo que fueron todos a la casa de Marito, en Guayabo.

—¿Dónde queda Guayabo?

—Mira, ve, avanzas por la pista asfaltada como si volvieras a la autopista y como a tres kilómetros, pasando el letrero de cerveza, encontrarás a tu derecha un extenso muro de color blanco. Hay una pista afirmada al lado del muro. Esa es la entrada al poblado —explicó con gentileza el transeúnte.

Pablo agradeció las instrucciones y arrancó a toda marcha hacia su meta con la luna llena en la cima del cielo, apartando con el limpiaparabrisas los restos de los insectos que se estrellaban contra el cristal. El silencio era completo, el panorama quieto: la noche había decidido contener la respiración. Torció a la derecha en el punto señalado y avanzó casi un kilómetro por la pista apisonada hasta que avistó a su izquierda un grupo de casitas de adobe alineadas a los lados de una calle polvorienta. Todas las viviendas eran de un solo piso, todas tenían patio frontal de tierra y de todos sus techos colgaba un foco que pretendía remediar la falta de alumbrado público. Pablo giró a la izquierda, después a la derecha, recorrió unos metros y se encontró con un grupo de morenos que conversaba en el pasadizo de una casa. Antonio y José se acercaron a saludar.

—¡Bienvenido a Guayabo! —gritó levantando su vaso de cerveza un moreno desgarbado de voz aguardentosa vestido con camiseta verde que se tambaleaba sobre un taburete.

—Este es mi querido amigo Pablo Leguía, de Lima —dijo Antonio cantando las palabras—. Mira, Pablo, el de bigote apoyado contra el muro que se está haciendo el dormido es Juancheli, que también trabaja en el hotel y se encarga de cuidar los caballos. El de camiseta verde es Marito, el mejor músico de este pueblo. Ya

conociste a José. Por favor, siéntate sobre esa caja de madera. ¿Quieres un vasito de cerveza?

—No, gracias, Antonio —declinó Pablo asqueado—. Por tu culpa, mi hígado tiene que descansar por unas horas.

—¡Viva el Perú! —exclamó Marito mientras rellenaba el vaso. El músico miraba a Pablo con desconfianza, lo estudiaba con curiosidad.

Pasaron un buen rato hablando sobre música africana. También sobre pobreza, sobre la devoción a la beata Melchorita y sobre la temporada de cosecha. Juancheli contó que esa tarde había reparado la herradura doblada de una yegua utilizando una varilla de metal como palanca. El negrito, de pelo crespo blanco como el algodón, bigote y sonrisa fácil, era parlanchín y bromista. El arquitecto rio a carcajadas cuando Juancheli entonó la voz para explicar la forma correcta de llevar las riendas de un rocín.

—Escucha el sonido de tu tamborcito interior —profirió Marito, el maestro—. Todo es percusión, incluyendo el tucutucu de tu corazón.

—No hables huevadas, negro —comentó Juancheli con una mueca.

—Bueno, ya me tengo que ir —murmuró Pablo a continuación.

Se despidió con abrazos y apretones de mano, arrancó su vehículo, regresó al hotel y se durmió al instante.

***

El lunes despertó al alba, estuvo listo en nueve minutos y recorrió los exteriores de la casona fumando un cigarrillo tras otro. Los agricultores que vivían al frente se preparaban para la faena, el sol comenzaba a brillar con fuerza y el olor a tierra húmeda invadía el ambiente. Algunos niños vestidos con uniforme escolar jugaban a la pelota al otro lado de la acequia que demarcaba los dominios del hotel. Pablo decidió acercarse a ellos, de manera que caminó a paso firme por el terreno y atravesó el canal de agua con ayuda de un tablón de madera. Recorrió durante un rato el poblado vecino, Túpac Yupanqui, para conocer la distribución de sus calles, y volvió al hotel poco después de las siete de la mañana, con un hambre atroz.

—Buenos días, Pablo —le dijeron sonriendo los empleados del hotel que se cruzaron con él cuando se dirigía al patio central para desayunar.

—Buenos días —contestó el arquitecto a cada uno de ellos

retribuyendo las expresiones de afecto.

Se acomodó en una de las mesas y pidió un café con leche. No había ningún otro huésped.

—Buenos días, señor arquitecto —saludó doña Caridad al acceder al patio—. Parece que finalmente has conseguido descansar: tienes mejor semblante.

—Dormí bien —indicó Pablo sosteniendo una cucharita con su mano derecha—. Me encanta la tranquilidad de campo.

—Ven, siéntate aquí conmigo y conversemos un rato —le rogó la abuela señalando un sillón libre—. ¿Cómo te fue con Rebequita?

—Más o menos —respondió Pablo mientras se acomodaba—. Ayer pasé por su casa para avisarle que pasaría la noche aquí. Me atendió desde la puerta y me dijo que estaría ocupada, que nos veríamos en otra ocasión.

—Ay, hijito, búscate otra chica —aconsejó la señora, experta en curar heridas de amor—. Si le gustaras, no pondría excusas para verte. Es una lástima que no le hayas parecido guapo a mi nieta Catalina; ella tiene una sensibilidad similar a la de mi hermana Tete, la monjita. La pobre niña ha sufrido una barbaridad con su exmarido, un tipejo malparido. No entraré en detalles, que no quiero ser indiscreta. ¿Cómo se llama tu esposa?

—María —murmuró Pablo cabizbajo.

—Me parece que deberías regresar con ella —susurró la anciana —. No te comportes como un chiquillo buscando novia; hay una edad para cada cosa.

—Creo que no hay nada que hacer —suspiró el arquitecto—. Tuvimos una fuerte discusión hace unas semanas. Yo estaba ebrio y la boté de nuestro apartamento. No hemos hablado desde entonces.

—¿La golpeaste? —inquirió doña Caridad con la voz firme.

—¡Nada de eso! —exclamó Pablo sintiéndose agraviado.

—Los gritos y las recriminaciones son los condimentos de cualquier matrimonio —señaló la señora cambiando de tono—. La pareja convive cotidianamente en el mismo espacio y los roces son naturales, incluso deseables. Hazle caso a esta vieja que lo ha visto todo: busca a tu esposa y discúlpate con unos bombones de chocolate y un gigantesco ramo de rosas, actuando como el caballerito que eres. Para lograr un matrimonio feliz, el marido debe aprender a olvidar y a disculparse siempre, aun cuando tiene la razón.

—No es tan simple —musitó Pablo compungido, con la mirada clavada en el suelo.

—Nada es fácil —le recordó la anciana—. Quedé viuda a los

treinta y nueve años, con diez chicos que alimentar. Mis hijos mayores asumieron parte de las responsabilidades de la casa y de la chacra, pero pasamos penurias y estrecheces durante mucho tiempo. Tres años después de la muerte de Paco, mi marido, el gobierno militar del general Juan Velasco ordenó la afectación de esta propiedad en cumplimiento de la ley de reforma agraria. Mostrando una fortaleza que no tenía, me entrevisté con coroneles y generales para reclamar por la injusticia y escribí a sus amantes contándoles la angustia de una viuda joven con una decena de hijos a punto de perder su hogar. En una ocasión, logré conversar con un asesor del presidente. Todo fue inútil, los cachacos de cualquier rango solamente saben ejecutar órdenes. Apelamos la expropiación ante el poder judicial incontables veces hasta que conseguimos una sentencia favorable. Como ves, todos hemos tenido problemas y cada quien debe aprender a lidiar con ellos a su manera. Hay cientos de formas de meter arena en un saco.

—Agradezco su preocupación, doña Caridad —dijo Pablo con sinceridad—. Afrontaré mis desavenencias matrimoniales en Lima. Ahora quiero disfrutar de un bonito día soleado en el campo, bañarme en la piscina y beber unas copas de buen pisco.

—Me parece fabuloso —contestó la viejecita—. Que pases un lindo día.

Pablo se levantó, se colocó frente a la señora y la besó en la frente. Le acarició el pelo blanco mirándola con ternura, dio media vuelta para no delatar sus ojos humedecidos por la emoción y se dirigió a su habitación. Tomó una larga ducha con agua bien caliente, se vistió con pantalón bermudas y eligió una camiseta blanca. Caminó hasta la terraza, se acurrucó en la mecedora de mimbre que estaba situada en un rincón, ordenó a un empleado que le sirviera una copa de pisco y cerró los ojos. Estaba contento con el balance de su corto viaje: aunque no había cumplido el objetivo de conquistar a Rebeca, había conocido a gente extraordinaria, había aprendido a golpear el cajón y había descansado a sus anchas en ese paraje campestre alejado de los edificios y del ruido de la ciudad, donde todo era cemento y amontonamiento. «¿Qué fue de ese pisco?», se preguntó sediento. Recordó el último grito que lanzó a su esposa: un terminante «¡Lárgate si quieres!» cargado de resentimiento. Abrió los ojos, turbado por la evocación, y vio acercarse a un camarero con una copa en la mano.

—Aquí está el pisquito, Pablo —dijo el larguirucho muchacho al dejar el aguardiente de uva sobre una mesa—. Es un mosto verde, el mismo que toma doña Caridad para los resfriados. Mi nombre es

Augusto y soy sobrino de Juancheli. Mi tío está en el establo, detrás de ese árbol. Dice que vayas a visitarlo cuando puedas, que quiere hablar contigo.

—Gracias, amigo. Dile que ahorita voy —indicó Pablo después de despachar de un golpe el contenido de su copa.

Apenas se retiró Augusto, el arquitecto se sentó sobre las escalinatas que llevaban al jardín. Una mariposa de color azul revoloteaba cerca de un rosa amarilla. Se sentía bien: fuerte, sagaz, bajo control. Concluyó que el abandono de María había sido una bendición, pues de otro modo no hubiera podido conocer ese bucólico paisaje. Un sentimiento fulminante, una singular sensación de pertenencia le confirmó que se encontraba en su nuevo hogar, uno en el que era popular y querido. En ese lugar quería reproducirse, envejecer y morir. Las propiedades de la zona se vendían por hectárea, no por metro cuadrado. Construiría su casa sobre un pequeño terreno y plantaría árboles frutales en el perímetro para convertir el espacio delimitado en un vergel. Podría diseñar casas y cobrar un buen dinero por sus servicios. Con su reputación, no tendría dificultades para conseguir clientes. Rebeca sería su excusa para echar raíces, la fiel intérprete de sus deseos, la prueba material de la plenitud de su vida. Se levantó y caminó en la dirección que Augusto le había señalado hasta que llegó a la caballeriza.

—¡Buenos días! —saludó Juancheli encantado con la visita—. Déjame terminar de cepillar a esta yegua y estoy contigo en un ratito.

—Tranquilo, te espero —dijo Pablo impresionado con la flacura del jumento.

El olor a bosta dominaba el área y los tábanos merodeaban a los equinos sin cesar. En el interior de la cuadra había tres monturas: un tordo con la cruz alta, un viejo alazán y la yegua que limpiaba Juancheli, una zaina de crin y cola de color negro. Podían distinguirse las camas de paja y aserrín, y el forraje estaba apilado en una esquina.

—¡Ya está! —exclamó Juancheli secándose el sudor de la frente con un trapo—. Sé que no nos conocemos mucho, Pablo, pero me sentiría honrado si asistes al bautizo de mi primera nieta. Es el próximo sábado al mediodía.

—Con el mayor gusto —contestó Pablo conmovido—. Conseguiré un bonito regalo para ella. ¿Cómo se llama la niña?

—Laura; tiene ocho meses —precisó el abuelo.

—Perfecto, no faltaré —afirmó el arquitecto—. Nos vemos

después, Juancheli. Creo que iré a la piscina, que el calor está fuerte.

—¡Espera! —lo detuvo el moreno con su voz ronca—. ¿No quieres dar una vuelta a caballo? Así gano una propina y puedo comprarle un regalito mejor a la bebé.

—Pero no sé montar —confesó Pablo.

—Vamos nomás, yo te enseño. Ven, deja tus cosas sobre esta mesa.

Pasearon durante hora y media por los exteriores de la casona bajo el sol abrasador. Pablo había elegido el alazán y aprendió a montar con destreza, luego a trotar como el mejor. Descubrió que era fácil galopar tensando sus muslos sin tocar la grupa con ayuda de los estribos y consiguió que la bestia obedeciera su voluntad al tirar de las riendas. Al final del paseo, el arquitecto era un experto jinete y había hecho un nuevo amigo en esos campos generosos. El bigotudo Juancheli era un espíritu libre y rezumaba sabiduría. De vuelta en el establo, el moreno le recordó el compromiso de la siguiente semana. Pablo recogió sus cosas y se despidió de su camarada con un fraternal abrazo.

Fue directamente a su habitación, se puso un traje de baño, sacó su reproductor portátil y caminó hasta la pileta, un clásico rectángulo celeste cercado por arbustos de rosas y jazmines ubicado al pie del roble más frondoso del jardín, a unos treinta metros de la terraza. Se refugió bajo una sombrilla, se instaló en una tumbona y suspiró. Era mediodía, el sol caía a plomo y el resplandor se reflejaba en el agua estancada, produciendo enceguecedores destellos. Pablo cubría el reflejo con una mano y se abanicaba el rostro con la otra para aliviar el bochorno. Se percató de que Augusto estaba cerca, le pidió un mojito y se recostó sobre el mueble. Estaba enervado, sudoroso y tenía las piernas agarrotadas por la cabalgada. Reflexionó brevemente sobre el descubrimiento de ese nuevo mundo: la alegría de su gente, el amor que tenían a sus raíces, el ritmo trepidante de su percusión. «Aquí soy feliz», admitió al fin.

—Tu mojito —anunció Augusto colocando el vaso sobre una mesita—. El barman dice que ha usado el mejor ron, pero que te lo cobrará como si se tratara de uno normal.

—Gracias, hermano —contestó Pablo con amabilidad—. Estuve con Juancheli y me ha invitado al bautizo de su nieta.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Augusto con una sonrisa—. La jarana va a estar buenísima: mi prima Rosa ha comprado cuatro barriles de cerveza y planea tirar la casa por la ventana. Voy a ir al

bautizo con toda mi familia. ¿Cuándo regresas a Lima?

—Esta tarde —indicó Pablo acordándose de que debía empezar a prepararse para partir—. Me voy a quedar por aquí unos minutos más, Augusto. Gracias por todas tus atenciones. Te aviso si necesito alguna cosa.

El espigado moreno comprendió que estaba molestando al huésped y se retiró con una venia. Pablo se colocó los auriculares del reproductor, eligió una canción y cerró los ojos para disfrutar de la melodía. Tras unos minutos apagó el dispositivo de sonido, se quitó la camiseta, colocó su trago al borde de la piscina y se dio un chapuzón. Nadó durante un rato para estirar los músculos entumecidos, acercándose con frecuencia a la orilla para beber el mojito. Recordó la respiración entrecortada de María cuando dormía, su piel de melocotón, sus ojos negros. Estaba indeciso, no sabía si seguir el consejo de doña Caridad y tratar de arreglar las cosas con su mujer, o insistir con Rebeca. Necesitaba su música para meditar, pero también quería nadar. Se le ocurrió que podía improvisar un estuche impermeable para el dispositivo, de manera que salió de la pileta y se acercó empapado a la terraza para solicitar una bolsa plástica transparente con cierre y un rollo de cinta adhesiva. Minutos después, uno de los empleados le entregó lo que requería. Pablo introdujo el reproductor en la bolsa y selló con cinta adhesiva la abertura por la que salía el cable de los auriculares. Ingresó nuevamente a la piscina, deslizándose despacio, apoyando los codos sobre el borde; posó la bolsa plástica sobre el agua, la dejó flotar libremente y se colocó de nuevo los auriculares en los oídos. Manipuló los controles del aparato, eligió una canción y se dejó envolver una vez más por la música. El experimento era un éxito. Cuando sumergió la cabeza, los pequeños altavoces emitieron un zumbido agónico y dejaron de funcionar. «Un contratiempo menor; simplemente tendré que impermeabilizarlos», se dijo Pablo. No comprendía por qué no se vendía en el mercado un accesorio tan útil, simple y práctico. Determinó que se trataba de una idea novedosa con potencial comercial y que la compartiría con Mónica y Humberto.

Poco después, Pablo reunió sus cosas, se dirigió a la terraza, pidió al llegar una copa de pisco acholado y ocupó una de las mesas situadas al lado de la balaustrada. Era la hora del almuerzo y le sonaban las tripas. Catalina apareció minutos más tarde, en biquini y con un pareo anudado a la cintura. «Tiene un cuerpo sensacional», pensó el arquitecto al verla. Ella lo reconoció y se acercó a saludar.

—¿Cómo estás, Pablo? —preguntó ella después de darle un beso

en la mejilla—. Perdona mi desatención de ayer al mediodía. Usualmente soy una persona agradable.

—No te preocupes, Catalina —contestó Pablo indulgente—. ¿Por qué no me acompañas a almorzar? No hay nadie más y realmente no quisiera comer solo.

—Está bien —respondió la muchacha sentándose en la silla contigua.

Conversaron muy poco durante el almuerzo; ambos estaban hambrientos y no se daban un respiro para hablar, pero intercambiaron miradas y sonrisas constantemente. A Catalina le parecía una cortesía responder al contacto visual. Para Pablo, era más bien una invitación. El arquitecto la consideraba una mujer guapa, de lindos ojos azules y grandes tetas, lo que creaba un problema porque cuando hablaba con ella estaba siempre tentado a bajar la mirada hacia el escote. Comenzó a excitarse imaginando una sesión de sexo salvaje con ella. Catalina intuyó lo que pasaba por la mente de Pablo, se ruborizó por unos segundos y le lanzó luego una mirada de desaprobación. Se mostraba ofendida, pero al mismo tiempo estaba agradecida porque se sentía nuevamente apetecible. Pablo reaccionó y apartó la vista, humillado. Pidieron dos tazas de café y las tomaron en silencio, observando cómo los pájaros se aproximaban al bebedero del jardín. Catalina se levantó de la mesa y se despidió con otro beso en la mejilla. «¡Visítanos pronto!», gritó la muchacha cuando se alejaba. Al verla caminar con gracia y soltura, Pablo consideró que se había apresurado en desestimar a Catalina como pareja potencial: ambos pasaban por rupturas sentimentales dolorosas, de manera que podrían compartir sus penas y consolarse mutuamente. Rebeca era sin duda una alternativa mejor: era más joven, no arrastraba la amargura de un matrimonio abortado e irradiaba vitalidad. Estaba seguro de que tendría con ella una vida sexual activa y placentera. ¿Y María? Su mujer se le colaba por las rendijas de los pensamientos y le condicionaba los planes. Tenía que hablar con ella antes de tomar una decisión definitiva sobre su futuro, pero la había maltratado y todavía no se sentía preparado para enfrentarse a ella.

A las tres de la tarde recogió el resto de sus cosas de la habitación, pagó en efectivo por su estancia y agradeció a los empleados del hotel la hospitalidad. Rosalía, la guapísima morena que trabajaba como recepcionista, indicó a Pablo que doña Caridad había partido hacia Lima al mediodía y que la señorita Rebeca Montalvo había llamado por teléfono para avisar que esa tarde estaría esperándolo en casa. El corazón de Pablo dio un brinco:

podría despedirse de Rebeca e informarla en persona de que volvería la semana siguiente para un bautizo. Subió al todoterreno y fue a buscarla, conduciendo deprisa. Al llegar a la casa de la muchacha, la encontró sentada sobre el capó de un automóvil, fumando un cigarrillo y hablando por teléfono. El arquitecto bajó de su vehículo y avanzó unos cuantos metros. Ella lo vio, corrió hacia él, se le colgó del cuello y le estampó un beso en la boca. Pablo retrocedió un paso, aturdido por la efusividad de la chica. Luego sonrió y trató de responder al beso, pero ella no se lo permitió. Rebeca lo invitó a pasar al salón, llamó a la sirvienta y le ordenó preparar café y bocadillos. Se sentaron muy juntos en un amplio sofá, donde Pablo intentó acometer nuevamente, fallando por segunda vez.

—No comprendo —indicó Pablo embrollado pero contento—. Me das un beso y después no quieres que te lo devuelva.

—No seas tontito, Pablo —señaló Rebeca con coquetería—. Lo mío fue un saludo acaramelado, y tú quieres comerme las amígdalas. ¿Sabías que eres muy intenso? Eso me gusta de ti, pero también me aterra un poco.

—Es lo que me dicen todas —fanfarroneó Pablo. Le sudaba la frente y le dolían las piernas.

Minutos después se oyeron pasos provenientes del corredor que conducía a los dormitorios. Segundos después, apareció en la habitación un señor robusto de mediana edad y pelo entrecano que se acercó a la pareja y saludó con deferencia.

—Mucho gusto; mi nombre es Alberto Montalvo —indicó el hombre mientras estrechaba la mano del visitante—. Así que tú eres el famoso Pablo —siguió diciendo Alberto al tiempo que se acomodaba en una poltrona—. Rebequita me ha dicho que eres un excelente arquitecto y que además dominas temas científicos, de modo que quizás puedas ayudarme. Hace varios años ocupé de manera ilegal una playa a la salida de Chincha, pasando Jahuay. Tuve que pagar un montón de plata a varios funcionarios de la municipalidad para que me permitieran quedarme. Con los años he lotizado y vendido la tierra, y también he construido unas treinta casas de acuerdo a los planos que elaboró un arquitecto de la zona. Quisiera que diseñaras para mí un nuevo tipo de vivienda aprovechando al máximo las vistas al mar. No tienes que responder ahora, solamente piénsalo. Estoy dispuesto a compensarte generosamente, aunque también espero una considerable rebaja por la relación de amistad que tienes con mi hija.

—Nunca confundo el trabajo con el placer —manifestó Pablo

con el entrecejo fruncido, inconforme con la sugerencia de un descuento—. Lo pensaré, muchas gracias por la confianza.

—Tengo otro problema —anunció Alberto—. Hemos solicitado infinidad de veces el tendido de una línea eléctrica hasta la playa, pero la compañía de distribución se niega a atendernos porque no resulta rentable. Por esa razón utilizamos un potente generador diésel, pero sufrimos apagones todo el tiempo. Me pregunto si conoces un buen mecánico que pueda reparar el motor: la garantía caducó hace dos años y el representante del fabricante pide una cantidad exorbitante de dinero para repararlo.

—Déjeme averiguar —contestó el arquitecto.

Alberto era el dueño de la casa y tenía derecho a irrumpir en cualquier momento. Era fundamental llevarse bien con el padre, pues Rebeca le había dicho que era la persona que más amaba.

—Bueno, debo irme —señaló Alberto levantándose de golpe—. Ha sido un gusto conocerte, Pablo. Espero que nos veamos en otra ocasión.

—Estaré aquí el fin de semana que viene —informó Pablo—. Para entonces debo haber conseguido un mecánico y también podré confirmarle mi interés acerca del diseño de las nuevas casas de la playa. Obviamente, primero necesito familiarizarme con las instalaciones. Podríamos vernos el próximo domingo al mediodía, si le parece bien.

—¡Excelente! —exclamó Alberto satisfecho—. Nos vemos aquí la próxima semana —agregó tras ponerse en pie. Atravesó la habitación y se dirigió a la cocina.

La sirvienta entró en el salón y depositó sobre la mesa de bronce y vidrio situada frente al sofá un azafate con dos tazas de café y galletas de soda. Pablo tomó un sorbo de café, se levantó y anunció que debía marcharse de inmediato porque no deseaba conducir de noche.

—Está bien. Nos vemos en unos días —dijo Rebeca incorporándose con agilidad—. Por favor, no me vuelvas a despertar a las diez de la noche, que aquí dormimos como las gallinas. Vamos, te acompaño a la puerta.

Al despedirse, la muchacha volvió a besarlo en la boca. Pablo atenazó sus caderas y arremetió en respuesta, pero ella arqueó la espalda y le puso un dedo sobre los labios. Se dieron un abrazo y quedaron en hablar por teléfono durante la semana.

Pablo condujo su todoterreno durante las siguientes tres horas y llegó de noche a su apartamento de Surco. Estaba complacido con el grandioso fin de semana que acababa de disfrutar y comenzó a

trazar un plan para mudarse a El Carmen. Por lo pronto, había conseguido dos cosas: un acogedor centro de operaciones en la casona y su primera oportunidad de trabajo en la zona como profesional independiente. Tendido en la cama, Pablo deliró con las infinitas posibilidades de su buena fortuna. Se mantendría económicamente con las ventas y derechos de patente de las invenciones que discurría sin descanso, se casaría con Rebeca en una sencilla ceremonia, invitaría a la fiesta de matrimonio a todos sus nuevos amigos y lo celebraría hasta el amanecer. Lograría estabilidad emocional, tendría una descendencia numerosa y alcanzaría la felicidad suprema. De vuelta en la realidad, el arquitecto se dijo que cuando volviera a El Carmen preguntaría a la recepcionista del hotel sobre terrenos a la venta en los alrededores para comprar una parcela, de preferencia a medio camino entre el pueblo de El Carmen y Guayabo. También debía llamar a Mónica para comentarle lo del estuche impermeable para reproductores de audio que había discurrido. Recordó de repente que las alas del avión que estaba construyendo no estaban balanceadas y resolvió que haría los ajustes cuando la estructura estuviera completa. Enseguida decidió llamar a la oficina al día siguiente para avisar que estaría fuera de la ciudad por unos días, que tenía mucho que hacer y no deseaba ser molestado. Fue a la cocina, sacó una lata de cerveza del refrigerador, retornó al dormitorio y realizó la llamada que había postergado tantas veces en los días previos.

—María, soy Pablo —dijo el arquitecto con la voz serena cuando su mujer contestó.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Quiero verte —dijo Pablo tras beber un sorbo de cerveza—. Estoy tomando algunas decisiones importantes y quisiera reunirme contigo lo antes posible para solucionar nuestras diferencias de manera amigable. Pienso renunciar a la oficina en un par de semanas, apenas consiga lo que necesito para irme a vivir al sur.

—Por ahora seguimos casados, Pablo —le recordó María con la voz trémula—. En estos días he pensado las cosas con tranquilidad. Lo que hiciste fue horrendo y no creo que pueda perdonarte. ¿Qué es eso de renunciar a la oficina? ¿A qué parte del sur irás?

—No comprendes —indicó Pablo como si la conclusión fuera evidente—. Necesito firmar los papeles de divorcio cuanto antes. He conocido a alguien.

María colgó el teléfono.

4

El distrito de Santa Anita estaba ubicado en el cono este de Lima y su actividad principal giraba en torno a su mercado mayorista, el más grande de la ciudad. Miles de camiones atiborrados de mercancías transitaban diariamente por los alrededores de la avenida de la Cultura, donde se emplazaba el mercado. A menos de un kilómetro, sobre la misma avenida, estaba situado el hospital psiquiátrico Emilio Venturo, un área de cincuenta mil metros cuadrados que contenía cinco pabellones, edificios anexos e instalaciones deportivas, incluyendo una cancha de fútbol de dimensiones reglamentarias. El hospital, construido a mediados de los años cuarenta del siglo XX por la Beneficencia Pública de Lima para atender a los pacientes de la zona, permaneció cerrado durante casi veinte años debido a que los expertos dictaminaron que la edificación no reunía las condiciones adecuadas para una institución de salud mental. A pesar de las objeciones del colegio médico, el hospital fue finalmente inaugurado con pompa ministerial a inicios de los años sesenta como una respuesta desesperada al hacinamiento de los otros centros especializados de la capital. El establecimiento tenía capacidad nominal para doscientos setenta pacientes, pero albergaba casi como norma a más de trescientos, casi todos pobres. El pabellón número cinco, dedicado al servicio de clínica para varones del seguro social, se localizaba al costado de la cancha de fútbol y era considerado el de menor riesgo. Estaba compuesto por cuarenta y nueve camas repartidas en cinco amplios dormitorios comunes y contaba además con cuatro cuartos individuales, dos baños compartidos, estar de enfermeras, comedor, cocina y jardín. Al fondo del pabellón, pasando una puerta, se habían instalado tres consultorios. En uno de ellos estaba el arquitecto Pablo Leguía, lapicero en mano, tratando de escribir una carta.

La enfermera Juana Chumpitaz había cumplido al pie de la letra con las indicaciones telefónicas del doctor Jiménez: el señor Leguía fue llevado al consultorio número uno y se le comunicó que ese

espacio estaría a su disposición diariamente desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche, salvo por las mañanas de los días lunes, miércoles y viernes. Se mencionó al paciente que lo único que tenía que hacer era acercarse al cuarto de enfermeras y solicitar el acceso. No estaba autorizado a utilizar el teléfono. Se le entregó un lapicero que por instrucciones explícitas del médico debía permanecer siempre en la habitación. Se le advirtió de que el incumplimiento de las reglas establecidas ocasionaría la revocación automática de los privilegios. Cumplido el encargo, doña Juana se despidió del paciente, cerró la puerta del consultorio, se santiguó y regresó al puesto de enfermeras.

Pablo estaba por fin a solas y tenía todo lo que necesitaba para empezar a trabajar, pero se sentía muy débil. Las pastillas le habían comenzado a regular la actividad del cerebro, disminuyéndole ligeramente la velocidad de los pensamientos. Los químicos también habían afectado su facultad de clarividencia: ya no lograba visualizar todas las posibilidades y ramificaciones de sus ideas. Sin embargo, comprendía la trascendencia de su misión y persistía en su empeño de escribir. El arquitecto consideró que no podía luchar a ciegas contra un enemigo desconocido, por lo que decidió conseguir información sobre la enfermedad que le habían diagnosticado, explicar la particularidad de su caso y refutar adecuadamente el diagnóstico. Se acercó resuelto al cuarto de enfermeras y pidió que lo comunicaran con el doctor Jiménez señalando que se trataba de un asunto urgente. Miriam, la enfermera con marcas de viruela que Pablo había visto esa mañana en la puerta del jardín, le indicó que regresara al consultorio y que esperara allí la llamada.

—Una cosita más, señora —dijo Pablo con voz suave—. ¿Sabe usted si existe un libro que catalogue las enfermedades mentales?

La enfermera levantó la vista, lo miró fijamente por un segundo, se alzó de hombros y siguió atendiendo sus asuntos.

De vuelta en el escritorio, Pablo decidió sacrificar una hoja de papel para dibujar garabatos y hacer anotaciones mientras esperaba la llamada del médico. Comenzó a pensar en el ingenioso sistema informático que había concebido algunas semanas atrás, un concepto novedoso relacionado con el desarrollo de redes. Había planeado explicar la idea como acto final de la noche de presentación de sus invenciones tecnológicas, y para ese fin había construido a última hora una maqueta a escala real del sincronizador, la pieza clave del sistema, utilizando como materiales unas cuantas baterías descartadas y cinta adhesiva para

formar un cubo de quince centímetros por lado, el tamaño deseado para el producto final. Tuvo en cuenta la importancia de las apariencias y por esa razón le tomó más tiempo decorar el modelo que acoplar las piezas. Recordó que la noche del evento, avergonzado por el fallo de todas sus otras demostraciones, dijo a su público que el último invento tenía defectos e inmediatamente después clausuró la presentación para alivio de todos los presentes. No obstante, la idea le seguía pareciendo impecable: el arquitecto pensaba que era posible otorgar mayor versatilidad a cualquier sistema de cómputo incorporando las capacidades de proceso y almacenamiento de los periféricos, sobre todo teléfonos móviles y dispositivos de audio. Según el arquitecto, la información podía ser distribuida en varios aparatos que la gestionarían de forma conjunta gracias a la conexión en serie de sus procesadores individuales. Aprovechando la unión de los dispositivos, también era posible equilibrar el consumo de energía total conectando las baterías en paralelo. El sincronizador era requerido para distribuir los datos entre los equipos, modular el procesamiento del conjunto y regular el flujo de electricidad.

Sin importarle la magnitud de las ideas y a pesar de su sapiencia, el arquitecto afrontaba siempre el mismo obstáculo: carecía de los conocimientos técnicos suficientes para transformar su imaginación en realidad. Mónica y Humberto Alayza, los esposos con quienes había acordado fundar la empresa de innovación tecnológica, no habían asistido a la noche de presentación aduciendo problemas domésticos. Aunque al principio estuvo enojado por la desconsideración, Pablo concluyó luego que la ausencia de sus futuros socios había sido afortunada porque no habían presenciado el vergonzoso espectáculo y tal vez continuaban interesados en el emprendimiento. Necesitaba con urgencia la asesoría de Arnaldo Mejía, el ingeniero electrónico con el que había diseñado el dispositivo de apagado remoto para vehículos. Por desgracia, el ingeniero Mejía le había avisado la semana anterior que estaría tres semanas en Barcelona para operarse de cataratas en una clínica especializada. Mordisqueando el extremo del lapicero, Pablo se preguntó sobre lo que estaba ocurriendo en ese momento en la calle, sobre el sentir de los amigos y familiares que habían acudido a la noche de presentación, sobre lo que estaría pasando en la oficina. «Me pareces inadecuado y socialmente estúpido», le había dicho María antes de cerrar la puerta del apartamento y abandonarlo. El doloroso recuerdo lo perturbó. Evocó el rictus de amargura que su mujer había mostrado al pronunciar las palabras,

también la aparente ausencia de enojo en la voz cuando lo hizo. La frase había herido profundamente los sentimientos de Pablo, pero aun así deseaba recuperar a su esposa. «Debo salir cuanto antes», se dijo una vez más, mirando las hojas de papel en blanco colocadas en el escritorio.

Tras sopesar el asunto, Pablo decidió postergar su mudanza a El Carmen. Requería financiación para la habilitación de su proyecto urbanístico de Paracas y todos los potenciales inversionistas estaban en la capital. Instantes después, el teléfono sonó.

—Le comunico con el doctor Jiménez —anunció la enfermera Miriam.

—Buenas tardes, señor Leguía —saludó el médico con cordialidad—. Tengo solamente unos minutos. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Cómo está, doctor? Estoy redactando la carta que me ha solicitado y necesito averiguar los síntomas de la enfermedad que usted me atribuye. Me pregunto si existe algún documento que respalde su dictamen o si se trata más bien de una interpretación subjetiva. En cualquier caso, supongo que tengo derecho a una segunda opinión.

—Mi diagnóstico se basa en mi amplísima experiencia tratando casos como el suyo —señaló el doctor con su acostumbrado talante —. No se sienta mal, señor Leguía. Hay muchísimos casos como el suyo. De hecho, existen dos manuales que puede revisar: el DSM-IV y el CIE-10. Me parece que el hospital no cuenta con ejemplares, pero yo puedo prestarle los míos. Se los daré durante la cita que tenemos el viernes a las once de la mañana.

—¿No podría enviármelos antes, doctor? —interrogó Pablo impaciente—.Quiero entregarle la carta terminada este viernes.

—No hay prisa —indicó el médico con tranquilidad—. No olvide escribir acerca de sus invenciones y procure narrar con detalle sus experiencias de las últimas semanas.

—¡Claro que hay apuro, doctor! —exclamó indignado el arquitecto—. Debo salir cuanto antes de esta pocilga maloliente. Estoy recluido contra mi voluntad; ni siquiera puedo trabajar en mis proyectos. Si debo permanecer aquí por unos días, exijo contar lo antes posible con mi ordenador portátil y mi teléfono móvil. ¿Acaso no se da cuenta? ¡He sido condenado en ausencia!

—Debo colgar —dijo impasible el doctor Jiménez—. Lo veré el viernes a las once, señor Leguía. Descuide, le prestaré los manuales con todo gusto. Le sugiero que avance con los puntos que he mencionado antes. Hasta luego.

Pablo mantuvo el auricular del teléfono pegado a la oreja, manipuló el aparato y obtuvo tono de marcar, pero descubrió que se requería un código para realizar llamadas externas. Reflexionó sobre las dos cuestiones que el doctor había mencionado. Consideró que no debía compartir ninguna información acerca de sus inventos porque todavía no había obtenido las patentes, pero resolvió escribir un breve relato acerca de sus visitas a El Carmen. Trataría de describir con exactitud el territorio que había descubierto, las costumbres de su población y la alegría de sus celebraciones. No comentaría nada sobre sus amanecidas en Guayabo aprendiendo a tocar el cajón y el bongó con ayuda de Marito. Tampoco mencionaría una palabra acerca de la curiosa sombra que caía exactamente a las dos y diez de la tarde sobre una maceta de geranios colocada en la terraza del hotel donde se hospedaba en El Carmen, ni lo concerniente al intenso aroma que emanaba de la misma planta al anochecer. Los detalles que habían enriquecido las vivencias de Pablo eran irrelevantes para los demás y resultaba obvio que un grupo de desconocidos jamás podría comprender la intensidad de sus vínculos afectivos o compartir su peculiar definición de belleza. Si entregaba la carta el viernes, algo improbable dadas las circunstancias, las personas que el doctor Jiménez había convocado para revisar su caso tardarían con seguridad algunos días en examinar el documento y emitir un veredicto. Lamentablemente, no sabía quiénes eran esas personas ni conocía sus especialidades.

A pesar de su reticencia inicial, Pablo tuvo que aceptar que era imprescindible explicar el funcionamiento de sus productos tecnológicos. Era indudable que la decisión de internarlo en el hospital había sido influenciada en buena medida por el estrepitoso fracaso del evento de presentación de sus invenciones realizado dos noches antes. «Qué vergüenza», se dijo el arquitecto tras rememorar algunas escenas de esa velada fatídica. Necesitaba probar que tenía razón, debía demostrar que sus diseños eran viables a pesar de los prototipos defectuosos. Por desgracia, la única persona capaz de respaldar sus afirmaciones estaba fuera del país. El arquitecto Leguía había compartido sus ideas con el ingeniero Mejía y este había comprendido al principio su labor de intérprete y ejecutor, pero luego trató de aprovecharse. Mientras diseñaban el prototipo del mecanismo de apagado remoto, Pablo aceptó la sugerencia del ingeniero de crear una clave de acceso de cuatro dígitos para anular o reactivar el sistema eléctrico del automóvil, evitando así el riesgo de quedar detenido en medio de la calle debido a una llamada

recibida por error. Además, acordaron que era mejor incluir en el dispositivo un localizador por satélite, disponible en el mercado a precio razonable. Tras enumerar los componentes requeridos, estimaron que el coste de fabricación por unidad sería reducido.

Rascándose la barbilla, el arquitecto comprendió que debía convocar a otro experto para defender su caso: el ingeniero Mejía regresaba de viaje en dos semanas, el mismo tiempo que según el doctor Jiménez permanecería Pablo en el hospital si la carta que estaba a punto de redactar no convencía a los demás de que se había cometido una injusticia. El padre de Pablo también era ingeniero, pero el arquitecto no confiaba en la objetividad de su criterio y además consideraba imperdonable que su padre hubiera participado en el ardid que se había maquinado para internarlo en un recinto de enfermos mentales. El médico le había dicho que su padre lo visitaría el sábado, pero no tenía ganas de verlo. Pablo esperaba que alguno de los especialistas convocados por el médico tuviera conocimientos de tecnología y comprendiera el potencial de sus diseños. Es más, tenía que asegurarse de ello. Se acercó al puesto de enfermeras y pidió de mala forma que lo comunicaran otra vez con el doctor Jiménez.

—Ya no fastidie, señor —le increpó la enfermera Miriam—. Estoy ocupada y además son casi las ocho. Tiene que esperar hasta mañana.

—Es muy importante que hable con él ahora —respondió Pablo con firmeza. El corazón le latía con fuerza y la voz le temblaba ligeramente.

—Llama al doctor, Mimi —recomendó la enfermera Juana Chumpitaz parada al costado de su colega—. El joven es su paciente —añadió.

La enfermera Miriam miró a su compañera, resopló y recuperó el comedimiento pocos segundos después. Pablo la observaba.

—Está bien, le pasaré la llamada —anunció la enfermera.

Pablo agradeció con una inclinación de cabeza y regresó al consultorio.

Otra vez sentado frente al escritorio, con la mirada fija en el obsoleto teléfono de color negro, Pablo comenzó a inquietarse. El día se terminaba y ni siquiera había comenzado a escribir la carta. Sin pensárselo demasiado, tomó el lapicero con su mano derecha y escribió «A quien corresponda» con impecable caligrafía en una de las hojas de papel en blanco. Nueve segundos más tarde, el teléfono sonó.

—Señor Leguía —comunicó la enfermera Chumpitaz con tiesura

—. El doctor está ocupado. Dice que lo verá el viernes, y que si necesita algo me lo pida a mí.

—Requiero hablar con el médico —insistió Pablo—. Me urge conocer las profesiones de las personas que evaluarán mi caso; no puedo avanzar sin esa información. Supongo que usted no sabe nada de eso.

—Tiene razón, no sé de lo que habla —dijo la señora alzando la voz—. Le pido que comprenda que el doctor Jiménez no desea ser molestado; tiene que esperar hasta el viernes para hablar con él. Además, se ha hecho tarde. Por favor, termine sus asuntos y diríjase al comedor: la cena se sirve a las ocho.

—Todo este asunto es una tremenda cojudez —se quejó el arquitecto.

—¡No sea insolente, jovencito! —exclamó ofendida doña Juana —. Déjese de majaderías y vaya de una vez al comedor. ¿O quiere que lo vayamos a buscar? —agregó en tono amenazante.

Pablo reaccionó a la advertencia colgando el teléfono. Había olvidado a los celadores. «Este lugar es un infierno», pensó el arquitecto. Recordó a continuación que el olvidadizo Dante había colocado en el Limbo a Averroes, pero no a Maimónides, y que no había incluido a los locos en ninguno de los nueve círculos del Infierno. Quizá los desquiciados deambulaban por todos esos círculos, condenados a atestiguar perpetuamente el sufrimiento de los demás, o tal vez era suficiente que soportaran el terrible tormento de sus mentes extraviadas y no resultaba necesario imponerles castigos adicionales. Pablo había aprendido gracias a las clases de teología del colegio jesuita donde estudió que, según la doctrina cristiana, un enfermo mental no podía cometer pecado porque su desequilibrio no le permitía distinguir el bien del mal. También había leído alguna vez que en el lenguaje popular mexicano los locos eran llamados «benditos» porque al carecer de discernimiento no podían pecar y estaban por lo tanto destinados al paraíso. El arquitecto siempre había pensado que todo eso era una sarta de paparruchas místicas, un absurdo discurso con olor a mirra e incienso. Ratificó su opinión inicial: ese infecto hospital público era lo más parecido al infierno, comparable solamente a una cárcel. Alineó los papeles contra uno de los bordes del escritorio, colocó el lapicero encima de las hojas, se levantó de la silla, se aseguró de que todo estuviera en orden, apagó la luz, y salió del consultorio.

El comedor estaba vacío cuando Pablo entró, diez minutos antes de la hora establecida para la cena. Eligió una mesa con vistas al jardín, se acomodó en la cabecera y esperó. Al poco tiempo

aparecieron Martín y sus amigos, saludaron a Pablo a lo lejos y se sentaron en otro lugar. El arquitecto se sintió traicionado, pero aun así devolvió los saludos con una sonrisa. Estaba nuevamente solo en territorio enemigo, rodeado de zombis. Poco después, dos hombres de mediana edad se acomodaron al otro extremo de la mesa sin pedir permiso. Cuatro minutos más tarde, un zambo voluminoso de pelo crespo se sentó justo al lado de Pablo y comenzó a observarlo con intensidad. Luego, empezó a olfatearlo. Uno de los celadores se percató de lo que ocurría y se acercó corriendo. Reprendió al lunático, le dio un coscorrón y lo colocó en otra silla. El zambo se quedó inmóvil como una estatua, con las manos sobre la mesa y la mirada clavada en la pared. Las bandejas circulaban: la cena estaba compuesta por una pieza de pollo al horno con puré de patatas, limonada y gelatina de frambuesa. «Una exquisitez», dijo con sorna el arquitecto al descubrir el plato principal. Un auxiliar le entregó un azafate y Pablo suspiró aliviado al notar que le había tocado un pedazo de pechuga, su parte preferida. Como no tenía cuchillo, decidió comer el pollo con las manos y utilizar el tenedor de plástico para el puré. De repente el zambo despertó de su catatonia, se lanzó sobre el plato del arquitecto y le arrebató la pechuga de pollo de un certero manotazo. Con sorprendente agilidad, Pablo se abalanzó encima del hombre, lo tiró al suelo, recuperó su propiedad y volvió a su lugar. Dos celadores llegaron al instante y uno de ellos se llevó al perturbado.

—Nunca vuelva a hacer eso —amonestó al arquitecto el otro celador—. Su reacción ha sido temeraria y completamente innecesaria. Hay más comida en la cocina.

—Muchísimas gracias por su ayuda —recitó Pablo con ironía, todavía resollando debido a la breve lucha—. Ese paciente es violento, no debería estar aquí.

—La próxima vez tenga más cuidado —le advirtió el celador antes de alejarse.

Pablo no quería ni mirar el plato frente a él. Le parecía nauseabundo que la mano de ese demente hubiera contaminado su comida. Le trajeron con prontitud otra bandeja y le tocó una pata de pollo. El arquitecto perdió el apetito. Comió con desgana un par de cucharadas de gelatina, bebió a sorbos su limonada, pidió permiso para retirarse y se dirigió al dormitorio. Fue directamente al casillero y recogió el cepillo de dientes, la pasta dental, el jabón y la toalla. Camino del baño, vio que el zambo que había tratado de hurtar su comida estaba atado de pies y manos a una camilla que era empujada en sentido contrario por un robusto celador. Se aseó

en solitario, lavándose con esmero la cara y las manos. Regresó a su habitación, dejó las cosas en el casillero y se colocó el pijama que había encontrado en su maletín deportivo. A continuación se tendió en la cama, se deslizó entre las sábanas y cerró los ojos. Tras una rápida evaluación de sus opciones, decidió muy a su pesar que escribiría la carta después de la reunión con el doctor Jiménez. No estaba bien informado sobre la enfermedad que se le achacaba, de modo que no podía preparar una refutación adecuada. Temía que un relato apurado acerca de sus recientes actividades pudiera aportar indicios de desequilibrio al jurado anónimo y resolvió aprovechar la cita del viernes con el médico para satisfacer sus dudas.

—Señor Leguía, tiene que tomar su medicación antes de dormir —le dijo la enfermera Chumpitaz al pasar por la habitación y verlo acostado sobre la cama.

La mesita con el bidón de agua había sido colocada minutos antes en el lugar habitual, a la salida del comedor. Pablo esperó su turno, tomó una pastilla blanca y volvió a la cama. Se durmió diecinueve minutos después.

El jueves, la ciudad de Lima amaneció con un sol primaveral. Los colores de las flores, generalmente palidecidos por la habitual luz mortecina de esa urbe tan gris y tan llena de contradicciones, recobraron su intensidad. Millones de habitantes de la ciudad despertaban, desayunaban y se disponían a ir a estudiar o trabajar. Algunos precavidos llevarían un suéter, otros vestirían ropas más ligeras. Esa mañana, las noticias trataban acerca de un accidente de autobús en la ciudad serrana de Huancavelica que había dejado un saldo de diez muertos y cincuenta heridos. En Puno se discutía sobre el levantamiento armado de una comunidad campesina a causa del rechazo a la explotación minera que pretendía realizarse sobre su territorio. En la India, una manada de elefantes se había embriagado con un barril de cerveza de arroz y había arrasado con una aldea, matando a tres personas. En el pabellón número cinco del hospital Emilio Venturo, un lugar alejado de lo cotidiano donde el mundo exterior era considerado un cuento, una alucinación y también una esperanza, Pablo Leguía dormía profundamente. La pastilla que le habían dado la noche previa era un fuerte hipnótico y las enfermeras habían recibido instrucciones de no despertarlo. El arquitecto abrió los ojos minutos antes de las nueve, sintiéndose sumamente cansado y aturdido. Le costó unos instantes identificar la habitación en la que se encontraba y se entristeció al comprobar que lo ocurrido el día anterior no había sido una pesadilla. Sus

compañeros de cuarto ya habían desayunado y esperaban ansiosamente el aviso para salir al jardín. Pasados unos minutos, Pablo se levantó y arrastró los pies hasta el casillero. Cogió la toalla todavía húmeda que había usado la noche anterior, eligió una muda de ropa, tomó su cepillo de dientes y se dirigió al baño.

Un poco más adelante se había formado nuevamente la fila para recibir la medicación y un auxiliar solicitó al arquitecto que se colocara detrás del último paciente para tomar su dosis. El vaso de plástico que le entregó la enfermera de turno contenía las mismas cuatro pastillas que había tomado el día anterior por la mañana: una tableta celeste, dos comprimidos redondos de color blanco y una diminuta píldora amarilla. Pablo se introdujo a un tiempo todos los medicamentos en la boca, los ingirió con un poco de agua y retomó el camino hacia el baño con sus cosas bajo el brazo. La sensación de ahogo era insoportable y sufría de vértigo al andar.

El baño estaba desocupado cuando llegó, de manera que pudo asearse y tomar una ducha con relativa privacidad, pero ni siquiera un chorro de agua fría pudo reanimarlo. Se vistió con lentitud y se dirigió de regreso al dormitorio. En el camino observó las diversas actividades que realizaban los trabajadores dedicados a labores de limpieza: fregaban los pisos con cepillo y estropajo, limpiaban el baño con lejía, ventilaban las habitaciones, tendían las camas, cambiaban toallas y jabones, y cosas así. Pablo dejó sus cosas en el casillero, se acercó al cuarto de enfermeras y pidió a una señora de anteojos con montura de carey que por favor le permitiera entrar al consultorio número uno, que contaba con autorización del doctor Jiménez.

—¿Nombre? —preguntó la enfermera.

—Pablo Leguía —contestó con presteza el arquitecto.

—Aquí está —dijo la señora cuando halló el apunte en el cuaderno—. Todo está conforme, señor Leguía. Puede pasar al consultorio. Me llamo Luisa, en unos minutos le llevaré una jarra con agua. Parece que será un día caluroso.

—Muchas gracias —manifestó Pablo—. Me pregunto si es posible hablar con el doctor Jiménez; anoche tratamos de llamarlo, pero estaba ocupado.

—El médico no atenderá llamadas hoy —indicó doña Luisa con la dicción de una telefonista.

El arquitecto pasó toda la mañana cavilando sobre su proyecto urbanístico de Paracas. Utilizó dos hojas de papel para anotar las alternativas disponibles. Recordó con preocupación que, si no pagaba el saldo de precio del terreno en menos de un mes, perdería

la considerable suma que había entregado como señal. Resolvió que al salir del hospital programaría un encuentro con amigos cercanos y familiares para reunir el dinero que faltaba, aunque sabía de antemano que el intento sería infructuoso. No había constituido aún la sociedad de accionariado múltiple, de manera que por cuestiones de tiempo el terreno tendría que ser adquirido por una persona natural y luego transferido a la empresa como aporte, pero la operación realizada de esa forma se hacía más onerosa por razones impositivas. Una vez que el terreno estuviera a nombre de la sociedad, el arquitecto solicitaría autorización al consejo directivo para hipotecar la propiedad a una entidad bancaria con el objeto de reembolsar los gastos de la inversión inicial y financiar los trabajos de movimiento de tierras y amurallado. Después de realizar unos cálculos, decidió dividir las dos mil hectáreas en treinta y seis lotes de dimensiones similares a las de un campo de golf, dejando suficiente espacio para áreas verdes, vías de circulación y zonas comunes. Descubrió al hacer las divisiones que su capacidad para el procesamiento matemático había disminuido. «Deben de ser las pastillas», dedujo, de manera que decidió en ese instante dejar de tomarlas. A causa de la forma trapezoidal del terreno, determinó que trazaría una cuadrícula tradicional y que no utilizaría radiales ni anillos concéntricos como se había hecho en Santa Cruz de la Sierra. Pablo saboreó el color de sus pensamientos: el diseño de una ciudad era el máximo desafío de un urbanista. Mientras dibujaba círculos y cruces en una de las hojas de papel, consideró que el asunto no era tan simple, que la realidad se inmiscuía en sus planes y que había subestimado o ignorado detalles importantes. La capa de salitre que cubría todo el árido terreno no representaba un grave contratiempo porque de todas formas iba a ser retirada durante los trabajos de movimiento de tierras y nivelación, pero la información que el vendedor le había proporcionado sobre el resultado de las calicatas realizadas en el área para conocer la profundidad y composición de la capa freática era preocupante: el agua del subsuelo era salobre. Por esa razón, la variedad de cultivos disminuía drásticamente. Se podría obtener cebada, quizá pepino. Conseguir la cantidad de agua dulce requerida para cultivar otros productos agrícolas implicaba tender veinticinco kilómetros de tubería hasta el río Pisco a un coste altísimo, en especial debido a los pagos por derecho de servidumbre a lo largo de la traza, y era todavía más caro instalar una planta desalinizadora. Por lo tanto, estaba obligado a conectarse a la red de la ciudad y a comprar agua para regadío a precio de agua potable, un sobrecosto que anulaba

cualquier expectativa de colocar productos competitivos en el mercado. «Un proyecto en ese terreno es inviable», lamentó el arquitecto. Considerando los problemas que afrontaba el predio, daba lo mismo adquirir un lote en medio del desierto. Sin duda, se había precipitado al cerrar sin respaldo el compromiso de compra de un terreno que había estado a la venta por años y que nadie quería, acordando un precio por hectárea superior al promedio de la zona. Además, la oferta pública realizada días antes por correo electrónico había despertado escaso interés y, en consecuencia, la aspiración de crear una comunidad cerrada se esfumaba. «Un poblado debe tener habitantes», musitó Pablo. Con la obligación de pagar el saldo de precio en tres semanas, dos de las cuales estaría incomunicado en el hospital si no convencía al doctor Jiménez de dejarlo salir, Pablo consideró que no tenía ninguna oportunidad de revertir la primera impresión de los potenciales inversionistas en un tiempo tan corto. Así las cosas, sin considerar siquiera extender el plazo de la opción, el arquitecto decidió que al salir anularía el acuerdo y negociaría con Miguel Patiño, el dueño del terreno, la devolución de las arras. Había ayudado a esa persona en el pasado y era momento de cobrar el favor. Se consoló pensando que podría entregar el dinero recuperado como cuota inicial para adquirir un terreno en El Carmen.

«A quien corresponda», había escrito Pablo el día anterior en una hoja de papel, siguiendo la indicación del doctor Jiménez. ¿A quién correspondía juzgar sus proyectos, sus creencias, su vida? ¿Bajo qué parámetros? Había arriesgado dinero y lo había perdido, como ocurría de manera cotidiana en el mundo de los negocios. «Los malos empresarios terminan en la quiebra, no en el manicomio», concluyó al fin.

El almuerzo se sirvió al mediodía y Pablo se sentó en la mesa de Martín y sus amigos. Hablaron despreocupadamente, intercambiando bromas y comentarios punzantes. Mientras los auxiliares recogían los azafates, Martín se acercó al arquitecto.

—Nos falta uno para completar el equipo de fútbol —dijo el chico a manera de invitación—. Jugaremos el martes contra la selección del pabellón tres.

—Gracias, Martín —respondió Pablo con una sonrisa comedida —. Me encantaría participar, pero creo que saldré antes del hospital. Todo depende de la carta que estoy redactando.

—Piénsalo —insistió el selvático—. Entrenamos desde hace unos días en el jardín a partir de las nueve de la mañana. Seguimos hablando durante la cena.

Pablo se lavó los dientes y se dirigió luego al consultorio. Estaba cansado, sentía como si una sanguijuela gigante hubiera succionado toda su energía. Además, tenía un fuerte dolor de cabeza que le impedía pensar con lucidez. El haloperidol, la píldora amarilla, había empezado a bloquear los receptores de dopamina en su cerebro, en tanto que la risperidona, la tableta celeste, actuaba como antagonista de los receptores de serotonina. El arquitecto saludó a la señora Luisa al pasar por el cuarto de enfermeras y accedió al consultorio. El pabellón no contaba con un sistema de aire acondicionado y el inusual día soleado había caldeado la habitación. Se sentó frente al escritorio, apoyó los codos sobre la mesa y se agarró la cabeza con ambas manos. «A quien corresponda», continuaba diciendo el papel que estaba sobre la mesa. Cogió el lapicero con el propósito de redactar el funcionamiento de su primera invención, la única que había trabajado junto al ingeniero Mejía: el sistema de apagado remoto para vehículos. El mecanismo era simple y fácil de explicar, de manera que no se requería un gran trabajo intelectual para asimilar el concepto. Al empezar a escribir, notó extrañado que el tamaño de su letra era diminuto y trató de aumentarlo alargando los trazos, pero fue inútil. El resultado era un conjunto de líneas ininteligibles. Se sentía ofuscado y sudaba profusamente. Vencido por su incapacitación, tiró el lapicero al suelo en señal de impotencia. Decidió ir al cuarto de enfermeras, solicitar una pastilla para el dolor de cabeza y dormir una siesta para despejarse.

—Disculpe, doña Luisa —dijo el arquitecto con gentileza—. ¿Me podría regalar una pastilla para el dolor de cabeza?

—Me temo que no —contestó la enfermera—. Podría interferir con su tratamiento.

—¿Una aspirina? —preguntó Pablo entre sorprendido y enojado.

—Déjeme consultarlo con el médico —indicó la señora—. Le aviso apenas tenga noticias.

—Muchas gracias. Estaré en el dormitorio.

La mayoría de sus compañeros de habitación estaban descansando cuando Pablo entró en la habitación. El arquitecto se dirigió directamente a la cama, se tendió de espaldas, apoyó la cabeza sobre la dura almohada y se durmió cinco minutos después. Poco antes de las ocho de la noche, un auxiliar le informó de que pronto sería hora de cenar, pero el arquitecto alegó que se sentía mal y siguió durmiendo. La enfermera Chumpitaz le llevó al dormitorio la medicación de la noche, una benzodiazepina. Según lo planeado, Pablo se introdujo la pastilla en la boca, la acomodó

debajo de la lengua, bebió un sorbo de agua del vaso de plástico que le ofreció la enfermera, se lo agradeció a la señora y volvió a echarse. Cuando doña Juana se retiró, escupió la pastilla en la palma de la mano y la pulverizó con los dedos, esparciendo los restos alrededor de la cama. A las tres de la mañana, despertó sobresaltado a causa de los ronquidos de un vecino y pasó el resto de la noche intentando recobrar el sueño. A las siete se levantó junto con los demás, se duchó con agua tibia, se colocó una camiseta y un pantalón bermudas y se encaminó al comedor para tomar el desayuno. Se sentó al costado de Martín, saludó a los presentes y engulló los alimentos sin levantar la vista del azafate. Lucía desmejorado debido a la mala noche, estaba somnoliento y era incapaz de concentrarse, pero el dolor de cabeza había cesado. Su benévolo demiurgo, el que había inspirado sus creaciones, lo abandonaba. «No soy yo; una fuerza fluye a través de mí», había dicho varias veces durante las semanas anteriores a la gente que preguntaba sobre su inagotable vitalidad. «Soy el hijo predilecto de una divinidad», había confesado a su amigo Juancheli. Al terminar de desayunar, el arquitecto se despidió de los comensales y se dirigió al puesto de enfermeras. La señora Juana Chumpitaz estaba de turno.

—Buenos días —indicó Pablo caminando en dirección a la puerta que conducía a los consultorios.

—Hoy es viernes, señor Leguía —le recordó la enfermera—. Tendrá que esperar hasta la tarde. No olvide que el doctor Jiménez atiende a sus pacientes durante las mañanas de los días lunes, miércoles y viernes. ¿Ya tomó su medicación?

—No —respondió Pablo luego de unos segundos. Pensó decir que sí, pero concluyó que sería fácil comprobar que mentía revisando los registros.

—Entonces vaya de una vez —señaló la enfermera—. Según mi cuaderno, tiene cita con el doctor a las once. Aproveche para descansar en el jardín.

—Gracias. Nos vemos después —dijo el arquitecto.

La enfermera Chumpitaz había visto muchísimas personas como Pablo Leguía a lo largo de su carrera. Jóvenes como él permanecían en el hospital por un par de semanas para un tratamiento intensivo, mejoraban y regresaban a sus vidas sin haber comprendido que la gloria de Jesucristo los liberaría de su sufrimiento. Sin embargo, doña Juana percibía que había algo especial en el arquitecto, un aura de santidad.

Pablo se colocó al final de la larga fila que se había formado

para recibir la medicación. Cuando llegó su turno, recibió el vaso de plástico y colocó las cuatro pastillas en la palma de la mano izquierda. Estaba indeciso. Si descubrían que no tomaba las medicinas, seguro que tendría problemas. Resolvió realizar la misma operación de la noche anterior: colocó los medicamentos debajo de la lengua, tomó un sorbo de agua, agradeció con una venia a la enfermera encargada y se dirigió al baño, concretamente al inodoro. Un auxiliar que había observado la escena sospechó y lo siguió. Pablo encontró un cubículo disponible, cerró la puerta, se sentó con el pantalón abajo para evitar suspicacias, escupió las pastillas en la mano derecha y las tiró a la taza del escusado por el espacio entre los muslos. El auxiliar que lo había seguido golpeó la puerta dos veces.

—Ocupado —gritó el arquitecto.

—Quiero ver la taza cuando termine —le señaló el auxiliar—. No jale la cadena.

—Demasiado tarde —indicó Pablo tras accionar el mecanismo de descarga—. ¿No prefiere observarme el agujero del culo? —añadió en tono desafiante.

—Lo estaré vigilando de cerca —le advirtió el auxiliar antes de irse.

Cuando Pablo salió del baño eran más de las nueve y casi todos los pacientes se encontraban en el jardín, de manera que se dirigió hacia allá. Al pasar al recinto, vio a Martín y sus amigos entrenando afanosamente en una esquina y se acercó sonriente.

—¡Miren quién apareció! —exclamó Martín al ver llegar al arquitecto—. Parece que hemos conseguido a nuestro mediocampista derecho.

—Tengo cita con el médico a las once —indicó Pablo con la voz temblorosa—. Puedo quedarme un rato.

—Todo bien, entrenaremos hasta las diez —terció uno de los chicos.

El tiempo pasó volando. Dieron varias vueltas al perímetro e hicieron ejercicios de velocidad y regateo. Al terminar la práctica, el arquitecto boqueaba como un pez fuera del agua. Se tendió sobre el césped, extendió los brazos y cerró los ojos. Todo le daba vueltas, como cuando estaba borracho. Unos minutos después corrió al baño a trompicones, entró en uno de los retretes y vomitó el desayuno. Antes de desmayarse, Pablo alcanzó a pedir auxilio y la enfermera Chumpitaz escuchó la agónica llamada. Doña Juana se asustó cuando pasó al cuarto de baño: un paciente yacía boca abajo al costado del inodoro y no se movía. Se aproximó presurosa,

reconoció al señor Leguía y comprobó sus signos vitales sin saber que el arquitecto había estado ejercitándose minutos antes. «Dificultad para respirar, sudoración excesiva, latidos cardiacos rápidos y fuertes», dijo en voz alta la enfermera, como si estuviera dictando un informe. Pidió ayuda a gritos, apareció un auxiliar y entre los dos reanimaron a Pablo pasados unos minutos. El arquitecto se incorporó con dificultad, se acercó a uno de los lavabos y pasó un buen rato restregándose los ojos con agua fría.

—¿Se siente mejor? —preguntó la señora con preocupación.

—Sí, gracias —murmuró el arquitecto todavía débil.

—¡Por el amor de Dios, señor! —exclamó la enfermera Chumpitaz—. Nos ha dado un gran susto. Por favor, acompáñeme; será mejor que lo examine un doctor.

En el cuarto de enfermeras, doña Juana hablaba con el servicio médico mientras Pablo se acomodaba en una silla. De pronto, el doctor Jiménez salió del consultorio, se acercó para hablar con la enfermera Chumpitaz y reconoció a Pablo.

—Buenos días, señor Leguía —saludó el médico—. ¿No tenemos cita a las once? Le he traído los manuales que me pidió.

—Gracias —respondió el arquitecto—. Sufrí un desmayo hace unos minutos y la señora Juana está llamando al servicio médico. Estuve haciendo ejercicios en el jardín y seguramente me esforcé demasiado.

—Puede ser —murmuró pensativo el médico—. No haga ejercicios por un par de días, los medicamentos que le hemos prescrito pueden provocar efectos secundarios. ¿No quiere pasar de una vez al consultorio? Ya he acabado mi cita anterior y puedo realizarle una exploración física básica. Señora Chumpitaz —dijo con autoridad el doctor dirigiéndose a la enfermera—, avise al servicio médico que yo me encargaré.

En el consultorio, el doctor Jiménez solicitó a Pablo que se quitara la camiseta. El arquitecto tenía contextura delgada, pero no era raquítico. Los músculos abdominales parecían una barra de chocolate y tenía los pectorales marcados. El médico le tomó el pulso y comprobó la regularidad del ritmo cardiaco apoyando el fonendo en la espalda del paciente. Luego midió la presión arterial con un tensiómetro portátil y revisó las pupilas con una linterna de bolsillo. Finalizado el examen, el doctor informó a Pablo de que podía colocarse nuevamente la camiseta, se sentó frente al escritorio y empezó a anotar en su cuaderno utilizando la caligrafía críptica propia de su profesión. El arquitecto se vistió y se acomodó en una silla. Ambos permanecieron en silencio por unos minutos: el

doctor Jiménez reconcentrado en sus escritos, Pablo apreciando la forma de la mancha dejada por un marcador de tinta amarilla en una esquina de la etiqueta blanca de un archivador de palanca, ubicado sobre el estante instalado al fondo de la habitación. El médico terminó de escribir, se quitó los lentes, se enjugó la frente con un pañuelo, se puso nuevamente los anteojos, apoyó los codos sobre el escritorio y miró con los ojos entrecerrados a Pablo por algunos segundos.

—Bien, señor Leguía —dijo al fin el doctor—. Sus signos vitales están normales; probablemente se ha tratado de una descompensación. ¿Cómo se ha sentido?

—Pésimo —se quejó Pablo—. Me siento sumamente cansado, tengo frecuentes dolores de cabeza y duermo muy mal.

—Todos esos síntomas parecen ser efectos adversos de los neurolépticos que está tomando —afirmó el médico—. También detecto extrapiramidalismo: tiene un leve temblor en las manos. Así suele ocurrir al principio del tratamiento, aunque he visto casos mucho peores. No se inquiete: mejorará con los días. Mire, aquí están los manuales que me pidió por teléfono —añadió el médico colocando la mano izquierda sobre los libros situados encima de la mesa.

—Tengo dificultad para escribir —indicó el arquitecto—. Ahí están las hojas de papel que me entregó el miércoles. Mire la página de encima. Empecé a escribir la carta, pero la letra me sale muy pequeña. No entiendo por qué.

—Ya veo —señaló el doctor Jiménez apoyando el mentón sobre el puño izquierdo—. La letra atrofiada también es un efecto secundario, aunque poco común. Le recetaré un anticolinérgico, lo que debería resolver el problema. En cuanto a sus inconvenientes para dormir, aumentaré la dosis de la benzodiazepina que toma por las noches y veremos qué pasa. Tenemos estas dos semanas para regular su ritmo circadiano.

—Solamente quiero redactar la carta lo antes posible para salir de este lugar —dijo Pablo.

—Temo que no me entendió, señor Leguía —manifestó el médico—. El periodo de internamiento mínimo para episodios de manía como el que viene sufriendo es de dos semanas. La carta que le he pedido redactar nos brindará su perspectiva de las cosas y será de mucha ayuda para el estudio de su caso, pero no es recomendable que salga del hospital antes de tiempo.

—¿Entonces, para qué escribo la estúpida carta? —preguntó con violencia el arquitecto—. Usted sostiene que tengo un episodio

maniaco, pero en este momento no puede distinguir los síntomas de la dolencia que me achaca de los efectos secundarios de los medicamentos. No encuentro ningún rigor científico en su procedimiento. ¿Cuáles son los síntomas de la enfermedad que me atribuye? Seguimos donde estábamos: mi caso está fundamentado en la opinión antojadiza de un profesional de quinta.

—Para eso traje los manuales —replicó el doctor, flemático como de costumbre—. Revisemos juntos el manual DSM-IV, si le parece bien. Comprenda que este documento se ha elaborado a partir de datos empíricos y con una metodología descriptiva. Otorga respaldo a un juicio clínico.

—Una buena razón para dudar de su validez —acotó Pablo irritado.

El médico ignoró el comentario, tomó el libro correspondiente, lo revisó por un momento y encontró la página que buscaba.

—A ver —señaló el doctor Jiménez acomodándose los anteojos —. Trastornos del estado de ánimo, trastorno bipolar uno, episodio maniaco, criterios: grandiosidad, disminución de la necesidad de dormir, fuga de ideas o pensamiento acelerado, aumento de actividades intencionadas, implicación excesiva en actividades placenteras con un alto potencial para producir consecuencias graves, como por ejemplo compras irrefrenables, indiscreciones sexuales o inversiones económicas alocadas. Según el manual, para el diagnóstico se deben cumplir al menos tres de los criterios por una semana o más. Por la información que he recibido de sus familiares, señor Leguía, usted tiene todos los síntomas. El suyo es un caso de libro, sin lugar a dudas.

—Lo que usted acaba de describir es tan genérico que se podría aplicar a cualquiera —indicó el arquitecto—. He escuchado que ustedes los psiquiatras tienden a etiquetar como trastorno mental lo que esencialmente es el comportamiento humano normal. Supongo que esa tendencia está relacionada con la necesidad de conseguir más pacientes y ganar dinero. Por ejemplo, la «grandiosidad» que usted menciona no es otra cosa que confianza en uno mismo. La «fuga de ideas» que señala ese manual, se refiere posiblemente al discurrir incesante de mi creatividad. Es una virtud; no representa un inconveniente. Es cierto que he aumentado el ritmo de mis actividades, pero ello se ha debido a mis nuevos proyectos. Finalmente, lo de «implicación excesiva en actividades placenteras», me parece absolutamente natural, teniendo en cuenta que estoy pasando por un doloroso proceso de separación.

—Hay algo más —dijo el médico revisando el libro—. Aquí

también dice que la dolencia debe ser suficientemente grave como para provocar deterioro laboral o de las actividades sociales habituales. Su papá ha hablado con el señor Sandro León, uno de los socios de la firma de arquitectos para la que usted trabaja. Diversos testimonios indican que se ha venido comportando de una manera que podría considerarse antisocial.

—Todo tiene una explicación —aseguró Pablo—. Voy a renunciar a la oficina y abrir mi propio negocio de venta de accesorios electrónicos. He estado irascible porque resulta doloroso expandir la conciencia hasta niveles de omnisciencia, pero obviamente usted no entiende nada de eso. Siento que estoy siendo castigado por ser especial, por no encajar en un patrón de normalidad. Mi prioridad al salir será recuperar a mi esposa. ¿La ha visto? ¿Vendrá a visitarme?

—No —respondió el doctor—. Hemos estado en contacto con ella por medio de un amigo, un tal Pepe, pero no hemos hablado directamente. Entiendo que está muy mortificada con todo lo que está pasando y que ha decidido mantenerse alejada. También está asustada, como muchas otras personas cercanas a usted. Sus acciones han dejado secuelas, señor Leguía. Cuando salga del hospital afrontará las consecuencias de sus acciones. Usted es muy inteligente, como suelen serlo quienes sufren su trastorno. Le doy un consejo de padre y amigo: no olvide jamás tomar su medicación. La enfermedad que padece puede ser controlada, es un desbalance químico que se combate con químicos. Si deja de tomar las pastillas, recaerá con seguridad. Para su tranquilidad, el tipo de trastorno bipolar que usted tiene es el de mejor pronóstico y casi nunca produce deterioro cognitivo.

—No puede imaginar el inmenso alivio que me causa escuchar eso —dijo Pablo en tonillo burlón—. ¿Sabe una cosa? Se puede ir al diablo con su monserga pseudocientífica. Usted no es más que un farsante.

Al terminar de hablar, el arquitecto se levantó de la silla como un resorte, dio un portazo al salir del consultorio y se dirigió rápidamente al dormitorio. El doctor Jiménez se mantuvo quieto durante la tempestad de furia del paciente, observando la escena como un espectador. Apenas Pablo se marchó de la habitación, el médico llamó por el interfono a la enfermera Chumpitaz, le pidió que estuviera atenta y le indicó que el señor Leguía necesitaría contención mecánica si continuaba comportándose de forma violenta.

5

A sus treinta y dos años, María era una curtida sobreviviente. Había perdido incontables batallas, pero no se arredraba ante nada. Con el tiempo y los golpes, sin embargo, el corazón se le había endurecido hasta el punto de convertirla en una mujer que no incluía al amor entre sus prioridades para tener una relación de pareja, pero que, no obstante, consideraba el sexo como una poderosa herramienta de negociación y el placer obtenido como una gratificación. Había transcurrido casi un año desde la traumática ruptura de su compromiso con Felipe, pero María todavía humedecía sus bragas cuando evocaba sus encuentros amorosos con ese hombre tan guapo y masculino que había agitado primero su cama y luego su mundo.

Sentada en el comedor de su pequeño apartamento, la muchacha continuaba dudando acerca del futuro de su noviazgo con Pablo. Eran las siete de la noche del martes y había estado evitando al arquitecto desde el mediodía del domingo aduciendo razones de trabajo. Ninguno de los dos había mencionado el fugaz intercambio sexual del sábado anterior. En el arquitecto era comprensible: no recordaba el episodio. María pensaba que el asunto era difícil de abordar porque no deseaba herir los sentimientos de él ni cuestionar su hombría. Opinaba que Pablo era una excelente persona, un brillante profesional y que reunía las condiciones para ser un maravilloso padre y un magnífico esposo, pero no le atraía físicamente. «El paquete completo con la envoltura equivocada», se dijo. Ya no era la jovencita alocada que se dejaba arrastrar por sus apuros para convertirse en una persona práctica, capaz de ponderar los riesgos de sus determinaciones. Era todavía guapa, pero los años pasaban y sus oportunidades de atrapar un marido solvente aprovechando su atractivo se reducían, así que debía decidir si insistía con Pablo o si terminaba la relación de inmediato y continuaba su camino en busca de un mejor candidato. María sumaba lo ocurrido el sábado a una creciente lista de defectos del arquitecto que ella había tolerado durante las semanas anteriores y

que de pronto habían adquirido singular relevancia. Dispuesta a olvidar la insatisfactoria experiencia, María resaltó las ventajas de su relación. Los atributos principales de su nuevo novio consistían en su capacidad para hacerla reír y en su permanente disposición para escuchar. Además, Pablo tenía una sensibilidad especial, una inteligencia prodigiosa y una habilidad natural para la empatía. María concluyó que todo eso estaba muy bien, pero que sin una vida sexual satisfactoria daba lo mismo estar con su amigo Pepe. Pasados unos minutos, reconsideró su sentencia gracias a un atenuante clave: recordó que la noche de su primer encuentro, Pablo estaba cansado y borracho. A todas luces resultaba injusto juzgar el desempeño de su enamorado bajo esas condiciones, por lo que decidió darle una nueva oportunidad. Además, comenzaba a extrañarlo. La hacía sentirse querida, protegida, tranquila. «La próxima vez que llame, contestaré», resolvió María mordisqueándose las uñas.

Entretanto, Pablo estaba en la oficina. Le dolía mucho la cabeza y continuaba con malestar, de manera que le resultaba difícil concentrarse en lo que hacía. Trabajaba porque no tenía nada mejor a la vista y no podía dejar de pensar en María. La había llamado por teléfono en varias ocasiones desde el domingo por la tarde y ella respondía siempre que estaba ocupada o simplemente no contestaba. Resultaba evidente para el arquitecto que el repentino alejamiento de la chica se había producido porque algo malo había ocurrido durante el fin de semana. Lo último que recordaba de la noche del sábado era la imagen de sus zapatos zigzagueando al subir las escaleras que conducían al dormitorio. El domingo había despertado cerca del mediodía con María acostada a su lado en posición fetal. Sediento y mareado, se tambaleó hasta el baño y bebió agua del lavabo formando un cuenco con sus manos. Cuando caminaba de regreso a la cama, la muchacha se incorporó y encendió el televisor sin siquiera mirarlo. «Buenos días», balbuceó débilmente Pablo al notar que su enamorada estaba despierta, pero no obtuvo respuesta. La habitación apestaba a vómito, cigarrillo y alcohol. Minutos después María se levantó de un brinco, abrió las cortinas y las ventanas, dijo que prepararía algo de comer y se dirigió a la cocina. El arquitecto fue a buscarla media hora más tarde, con la cabeza a punto de reventar. Mientras bajaba las escaleras, se percató de que ella estaba tomando una infusión caliente en la mesa del comedor. Parecía absorta en sus pensamientos. Pablo se acercó para darle un beso y ella lo miró con las comisuras de los labios apuntando ligeramente hacia arriba, una

expresión facial que el arquitecto confundió con una sonrisa. Se inclinó para saludarla y ella le mostró la mejilla izquierda. Caminaron juntos hasta la mesa de la cocina, prepararon emparedados de queso e intercambiaron impresiones sobre los asistentes a la reunión. De improviso, María encendió su reproductor de música portátil y se colocó los auriculares, eliminando de esa forma cualquier probabilidad de diálogo. Al terminar de comer, la muchacha se duchó, se cambió y se despidió con un rápido beso indicando que estaría atareada por unos días. Pablo no la había visto desde entonces. Sentado en su escritorio e iluminado únicamente por la pantalla del ordenador, resolvió llamarla una vez más. Tenía que conocer las razones de su distanciamiento.

—¡Hola, mi amor! —exclamó María. Había decidido actuar como si nada hubiese ocurrido.

—Hola, preciosa —respondió Pablo gratamente sorprendido por el cálido saludo de su enamorada—. ¿No quieres salir a comer?

—Vamos —dijo la muchacha—. Tengo hambre.

Una hora después, estaban sentados en un restaurante de comida tailandesa charlando sobre sus cantantes preferidos mientras un camarero rellenaba sus copas de espumoso. Las burbujas habían producido en María una agradable somnolencia y un ligero cosquilleo en las piernas. Contempló con detenimiento el rostro de Pablo cuando este hablaba sobre su visita de unos años antes a San Pedro de Atacama y concluyó que su enamorado era atractivo a pesar de sus rasgos inusuales. Además, las cosas que le contaba eran interesantes y entretenidas. Cuando pensaba en Pablo, María lo imaginaba de perfil, sentado frente a un amplio escritorio, leyendo un libro con el entrecejo fruncido como prueba de su intensa concentración. Ella había advertido a lo largo de las semanas anteriores que el portentoso nivel de atención del arquitecto para los detalles le otorgaba en ocasiones un equívoco aspecto adusto.

—¿Sigues con la regla? —preguntó Pablo.

—No —dijo ella avergonzada por el recuerdo de su mentira.

—Tú avísame nomás —indicó el arquitecto con un guiño. La voz sugería un reto, pero el lenguaje corporal delataba una súplica.

María procesó el comentario con lentitud, atontada por el licor. Nada en la mirada de Pablo revelaba la existencia de un problema: su novio actuaba como si lo ocurrido el fin de semana no tuviera ninguna importancia.

—¿Ya olvidaste lo que pasó el sábado por la noche? —preguntó María con brusquedad.

—Eso quería preguntarte —contestó Pablo intrigado—. Tu hostilidad de los últimos días me dice que algo grave ocurrió, pero no consigo recordar lo que fue. Si he sido un idiota, discúlpame; soy un mal borracho.

—Esa noche tuvimos relaciones —soltó al fin María mirándolo a los ojos.

—¿Con quién? —interrogó Pablo, comprendiendo un segundo tarde lo que la muchacha había querido decir—. Perdón, la verdad es que no me acuerdo. Estaba demasiado borracho. ¿Qué pasó? ¿Te maltraté de alguna forma?

—¡No hubo tiempo! —exclamó María estallando en carcajadas. La risa desaforada le deformaba las facciones hasta el punto de afearla. Los empastes plateados de las muelas resplandecían bajo la luz del restaurante.

Al otro lado de la mesa, Pablo se mostraba compungido. Soportó el exabrupto de María con entereza y luego pidió la cuenta al camarero. No estaban en el lugar apropiado ni era el momento oportuno para hablar sobre intimidades. Pagó en efectivo, agradeció el servicio y no dejó propina. Entraron al todoterreno y Pablo condujo en silencio hasta el apartamento de la mujer. Frente a la puerta del edificio y con el motor del vehículo todavía encendido, María se arrojó encima de su enamorado y lo besó ardorosamente. Luego colocó la mano derecha en la entrepierna de Pablo y notó la erección. «Quédate a dormir», invitó ella con voz seductora. Bajaron del todoterreno, saludaron a unos vecinos que salían del edificio y se dirigieron raudos al apartamento. Apenas entraron, Pablo empujó a María contra la puerta cerrada y empezó a besarla con fogosidad en los labios y en el cuello. Ella respondió meneando la pelvis y abrazándolo con fuerza. Él la cargó por las nalgas y ella levantó las piernas y las cruzó en la espalda de su novio. Ambos sudaban. Pablo caminó con dificultad hasta el dormitorio con María colgada del cuello, la tendió de espaldas sobre el lecho y comenzaron a desvestirse en la penumbra. Cuando Pablo quedó en calzoncillos, encendió la lámpara del techo. La mujer estaba de rodillas en el centro de la cama, desnuda, perfecta.

La historia universal cuenta que muchos hombres lo perdieron todo, incluyendo reinos e imperios, debido a una mujer hermosa. Sobran ejemplos. A las mujeres se les endilga la culpa de las mayores desgracias de la humanidad, empezando por el destierro del paraíso. Como contrapartida, el amor romántico ha inspirado monumentos, relatos y proezas en una magnitud solo comparable a la del fervor religioso. ¿Hacia qué lado se inclinaría la balanza si

juzgáramos el resultado de la participación de las féminas en la historia? Atendiendo a las estadísticas, hacia ninguno. Ambos sexos han sido igualmente responsables de las desdichas de la raza humana por diversas razones, generalmente por odio e intolerancia. No obstante, el arrebato de un hombre enamorado como instrumento del destino es incomparable. El amor frustrado desata la melancolía e inspira el alma de un artista, en tanto que la consumación de la pasión hace desvariar a los amantes y los sumerge invariablemente en un estado de locura temporal. Los personajes principales de las narraciones románticas persiguen lo mismo: poseer y a la vez entregarse al otro. Muchas veces el premio obtenido no merece el esfuerzo previo, pero por desgracia la moraleja está siempre al final del cuento.

Pablo se quitó la última hoja de parra, subió a la cama de un brinco, se colocó encima de María y comenzó a acariciarle los senos. Temblaba de emoción. Ella abrió ligeramente las piernas y empujó los hombros de Pablo hacia abajo. Él comprendió al instante la señal, colocó la cabeza entre los muslos de su novia y empezó a besarle los otros labios mientras ella le revoloteaba el cabello. Un inconfundible olor a flujo vaginal invadió el cuarto. Tras unos minutos, María tironeó el pelo de su compañero hasta que consiguió que se colocara a su altura, levantó las piernas, cogió con la mano derecha el miembro endurecido de Pablo y lo introdujo en su oquedad. Pablo empezó a menearse frenéticamente y ella acompañó el movimiento, adecuándose a la concupiscencia de su contraparte. De pronto, Pablo cerró los ojos, emitió un suave gemido, descargó su simiente con un estallido y se tendió exánime sobre el cuerpo sudoroso de la mujer. Estaba inconsciente; había alcanzado un estado posterior al orgasmo que los franceses denominan *la petite mort,* la pequeña muerte. Pablo volvió en sí pasados unos treinta segundos sintiendo una paz inmensa y un éxtasis solo comparable al que había experimentado durante algunas sesiones de ayahuasca. María, preocupada únicamente por su placer, jamás se percató del desvanecimiento de su amante. Pablo levantó la cabeza y contempló a María con arrobo, la besó en la frente y se tumbó de espaldas en el lado izquierdo de la cama. Habían transcurrido seis minutos desde el momento de la penetración, pero la mujer estaba satisfecha. «La lengua es más poderosa que la espada», pensó María pícara. Concluyó que el inconveniente no era serio, que la combinación correcta de esencias florales solucionaría la eyaculación precoz en dos patadas. Lo fundamental era que ese hombre podía hacerla feliz, que podía

brindarle el placer al que estaba malacostumbrada. Empezaban a aflorar en ella los sentimientos románticos que solía esconder para no sentirse vulnerable. Se recostó sobre su lado derecho, apoyó la cabeza sobre el pecho de Pablo y cerró los ojos. Poco después se rindió al sueño con una sonrisa en los labios.

Con el paso de las semanas, los tórtolos perfeccionaron una rutina: Pablo pasaba por la oficina de María a las seis de la tarde, iban de compras a un supermercado y lanzaban una moneda al aire para definir dónde pasarían la noche, un truco divertido que se convirtió rápidamente en un ritual. Al llegar al apartamento elegido, cocinaban y comían escuchando las canciones que el arquitecto reproducía en su ordenador portátil. Por lo general, acompañaban la cena con una botella de buen vino. Se ocupaban de sus asuntos personales por separado y se encontraban en el dormitorio a eso de las diez y media. Pablo tenía la irritante manía de zapear todo el tiempo, veía un canal de televisión apenas treinta segundos y cambiaba al siguiente sin importarle el programa que estuvieran transmitiendo. Por esa razón, María asumió el control del mando a distancia casi de inmediato, lo que originó algunas discusiones menores. Por las mañanas se duchaban juntos y desayunaban en silencio pacífico. Al principio, Pablo no parecía especialmente interesado en el sexo. En varias ocasiones rechazó los mimos de su amante señalando que debía terminar unos planos o arguyendo que estaba cansado, que era muy tarde, o que deseaba dormir. Una noche, tras uno de aquellos rechazos, ella lo enfrentó a la amenaza de terminar el romance y él capituló, comprensivo, sin presentar condiciones para su rendición. María descubrió pronto que cuanto más peleaban, mejor resultaba el sexo de reconciliación. Además, los rastros de rabia en Pablo después de una pelea le permitían controlar mejor su reflejo eyaculatorio, prolongando la duración del coito. Con la batuta de la relación en una mano y la llave de su placer en la otra, la muchacha redujo su nivel de tolerancia e inició disputas por cualquier causa para satisfacer su desbordada lujuria. Los amigos de ambos comenzaron a preocuparse: la pareja discutía por tonterías, a veces en público, a veces a gritos. Ignoraban que existía un acuerdo tácito entre los amantes para exaltar su pasión.

Una mañana de sábado, sentado a la mesa de comedor de su dúplex, Pablo se palpó los antebrazos llenos de moretones y los codos raspados que eran consecuencia de la enérgica sesión amatoria de la noche previa. A continuación miró a su adorada María a los ojos y rompió el habitual silencio del desayuno. Parecía

exhausto.

—Mi amor, no podemos seguir así —dijo Pablo mostrando las heridas.

—¿A qué te refieres? —preguntó la muchacha.

—Las últimas semanas han sido estupendas, por favor, no me malentiendas —contestó el arquitecto entrecerrando los ojos—. Sin embargo, siento que nuestros altibajos me están afectando emocionalmente. No podemos vivir peleando como perro y gato para intensificar nuestra vida íntima.

—No es más que un juego, mi amor —señaló María con una sonrisa—. Era la pizca de sal que faltaba en nuestra relación. La ocasional rudeza de nuestros encuentros es simplemente una manifestación de nuestro erotismo. Te puedo asegurar que con el tiempo las cosas se acomodan, como en la fábula de los puercoespines. La opinión de los demás no me interesa.

—Tienes que comprender que la situación es insostenible —indicó Pablo tocándose los rasponazos de los codos—. Tu ritmo es difícil de seguir y, para serte franco, me siento agotado. Lo más triste de todo es que ha desaparecido la ternura. A este paso, voy a tener que conseguirte un amante —añadió a modo de broma buscando distender los ánimos.

—No digas estupideces —le espetó María, que había comenzado a excitarse nuevamente tras oír la campana de boxeo en su cabeza —. Nadie te está obligando a nada. Si no te gusta, cambia de canal. ¡Te vas a quedar solo, fanático del zapeo!

La muchacha se sorprendió de su propia violencia, rompió en llanto, se levantó de la mesa, subió corriendo al dormitorio y cerró dando un portazo. El arquitecto la siguió. Al abrir la puerta vio a la mujer tendida bocabajo sobre la cama con una almohada encima de la cabeza. Pablo se acostó a su lado y empezó a acariciarle la espalda. Ella dio media vuelta y lo abrazó con fuerza. «Creo que te amo», confesó María, mirándole con los ojos humedecidos. Pablo no respondió de inmediato, simplemente la abrazó. Permanecieron en la misma posición durante un rato sin decir una palabra. La agitación de María crecía con los segundos; había confesado su amor con valentía y no había sido correspondida. Sus miedos la invadieron. La aparente falta de convicción de su declaración había sido un mecanismo de defensa, pero pensaba que era posible que él hubiera interpretado su prudencia como vacilación. Su castillo de naipes se desmoronaba, sus creencias se trastocaban, sus prioridades cambiaban. Entretanto, él pensaba en la trascendencia de las palabras que acababa de escuchar. Debía actuar con rapidez:

no quería que María dudara de la reciprocidad de sus sentimientos. «Yo también te amo», dijo al fin Pablo, disolviendo la tensión del ambiente. Bajaron a la sala, se sentaron sobre el sofá y se contemplaron unos minutos. Luego prepararon un té verde y ella agregó unas gotas de su pócima floral a la taza de Pablo. Regresaron a la cama y pasaron el resto del día viendo películas de acción.

***

Unos días después, Pablo concibió una idea para animar a su novia. Conocedor de la debilidad de María por las flores, pidió permiso en la oficina para salir temprano y pasó toda la tarde en su apartamento fabricando un diminuto tulipán de papel que introdujo luego en un estuche de joyería de color azul. A las seis menos cuarto, adhirió a la pequeña caja una etiqueta blanca con el nombre de la chica escrito con letra de imprenta, guardó el presente en la guantera del todoterreno y partió hacia la oficina de María. Ella salió del edificio a las seis y seis, reconoció el vehículo de Pablo estacionado unos metros más adelante, se aproximó deprisa y entró en el auto notoriamente contrariada. Al cerrar la puerta comenzó a gritar imprecaciones contra su jefe por no haberla incluido en los créditos de una publicación recién editada. El arquitecto condujo en silencio, esperando con paciencia la oportunidad para mostrar su obsequio. Al cabo de pocos minutos, pidió a la muchacha que buscara unos papeles en el compartimento situado frente a ella. Ella tiró de la manija de la guantera, encontró el regalo, leyó su nombre en la etiqueta, enmudeció y retrocedió. «Es muy pronto», musitó la chica, sin percatarse de que había dicho en voz alta lo que pensaba. Acto seguido, cogió la caja azul con ambas manos, abrió la tapa con cautela, dio un suspiro de alivio y prorrumpió en exclamaciones de afecto y agradecimiento. Al principio, el arquitecto sonrió, pero le cambió el semblante al reflexionar sobre lo ocurrido. «Es muy pronto», repitió Pablo en su mente con el todoterreno detenido frente a un semáforo en rojo.

Las ocurrencias románticas eran la especialidad de Pablo. Había utilizado muchas veces ese recurso con diversos propósitos, en general para disculparse, impresionar o como ariete para derribar la resistencia de una chica. La sofisticación de su ingenio dependía de la dificultad del objetivo, por lo que en ocasiones le llevaba varios días reunir lo necesario. Planeaba sus actos al milímetro con la lucidez de un estratega militar y los ejecutaba conforme al guión

que le dictaba la cabeza, creando la atmósfera adecuada y esperando el momento exacto. Era tan concienzudo con los preparativos que en alguna ocasión escribió un listado de las posibles reacciones de la agasajada de turno, anotó las respuestas que debía dar y las memorizó. El arquitecto consideraba que había ejecutado su obra maestra a los veintidós años, una edad en la que morir por una causa parece más noble que vivir dedicado a ella. La muchacha se llamaba Penélope Salazar, una guapa estudiante de psicología de diecinueve años que había conocido en una discoteca de Miraflores y a la que invitó a salir un par de veces con desenlace incierto. A lo largo de algunas semanas acechó como perro encelado el edificio donde vivía la familia Salazar, pero la chica no deseaba saber nada de romance y había indicado al portero del edificio, un tal Florentino, que no dejara pasar al acosador. Un martes por la tarde, el estudiante de arquitectura Pablo Leguía se detuvo en una tienda de artesanía y compró un pequeño cofre de madera, consiguió una docena de rosas en una floristería, adquirió un candado en un almacén, y se dirigió a su casa con los materiales para organizar la sorpresa. A la mañana siguiente, temprano, el muchacho entregó a Florentino la caja cerrada con el candado y un sobre dirigido a la joven. Antes de irse, recalcó la importancia de entregar el paquete de inmediato. Penélope recibió el cofre a las tres de la tarde, observó el regalo, comprobó que el candado estaba asegurado, abrió el sobre y leyó la nota, que decía, simplemente: «Yo tengo la llave». La muchacha quedó maravillada con la astucia de su pretendiente, consiguió su dirección y fue a buscarlo a las ocho de la noche, cofre en mano.

—¡Dame la llave! —exclamó Penélope cuando Pablo se asomó por la ventana.

—Tienes que entrar a buscarla —contestó divertido el estudiante.

Penélope tocó el timbre, la sirvienta le abrió la puerta, subió por las escaleras que le indicó la señora y entró en la habitación de Pablo. Se acercó al chico despacio mientras este la observaba sentado sobre la cama con una sonrisa satisfecha.

—¡Dame la llave! —repitió Penélope cuando se plantó frente a él.

—Primero debes pasar una prueba —dijo Pablo con afectada frialdad.

—¿Qué quieres? —preguntó desafiante ella.

—Es muy fácil, tienes que hacer una de las siguientes tres cosas: saltar en paracaídas, correr una maratón o darme un beso.

—¿Qué hay en el cofre? —interrogó Penélope impaciente.

—Algo perecedero, como mi oferta —dijo el estudiante saboreando su triunfo inminente.

Al oír esto, Penélope empujó a Pablo por los hombros, lo tendió sobre la cama, se sentó a horcajadas sobre él y lo besó tanto tiempo y con tal apasionamiento que el chico empezó a asfixiarse y tuvo que detenerla.

—La llave —insistió la chica mirándolo a los ojos.

—De acuerdo —concedió él, fiel a su palabra.

Pablo se levantó, abrió un cajón de su escritorio, sacó el llavín y se lo entregó a Penélope. Ella cogió el pequeño objeto de metal, dio vuelta a la cerradura y encontró al abrir el cofre un capullo de rosa colocado con delicadeza sobre un lecho de pétalos. La chica chilló de felicidad, se abalanzó sobre Pablo, dijo que era el regalo más lindo que había recibido en su vida y se quedó a dormir. Dos semanas más tarde, Penélope terminó la relación aduciendo que estaba perdidamente enamorada de Cayetana, una compañera de estudios.

***

Cuatro meses después de la escena del tulipán de papel, la relación con María pasaba por un momento estupendo. Un miércoles, tras meditar el asunto unos días, el arquitecto decidió repetir el acto de la caja azul con un contenido distinto. Pasó por una joyería y realizó algunas coordinaciones telefónicas. María había estado llamándolo desde las seis, pero Pablo no quiso contestar y le envió un mensaje de texto avisando que estaba ocupado y que la recogería más tarde. El arquitecto apareció con media hora de retraso y encontró a María parada en medio de la calle, colérica. Entró rauda al todoterreno, cerró la puerta y le recriminó la tardanza con inusitada agresividad. Pablo había considerado esa reacción entre sus planes, así que permaneció callado y esperó la oportunidad correcta. Sabía que la excitación sexual de su novia era proporcional a su grado de enojo y pensaba utilizar esa ventaja como parte de su estratagema. En apariencia, la batuta de la relación había cambiado de mano. En el momento propicio, a las seis y cincuenta de la tarde de un día laborable, Pablo estacionó el vehículo en plena avenida, apagó el motor y solicitó a María con la voz impostada que, por favor, le alcanzara un documento de la guantera. Ella lo miró a los ojos, comprendió el juego, rio como una niña pequeña y retiró del compartimento una

caja revestida con terciopelo azul. Al abrir la tapa del estuche, la muchacha no encontró una flor de papel, sino un anillo de compromiso en oro blanco con un solitario de dos quilates considerado perfecto por el vendedor de la joyería en cuanto a corte, color y calidad. La sonrisa de María se borró de un plumazo. «Cásate conmigo», le dijo Pablo como si le impartiera una orden, pero ella seguía anonadada y solamente atinó a responder «dame un minuto» con voz neutra. Pablo no añadió nada más, comprendió que su enamorada estaba conmovida y que necesitaba un momento para pensar.

De improviso, la mujer empezó a llorar con desconsuelo, gimiendo y sollozando ruidosamente. Mientras le caían lágrimas por las mejillas, consideró que la propuesta de matrimonio de Pablo había sido improvisada y poco romántica en comparación con la que Felipe había organizado tres años atrás. Su anterior novio no había dejado nada al azar: la invitó a pasar un fin de semana en el hotel más exclusivo de Máncora, un balneario ubicado a ciento ochenta kilómetros al norte de la ciudad de Piura. Llegaron un viernes por la noche y pasaron todo el sábado descansando, tomando el sol y nadando en el océano. Al atardecer, con el cielo ensangrentado como fondo, se sentaron alrededor de la pequeña mesa de madera que los empleados del hotel habían situado a la orilla del mar y bebieron champán. Bajo la luz de unas antorchas, Felipe se arrodilló sobre la arena y preguntó a María si quería ser su esposa. Con Pablo todo era diferente, según había comprobado en el transcurso de los meses anteriores. Con una negligencia insólita para una persona tan meticulosa, su pretendiente no se había dado el trabajo de preparar el escenario ni había tomado en cuenta los detalles. No había tulipanes ni rosas, en la radio sonaba una cumbia, no se había arrodillado en señal de reverencia y sometimiento. No obstante, le habían propuesto matrimonio por segunda vez y a su edad no podía darse el lujo de rechazar otra oferta. Si las cosas no marchaban bien, siempre era posible romper el compromiso y en tal caso conservaría el diamante, como había ocurrido con Felipe. Examinó disimuladamente la roca del estuche: sin lugar a dudas, era la más grande que había visto en su vida.

En el asiento del conductor, Pablo empezó a sentir una tremenda angustia. Se reprochó el tono marcial de su solicitud, pero estimó que todo lo demás se había cumplido conforme al libreto. Aunque al principio pensó incluir algunos detalles convencionales para la ocasión, como flores o globos, resolvió que los adornos predispondrían el ambiente y arruinarían la sorpresa. Había

reservado una mesa en el restaurante más caro de la ciudad y una suite en el hotel más lujoso, pero después de pagar el anillo se había quedado sin un centavo. Trataba de no mirar la escena dramática que se desarrollaba en el asiento del copiloto, preguntándose si la reacción de la muchacha era producto de la emoción o de la tristeza. Había transcurrido demasiado tiempo desde el momento de la propuesta, así que consideró la falta de respuesta como una respuesta. Arrancó el motor del vehículo, cambió la marcha, bajó la ventanilla para tomar aire y condujo sin rumbo definido.

Tras cinco eternos minutos de llanto incontrolable, María respiró hondo varias veces, se calmó y contempló a su hombre. Definitivamente, no era su tipo. No obstante, el mundo interior de su amante estaba lleno de magia. Pablo estaba fascinado con los misterios de la naturaleza y con la historia universal, tenía una curiosidad insaciable y una memoria excepcional. Guadalupe y Pepe pensaban que era un compañero para toda la vida. María sentía por Pablo algo descomunal, indescriptible e inédito que no se fundaba en la atracción física, y dedujo por eliminación que ese sentimiento era amor.

—¿Adónde te llevo? —dijo Pablo en tono grave para tratar de disimular su congoja.

—No sé —respondió María con la voz meliflua—. ¿No tienes una moneda?

Mientras el arquitecto rebuscaba en sus bolsillos, la mujer cambió la emisora de la radio y puso una canción romántica en inglés.

—Pablo...

—¿Qué pasa?

—Está bien, me casaré contigo. Ahora cómprame flores y llévame a celebrar a un lugar bonito. ¡Tu propuesta de matrimonio ha sido horrorosa!

María Salcedo y Pablo José Leguía se casaron un 28 de enero, seis meses después de formalizar su compromiso. El matrimonio civil y la recepción se realizaron en el jardín de un club campestre de Chaclacayo, a treinta kilómetros al este de Lima. A pesar de la reticencia del novio, un sacerdote católico ofició una breve ceremonia de bendición de anillos. Según la tradición, el padre de la novia era el encargado de pagar la fiesta de bodas, pero el señor Salcedo nunca pudo ser localizado. María sugirió posponer la celebración, pero el arquitecto insistió en la fecha acordada indicando que asumiría la totalidad de los gastos. Pablo solicitó un préstamo al banco, ajustaron el presupuesto, redujeron el número

de invitados y encargaron la organización a una tía de la novia en lugar de utilizar un servicio profesional. Asistieron ciento cincuenta invitados entre familiares, amigos cercanos y compañeros de trabajo. María estaba bellísima con su vestido corto de color blanco, el cabello recogido en un gran moño bajo y sus sandalias sin tacón, aunque algunos asistentes comentaron luego que la muchacha estuvo tensa y que no rezumó felicidad. El arquitecto vistió un traje gris oscuro, tartamudeó de forma incontrolable cuando le tocó decir sus votos y se emborrachó con sus amigos.

Pasaron la noche de bodas durmiendo y a la mañana siguiente se dirigieron al aeropuerto para tomar un vuelo hacia el lugar que Pablo había elegido para pasar la luna de miel y que mantuvo en secreto durante meses. «Lleva un biquini», había dicho a María unas semanas antes cuando ella trató de sonsacar información mencionando que no sabía el tipo de ropa que debía empaquetar. Mientras la pareja hacía fila frente al mostrador de la aerolínea para obtener los pases y facturar las maletas, el flamante marido reveló el destino final. María palideció. Se trataba del mismo hotel en el que Felipe le había propuesto matrimonio tres años antes. Tras meditarlo por unos minutos, la muchacha resolvió que durante el vuelo convencería a su reciente esposo de ir a otro hospedaje, arguyendo razones económicas para no levantar sospechas. Llegado el momento, discutieron el asunto por unos minutos y Pablo aceptó el cambio de planes sin oponer mayor resistencia. Tras hora y media de vuelo aterrizaron en Piura, recogieron las maletas, se acercaron raudos a la oficina de información turística del aeropuerto e indagaron sobre alternativas de alojamiento. El calor era brutal. La encargada de la oficina, una mujer regordeta de unos cincuenta años que sufría de halitosis, les sugirió un hotel en Cabo Blanco, una caleta de pescadores situada cerca de Máncora que fue distinguida en su tiempo como el mejor destino de pesca deportiva de altura del mundo y que luego se convirtió en refugio para surfistas y amantes de la pesca submarina. Los esposos Leguía aceptaron la oferta de inmediato: estaban cansados y además el arquitecto sentía náuseas cada vez que la señora hablaba.

Al salir del aeropuerto tomaron un taxi hasta el terminal terrestre de la ciudad y veinte minutos más tarde estaban sentados cómodamente a bordo de un autobús. Tras más de dos horas de viaje llegaron al hotel elegido, una edificación venida a menos situada en el lado izquierdo de la estrecha playa. El clima era agradable y las instalaciones, adecuadas, pero la vista no se parecía en nada a la de los anuncios de lugares paradisiacos de las agencias

de turismo: una plataforma petrolera estaba emplazada cerca de la costa y una gran cantidad de barcos pesqueros se encontraba aglomerada en el costado de un muelle de cemento. Se registraron, dejaron sus cosas en la habitación, comieron algo y decidieron buscar un mejor lugar para pasar su luna de miel. Esa noche conversaron hasta la madrugada y durmieron abrazados a pesar del calor. María se levantó temprano, preguntó a los lugareños sobre playas para recién casados y la mayoría le recomendó Punta Veleros, un condominio de bungalós frente al mar localizado a quince kilómetros al norte de donde se encontraban. La mujer se reconocía culpable por haber causado las molestias que experimentaban, pero estaba segura de que se hubiera sentido muy incómoda en el hotel de Máncora. El que debía ser el viaje más feliz de su vida estaba a punto de arruinarse debido a su pasado. Regresó a la habitación, despertó a su marido y compartió sus pesquisas con él. A las once pagaron la estancia, agradecieron la hospitalidad y tomaron un taxi.

—¿Por qué no vamos al hotel de Máncora? —preguntó Pablo cuando avanzaban por la carretera—. Queda cerca de aquí, el gasto ya estaba considerado en el presupuesto y entiendo que las instalaciones son fantásticas.

—No me gusta ese lugar —respondió María mirando por la ventanilla.

—No sabía que habías ido —comentó el arquitecto.

—Hace tiempo —dijo la muchacha sonrojada—. Olvídalo, es muy caro. Cuando regresemos a Lima me puedes comprar algo bonito con el dinero que ahorremos.

—Como tú quieras, mi amor.

El condominio de Punta Veleros era tal como los pobladores de Cabo Blanco habían descrito: un lugar tranquilo alejado de la carretera con una preciosa playa de arena blanca y mar turquesa. El coste del bungaló que eligieron era más caro que la habitación de Máncora, pero aun así decidieron quedarse, deslumbrados por la belleza del paisaje. Estuvieron en el lugar cinco días y tuvieron sexo dos veces, una de ellas en el mar.

***

De vuelta en Lima, la pareja empezó a acostumbrarse a su nueva vida. María dejó su apartamento alquilado y se mudó al dúplex de Pablo con su diván de cuero color vino, su taller de orfebrería y sus anhelos todavía intactos. Pocos días después de la mudanza, tras

una fuerte discusión con su marido, la mujer se dio cuenta de que al abandonar su guarida se había entregado a la voluntad del dueño de la casa y comprendió que había dejado de ser libre. «Me cortaron las alas», se lamentó. Revisaron sus finanzas: el arquitecto elaboró un presupuesto mensual que les permitiría vivir cómodamente y la mujer resolvió que amortizaría sus obligaciones bancarias con el dinero que antes destinaba al pago de la renta. La convivencia fue difícil al principio, pero al cabo de unas semanas aprendieron a soportarse.

El día que cumplieron tres meses de casados, poco antes de las ocho de la noche, María experimentó un dolor abdominal tan intenso que Pablo tuvo que llevarla a la clínica más cercana. Al llegar a la sala de urgencias acostaron a la muchacha en una camilla y le inyectaron un fuerte calmante. La mujer mencionó que tenía un mioma, de manera que el doctor determinó que se trataba de una infección urinaria causada por la presión del tumor uterino sobre la vejiga y prescribió como tratamiento la aplicación de inyecciones de antibióticos durante cuatro días. Cuando arreglaba las cuentas en el mostrador de la sala de espera, Pablo se percató de que había cometido un grave error al anular el seguro de salud de su esposa al incluirla en el plan familiar que había contratado con una aseguradora diferente, puesto que, conforme a las condiciones de la nueva póliza, las enfermedades preexistentes estaban excluidas de la cobertura. En la calle, Pablo discutió por teléfono durante quince minutos con un asesor especializado mientras su mujer descansaba en la camilla, pero no había nada que hacer. El arquitecto debió desembolsar una fuerte cantidad para cubrir los gastos médicos, lamentándose de la desgracia billete por billete. Al culminar los trámites, regresó al cubículo donde María se encontraba, le dio un beso en la frente y posó la mano derecha sobre la de ella. Decidió no mencionar lo del seguro: no le pareció el lugar adecuado para hablar sobre ello y además pensó que su esposa podría montar un follón. El doctor apareció veinte minutos más tarde, les comunicó que todo estaba bien y que podían irse a casa.

A la mañana siguiente, el arquitecto partió muy temprano hacia la oficina para trabajar en un nuevo proyecto que acababan de encargarle y María permaneció todo el día en la cama, sin fuerzas para bajar a la cocina y alimentarse. A lo largo del día, la mujer envió varios mensajes de texto a su esposo desde su teléfono móvil pidiéndole que comprara algo de comer y que procurara no llegar tarde. Pablo tuvo un día atareado y se presentó en el apartamento a las diez de la noche, terriblemente cansado y sin el encargo. Ante

los reproches de su mujer, no le quedó más remedio que preparar unos espaguetis en salsa de tomate. Sirvió dos platos, los puso sobre un azafate de madera sobre el que había colocado previamente dos vasos de agua, cubiertos y servilletas de papel, y subió al dormitorio. La mujer tenía un aspecto mucho más tranquilo y agradeció el esfuerzo de su marido con una gran sonrisa y un delicado beso en los labios. Al terminar de comer, María recordó de repente que debía ponerse la inyección que el médico le había recetado la noche anterior, por lo que pidió a Pablo que fueran cuanto antes a una farmacia para comprar la ampolla y luego a la clínica para aplicársela. El arquitecto empezó a perder la paciencia, su esposa estaba actuando como una niña mimada y él necesitaba recuperar fuerzas para soportar la jornada de trabajo de dieciséis horas que le esperaba al siguiente día.

—¿Podemos ir mañana? —preguntó Pablo suplicante—. Estoy muerto, mi amor: he tenido un día duro y mañana me espera uno peor.

—Son antibióticos —respondió María crispada—. No se puede interrumpir el tratamiento, las inyecciones deben ser aplicadas con la frecuencia y por el tiempo que determina el médico. Si te cuesta tanto acompañarme, dame la llave del todoterreno y la tarjeta del seguro.

—Está bien, te llevaré —aceptó el arquitecto de mala gana. No quería que su esposa se enterara de los inconvenientes a que se enfrentaban con la póliza de salud y además no tenía plata suficiente para pagar la atención médica debido al desembolso de la noche previa.

—Vamos de una vez —dijo la mujer impaciente—. Me pondré un chándal y un par de zapatillas. Tardaré unos minutos, espérame en la puerta del edificio y, por favor, deja de poner esa cara de sufrimiento.

—¿Puedes comprender que estoy cansado? —farfulló Pablo agobiado.

—¡Y yo estoy enferma, tarado! —gritó María perdiendo los estribos—. Ahora haz lo que te he dicho. Bajaré pronto.

Las piernas de Pablo temblaron al bajar las escaleras que conducían al estacionamiento ubicado en el segundo sótano del edificio. En otras condiciones, la riña con su mujer se hubiera resuelto en la cama, pero María estaba enferma y por lo tanto no era posible mitigar su temperamento colérico utilizando la táctica habitual. Pablo reflexionó acerca de los posibles traumas infantiles de su esposa por el abandono del padre y se preguntó sobre la

influencia de tales impresiones en el subconsciente de su media naranja. Subió al todoterreno, arrancó el motor, salió del estacionamiento y aparcó frente al edificio. María bajó a los cinco minutos, entró al vehículo, cerró la puerta, se abrochó el cinturón de seguridad e indicó a su marido que debían encontrar una farmacia abierta. Eran las once de la noche. Avanzaron dos manzanas hasta llegar a la avenida Mariscal Castilla, doblaron a la derecha, recorrieron medio kilómetro y giraron nuevamente a la derecha en la avenida República de Panamá. Siguieron por la avenida durante dos minutos a una velocidad promedio de sesenta kilómetros por hora y doblaron a la izquierda en la avenida Benavides. Al poco tiempo encontraron una farmacia, bajaron del todoterreno, se acercaron a la ventana enrejada por la que se atendía al público y entregaron la receta al encargado, un chico regordete con cicatrices de acné en el rostro. Pablo retrocedió unos pasos, se percató de que al costado de la ventana se había colocado un letrero que rezaba «Se aplican inyecciones», y creyó encontrar la respuesta a sus plegarias.

—¿Cuánto cuesta poner una inyección? —preguntó Pablo al empleado de la farmacia mientras este buscaba los antibióticos prescritos.

—La enfermera ha salido, pero yo podría hacerlo por una propina —indicó el chico—. Soy estudiante de medicina —agregó mirando de reojo a María.

—¡Perfecto! —exclamó el arquitecto.

María miró a Pablo con expresión de incredulidad. Le parecía inconcebible que su marido estuviera pensando en aceptar el ofrecimiento de ese niño desaseado.

—Tienes que estar bromeando —dijo al fin ella—. Este chico ni siquiera es profesional y una inyección mal puesta podría ser dolorosa y generar complicaciones. De ninguna manera aceptaré.

—Ya estamos aquí —replicó Pablo tratando de convencerla.

—Paga las medicinas y vamos a la clínica —ordenó la mujer a su esposo antes de darle la espalda y caminar hacia el todoterreno.

—El saco le queda un poco largo, señor —se mofó el empleado de la farmacia cuando el arquitecto se dirigía al vehículo.

Las calles estaban casi desiertas a esa hora de la noche y los únicos automóviles que circulaban eran taxis transportando pasajeros o buscándolos. Pablo sugirió ir a un hospital adventista ubicado a pocas manzanas, fundamentando su propuesta en la cercanía, pero pensando realmente en los precios más bajos.

—Por enésima vez, no pienso arriesgarme —explicó la

muchacha intransigente—. La enfermera de la clínica que me puso la inyección anoche es una experta y quiero que ella se encargue. Por favor, deja de insistir —agregó con firmeza.

—María, no es una cirugía en el corazón ni un trasplante de hígado —aseveró Pablo con actitud beligerante—. No se trata de hacer siempre lo que tú quieres; a veces debemos considerar nuestra economía familiar. No olvides que yo mantengo la casa.

—Estamos muy cerca de la clínica —mencionó ella—. No comprendo qué tiene que ver la economía familiar: se supone que el seguro reembolsa estos gastos.

—No podemos ir a la clínica —admitió finalmente el arquitecto —. Hay un inconveniente con el plan de salud: no cubre enfermedades preexistentes y tu dolencia es anterior a la contratación de la póliza. Anoche tuve que pagar en efectivo y me he quedado sin un centavo hasta la próxima semana. No te preocupes, lo resolveremos en unos días —agregó con nerviosismo.

—¿Entonces, tampoco está cubierta mi operación?

—Nunca me dijiste nada sobre tu afección, ni siquiera cuando decidimos cambiar de aseguradora —indicó Pablo a modo de justificación.

—Eres un imbécil —murmuró María sin enfado. Sus palabras no eran un insulto: eran una constatación. Su aserción era la conclusión del riguroso examen que había realizado a Pablo durante los últimos meses, incluso antes de casarse.

Pablo se impresionó al escuchar el tono de voz de su mujer: era distinto al que acostumbraba utilizar cuando discutían. A diferencia de otras ocasiones, le pareció que lo dicho por ella se originaba en una profunda decepción. Decidió permanecer callado.

—Vamos a casa —susurró María al cabo de unos segundos atribulada y defraudada. Su príncipe azul se había caído del caballo.

6

Desde que regresó a Lima el lunes por la noche, Pablo empezó a sentirse como un forastero. Todo lo que veía a su alrededor le resultaba ajeno, frío y aburrido, incluyendo el apartamento en el que vivía. Había dejado de sentir apego hacia los objetos que antes consideraba imprescindibles y también rehuía el contacto con sus amigos y familiares. Era una isla, un renegado, un espectador. A pesar de haber ambicionado en el pasado la existencia acomodada de los ricachones con sus vehículos de lujo, sus grandes casas, su felicidad hipotecada y su falsa sensación de seguridad, todo ello le parecía de pronto insulso, irreal, ridículo. Su mente se había liberado de la esclavitud de la manada y se aventuraba en lo desconocido. «Ya no pertenezco a este lugar», concluyó después de reflexionar sobre sus circunstancias y considerar sus opciones. Su deseo de volver a El Carmen e iniciar una nueva vida crecía con el paso de las horas. Opinó que sus afectos tenían nuevo domicilio y que él continuaba atrapado en el antiguo, rodeado de recuerdos desagradables. Alentado por su cándido deseo de ser feliz, resolvió mudarse al sur lo antes posible.

El miércoles por la tarde, no sin antes comunicar a la recepcionista de la oficina que saldría de viaje por unos días, el arquitecto conversó por teléfono con su prima Mónica durante cerca de una hora. Le contó emocionado que había estado en Chincha el fin de semana, que había aprendido a montar a caballo y tocar el cajón, que había conocido a una linda chica de la zona y que estaba pensando seriamente en mudarse al sur. También le comentó que había ideado un nuevo producto para la compañía, un estuche impermeable para dispositivos de audio y teléfonos móviles que resultaba ideal para nadadores melómanos. Su prima escuchó con atención lo que decía su pariente, pero entendió la mitad. «Excentricidades de genio», pensó la mujer. Acordaron reunirse la semana siguiente para formalizar la creación de la empresa e iniciar lo antes posible la fabricación del dispositivo de control remoto ideado por Pablo y diseñado por el ingeniero Arnaldo Mejía.

Cuando lo consideró oportuno, Mónica informó a su primo de que don Arnaldo había revisado el plan de negocio, que había comprendido las posibilidades comerciales de la empresa y que deseaba participar como socio aportando dinero y experiencia.

—No reduciré mi participación del cincuenta por ciento —indicó Pablo terminante—. Si ustedes quieren que el ingeniero Mejía forme parte de la empresa, tendrán que darle un porcentaje de su mitad.

—Arnaldo dice que en realidad le corresponde un tercio de la compañía, que es coautor de la idea —refirió la prima tras carraspear—. Lo lamento, Pablo. Es culpa nuestra; no debimos mostrarle el plan de negocio.

—Reitero que el ingeniero Mejía es asunto de ustedes —sentenció el arquitecto, convencido de la existencia de un contubernio entre el técnico y el matrimonio Alayza—. Lo único que tu amigo ha hecho es fabricar el circuito. Sin las instrucciones que le di, hubiera diseñado un artilugio inservible. En el peor de los casos, podríamos darle un porcentaje de los resultados de la venta del producto que ha ayudado a desarrollar, no de toda la empresa.

—Hay otro asunto que debemos discutir —señaló la mujer—. Necesitamos fondos para fabricar los dispositivos. ¿Te parece bien dividir a partes iguales el monto de la inversión inicial?

—Debes de estar loca —reaccionó el arquitecto—. Ahora sí que no entiendo nada: se supone que ustedes participan en el negocio como capitalistas.

—Aportamos capital según nuestro porcentaje de participación —precisó Mónica con calma—. Estamos financiando el cincuenta por ciento de tus sueños porque creemos en ellos y confiamos en ti. Tal vez no sea mala idea incorporar a Arnaldo: ha probado ser bastante bueno interpretando tus ideas y quiere contribuir con dinero.

—Mi inversión está cubierta con las regalías futuras de mis invenciones —farfulló Pablo—. Pensé que habíamos aclarado estos detalles. Además, me parece de muy mal gusto que pretendas complicarlo todo con exigencias inoportunas justo cuando hemos terminado el diseño del primer producto y nos encontramos listos para fabricar el prototipo.

—Nunca antes hemos hablado sobre este asunto —aclaró Mónica—. Ya tienes el presupuesto inicial, piénsalo y hablamos en un par de días. ¿Te parece?

—No trates de aprovecharte de mí, Mónica —señaló Pablo suspicaz—. Recuerda que por encima de todo somos familiares.

—Precisamente por esa razón seguimos participando en el

proyecto —confesó la mujer—. Te conozco de toda la vida, Pablo. Siempre fuiste una persona creativa e inteligente. Sabemos que estás atravesando un momento difícil por la cuestión de tu esposa, y por esa razón hemos sido permisivos con ciertas actitudes.

—No me hace falta tu compasión —profirió Pablo disgustado—. Nunca me he entrometido en tus asuntos personales y exijo al menos reciprocidad.

—Tengo que colgar, mis hijas acaban de regresar de sus clases de piano —dijo Mónica apurada—. Trata de calmarte, Pablo. Todo resultará bien. Te mando un beso.

—Saluda a las niñas de mi parte —manifestó cariñoso el arquitecto—. Este fin de semana estaré otra vez en Chincha, pero podríamos vernos el martes de la próxima semana para avanzar en la formación de la compañía y aclarar la participación del ingeniero Mejía.

—Arnaldo me comentó que saldría de viaje en unos días —mencionó la mujer—. Sería mejor reunirnos lo antes posible para definir estos pormenores. Ahora sí te dejo. Llama cuando quieras, estaremos pendientes de tus noticias.

El aeromodelo de alas retráctiles que Pablo había estado construyendo quedó listo el jueves a las seis y media de la mañana, después de una noche entera de trabajo. Los servomotores estaban colocados en los puntos exactos y respondían bien al mando radiocontrol. Las alas encajaban en el fuselaje de madera con precisión milimétrica y el mecanismo de activación de los alerones funcionaba perfectamente. El arquitecto se alejó unos pasos y sonrió con satisfacción al contemplar su obra. Lo único que faltaba era un lugar para probar el prototipo, de preferencia un espacio abierto con fuertes vientos. No lo pensó demasiado: se duchó rápidamente, metió ropa en un maletín, cogió el avioncito y partió en dirección al sur. Llegó a Chincha Alta antes del mediodía, recorrió la ciudad por espacio de media hora buscando un cargador de baterías y alcanzó El Carmen conduciendo su vehículo a toda velocidad a pesar de las señales de advertencia a la entrada. Avanzó por la pista asfaltada, dobló a la derecha a la altura de la alameda y llegó a la casona a la hora del almuerzo. A diferencia de lo que había sentido en Lima durante los días anteriores, todo en El Carmen le parecía cálido, amigable, familiar. Al subir las escaleras del acceso principal, se topó con Antonio.

—¡Pablito! —exclamó el moreno con una gran sonrisa y un aplauso—. No te esperábamos hasta el sábado.

—Los extrañaba —dijo Pablo en tono de broma para disimular

su sinceridad—. Me muero de hambre: voy a comer algo. ¿Está doña Caridad?

—También te hemos echado de menos —confesó Antonio—. Doña Caridad está en una de las mesas del patio central. Estoy seguro de que le dará mucho gusto verte, pues ha estado hablando de ti toda la semana.

—Espero que cosas buenas —rio el arquitecto—. Voy a entrar; nos vemos después.

—Buenas tardes, Pablo —saludó Rosalía, la recepcionista—. ¡Qué gusto tenerte de vuelta! Los chicos han preguntado por ti. ¿Te hospedarás nuevamente con nosotros? Juancheli quería que te quedaras a dormir en su casa.

—No quisiera incomodarlo —dijo Pablo cohibido—. Además, es probable que permanezca aquí algunos días más, puesto que debo resolver algunos asuntos. ¿El hotel tiene tarifa preferencial por estancia prolongada?

—Creo que no —respondió Rosalía—.Te recomiendo hablar con don Fernando, uno de los hijos de doña Caridad. Él se encarga de los asuntos administrativos y lo vi hace unos minutos hablando con su mamá en el patio.

—Muchísimas gracias —manifestó el arquitecto—. ¿Cuándo me vas a llevar de paseo?

—No lo sé, le preguntaré a mi esposo —respondió la muchacha con una sonrisa calculada—. Aquí tienes la llave de la habitación siete. Bienvenido otra vez.

Pablo hizo una reverencia, pasó al patio central, devolvió los cariñosos saludos de los empleados con los que se topaba, divisó a doña Caridad en un rincón y se acercó a saludar.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó la anciana al verlo—. ¿Cómo estás, señor meñique? Ven, siéntate con nosotros. Te presento a mi hijo Fernando —añadió señalando a un hombre de unos cincuenta años con una notoria cicatriz en la mejilla izquierda —. Fernando, este muchachito es Pablo Leguía.

—Mucho gusto, Pablo —saludó el hijo estrechándole la mano con firmeza—. Mi mamá no ha parado de hablar sobre ti, debe de ser uno de esos amores otoñales que se narran en libros y películas —agregó divertido.

—Si de esa manera consigo reducir la tarifa del hotel, el cariño será recíproco —dijo Pablo desatinado—. ¿Cómo ha estado, doña Caridad? ¿Se ha portado bien en mi ausencia?

—¡Ay, Pablito, qué chistoso eres! —respondió la matriarca con una mueca—. A mi edad, portarse bien es la única alternativa. Las

tentaciones de la carne y del espíritu desaparecieron hace muchísimos años. En mis tiempos era una mujer guapa, al menos eso creo, pero ahora solo queda esta carcasa achacosa con la que debo convivir cotidianamente. Es gracioso: después de todos estos años, cuando me miro al espejo por las mañanas todavía reconozco a la niña traviesa con trenzas a la que le gustaba trepar árboles y cazar cerditos.

—El alma de los sabios envejece más lento —terció Fernando. A pesar de su trato campechano y sus maneras sencillas, o quizás debido a ello, parecía comprender bien la naturaleza humana.

—He decidido establecerme en El Carmen, doña Caridad —informó Pablo sin prolegómenos ni atenuantes tras pedir una copa de pisco acholado, ante la atenta mirada de Fernando—. Los días que he pasado en Lima han sido espantosos, me he sentido como un león enjaulado. El papá de Rebeca me ha ofrecido un proyecto y creo que puedo conseguir otros trabajos en la zona, así que renunciaré pronto al estudio de arquitectos. Tengo pensado vivir aquí en el hotel por una temporada, pero me gustaría acordar una tarifa rebajada.

—Puedo reducirla un treinta por ciento como máximo —reaccionó al instante Fernando.

—¿No te estarás precipitando, Pablo? —preguntó la anciana—. Todos estamos felices de tenerte aquí, pero no puedes tomar una decisión así de importante con tanta ligereza. Piensa en tu futuro laboral: eres un chico brillante y seguramente en pocos años te convertirás en socio de la firma para la que trabajas. Todo se ve muy bonito cuando uno es turista, hijito, pero la vida en el campo puede ser muy dura.

—Por favor, confíe en mí, doña Caridad —suplicó el arquitecto —. No puedo explicar ni justificar esta determinación, pero mi corazón me dice que estoy haciendo lo correcto. Me impulsa una voz interior, una vocación, una ineludible llamada. Ha sido «amor a primera visita», y siento que por fin he encontrado mi lugar en el mundo.

—Puedo entenderte, Pablito. A mí me pasó lo mismo cuando conocí este lugar —dijo la señora entornando los ojos—. Hagamos algo. Te podemos dar la habitación de uno de mis nietos a una cuarta parte de la tarifa regular. Es pequeña y queda al costado de la entrada a las galerías subterráneas, pero está aislada del bullicio. También me gustaría que visites a mi sobrino Ismael Martínez, un poeta y filósofo dedicado a la enseñanza que tiene una biblioteca en Huacachina y una finca en el desierto de Ocucaje. Él podría

aconsejarte, es un buen hombre. Búscalo mañana temprano en su biblioteca.

—Muchas gracias por lo de la habitación, acepto las condiciones —indicó Pablo—. Además, visitaré con todo gusto a su sobrino Ismael. Quiero conocer la laguna de Huacachina; hace poco tiempo hallé una carta de amor de mi abuela escrita setenta años atrás en la que citaba al abuelo a un encuentro furtivo en ese lugar.

—¡Excelente! —exclamó la anciana con satisfacción—. Llamaré esta tarde a Ismael para informarle de que lo visitarás mañana. Fernando, por favor, avisa a los chicos que arreglen la habitación de Daniel.

Conversaron con viveza durante el almuerzo. Fernando relató los beneficios de un algodón híbrido de fibra extralarga que había comenzado a cosechar, una planta modificada genéticamente en un laboratorio israelí que era mucho más resistente a las plagas que sus competidoras naturales pima y tangüis. A su turno, doña Caridad contó que se enamoró de su difunto esposo Paco apenas lo vio, y luego compartió anécdotas de los almuerzos que organizaba en su juventud con sus acaudalados amigos limeños. Pablo escuchaba con atención todos esos relatos, tratando de absorber la mayor cantidad de información posible sobre las costumbres y maneras de esas personas tan amables. Al terminar el postre tomaron un café, bebieron una copa de pisco acholado y se despidieron. El arquitecto regresó al estacionamiento, sacó del todoterreno el maletín y el aeromodelo, los dejó en recepción y fue a buscar a Rebeca. No sabía nada de ella desde el lunes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la muchacha cuando atendió la puerta—. ¿No deberías estar con tu esposa María?

—Por favor, déjame explicarte —imploró Pablo—. Ya no estoy con ella, nos separamos hace unas semanas. Te lo iba a decir.

—No quiero volver a verte —dijo Rebeca antes de dar un portazo.

El arquitecto volvió al vehículo y se dirigió a Guayabo para buscar a Marito. Necesitaba alegrar su espíritu. Fue directamente a la casa de Esther, encontró al músico tomando cerveza en la acera y se sentó a su costado sin decir una palabra. Marito bebió un sorbo de su bebida, observó con atención al visitante y sonrió mostrando sus dientes torcidos al identificarlo. Conversaron sobre percusión, el único tema que apasionaba a Marito. El moreno contó que era capaz de reproducir la cadencia del oleaje del mar, el canto de las aves y el chirriar de algunos insectos. Al fin de un breve debate, concluyeron que la percusión fue el primer instrumento musical que

utilizó el ser humano para acompañar la voz o reemplazarla. Todo tenía un ritmo, un compás, un proceso respiratorio. Después de algunas horas y varias botellas de cerveza, practicaron con un cajón, fumaron varios cigarrillos y acordaron reencontrarse el sábado después del bautizo de la nieta de Juancheli. Pablo volvió a la casona poco antes de las diez de la noche y encontró a José detrás del mostrador de recepción. Se saludaron con aprecio y José guió al huésped hasta la habitación de Daniel, el nieto de doña Caridad. Pablo advirtió al abrir la puerta que se trataba de un cuarto muy sencillo: en un espacio de unos quince metros cuadrados con piso de cemento habían instalado una cama de una plaza y un pequeño escritorio, y un estrecho corredor a la derecha de la puerta de entrada conducía al cuarto de baño. Pablo dio las buenas noches a José con un abrazo, organizó su ropa, se lavó los dientes, se desnudó completamente y se metió en la cama. Estuvo despierto toda la noche repasando sus planes para los días siguientes, analizando las posibles consecuencias del rechazo de Rebeca y pensando en el regalo que daría a la nieta de Juancheli por su bautizo. Pablo consideraba su insomnio crónico como una bendición porque gracias a él era capaz de pensar sin interrupción y no amanecía cansado, sin intuir que la verdadera causa de su falta de sueño era un incremento en los niveles de dopamina y noradrenalina en su organismo. A las ocho de la mañana se duchó, se vistió con una camiseta amarilla, *jeans* y zapatillas deportivas, y se dirigió al patio central para desayunar. Al acceder al recinto, Augusto lo recibió con una sonrisa y le indicó que doña Caridad estaba indispuesta, pero que le había dejado un recado: el señor Ismael Martínez estaría en Huacachina al mediodía. El arquitecto agradeció la información, se sentó en una mesa, y pidió huevos revueltos con tocino y una copa de pisco. Al terminar de comer regresó a su habitación, retiró su aeromodelo de la recepción, lo acomodó con cuidado en el asiento posterior de su vehículo y partió con destino a la laguna de Huacachina.

Cuarenta minutos después de salir de El Carmen, Pablo divisó la planta siderúrgica que se ubicaba justo antes de la entrada a Paracas, una ciudad portuaria emplazada sobre una península desértica que debe su nombre a las paracas o fuertes vientos de la zona. El arquitecto conocía bien el lugar porque hacía algunos años había realizado el levantamiento topográfico de un inmenso terreno que se extendía a lo largo de gran parte de la pista de quince kilómetros que conectaba ese puerto con la Panamericana Sur. Resolvió echar un vistazo, así que dobló a la derecha, condujo su

todoterreno a lo largo de unos cinco kilómetros, halló el hito que marcaba el inicio de la extensa propiedad y aparcó el vehículo a un lado del camino. Bajó su avioncito con cuidado, lo colocó contra el viento sobre el asfalto y besó una de sus alas con la misma fe con la que el arquitecto Dédalo despidió a su hijo antes de entregarlo al cielo. Encendió el interruptor eléctrico del aeromodelo y también el del mando de radiocontrol, probó la respuesta de los alerones y finalmente empujó la palanca que activaba el motor eléctrico. La hélice de madera comenzó a girar, el aeroplano rodó hasta alcanzar velocidad de despegue y se elevó junto con los sueños, las esperanzas y la imaginación de Pablo. Cuando el aeromodelo estaba a unos quince metros de altura, fue arrastrado por una fuerte ráfaga que superó la potencia del motor, voló a la deriva unos segundos y se estrelló contra un médano. Pablo corrió al lugar y al llegar comprobó con alivio que el daño no era tan grave: el tren de aterrizaje se había desplazado unos centímetros a causa del impacto y el revestimiento de una sección del ala derecha se había roto, pero la estructura estaba intacta. Levantó el avión, lo puso nuevamente en el asiento posterior del todoterreno, regresó a la Panamericana Sur y continuó su camino reflexionando acerca de la naturaleza traicionera del dios del viento.

La ciudad de Ica estaba enclavada en medio del desierto y era una de las principales urbes del sur peruano, célebre por la producción agrícola de su estrecho valle y por su devoción al Señor de Luren. Pablo llegó al lugar poco después de las diez de la mañana, siguió la señal que anunciaba el desvío a su destino final y recorrió durante varios minutos una sinuosa pista asfaltada hasta que distinguió el inmenso huarango que daba la bienvenida a la laguna de Huacachina, un espejo de agua color esmeralda rodeado de palmeras en medio del desierto, un oasis convertido en complejo turístico que fue frecuentado por la élite limeña hasta mediados del siglo XX. Cuenta la leyenda que una doncella inca lloró inconsolable la muerte de su esposo en ese lugar y que sus lágrimas formaron la laguna. Otra versión refiere que la misma doncella dejó caer a la arena un espejo que se transformó en un manantial y que sus ropas formaron las dunas que circundan el lugar. A nadie importaba la explicación geológica de su origen: el afloramiento de aguas subterráneas ocurrido miles de años atrás. Pablo estacionó su vehículo frente a un hotel y caminó distraídamente por el malecón construido alrededor de la laguna hasta que encontró la biblioteca de uso público que Ismael Martínez había fundado varios años atrás, una bonita casa pintada de blanco con muebles de mimbre en

el patio frontal. Al entrar en el inmueble, el arquitecto fue abordado por una guapa muchacha trigueña de cautivante sonrisa que se presentó como Elena, la encargada del local. Pablo preguntó por el sobrino de doña Caridad y la chica le informó que por desgracia don Ismael había tenido que ir a su hacienda de Ocucaje por un asunto urgente y que estaría de regreso en Ica hacia las siete de la noche para la presentación de un poemario que se realizaría en el principal museo de la ciudad. Pablo agradeció la información y luego paseó entre los estantes, deteniéndose continuamente para revisar los títulos. Escogió un libro, completó el formulario de registro como usuario de la biblioteca y se sentó en uno de los sillones de mimbre de la entrada. «Que la importancia esté en tu mirada, no en la cosa observada», fue lo primero que leyó. Aspiró hondo, cerró el libro, lo colocó sobre una pequeña mesa, se levantó, se acercó despacio al muro del malecón y observó un rato los movimientos rítmicos de una bolsa de plástico de color blanco que flotaba sobre la laguna. «Las enseñanzas de Marito están dando resultado», pensó el arquitecto.

Pablo regresó al patio frontal de la biblioteca, devolvió el libro a Elena, conversaron por unos minutos y acordaron encontrarse a las siete en el museo. Al salir, giró a la derecha y caminó sin rumbo por los alrededores hasta que encontró un bar lleno de gente, en su mayoría turistas extranjeros fácilmente reconocibles por su vestimenta, su estatura y el color de su piel. Se aproximó a la barra, pidió una cerveza, miró a su alrededor e identificó a tres judíos ortodoxos con vestimenta típica y largas barbas bebiendo copas de pisco en una de las mesas situadas al lado de una ventana. Pablo cogió su botella de cerveza y los abordó indicando que deseaba hacerles algunas preguntas. Se llamaban Ben, David e Itzjak y habían llegado el día anterior de Nueva York para participar en una conferencia que se celebraría en Ica ese fin de semana. David, el más gordo, era también el más simpático y comunicativo. Los extranjeros pasaron varias horas hablando sobre los principios de su fe, sobre la prohibición de tomar alcohol de grano fermentado y sobre la preeminencia de las mujeres en la transmisión de los valores y las tradiciones judaicas. Anochecía cuando Pablo se despidió de sus nuevos amigos en la puerta del local. «Controla tu velocidad», le aconsejó David en perfecto inglés bostoniano antes de alejarse. Pablo había tomado varias botellas de cerveza y le resultaba difícil caminar en línea recta. Entró a un pequeño hotel, averiguó el precio de las habitaciones y preguntó por el cuarto de baño. Se mojó la cara y el cuello con agua fría, agradeció al salir

indicando que volvería después y caminó hasta el todoterreno. Se sentía mejor. Arrancó el motor, encendió la radio y se dirigió a la ciudad. Veinte minutos después, tras averiguar la ubicación del museo, Pablo aparcó su vehículo en el estacionamiento y se adentró en el edificio. Un empleado le confirmó que la presentación del poemario se realizaría esa noche, pero que aún no había llegado nadie, así que el arquitecto se sentó en una de las gradas de la escalinata de la puerta principal y prendió un cigarrillo. Al cabo de unos minutos empezaron a aparecer los invitados y Pablo decidió entrar con ellos a la sala donde se celebraría el evento para escoger un lugar adecuado, pero se distrajo con las colecciones que se exponían en las vitrinas. Cuando entró al salón se percató de que las sillas frente al estrado estaban ocupadas y no le quedó más remedio que sentarse en una de las que estaban al fondo. Había unas treinta personas y el poeta homenajeado, un muchacho con gafas de montura gruesa de aspecto intelectual, parecía preocupado. Todos esperaban a Ismael, el organizador de la reunión. A la izquierda del estrado, Pablo distinguió a Elena hablando por teléfono junto a un chico alto de pelo ondulado, ojos rasgados y nariz carnosa que parecía escuchar la conversación. El arquitecto se acercó a saludar, Elena lo reconoció de inmediato, le dio un beso en la mejilla y le presentó a su enamorado Andrés, un conocido músico de la zona.

Treinta minutos después de la hora establecida para el inicio de la presentación, Ismael Martínez hizo acto de presencia en el salón rodeado de aduladores y guardaespaldas. Era un hombre de mediana edad con frente amplia y bigote, un personaje de semblante triste y caminar pausado que, según Andrés, era el díscolo heredero de una de las más grandes fortunas del país. Cuando todos se sentaron, Ismael encendió el micrófono y felicitó al escritor por su obra con voz lánguida y ligeramente gangosa. Tras veinte soporíferos minutos de agradecimientos, alabanzas y lectura de versos, la ceremonia concluyó con una estruendosa ovación. Pablo se aproximó al estrado, felicitó al autor y saludó con efusión a Ismael señalando que era amigo de doña Caridad y que deseaba hablar con él. Ante la perplejidad del filósofo, Andrés intervino para indicar que el visitante era un importante arquitecto limeño. Ismael miró al músico, luego a Pablo, dio media vuelta y se alejó. Dolido por el desplante, el arquitecto resolvió irse de inmediato, pero Andrés lo convenció para asistir a la reunión que se había organizado en casa de César, el novel poeta, para celebrar la publicación de su libro. Antes de retirarse, Pablo palmoteó el hombro de Ismael y este reaccionó de mala manera. «Por favor, no

me toque», balbuceó el filósofo mientras dos de los fornidos guardaespaldas que lo acompañaban empujaban al arquitecto hacia la salida del salón. En la puerta del museo, Elena y Andrés se deshicieron en disculpas por la conducta de Ismael e indicaron que sería mejor verlo el domingo en el fundo de trescientas hectáreas que había desarrollado en medio del desierto desviando el curso de un río, gracias a una inversión millonaria, y que era visitado con frecuencia por artistas y escritores. El filósofo renegaba de la decadente clase alta peruana, pero no de su dinero. Elena, Andrés y Pablo subieron al todoterreno y se dirigieron a la casa de César, una edificación de material noble ubicada en las afueras de la ciudad. En la sala vacía de la casa se habían dispuesto dieciocho sillas plegables pegadas a las paredes y al fondo se ubicaba una larga mesa de madera donde estaban colocadas las botellas de licor. Pablo superó rápidamente la molestia causada por el incidente del museo gracias a la amena conversación que sostuvo con el dueño de la casa. Luego se dirigió a la mesa y llenó con cerveza un vaso de plástico. Su cuerpo estaba amodorrado, pero su mente permanecía despierta. Después de nueve vasos de cerveza caliente, el arquitecto agradeció a los asistentes la hospitalidad y acordó encontrarse con Elena y Andrés el domingo a las nueve de la mañana en la puerta de la biblioteca para ir juntos al fundo de Ismael.

Pablo llegó a El Carmen poco antes de la una de la mañana, tropezó en las escalinatas de acceso a la casona, se levantó con agilidad felina y fue directamente a su cuarto. Tomó una larga ducha con agua caliente, se lavó los dientes, se desvistió, se tendió sobre la cama y reflexionó sobre su desencuentro con Ismael: aquella persona, que los demás veían como un hombre brillante, como un maestro y en ocasiones como un santón, le pareció un pobre sujeto que se rodeaba de lameculos para no plantar cara a su soledad, un empollón vanidoso que con seguridad podía recitar de memoria versos y fragmentos de obras de filosofía clásica frente a un auditorio, pero que carecía de ideas propias. Rendido, el arquitecto acomodó su almohada, cerró los ojos y se durmió poco después.

El sábado amaneció soleado en Chincha. El azul del cielo se estrellaba en el horizonte contra las plantaciones de algodón mientras el hotel se preparaba para recibir a la masa de turistas que llegaba todos los fines de semana en busca de descanso y diversión. Pablo apareció en el patio central a las siete y diez, ubicó a doña Caridad y se acercó a saludar.

—Buenos días, señor viajero —saludó la anciana al verlo—.

¿Cómo te fue ayer con Ismael?

—No muy bien —respondió Pablo compungido y con resaca—. Nos conocimos al final de la presentación de un poemario en el principal museo de Ica, aunque no hubo tiempo para charlar. A decir verdad, me pareció que Ismael estaba más interesado en conversar con otras personas, pero en todo caso he quedado con la encargada de la biblioteca y con su novio en visitarlo mañana en su hacienda de Ocucaje.

—Es conveniente que hables con Ismael antes de tomar una decisión definitiva sobre tu mudanza —insistió la señora—. A diferencia de lo que ocurre en la ciudad, en el campo uno debe ser paciente, tiene que esperar a que los ciclos se cumplan y los frutos maduren. Mi sobrino decidió venir a Ica después de su segundo divorcio y la transición fue dura. Recuerdo que conversamos muchas veces sobre sus sueños y he notado que los tuyos son similares. La conexión de Ismael con el desierto le cambió la vida, tal vez ocurra lo mismo contigo.

—Muchas gracias por sus consejos, doña Caridad —dijo el arquitecto.

—Siempre me preocupo por las personas que quiero —señaló la anciana inclinándose hacia él—. Eres bondadoso e inteligente y tienes una magia especial, Pablito. Presiento que tendrás una vida difícil debido a tu sensibilidad, pero también creo que será intensa y gratificante. Ahora estoy tratando de evitar que cometas un grave error, uno del cual podrías arrepentirte el resto de tu vida. Perdóname: me sigue pareciendo que tu decisión de mudarte aquí es precipitada. No resolverás tus problemas huyendo.

—Simplemente deseo ser feliz —murmuró Pablo mirando al suelo—. Hasta ahora me he sentido un prisionero de mis circunstancias y he tomado mis decisiones en base a la opinión bienintencionada de los demás. Si me equivoco, aprenderé de mis errores y volveré a empezar. No tengo nada que perder.

—Todos tenemos algo que perder —precisó doña Caridad—. Piensa en tu reputación, en tu prometedora carrera. Nunca olvides que el número de equivocaciones que uno puede cometer en asuntos económicos depende del grosor de la billetera.

—Ya no me gusta mi trabajo —confesó el arquitecto—. Me parece agobiante, insatisfactorio, aburrido. Quiero reinventarme, empezar de nuevo.

—Creo que debes tranquilizarte —sentenció la anciana—. Debes distinguir el sueño de la realidad. Voy a recostarme un rato. ¿Qué te parece si almorzamos juntos?

—No puedo —comunicó Pablo—. Juancheli, el encargado del establo, me ha invitado al bautizo de su nieta.

—Los chicos del hotel te quieren mucho —mencionó doña Caridad—. Te los has metido al bolsillo, según me han contado. Me da mucho gusto, pero nunca olvides que nosotros somos diferentes. Obviamente, no lo digo por el color de piel —añadió con un guiño —. Una cosa más. Me parece que estás bebiendo demasiado. Ten cuidado: el alcohol envilece.

—Le agradezco la advertencia —dijo el arquitecto—. Por cierto, el comentario que usted acaba de hacer no es racista, pero sin duda es clasista. Pienso que ambas actitudes son igualmente despreciables, discriminatorias y desconsideradas.

—He convivido con los pobladores de El Carmen durante más de cincuenta años —indicó la señora—. Tú has estado aquí un fin de semana y crees que los conoces desde siempre. No me malentiendas, los chinchanos son por lo general buenas personas, educadas, respetuosas. Sencillamente, tienen creencias distintas, piensan más en el jolgorio y en el despilfarro que en el trabajo. Está en su naturaleza, y quizá por eso son excelentes músicos. En cambio, a mí me enseñaron que es señal de buena educación vivir con la menor cantidad posible de dinero. Ahora sí me despido, señor meñique. Que tengas un buen día.

La anciana se levantó con dificultad, agarró su viejo bastón con puño de plata y bordoneó hasta la salida caminando lentamente. Apenas doña Caridad cruzó el umbral, Pablo pidió un café cargado, un zumo de fresa y una porción de tostadas. Cerró los ojos, bajó la cabeza y analizó las palabras de su consejera. La decisión que había tomado respondía a un incuestionable e ineludible impulso de su corazón, aunque comprendía que su implementación no estaba desprovista de retos y complicaciones. Era crucial recuperar a Rebeca: ella era la puerta de entrada al paraíso, la Malinche de ese mundo recién descubierto. También tenía que resolver los asuntos pendientes con María. ¿Qué comentarían sus hermanos sobre su inminente mudanza a El Carmen? ¿Cómo reaccionarían sus padres?

A las ocho y dieciséis de la mañana, Pablo se dirigió de regreso a su cuarto. Al abrir la puerta encontró a Catalina, la nieta de doña Caridad, echada en ropa interior sobre la cama. Ante la estupefacción del arquitecto, la muchacha simplemente sonrió y colocó el dedo índice de su mano derecha sobre sus labios para indicarle que guardara silencio. Pablo entró a la habitación, cerró la puerta y permaneció con la espalda pegada contra la pared. La muchacha se levantó, se acercó hacia él, le tomó la mano, lo guió

hasta la cama, lo tendió de espaldas y se colocó a horcajadas encima. El rostro de Pablo reflejaba asombro, excitación, susto. Catalina se inclinó hacia él y lo besó. Luego se enderezó, se quitó el sostén e inició la fiesta. Cuando terminó el bamboleo, la muchacha se colocó nuevamente el vestido rojo del que se había despojado minutos antes y salió de la habitación sin mirar atrás ni por un instante. Pablo permaneció tumbado, mirando al techo. Se sentía sucio, vejado. ¿Su erección valía como consentimiento? Tomó una ducha, se enjabonó una y otra vez y se acurrucó sobre la cama con una sensación de frío tan intensa que no pudo combatirla ni con la frazada. Se mantuvo en la misma posición un rato, pensando en lo que acababa de suceder. Le resultaba claro que Catalina lo había utilizado para aplacar su urgencia. La muchacha no le había transmitido ningún sentimiento, no le había dicho ni una palabra. A pesar de todo, parecía una buena alternativa para consolidar su mudanza si las cosas con Rebeca no se solucionaban. Se levantó y comenzó a vestirse para el bautizo con el traje de color gris, la camisa blanca y los zapatos negros que había elegido para la ocasión. Había decidido no usar corbata. Salió del cuarto poco después de las diez y se dirigió a la terraza, se sentó en una mesa que estaba al costado del jardín, pidió una taza de café y una copa de pisco, y se entretuvo observando el vuelo de los pájaros. Los turistas comenzaron a llegar, embadurnados de protector solar y vestidos para un safari. Uno de ellos, un hombre alto de pelo amarillo y ojos verdes, se acercó a la terraza, confundió a Pablo con un empleado del hotel debido a su vestimenta y le pidió un refresco. El arquitecto lo miró con estupor, negó con la cabeza y bebió un sorbo de su café. José, el camarero de turno, atendió al visitante. Pablo terminó su copa de pisco, se dirigió a la recepción y protestó por la impertinencia del despistado turista. Rosalía buscaba calmarlo explicando que se había tratado de un comprensible error, pero la reacción desproporcionada de Pablo no respondía en realidad al intrascendente episodio, sino más bien a la humillación de haber sido violentado por Catalina. Los empleados del hotel y algunos huéspedes que deambulaban por el lugar oían con desagrado los gritos destemplados provenientes de la recepción. Cuando terminó de descargar su ira, Pablo se sentó en uno de los sillones situados frente al mostrador y consiguió serenarse pasados unos minutos. Se incorporó sin decir una palabra, se despidió de la recepcionista con una venia, pasó con la cabeza gacha entre la gente que se había arremolinado cerca de las escalinatas de acceso al escuchar el griterío, entró en su todoterreno, encendió el motor y

se dirigió a toda velocidad al pueblo de El Carmen.

La iglesia de El Carmen, edificada a mediados del siglo XVIII en homenaje a la virgen homónima que los lugareños llaman «La Peoncita», sirvió como refugio de los esclavos que escapaban de la dura opresión de sus amos jesuitas, lo que originó disputas entre los carmelitas que regentaban la iglesia, defensores de la condición humana de los africanos, y la Compañía de Jesús, dueña entonces del territorio y de un millar de esclavos, que les negaba tal condición y que exigía con prepotencia la devolución de su propiedad. La fachada de la iglesia de estilo colonial, pintada de blanco y amarillo mostaza, estaba flanqueada por dos vistosos campanarios. Pablo estacionó su todoterreno en la plaza, se alisó la chaqueta con las manos, se anudó los cordones de los zapatos, caminó unos metros, entró al templo de nave única, y percibió de inmediato el olor inconfundible de la madera vieja. Se acomodó en un banco cerca de la puerta, se desperezó, examinó con detenimiento los cuadros colgados en las paredes y quedó fascinado con los delicados detalles del retablo de detrás del altar.

La familia de Juancheli llegó al recinto religioso poco antes del mediodía. El orgulloso abuelo caminaba lentamente detrás de su hija Rosa, vestía una impecable camisa blanca y llevaba en la mano derecha un crucifijo de madera. Identificó a Pablo entre los asistentes y le regaló una amplia sonrisa. El sacerdote, un misionero español, impartió el sacramento del bautismo con una sencilla aspersión de agua sobre la frente de Laurita y cumplió el rito católico invocando a la Santísima Trinidad. Al final de la ceremonia, todos los asistentes se reunieron en la puerta de la iglesia y caminaron cuatro manzanas hasta la casa de Rosa. El calor arreciaba y el sol radiante se reflejaba en los techos de calamina. Pablo se encontró con Antonio y Marito e iniciaron la jarana en la puerta de la casa, aprovisionados de cerveza y pisco. Los tazones de *carapulcra* con arroz y las cucharas se repartían de mano en mano entre los presentes. Los niños comenzaron a bailar al ritmo de la percusión, luego las muchachas, después las parejas. «¡Alegría, alegría, alegría!», gritaba Juancheli, recordando un villancico de su infancia. La reunión se convirtió pasados unos minutos en un revoltijo de sonrisas, abrazos y cariño.

A las cuatro y tres minutos de la tarde, Pablo se alejó unos metros del bullicio, se colocó debajo de un toldo y se sentó al borde de la acera para fumar un cigarrillo. Tenía las manos agarrotadas de tanto golpear el cajón y le dolía un poco el estómago, pero nunca había sentido tanta felicidad. Su pasado doloroso cobraba sentido

como el camino escarpado que lo había llevado hasta ese momento de dicha. De pronto, la cabeza de Pablo explotó. Ya no pensaba con palabras, sino con imágenes imposibles de describir con un lenguaje humano que se sucedían desorganizadas a un ritmo vertiginoso. Estaba zapeando sus pensamientos. «Solamente conozco lo que puedo nombrar», había leído Pablo alguna vez en un tratado de gnoseología. Las imágenes que pasaban por su cabeza iban a tanta velocidad que el arquitecto apenas tenía tiempo para asociarlas con sensaciones conocidas, como uno hace cuando paladea un nuevo sabor de helado. Embriagado de sinestesia, podía oler colores, ver sonidos, escuchar aromas. Sintió que el espacio que lo separaba de los elementos que se encontraban a su alrededor había desaparecido, que era una de las piezas del gran rompecabezas del universo y que portaba en su interior respuestas para todos los misterios. Su sentido del tacto se había expandido hasta convertirse en un manto invisible que le permitía percibir la más mínima vibración, como una araña en el centro de su tela. El concepto de «otro» y la noción de «ajeno» habían desaparecido. Comprendió que existían infinitas perspectivas, tantas como observadores, apuntando hacia la única verdad absoluta, inalcanzable, inenarrable. La música unía las piezas en completa armonía, era el mecanismo por el cual su imaginación y creatividad se transformaban en realidad. Bajo un techo de plástico de color celeste sostenido por postes de madera, una versión urbana del árbol de Bodhi, Pablo Leguía alcanzó la iluminación.

El estado de omnisciencia duró solamente unos segundos, pero cuando terminó, el arquitecto sintió un inmenso regocijo, una paz maravillosa. Una zarza ardiente, un fuego votivo, le resplandecía en los ojos. Se incorporó, caminó lentamente hacia Juancheli y lo abrazó como a un hermano. Acto seguido, se inclinó ante cada uno de los presentes en señal de sumisión y agradecimiento. «¿Está drogado?», se preguntaron algunos invitados entre susurros y murmullos, incapaces de comprender la conducta del visitante.

—¿Estás bien, Pablo? —preguntó Antonio asustado.

—Nunca estuve mejor —contestó el arquitecto con una extraña sonrisa—. Me siento honrado y agradecido por estar aquí, eso es todo. Por favor, coméntale a Rosa que reembolsaré todos los gastos del bautizo.

La fiesta en casa de Rosa terminó a las ocho de la noche. Los asistentes se despidieron con cariño de la familia de Juancheli y procuraron mantenerse a prudente distancia del perturbado. Poco después, en presencia de Juancheli, Antonio, Marito y Rosa, Pablo

confesó sentado en un sillón destartalado de la sala que horas antes había experimentado un despertar espiritual. Trató de explicar sus sentimientos con precisión, pero utilizó un lenguaje enrevesado, de modo que su auditorio no entendió nada de lo que dijo. Al notar el desconcierto de sus oyentes, el arquitecto trató de explicarse mejor. Lo impulsaban un poderoso sentimiento altruista, una fuerte vocación de servicio y un amor infinito. Con la voz quebrada por la emoción, contó historias de su niñez, habló de su chamán Abelardo Muñoz, de su aún esposa María, de la cantidad de hijos que pensaba tener, de su designio de mudarse a El Carmen. Sus digresiones alarmaron a Rosa, quien no podía descifrar el propósito de la perorata y le preocupaba la errática conducta del visitante. Ella despidió a los invitados y agradeció la promesa del arquitecto de reintegrar los gastos de la celebración. «Necesitamos ese dinero, papá», dijo Rosa a Juancheli apenas cerró la puerta, tratando de justificar su indudable aprovechamiento. Los tres hombres caminaron en silencio hasta la plaza, frotándose esporádicamente los brazos para combatir la frescura de la noche. Al llegar a la plaza, se estrecharon las manos y acordaron reunirse el siguiente fin de semana en Guayabo para beber unas cervezas y escuchar música. «Gracias por todo», alcanzó a decirles Pablo. Entró en su todoterreno, arrancó el motor y dio dos vueltas a la plaza antes de salir del pueblo.

Condujo despacio, con las luces apagadas y las ventanillas abiertas. Se detuvo en medio de la alameda que llevaba a la casona, bajó de su vehículo y aspiró el aire puro del campo durante varios minutos. Se sintió un privilegiado, un elegido, un mensajero de la divinidad. Advirtió que todavía conservaba la hipersensibilidad sensorial, la conexión íntima con el entorno. Regresó al todoterreno, recorrió el tramo que restaba hasta el hotel, estacionó en la entrada, subió las escalinatas y se dirigió a su habitación. Al entrar, se quitó la ropa con parsimonia y tomó una ducha. El agua caliente le acariciaba la piel, envolvía el cuerpo y le purificaba el alma con la misma eficacia que una ablución. Mientras se secaba con una toalla de color blanco, sintió la necesidad de expulsar todas las sustancias contaminadas de su vieja existencia. Se sentó en el inodoro no menos de quince minutos, luego se masturbó frenéticamente pensando en María. A continuación, se acostó desnudo sobre la cama, se abrigó con la manta y permaneció despierto casi toda la noche pensando en la mejor manera de divulgar lo que había aprendido esa tarde.

El domingo a las siete de la mañana, Pablo salió de su

habitación vestido con un pantalón bermudas de color verde, una camiseta blanca y zapatillas deportivas. Atravesó el patio central, bajó las escalinatas, subió a su vehículo, se detuvo en una estación de servicio para comprar agua y recargar combustible, y condujo hasta Huacachina. A las ocho y media se sentó frente a la puerta de la biblioteca, encendió un cigarrillo y envió un mensaje de texto a Alberto Montalvo avisándole de que no podrían reunirse ese día. Elena y Andrés aparecieron pocos minutos después, unidos de la mano. La pareja y el arquitecto se saludaron con efusividad y caminaron por el malecón en dirección al todoterreno hablando de las virtudes de Ismael Martínez. Andrés se acomodó en el asiento del copiloto y Elena se sentó detrás de Pablo. Llegaron a la autopista y giraron a la derecha, hacia el sur. Se detuvieron en un viñedo, compraron algo de comer, tomaron unas copas de pisco y reemprendieron la marcha. Unos kilómetros más adelante doblaron a la derecha a la altura del pequeño huarango que marcaba el inicio del camino que conducía a la finca de Ismael, en el valle bajo de Ica.

Después de recorrer durante casi dos horas un paisaje lunar guiándose por huellas de neumáticos, avistaron la gran piedra con forma de huevo que señalaba el acceso principal a la finca. Desde la cima de una ladera pudieron admirar el latifundio, una alfombra verde en medio de la nada. Giraron a la izquierda, descendieron por un camino empedrado, avanzaron cien metros y estacionaron a la sombra de un molle para evitar que el interior del vehículo se calentara con el ardiente sol del mediodía. Pasaron a un espacio techado sin paredes y con piso de tierra en el que se encontraban varios estantes repletos de libros, un fregadero y un largo comedor de madera de huarango. Cuatro perros de raza imprecisa brincaron alrededor de los recién llegados. El lugar parecía un santuario, un destino de peregrinación. En una clara demostración de horror al vacío, todas las superficies disponibles, incluyendo los troncos de las datileras plantadas cerca de la estancia, estaban atiborradas de dibujos, estampas y letreros con mensajes religiosos o citas filosóficas. Rubén, un hombre joven que ejercía de capataz de la finca, informó a Elena de que don Ismael llegaría en media hora. Cuando Rubén se alejaba, Andrés contó conmovido que algunos años atrás había llegado a la hacienda tras cruzar el desierto en bicicleta y que se quedó varios meses trabajando la tierra, pintando acuarelas, tocando la guitarra y tejiendo prendas de vestir con hebras de algodón orgánico. Luego propuso dar un corto paseo por las instalaciones. A unos cincuenta metros del comedor se disponían

varios corrales con caballos, gallinas, venados, llamas y cuyes. A un costado se habían construido con adobe y quincha varias habitaciones independientes. Entraron en una de ellas, un recinto semicircular sin techo que era utilizado para exhibir las piezas de cerámica halladas en las ruinas de un cementerio preincaico, destruido por la maquinaria pesada empleada durante el movimiento de tierras que se había realizado para desviar un río con fines de irrigación. Pablo se sentó en una hamaca colgada en una esquina de la habitación y pontificó acerca de la vida, el sufrimiento, el gozo y la muerte. También habló del esclarecimiento interior que había experimentado en la víspera. Elena y Andrés notaron que Pablo estaba un poco chiflado, pero les gustaba su extroversión, su pasión por el conocimiento y su sinceridad.

Un tremendo revuelo anunció la llegada de Ismael. Varios guardias armados se apostaron en las inmediaciones y realizaron coordinaciones por radio mientras algunos trabajadores corrían a toda prisa hacia el comedor. Minutos después, un viejo automóvil blanco descendió pausadamente por el camino empedrado. Ismael bajó con agilidad del vehículo flanqueado por dos guardaespaldas y preguntó por el dueño del todoterreno negro estacionado unos metros más adelante. Pablo levantó la mano, y el semblante de Ismael cambió al reconocerlo: se trataba del mismo sujeto impertinente y antipático que lo había abordado un par de días antes en el museo de Ica. No obstante, a juzgar por el moderno vehículo que conducía, pensó que Pablo era un acaudalado empresario limeño. Para el filósofo, la consecuencia natural del éxito era la riqueza, de modo que trató de congraciarse con el visitante y se interesó por su actividad profesional. Al poco tiempo, se arrepintió de haberle concedido el beneficio de la duda. «Este muchachito no para de hablar», pensó Ismael fastidiado, acostumbrado al silencio del desierto.

—¿Te avisó doña Caridad que vendría a visitarte? —le preguntó Pablo mientras se dirigían a inspeccionar unos plantones de olivo recién llegados de Palestina. El arquitecto podía percibir con toda nitidez la molestia mal disimulada de Ismael, pero no sabía cómo contrarrestarla.

—Nadie me avisó de nada —respondió el filósofo con la mirada clavada en el suelo. Prendió un cigarrillo. El humo no tenía olor a tabaco.

—¡Qué raro! —exclamó Pablo—. La pobre señora debe de tener alzhéimer. Me aseguró que había conversado contigo. A ella le pareció una buena idea que habláramos.

—¿Sobre qué? —interrogó Ismael cabreado—. Por cierto, no deberías hablar así de mi tía Caridad. Es una mujer maravillosa.

—Estoy de acuerdo —afirmó Pablo—. Doña Caridad es una linda persona. Sucede que me he separado de mi mujer hace poco y he decidido mudarme a Chincha para rehacer mi vida. Tu tía me comentó que pasaste por un trance similar hace algunos años y está convencida de que podrías aconsejarme adecuadamente.

—Regar una planta muerta es un desperdicio de agua —replicó Ismael citando un manual de budismo zen para principiantes—. Nunca podrías ser un hombre de campo, Pedro. Mejor dedícate a otra cosa.

—Me llamo Pablo —aclaró el arquitecto con el entrecejo fruncido—. Mira, yo sé que estás sufriendo mucho debido a tu conflicto interno entre espiritualidad y materialismo. La creatividad es hija de la necesidad, y tú no tienes ninguna carencia. Estás jodido, falso profeta del arenal, eres un esclavo de tus millones. Como no puedes crear belleza, la compras. Podrás invitar aquí a todos los escritores, pensadores y artistas que quieras, pero no puedes aprender de ellos porque tu prioridad es proteger tu patrimonio, no alimentar tu espíritu.

—¡Qué carajo sabes tú! —estalló Ismael ante las miradas de extrañeza, espanto y reprobación de Elena, Andrés y algunos trabajadores—. Tú piensas que soy un mantenido, un parásito inservible que se nutre de ideas ajenas. ¡He publicado dos libros sobre filosofía aristotélica! —agregó.

—Te felicito —comentó cáustico Pablo—. ¿Alguna idea original?

Ismael no respondió, simplemente se adelantó unos metros y se puso al lado de Elena. Pablo se mantuvo un tanto retrasado del grupo reflexionando sobre el áspero intercambio que acababa de tener con el dueño de la propiedad. Cuando llegaron al cobertizo donde se habían colocado los plantones de olivo, el arquitecto reconoció a Claudio, un muchacho muy alto de pelo rizado que Rebeca le había presentado en la reunión de cumpleaños de Julio y que resultó ser hijo de Ismael. Claudio quiso saludarle, pero una mirada de su padre le indicó que algo no andaba bien. «Me tengo que ir», dijo de pronto Pablo. Elena y Andrés se despidieron de él con abrazos y los demás ignoraron sin más su partida. El arquitecto desanduvo el camino, subió a su todoterreno e inició el largo camino de regreso a El Carmen. Estaba contrariado. Al pasar frente a Paracas recordó súbitamente el terreno de dos mil hectáreas, pergeñó un plan y resolvió que era tiempo de sacudir el mundo.

7

El sábado era día de visita en el hospital psiquiátrico Emilio Venturo. Los visitantes comenzaron a llegar desde las nueve de la mañana y las puertas del pabellón cinco se abrieron para permitir que los pacientes y sus familiares pasearan por las inmediaciones. Horas antes, a eso de las cuatro de la mañana, Pablo había despertado sobresaltado en medio de una pesadilla. Intentó recobrar el sueño probando diferentes posiciones y volteando la almohada. Un rato después se dio por vencido, se dirigió al cuarto de enfermeras y pidió un somnífero a la enfermera Luisa. Tomó el hipnótico, volvió a su cama y se durmió poco después. A las nueve y diez de la mañana, la enfermera Juana Chumpitaz le sacudió el hombro izquierdo y le avisó de que su padre, don Bernardo Leguía, estaba esperándolo a un costado de la cancha de fútbol. Pablo se espabiló, sacó del casillero lo que necesitaba, se dirigió al baño, se dio una ducha, se vistió, regresó al dormitorio para dejar sus cosas y corrió hacia la puerta principal del pabellón. En el trayecto, un celador le indicó que debía tomar la medicación antes de salir. Pablo dio media vuelta, caminó unos metros y se colocó al final de la corta fila de pacientes que debía cumplir el ritual humillante de recuperar la cordura a cuotas. Cuando llegó su turno, se situó frente a la mesa de madera y recibió de la enfermera Luisa un vaso de plástico con las pastillas. El arquitecto introdujo los medicamentos en la boca, los acomodó debajo de la lengua y bebió un poco de agua.

—Abra la boca, señor Leguía —le indicó la enfermera Luisa. En el cuaderno constaba el informe del auxiliar que el día anterior había seguido al paciente hasta el baño.

—¿Cómo? —balbuceó Pablo atónito.

—Abra la boca, por favor —reiteró la enfermera con educación. Pablo obedeció—. Debajo de la lengua también —ordenó doña Luisa.

El arquitecto dudó por un momento, pero acató la orden al comprender que no había salida. Ahí estaban las pastillas,

ensalivadas, listas para ser despachadas por el escusado.

—Mire, señor Leguía —indicó severa la enfermera—. Hay dos formas de hacer esto: toma usted los medicamentos voluntariamente o le ponemos una camisa de fuerza y lo obligamos a ingerirlos. Usted decide.

—¿Yo decido? —preguntó Pablo con sorna después de escupir las pastillas en el suelo.

Un fornido auxiliar se situó detrás de él y colocó las manos sobre los hombros del arquitecto. El paciente suspiró, bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Su medicación —dijo la enfermera Luisa tras seleccionar de nuevo los fármacos que correspondían al interno según las instrucciones del médico que lo trataba, meterlos en un vaso de plástico y alcanzarle el recipiente.

—Lo que están haciendo no es correcto —manifestó el arquitecto dando un paso adelante para librarse de las manos del auxiliar—. No pueden obligarme.

—¡Claro que podemos! —exclamó la enfermera señalando con la cabeza al auxiliar que se encontraba detrás.

—Está bien, tomaré la medicación —señaló Pablo tras reflexionar un instante. Agarró el vaso de plástico e ingirió las pastillas.

El arquitecto salió del pabellón y rodeó el edificio para dirigirse a la cancha de fútbol. Se topó con algunos pacientes que deambulaban con sus familiares y observó que frente al quiosco se había formado una larga fila. Al llegar a su destino encontró a su padre sentado en la gradería, vestido con camisa marrón, pantalón verde y calcetines blancos. Pablo se acercó, lo abrazó con cariño y sugirió dar un paseo.

—¿Cómo está mi mamá? —preguntó Pablo cuando empezaron a caminar.

—Muy preocupada —contestó don Bernardo cabizbajo—. A decir verdad, todos hemos estado sumamente angustiados. Tus hermanos me pidieron que te dijera que te quieren muchísimo y que están seguros de que superarás este trance.

—Lo que han hecho es imperdonable —indicó el arquitecto—. ¿Tienes idea de lo humillante que es estar aquí? Además, el médico que han conseguido es un completo idiota: dice que tengo trastorno bipolar.

—El doctor Jiménez es una persona muy amable —señaló el padre—. Ha sido una suerte tenerlo cerca; no sabíamos a quién acudir. Tu prima Liliana lo recomendó. A mí me parece un

profesional experimentado y competente.

—¡Es una bestia! —exclamó Pablo—. El hombre ni siquiera puede distinguir la noche del día. Me atrevo a decir que para el doctor todo esto no es más que un negocio y ustedes han caído como unos incautos.

—No sabíamos qué hacer —musitó don Bernardo—. Consideramos todas las opciones y tratamos de justificar tu conducta de mil maneras. Acordamos esperar hasta la noche de presentación de tus inventos porque en realidad deseábamos estar equivocados y queríamos que nos demostraras que tenías razón. Debes entender que nos impulsa el amor.

A solicitud de don Bernardo, se sentaron sobre el césped de un pequeño jardín. El cielo estaba gris y corría un viento frío.

—¿Quién ordenó mi internamiento? —interrogó el hijo.

—Yo lo hice —respondió el padre igualmente firme.

—En ese caso, debes sacarme de aquí de inmediato —manifestó Pablo mirando a su padre a los ojos—. Tengo muchos asuntos pendientes y poco tiempo.

—No puedo —dijo el ingeniero Bernardo Leguía—. Tienes que completar tu tratamiento. Créeme, tampoco es fácil para mí asimilar lo que está ocurriendo.

—¡Tú no estás metido en un manicomio! —gritó Pablo colérico —. No puedo seguir aquí, no lo soportaré. ¡No estoy loco! —agregó.

A continuación, rompió en llanto. Sollozó por unos minutos abrazándose las rodillas ante la mirada pesarosa de su padre. Cuando finalmente se calmó, Pablo sintió un tremendo alivio. Había purgado su ánima de la tensión acumulada durante los días anteriores, de la sensación de impotencia provocada por el encierro involuntario, de la profunda decepción que le producía la humanidad.

—Todo va a salir bien, hijo —murmuró el padre con los ojos humedecidos—. Estamos haciendo todo esto por tu bien; te estabas comportando de una forma por completo inapropiada. El médico nos ha asegurado que saldrás de aquí totalmente repuesto.

—Me han arruinado la vida —musitó Pablo cabizbajo, enjugándose las lágrimas con las manos—. Tú nunca me has entendido, papá, no tienes derecho a juzgarme comparándome contigo. Jamás te interesaron las cuestiones del espíritu, solo piensas en tus equipos electrónicos y en tus perros. Esos pobres animalitos son incondicionales únicamente porque les das de comer. Quiero que entiendas que lo que me ha sucedido es inexplicable, que he experimentado un profundo cambio. Si tú no crees en mí,

¿quién lo hará?

—Hijo mío —susurró el viejo—, quisiera creerte, pero no puedo negar la realidad.

—¡Vete al diablo! ¡Eres un traidor!

El rugido fue tan potente que una bandada de cuculíes posada a una decena de metros alzó el vuelo y una familia que paseaba cerca del lugar se alejó rápidamente. Un celador que merodeaba por allí se acercó, alarmado, pero siguió caminando al concluir que se trataba de una acalorada discusión familiar y que no existía amenaza de violencia física.

—No permitiré que me insultes —dijo al fin don Bernardo—. No soy tu enemigo, he venido a ayudarte. El médico dice que sufres delirios, que tus creencias son falsas. Mucha gente que te quiere me ha llamado con preocupación para conocer tu estado de salud y simplemente les he dicho que estás descansando por unos días.

—¿Mucha gente? —se interesó Pablo sorprendido—. ¿Quieres decir que este asunto se ha hecho público? ¡Mierda! Se acabó mi carrera, se terminó mi vida. ¿Quién fue el imbécil que difundió la noticia?

—Fuiste tú —contestó el padre—. Enviaste un disparatado correo electrónico hace un par de semanas a todas las personas que conoces. ¡A todas!

—Me refería a mi internamiento en este hospital —precisó el hijo bajando el tono—. Si salgo ahora, todavía podríamos decir que se trató de un error.

—Pocas personas saben que estás aquí —indicó don Bernardo tratando de aliviar el desasosiego de su hijo—. No tienes ni idea del dolor que siento al verte sufrir. En cuatro días cumplo setenta años y no tengo deseos de celebrarlo. A pesar de todo, el doctor Jiménez ha ordenado que permanezcas aquí durante dos semanas como mínimo.

—¿Dos semanas *como mínimo?* —preguntó Pablo con el corazón estrujado—. ¿Quieres decir que podría ser más tiempo?

—Todo depende de tu evolución —indicó el padre—. Tienes que cumplir las instrucciones del doctor al pie de la letra.

—¿Has visto a María? —quiso saber el arquitecto.

—No —contestó don Bernardo—. Hemos estado en contacto con ella a través de su amigo Pepe. Parece que no quiere saber nada de ti.

—Ya veremos —señaló Pablo levantándose de un salto—. Vamos, quiero ejercitar las piernas y respirar aire fresco.

Padre e hijo compraron unos bocadillos en el quiosco,

caminaron lentamente por el perímetro de la cancha de fútbol por más de una hora, hablaron un poco sobre la familia y también sobre las noticias importantes de los días anteriores, se despidieron en la puerta del pabellón con un abrazo y acordaron verse al siguiente sábado. Eran las once de la mañana. Pablo almorzó a las doce, fue al dormitorio, se tendió sobre la cama y durmió una siesta.

***

Los días posteriores fueron un martirio para Pablo debido a las diversas reacciones secundarias de las pastillas: temblores incontrolables, mareos, náuseas, taquicardias, somnolencia y fuertes dolores de cabeza. El lunes a las nueve de la mañana participó con gran dificultad en la última práctica del equipo de fútbol antes del partido con el pabellón tres, programado para el día siguiente. A las once se reunió con el doctor Jiménez, se disculpó por su comportamiento durante la cita anterior, le comentó la visita de su padre y enumeró a continuación los efectos colaterales que le producían los medicamentos.

—Le daré un anticolinérgico, como acordamos el otro día —indicó el médico—. Eso debería resolver los efectos extrapiramidales. A propósito, consta en su expediente que estuvo simulando que tomaba los medicamentos y que los despachaba luego por el inodoro. También dice que desde el sábado pasado está obligado a abrir la boca frente a la enfermera encargada para demostrar que ha ingerido las pastillas. Hace unos días le expliqué la importancia de combatir químicos con químicos, señor Leguía. Recuerde que los pensamientos, los sentimientos, incluso la espiritualidad son producto de las millones de conexiones sinápticas de nuestras neuronas.

—Su reduccionismo es hilarante, doctor —dijo Pablo con una sonrisa torcida—. ¿Ha pensado que podría ser al revés, que el desequilibrio químico es la consecuencia y no la causa? De cualquier manera, ahora veo que no tiene sentido hablarle de mi crecimiento espiritual. No sé cómo podría usted comprender algo que no ha experimentado.

—Admito que mi conclusión es simplista, pero la experiencia me ha mostrado que es la más acertada —explicó el médico—. No conocemos con certeza las causas de los trastornos mentales, pero estamos aprendiendo a combatir los síntomas. Las pastillas funcionan, señor Leguía. Los pacientes mejoran. Algunos llegan al hospital creyéndose profetas o líderes espirituales y otros sufriendo

terribles alucinaciones. Después de unas semanas de tratamiento son nuevamente capaces de distinguir la realidad y retornan a sus hogares. Ahórrese el sufrimiento, querido. Los fármacos le permitirán tener una vida casi normal.

—Los efectos secundarios son terribles —indicó Pablo—. Además, los medicamentos interrumpen mi conexión astral. Usted está confundido, doctor. Me quiere obligar a regresar a un nivel de conciencia que ya he superado.

—Hagamos una cosa, señor Leguía —indicó el doctor Jiménez sin prestar atención a los delirios del paciente—. Si promete cumplir fielmente el tratamiento, a partir de mañana le permitiremos salir del pabellón durante el horario de descanso en el jardín.

—De acuerdo —señaló Pablo al instante. Sabía que su consentimiento era opcional.

—No olvide que puede utilizar este escritorio en los horarios que acordamos —mencionó el doctor—. Le recomiendo que lo use como un espacio para reflexionar, aunque pienso que con el anticolinérgico podrá volver a escribir muy pronto. Es importante que registre lo que viene experimentando. Le va a servir después, cuando pueda examinar con desapego lo que redactó. Despreocúpese. No tiene que mostrarme nada.

Pasados unos minutos, el doctor y su paciente se despidieron con amabilidad e incluso amagaron un abrazo. Faltaba poco para la hora del almuerzo. Pablo se dirigió derecho al comedor y lo encontró vacío. Se sentó a una mesa y esperó a Martín y sus amigos. Estaba contento con su pequeña victoria: lo habían autorizado a salir del pabellón de nueve a once de la mañana a partir del día siguiente, de manera que podría comprar golosinas en el quiosco, respirar aire fresco y tomar el sol. Además, pretendía utilizar el escritorio para entregarse a sus recuerdos y también para disfrutar de su soledad, su amada y fiel compañera. Para Pablo, socializarse nunca había sido una necesidad, no era un animal gregario. Su característico gesto adusto era confundido a menudo con hostilidad y las personas preferían mantenerse alejadas para evitar un enfrentamiento. Tiempo atrás, el arquitecto había concluido que la máscara de piedra que mostraba al concentrarse le ayudaba a proteger el alma sensible, pero comprendía que existía un riesgo: la careta podía llegar a ser permanente y endurecerle el corazón. En contadas ocasiones alguien se sentía agredido por el entrecejo fruncido y la mirada intensa, y generaba malentendidos y disgustos innecesarios.

—¿Me permite sentarme? —preguntó con educación un hombre calvo con bigote. Era alto y rondaba los cincuenta años.

—Por supuesto —respondió Pablo con gentileza. El arquitecto estaba impresionado. La apariencia distinguida del hombre desentonaba con el entorno: parecía un profesor universitario en un jardín de infancia.

—Mucho gusto. Jorge Vargas.

—Me llamo Pablo, Pablo Leguía —dijo el arquitecto estrechándole la mano—. ¿Es usted paciente del hospital?

—A veces —murmuró Jorge con pesadumbre acomodándose en la silla—. Tengo esquizofrenia, sufro ocasionales brotes psicóticos y, como ya conozco las señales de alerta, me interno antes de que se manifiesten los síntomas. Soy gastroenterólogo; trabajo en el seguro social. Mi pasión es la teratología, el estudio de las criaturas con anormalidades o deformidades, así que cada cierto tiempo me encierro aquí con mis libros y espero a que pase la tormenta. No es fácil, pero es lo que hay.

—Comprendo —mintió Pablo.

—¿Y tú por qué estás aquí? —interrogó Jorge curioso.

—Por un error de interpretación.

Martín y los demás integrantes del equipo de fútbol entraron en el comedor justo cuando Pablo se disponía a explicar su afirmación. Los muchachos se acercaron a la mesa entre risas y bromas y ocuparon los asientos disponibles. No quedaba espacio para Germán, un chico de baja estatura y rasgos aindiados que jugaba como defensa central. Jorge se percató de la situación, dio las gracias al arquitecto, se levantó de la silla y se trasladó a otra mesa.

—¿Estamos listos? —preguntó Martín a los demás—. Mañana es el gran día.

—¡Vamos a sacarle la mierda a esos huevones! —exclamó Germán.

—Es solamente un partido de fútbol —minimizó Pablo.

—Con esa actitud no ganaremos —le espetó Martín fastidiado.

—El resultado no tiene ninguna relevancia —replicó el arquitecto—. ¿En qué consiste el premio? ¿Cuál es el incentivo para ganar?

—La satisfacción del triunfo —contestó Julián, el habilidoso media punta, después de utilizar sus capacidades cognitivas al máximo. Los demás vitorearon la respuesta.

Los azafates comenzaron a llegar. El menú del día era sopa de carne con fideos, pescado a la chorrillana con arroz, flan de coco y limonada. Pablo halló una pata de cucaracha flotando en la sopa y

pidió a un auxiliar que le consiguiera otro plato. Luego dedujo que el resto del insecto probablemente seguía en la olla y resolvió no tomar sopa. A continuación revisó el filete de pescado quitando la capa de cebolla y ají amarillo que lo cubría. La textura le decía que no era pescado fresco, pero todavía podía comerse. El arroz estaba graneado y olía bien. Al final, Pablo comió solo el flan y bebió la limonada. ¿Qué otras porquerías habría comido en los días previos sin darse cuenta? Sintió náuseas, se levantó de la mesa, salió del comedor y caminó por el pasillo regulando la respiración para dominar su malestar. Tras unos minutos volvió a la mesa y participó activamente en las discusiones del grupo. Al terminar de almorzar, los jugadores de la selección de fútbol del pabellón número cinco se despidieron con abrazos y acordaron encontrarse a la hora de la cena para ultimar detalles. El doctor Jorge Vargas seguía sentado en una mesa cercana, sin compañía. El arquitecto Leguía se acercó.

—Perdone por lo que ocurrió hace un rato —dijo Pablo respetuoso—. Debí avisarle que esperaba gente.

—No te preocupes —musitó el médico—. Esas pequeñeces no son importantes. Si uno trata de salvar su alma tiene que viajar ligero de equipaje.

—Estoy de acuerdo —manifestó Pablo. Jorge le caía bien.

—Por favor, siéntate. Conversemos —señaló el doctor mostrando un asiento disponible frente a él—. He comprendido lo que trataste de decir cuando mencionaste que tu internamiento se debía a un error de interpretación. Supongo que es tu primera vez en un hospital psiquiátrico. Cambiaré la pregunta: ¿Qué te ha diagnosticado el médico?

—Trastorno afectivo bipolar en fase maniaca.

—¿Y tú qué piensas? —inquirió Jorge con astucia.

—Que he alcanzado la iluminación, que estoy volviendo a nacer y que el trabajo de parto es doloroso —respondió el arquitecto—. Traté de hacer muchas cosas a la vez y fallé en todas. Únicamente deseaba ayudar, compartir mi felicidad, mostrar a otros que existe un plano de conciencia en el que podemos observarnos como la semilla y también como el fruto del árbol de la vida. He aprendido, entre otras cosas, que el nirvana es la supresión de la conciencia individual. Creo que el verdadero desafío no es lograr la iluminación, sino soportar las consecuencias del despertar. Nada vuelve a ser igual, no hay marcha atrás. Para resumir: mi familia piensa que me he convertido en un demente y aquí estamos, hablando en un manicomio.

—Lo siento mucho —murmuró Jorge empático—. Esas son tus

creencias, no puedo decirte si son correctas porque si te soy honesto no las entiendo. Pero aférrate a ellas; la fe en uno mismo es fundamental. A fin de cuentas, creo que uno hace lo que puede con lo que tiene. Pocos se atreven a apostar al ganador con los naipes marcados que les tocaron en suerte. Si me permites un par de consejos: aprende todo lo que puedas de esta dura lección y no dejes de tomar la medicación. De lo contrario, tarde o temprano volverás a un hospital. También debes recordar que lo más importante es no perder el contacto con la realidad.

—¿Qué realidad? —interrogó Pablo—. ¿Cómo distingues cuando estás dormido el sueño de la realidad?

—Es fácil —respondió Jorge—. El sueño es una experiencia individual, mientras que la realidad es una visión compartida. Por ejemplo, ambos podemos observar que esta mesa tiene cuatro patas.

—¿Estás seguro? —cuestionó el arquitecto—. Eso te dicen los ojos.

—Los tuyos te dicen lo mismo —dijo Jorge sonriendo.

—Interesante —señaló Pablo—. Desde tu perspectiva, la realidad sería simplemente una coincidencia de opiniones. ¿Cómo se resuelven las discrepancias?

—Por mayoría —afirmó el doctor Vargas.

—Me parece injusto —replicó el arquitecto—. La mayoría puede estar equivocada. ¿Qué ocurre si soy capaz de describir cosas que nadie más puede ver?

—Los psiquiatras dirían que sufres alucinaciones —contestó Jorge con un guiño.

—¿Y si se trata de una visión compartida solamente por algunos elegidos? —preguntó el arquitecto—. Mi familia me ha recluido aquí por pensar diferente.

—Estamos en este hospital debido al riesgo que entraña nuestra conducta, no por nuestras creencias. La reclusión forzosa es necesaria en casos de psicosis o manía porque una decisión irracional o un brote de violencia pueden ocasionar una tragedia en un ambiente no controlado. Si lo que buscas es ordenar tus ideas, te sugiero escribir. Es un buen ejercicio de catarsis. Con el tiempo descubrirás que el pensamiento divergente puede ser una poderosa herramienta para romper paradigmas, pero que resulta inútil si no somos capaces de comunicar lo aprendido.

—¡Ese es precisamente el punto! —exclamó Pablo abriendo mucho los ojos—. El conocimiento que trato de transmitir suena a locura. No puedo describir mi experiencia mística, no conozco el lenguaje apropiado para ello.

La enfermera Chumpitaz se acercó a la mesa para avisar que debían desocupar el comedor porque la clase de pintura estaba a punto de comenzar. Jorge miró a su amigo, sonrió y preguntó: «¿Has intentado pintar?». Pablo comprendió al instante, asintió con la cabeza e informó a la enfermera de que deseaba quedarse para la clase. Jorge se despidió con un cálido apretón de manos, prometió continuar la conversación más tarde y salió de la habitación. Los pacientes fueron llegando en pequeños grupos y, transcurridos quince minutos de espera, la clase empezó con solo once participantes. Una joven psicóloga que actuaba como profesora repartió las cartulinas, distribuyó las tizas, apoyó el cuadro de un paisaje campestre pintado al óleo sobre una mesa y solicitó a los asistentes que intentaran copiarlo. Pablo se negó amablemente manifestando que no quería pintar la pintura de un paisaje, que no podía interpretar una interpretación. La profesora le dijo que no había problema, que podía pintar lo que deseara. El arquitecto cogió una tiza de color azul y dibujó un círculo inscrito dentro de un cuadrado. Luego delineó siete círculos concéntricos, trazó una cruz para representar los puntos cardinales y comenzó a colorear las secciones. Decidió pintar el círculo exterior de color azul y el más pequeño de amarillo con negro. Al terminar levantó la cabeza para observar lo que habían hecho sus compañeros. Un paciente que se comportaba como un niño de dos años había dibujado garabatos utilizando todos los colores. Otro paciente, un esquizofrénico, dos serpientes de color negro entrelazadas que evocaban el caduceo de Mercurio. Pablo observó que la pintura se parecía mucho a una de las visiones que había tenido durante la sesión de ayahuasca realizada años atrás en Pucallpa junto a Abelardo Muñoz, una alucinación muy común que los chamanes de la selva amazónica denominaban «la serpiente cósmica» y que para algunos estudiosos representaba la doble hélice del ácido desoxirribonucleico, el portador de material genético de cualquier organismo vivo. Pablo recordó haber leído en un libro especializado que era posible observar la realidad a nivel molecular bajo los efectos del ayahuasca. Un codazo casual del vecino lo despertó de su ensoñación. Los demás participantes de la clase simplemente habían copiado con cuestionable éxito el horrendo cuadro que servía de modelo. Dos horas después, la profesora solicitó a todos que pusieran su nombre con letras de imprenta, recolectó los trabajos para elaborar con ellos perfiles psicológicos de los pacientes, luego los materiales, se despidió con una inclinación de cabeza y salió del comedor. Seguidamente, los alumnos se dispersaron.

Pablo recorrió el camino a su habitación preguntándose si sus sueños eran más grandes que la realidad. A la hora de la cena, el arquitecto se sentó al lado de Jorge Vargas y hablaron un buen rato sobre mayéutica socrática. En algún momento, Jorge contó que muchos años antes había encontrado una alpaca bicéfala en un pueblo que se hallaba a cuatro horas de Cusco y que desde entonces se había vuelto un estudioso de las malformaciones congénitas.

—¿Estamos locos, Jorge? —preguntó Pablo mientras comían el plato principal.

—No en este momento —respondió el interpelado en tono de broma—. Ojalá pudiéramos controlar la frecuencia y duración de nuestros viajes interiores, pues descubriríamos un territorio riquísimo y casi inexplorado. Desdichadamente, el coste es demasiado elevado.

—¿Por qué? —interrogó Pablo. Hacía esa pregunta cuando no sabía qué decir.

—La familia sufre muchísimo —musitó Jorge—. Tengo una esposa maravillosa y dos hijos cariñosos, pero puedo notar que mi dolencia los ha afectado de diversas maneras. Por un tiempo, mi hijo mayor, Jorgito, decidió no invitar a sus amigos a casa y comenzó a tratarme de forma irrespetuosa. Después de una larga conversación en la orilla de una playa de la Costa Verde, mi hijo entendió que sufro una enfermedad crónica y desde entonces tenemos una relación cercana. Mi mujer es un ángel, me rescató y siempre me cuida. Es mi Ariadna: me ayuda a salir del oscuro laberinto de la esquizofrenia. Dedico mi vida a tratar compensarla por su amor incondicional, pero sé que no es feliz. ¿Tú tienes hijos?

—No —murmuró Pablo recordando de forma inevitable a María.

A la mañana siguiente, el arquitecto se levantó muy temprano, se duchó rápidamente, se vistió con una camiseta, un pantalón corto, medias blancas y mocasines. Al acceder al comedor saludó a Jorge a lo lejos y se sentó con Martín y el resto del equipo de fútbol. Tomaron café, bebieron zumo de naranja y comieron tostadas con mantequilla. Miriam, la enfermera con marcas de viruela, se acercó al grupo para informar de que por instrucciones del médico de turno se les permitía tomar la medicación después del partido. A las nueve, mientras los demás pacientes se dirigían al jardín, los jugadores caminaron hasta la cancha de fútbol guiados por un celador. Sus oponentes no habían llegado todavía, así que comenzaron a repasar la táctica. El cielo estaba despejado y el sol asomaba. Al poco rato llegó el equipo del pabellón tres y Pablo observó que se trataba de un grupo de muchachos andrajosos con

cara de pocos amigos. Dos de ellos estaban descalzos. Se repartieron chalecos de dos colores, uno para cada equipo. El árbitro señaló que se jugarían dos tiempos de veinte minutos y dio inicio al partido. Como era de esperar, el espectáculo fue caótico y risible. Ambos equipos corrieron sin orden ni concierto detrás de la pelota, olvidando sus posiciones. En el intermedio, Martín no fue capaz de proporcionar instrucciones específicas y se limitó a alentar a sus compañeros. El marcador iba uno a uno. Poco antes de finalizar la segunda mitad, el diminuto Germán anotó un gol de carambola que dio la victoria a su equipo. Al terminar el partido, Pablo y los demás jugadores retornaron triunfantes al pabellón. Se ducharon, tomaron los medicamentos y se dirigieron al jardín. Pablo ingirió cinco pastillas. La brillante luz solar le produjo un fuerte dolor de cabeza, así que el arquitecto se dirigió al cuarto de enfermeras para pedir una aspirina. La enfermera Chumpitaz estaba en el cubículo, completando un formulario.

—Buenos días, señora —saludó gentilmente el paciente.

—Buenas, señor Leguía. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito una pastilla para el dolor de cabeza —le indicó Pablo —. Los efectos secundarios de la medicación me están matando — agregó.

—Tenga paciencia —aconsejó la enfermera al tiempo de retirar el analgésico de un frasco de vidrio y entregárselo a Pablo junto con un vaso lleno de agua—. Los primeros días son así. Me disponía a rezar. ¿No quiere acompañarme? Verá usted cómo se siente mejor merced a la misericordia de Dios.

—No, gracias —declinó educadamente Pablo tras tragar la pastilla—. No creo en el Dios cristiano. Voy a entrar al consultorio; por favor, no me interrumpa.

—Como guste —señaló la enfermera—. Concluyó que se había equivocado. Ese hombre no tenía espiritualidad, era un ateo sin posibilidad de salvación.

Sentado en el escritorio, Pablo reflexionó sobre la conversación que había tenido con Jorge la noche anterior. Entendió que con su actuar errático se había arrinconado, asustando en el proceso a mucha gente. Determinó que la generosidad que mostró al difundir sus hallazgos, la principal razón de su internamiento, había sido un acto de amor no correspondido. Se repetía lo que había vivido con tantos amores de su juventud: la vehemencia de su pasión espantaba. Los demás simplemente no habían entendido lo que decía y todos atribuyeron su exaltación a la insania. Tal vez el doctor Jiménez tenía razón y su problema era solo un desequilibrio

químico, un berenjenal de neurotransmisores haciendo cortocircuito. Resolvió buscar a Jorge: quizás podría aclarar sus ideas si las decía en voz alta. Se acercó al cuarto de enfermeras y preguntó por la habitación del doctor Vargas. La señora Juana Chumpitaz lo volvió a atender.

—El doctor Vargas necesita tranquilidad —vociferó la enfermera —. Ya deje de fastidiarlo, señor Leguía. Además, es peligroso que los internos se socialicen.

—Gracias por su valiosa cooperación —señaló Pablo inmutable. A continuación, dio media vuelta y se encaminó a su habitación. La máscara de piedra había vuelto.

Mientras recorría el corredor, Pablo se topó con el individuo que había visto el primer día en una de las habitaciones individuales. El hombre caminaba con parsimonia, arrastrando los pies, pero parecía haber recuperado un poco de cordura. «Buenos días», saludó cuando pasó junto al arquitecto. Unos metros más adelante, reconoció al zambo que le había robado la presa de pollo en el comedor. Estaba sentado al lado de la puerta de una de las habitaciones jugando con un avioncito de papel. Pablo recordó su aeromodelo, comprendió el mensaje y se entristeció. Al principio pensó que el zambo y él tenían algo en común, pero luego se dijo que el pensamiento de ese individuo era caótico, que su cerebro no contaba con la capacidad requerida para asimilar la información que recibía y que, a diferencia de ese trastornado, él podía procesar los datos sin dificultad, pero era incapaz de transmitir el resultado obtenido en un lenguaje inteligible. Al llegar a la habitación, se tendió sobre la cama con los ojos abiertos y observó por un rato el mismo techo resquebrajado de color blanco que no pudo identificar cuando despertó en el hospital el día de su llegada. A continuación, intentó calcular la potencia del aerogenerador y la velocidad del viento que eran necesarias para suministrar energía a todo el hospital.

Como de costumbre, una enfermera avisó a las doce que era hora de almorzar y los pacientes se prepararon para ir al comedor. Pablo se incorporó de la cama y anduvo entre el gentío sintiéndose más solo que nunca. Su dios personal había enmudecido. Cuando el arquitecto entró al comedor, Martín alzó la mano desde una de las mesas ubicadas frente a la ventana y le señaló el último espacio disponible de la mesa. Pablo se acercó, saludó a todos, agradeció la cortesía y se excusó indicando que almorzaría con el doctor Vargas, sentado en la mesa contigua. Caminó unos pasos y se situó frente a Jorge, que miraba ensimismado el tablero de la mesa.

—¿Jorge? —sondeó Pablo extrañado por la pasividad de su amigo. El hombre levantó la cabeza como si despertara de un profundo sueño. Tenía la mirada extraviada.

—Hay un monstruo en mi cuarto —murmuró Jorge con el semblante de un niño espantado—. Está suelto y no puedo encontrar su correa —añadió. Tenía el rostro cadavérico debido a la tensión. El experto navegante se adentraba sin vela ni timón en las insondables aguas de la demencia.

—Buen viaje, hermano —susurró compasivo el arquitecto. Pablo se levantó, recorrió unos metros y ocupó el asiento disponible en la mesa de Martín justo antes de que llegaran las bandejas con los platos de comida.

A las nueve de la mañana del día siguiente, una vez desayunado y tomada la medicación, Pablo se dirigió a la puerta principal del pabellón mientras los demás iban al jardín. Al llegar encontró a dos pacientes esperando y a los pocos minutos apareció un celador, abrió la cerradura y los dejó salir. Cuando el arquitecto trató de seguirlos, el vigilante le cerró el paso.

—Usted no está autorizado —ladró el celador.

—Se equivoca —replicó Pablo—. Por favor, hable con el doctor Jiménez.

—No he sido informado —farfulló el celador. Acto seguido, aseguró la puerta, dio media vuelta y se alejó.

A continuación, Pablo se aproximó a la sala de enfermeras y pidió permiso para salir a la señora Chumpitaz. La enfermera revisó el cuaderno y halló de inmediato la anotación en letra de imprenta efectuada por el doctor que autorizaba al paciente Leguía a salir del pabellón durante los descansos de las nueve.

—Lo siento —indicó pese a todo la enfermera Juana Chumpitaz —. No puedo encontrar la autorización, así que tendrá que esperar a hablar con el doctor. A las once tiene cita con él.

—¡Este hospital es una porquería! —rugió Pablo exasperado.

—¡Cuide sus palabras, jovencito! —exclamó la enfermera. En opinión de doña Juana, los lugares de sanación eran sagrados.

—Volveré más tarde —murmuró el arquitecto.

El jardín estaba particularmente bonito ese día, pero seguía siendo un corral. Pablo encontró un lugar cerca de la puerta y se tendió de espaldas sobre el césped. Las prácticas del equipo de fútbol habían terminado, de manera que podía descansar a sus anchas y meditar acerca de sus vivencias. Descubrió con pesar que ya no oía el susurro de su voz interior y que tampoco podía hurgar en su alma para encontrar respuestas. Su conexión con la divinidad

se había roto. A las once se acercó al cuarto de enfermeras y saludó a la señora Luisa con una venia.

—Pase, el doctor Jiménez lo espera —dijo la enfermera.

—¿Cómo le va, señor Leguía? —saludó el médico con inusual simpatía—. Por favor, cuénteme cómo se siente.

—Las reacciones adversas a los medicamentos han disminuido —señaló Pablo—. Tengo esporádicos dolores de cabeza que estoy controlando con aspirinas.

—Descuide, el dolor de cabeza también desaparecerá —afirmó el doctor—. Es buena señal: significa que la actividad de su cerebro está volviendo a la normalidad. Me complace mucho verlo repuesto, señor Leguía. Ojalá pudiera verse en un espejo.

—¿Tiene un espejo? —preguntó Pablo con afectada indiferencia. Estaba listo para enfrentarse a su reflejo.

El doctor Jiménez sostuvo la mirada por un instante, llamó por el anexo a la enfermera Luisa y solicitó lo que requería el paciente. A los pocos minutos apareció la enfermera con un pequeño estuche de maquillaje. «Es todo lo que pude encontrar, doctor», adujo a modo de excusa. El médico recibió el objeto, lo puso sobre la mesa del escritorio y lo empujó con el dedo índice de la mano derecha hasta ubicarlo frente a Pablo. Luego limpió sus gafas con un pañuelo blanco y se recostó contra el respaldo de la silla. Sin pensarlo dos veces, Pablo tomó el estuche y lo abrió. Ahí estaba, un poco más ojeroso que de costumbre. Sin embargo, algo había cambiado. Los ojos estaban apagados y el semblante era el resultado de un despegue fallido. Gracias a la luz fluorescente pudo notar las muchas imperfecciones del rostro, las huellas que el camino había estampado con fuego en sus facciones: la piel tostada, las pestañas chamuscadas por el sol, algunas marcas de acné, dos pecas en la mejilla izquierda y muchísimas arrugas diminutas. Por primera vez en su vida, se vio viejo.

—Gracias —dijo Pablo en tono neutro devolviendo la polvera.

—Créame, se ve muchísimo mejor que el primer día —mintió el médico.

—Ya no puedo meditar —se quejó el arquitecto—. Mi interior está vacío.

—No se asuste, no es así —corrigió el doctor con sencillez—. Su cabeza estuvo llena de ruido por un tiempo y ha comenzado a reordenarse gracias a la inhibición de la recaptación de los niveles de serotonina y dopamina, liberando el espacio que antes ocupaban sus creencias falsas. Asumo que sus delirios han dejado de atormentarlo.

—¿Delirios? —interrogó Pablo extrañado—. ¿A qué se refiere? ¿A mis invenciones? ¿A mis planes de mudarme al sur? ¿A mi experiencia de iluminación?

—A todo eso —contestó el doctor Jiménez.

—Yo no creo que mi experiencia de iluminación haya sido consecuencia de un desequilibrio neuronal —indicó el arquitecto.

—Por favor, descríbame la experiencia —pidió el médico.

—No puedo —señaló Pablo frustrado. Repentinamente, recordó la sesión improvisación de percusión que había tenido algunos días antes con Marito y se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué le parece tan gracioso? —interrogó el doctor.

—Lo siento —dijo el arquitecto cuando recuperó la compostura —. Es un recuerdo tonto que no viene al caso comentar.

—Un psicoanalista pensaría diferente —murmuró el médico.

—¿Qué va a pasar conmigo, doctor?

—No le mentiré, señor Leguía —anunció el doctor Jiménez—. Usted nunca volverá a ser el mismo: deberá tomar medicamentos el resto de su vida, tendrá que evadir situaciones de estrés y no podrá beber alcohol nunca más. Al salir, procure mantenerse cerca de su familia. Son las únicas personas que lo amarán sin condiciones. Si tiene ideaciones suicidas, deberá llamarme. Por favor, no se alarme, las ideas de autoeliminación son muy comunes entre los pacientes bipolares. Le digo esto simplemente para que no las tome en serio.

—En otras palabras, seré un minusválido —dijo afligido el arquitecto—. ¿Y qué debo hacer con lo que aprendí?

—Por ahora debe concentrarse solamente en su recuperación —le recomendó el doctor—. El tiempo dirá si el aprendizaje valió la pena.

—Tanto conocimiento desperdiciado —se lamentó Pablo.

—Ojalá pudiera ayudarlo —señaló el médico en tono compasivo —. Por desgracia, ni siquiera me puede describir su experiencia.

—¡Eso no la hace menos real! —exclamó Pablo—. Cada una de las vivencias que he tenido durante las últimas semanas estuvo conectada con las demás. Comprendí, por ejemplo, que todo tiene un ritmo, que los opuestos son iguales, que todo está en movimiento. Consideramos esta versión de la realidad como la única posible. Lo hacemos por comodidad, para sentir seguridad, como mecanismo de adaptación social. Existe un mundo mejor, pero el camino que lleva a él es solitario y escarpado. Ya no me interesa el dinero, tampoco me importa el poder y mis éxitos pasados tienen sabor a ceniza. Solamente quiero libertad para ser quien soy.

—El mundo real no es así, señor Leguía —musitó el médico—. Sus pensamientos son producto de la psicosis. No puede regresar allá afuera con esas ideas.

—Me arriesgaré —señaló Pablo con decisión.

—Lo tildarán de loco —aseveró el doctor Jiménez, una eminencia en el campo de la salud mental, un viejo baúl lleno de diplomas amarillentos y condecoraciones apolilladas.

—¿Los visionarios están chiflados? —preguntó el paciente.

—No necesariamente —señaló el médico—. Siempre han existido seres excepcionales que consiguen grandes cosas para la humanidad. Entramos en un área gris de la psiquiatría, señor Leguía, un espacio en el que se encuentra la complejidad y acaso también la verdad. Sabemos que existe una conexión entre genialidad y locura, pero aún no podemos descifrarla. Ya le dije que somos capaces de controlar con cierta eficacia los síntomas de los trastornos mentales, pero que no conocemos las causas con precisión. Por ejemplo, los científicos aseguran que su enfermedad es el resultado de una diversidad de factores neurobiológicos y psicosociales. En buen cristiano, no existe etiología precisa.

—Entonces, la psiquiatría no es infalible —sentenció Pablo cansado del diálogo de sordos—. Por favor, entienda que ya no pertenezco al rebaño de ovejas que se quedó dormido de tanto contar. Todos han confundido a mis ángeles con mis demonios. Simplemente, deseo recuperar a mi esposa, alejarme del bullicio y reflexionar sobre lo que me ha ocurrido. Necesito volver al útero primordial y resolver la ecuación final. ¿Por qué no me dejan seguir mi camino en paz? Nunca he hecho daño a nadie con premeditación.

—Falta solo una semana para que salga del hospital —le recordó el doctor—. Le advierto que deberá afrontar numerosas adversidades, empezando por el prejuicio. A pesar de ello, estoy seguro de que logrará salir adelante.

—A propósito de salir, no me permiten hacerlo del pabellón —mencionó Pablo—. Dicen que usted no ha dejado instrucciones.

—¿Cómo que no? —preguntó el doctor Jiménez sorprendido—. Yo mismo anoté la indicación —agregó.

A continuación, levantó el teléfono y solicitó a la enfermera Luisa que se acercara con el cuaderno. La señora apareció a los pocos minutos.

—Aquí está la anotación —dijo el médico mostrando a la enfermera la página respectiva—. ¿Quién le dijo que no estaba autorizado, señor Leguía?

—La enfermera Chumpitaz —respondió el arquitecto.

—Doña Luisa, tráigame de inmediato un formato de amonestación —exigió el doctor en tono autoritario—. El personal sanitario no facultativo está obligado a cumplir las instrucciones que imparte el médico —añadió mirando al arquitecto.

La reunión terminó a los pocos minutos. El doctor Jiménez rodeó el escritorio y acompañó al paciente hasta la puerta del consultorio. Pablo se despidió con una venia, regresó a su habitación, se tendió sobre la cama y contó los minutos que faltaban para la hora del almuerzo. Tenía hambre. Cuando llegó al comedor, no encontró a Jorge. Se lamentó por la salud mental de su amigo y también por la falta de un digno compañero de debate. El arquitecto opinaba que Martín y sus compinches eran buena gente, pero que les resultaba difícil asimilar conceptos alambicados o elucubrar sobre el propósito de la existencia. Esos muchachos pobres y poco educados podían sobrevivir a la jornada sin esos pensamientos inútiles y probablemente eran más felices en muchos aspectos, pero su sensibilidad era rústica y su curiosidad limitada. Siempre había un dios cubriendo la ignorancia con un manto de misterio o un sacerdote que atribuía causas sobrenaturales a sucesos terrenales. Sentado en el comedor de un hospital de salud mental, el arquitecto Leguía resolvió que esa forma de pensar era una locura. «La explicación más simple es usualmente la correcta», concluyó.

***

El sábado, Pablo volvió a ver a su padre. Don Bernardo parecía tenso, avejentado y agobiado. Hijo único de madre dominante, tenía el semblante de un hombre derrotado por las vicisitudes de la vida. Había llevado consigo en un contenedor de plástico un pedazo de su tarta de cumpleaños, que Pablo devoró ayudándose con las manos. Dieron un corto paseo y decidieron sentarse sobre el césped frente a un muro recubierto de buganvilias.

—Tengo buenas noticias —señaló el padre—. Hablé con tu jefe, Sandro León. Me ha señalado que te esperarán el tiempo que sea necesario y que por ahora debes concentrarte en tu recuperación. Utilizó la palabra «irreemplazable». También dice que todos en la oficina sienten gran aprecio por ti y que ansían verte pronto de vuelta. Le conté lo de nuestras dificultades financieras y se ha comprometido a reembolsar los gastos de hospitalización.

—¿Hablaste con el arquitecto León sobre mi internamiento en este hospital? —preguntó el hijo fuera de sí—. ¿Y encima le pediste

dinero? Lo peor es que ni siquiera comprendes la magnitud del error que has cometido. Jamás me volverá a tomar en serio.

—Conozco a Sandro desde hace muchísimos años —precisó don Bernardo—. Puedo asegurarte que es una persona honorable y que nunca daría su palabra en vano. Ese hombre te quiere una barbaridad y admira tu trabajo.

—Mejor me callo; no quiero arrepentirme de mis palabras —balbuceó Pablo endureciendo sus facciones—. ¿Alguna noticia de María?

—Ninguna —contestó el padre—. No sabemos cómo contactarla y su amigo Pepe no se ha vuelto a comunicar con nosotros. Es mejor así, Pablo. Por suerte, no tuvieron hijos, y el divorcio será más fácil.

—¿Divorcio? —interrogó el arquitecto—. ¡Lo que deseo es recuperarla!

—Esa muchacha nunca te ha querido —afirmó el ingeniero Leguía.

—Pero yo la amo, papá —musitó Pablo con los ojos humedecidos.

Su padre se aproximó lentamente y lo abrazó con cariño.

Tras unos minutos más regresaron a la puerta del pabellón y se despidieron con un apretón de manos. «Vengo a buscarte el miércoles», dijo don Bernardo. Pablo se dirigió derecho al dormitorio, se tumbó en la cama, cerró los ojos y se durmió instantes después. Necesitaba descansar: faltaban pocos días para volver al mundo y debía recuperar fuerzas para afrontar con entereza las consecuencias de sus actos.

8

Las discusiones entre María y Pablo se hicieron más frecuentes y desagradables a partir del episodio del seguro de salud. La muchacha increpaba constantemente a su marido por su incuria, por su necedad, por su incompetencia. Al principio, el arquitecto se defendía argumentando que ella nunca le había contado su problema, pero luego comprendió que al responder a las ofensas atizaba la hoguera y prolongaba la agonía. En contadas ocasiones la pelea acababa en el lecho y la tregua posterior daba a la pareja una breve ilusión de felicidad, pero casi siempre terminaba en gritos destemplados, portazos estrepitosos y un par de almohadas en el sofá del *living*. El ritmo de trabajo de Pablo era intenso a causa de las diversas responsabilidades que los socios del estudio habían depositado sobre sus hombros para evaluarlo con miras a una pronta incorporación como socio minoritario, y él asumía estos nuevos encargos convenciéndose de que el objetivo era conseguir dinero suficiente para pagar la operación de María y mitigar así la fiereza cotidiana de su mujer, pero lo hacía en realidad para pasar la mayor cantidad de tiempo posible fuera del apartamento. A veces, Pablo llegaba tan cansado de la oficina que no podía reunir el valor requerido para subir al dormitorio y escuchar agresiones e insultos, de manera que permanecía largo rato sentado en el comedor rumiando en silencio su desdicha. «Nada peor que una esposa aprensiva sin seguro médico», se lamentaba. Era infeliz en su matrimonio, pero se aferraba a su promesa de lealtad. Para María el asunto tampoco era simple: se había casado con un marido ausente, con un hombre demasiado soñador que no podía encarar sus problemas domésticos y que cumplía a duras penas con sus deberes conyugales. Ella se encontraba en un continuo estado de crispación, con los nervios destrozados y las emociones revueltas por su desamparo y por las hormonas que tomaba para controlar su dolencia.

A pesar de las dificultades, era importante guardar las apariencias y departir con otras personas. Todos los sábados por la

noche, los recién casados se reunían con los amigos en un bar, en un restaurante o en alguna casa y se comportaban frente a ellos como si todo estuviera bien. Pablo planificaba los fines de semana con anticipación y los esperaba con ansia. Cuando se realizaban reuniones en el dúplex de la pareja, las risas reemplazaban a los portazos y la música a los bramidos. El marido se encargaba de las bebidas, la mujer de los bocadillos. El arquitecto lavaba los trastos, la diseñadora los secaba. En tales ocasiones, Pablo disfrutaba riéndose de sí mismo y haciendo bromas pesadas. María también se distendía: conversaba con sus amigos sobre arte, esoterismo y diseñadores de moda.

Un domingo de junio, Pablo organizó un almuerzo familiar en su apartamento para celebrar el cumpleaños de su hermano Luis. María invitó al infaltable Pepe y a Jimena, una chica de la oficina a la que acababa de conocer. Sirvieron lasaña y ensalada. Mientras todos los demás tomaban café en el comedor charlando sobre política, María y Pepe rellenaron sus copas de vino, entraron a la cocina y cerraron la puerta.

—Dime la verdad —susurró Pepe después de beber un sorbo de su copa—. ¿Cómo están las cosas con Pablo?

—No muy bien —respondió ella—. Nunca está en la casa y además ha causado un terrible embrollo con el seguro de salud. Anuló el que yo tenía para inscribirnos en un plan familiar y el seguro nuevo no cubre mi tratamiento hormonal ni mi operación.

—¡Qué tal, idiota! —chilló Pepe.

Momentos antes, don Bernardo Leguía se había levantado de la mesa para dejar su taza de café vacía en el fregadero. Cuando estaba a punto de abrir la puerta de la cocina, escuchó parte de la conversación que se desarrollaba en el interior y aguzó el oído.

—¿Entonces qué vas a hacer? —interrogó Pepe.

—Estoy pensando en terminar la relación —confesó María cariacontecida.

—Consúltalo con la almohada —aconsejó Pepe—. ¿Han planeado tener hijos?

—No me puedo quedar embarazada, tienen que operarme primero, y Pablo está reuniendo el dinero para pagar la operación en efectivo. Una cosa a la vez, Pepito.

—A juzgar por la frecuencia de las fiestas que organizan, me parece que no están ahorrando mucho —comentó Pepe insidioso—. Lo que tienes que hacer es sacarle un poco de plata, aprender de la experiencia y mandarte mudar. Todavía eres joven y conozco a varios amigos empresarios que se morirían por salir contigo.

—No digas tonterías —respondió María—. Nos acabamos de casar. Estoy segura de que Pablo cumplirá su promesa y te garantizo que en pocos meses nos estaremos riendo de la anécdota.

—¿El departamento y el todoterreno están a su nombre?

—Sí —contestó la muchacha.

—Tienes que hacer como los ricos y famosos, niña —recomendó su cínico y taimado confidente—. Cuando se estabilicen económicamente, haz que Pablo venda sus bienes y compren todo nuevo. De esa manera te haces dueña de la mitad.

—No sé, Pepe —murmuró María—. No me parece bien. Son sus cosas.

—No seas cojuda. Todo el mundo lo hace.

Apenas Pepe terminó la frase, don Bernardo irrumpió en la cocina con paso firme y expresión ceñuda. A María se le heló la sangre. El viejo la taladró con la mirada e inspeccionó al bicho venenoso que estaba parado al costado. Dejó la taza dentro del fregadero con exagerada lentitud e informó a la muchacha de que su marido estaba preguntando por ella en la sala. La mujer salió al instante y Pepe la siguió, actuando como si nada, aunque en realidad estaba aterrado ante la posibilidad de quedarse a solas con el patriarca Leguía. Don Bernardo los vio salir y permaneció en la habitación unos segundos. Su hijo debía saber lo que estaba ocurriendo y tenía que encontrar el momento apropiado para decírselo. No se enfrentaría a Pepe, no tenía sentido. El viejo había aprendido con los años que aplastar cucarachas lo obligaba luego a limpiar la suela del zapato, de manera que las dejaba marchar para no ensuciarse. En la sala, Pablo conversaba con Jimena. La morena tenía bonitas piernas, ojos verdes, una gruesa capa de rímel en las pestañas y un par de sandías en el sostén. Vestía de manera sugerente y era alharaquienta, vocinglera y muy divertida.

—Conozco a un chico igualito a ti —mencionó Jimena—. Se llama Ramón Sanz.

—Yo también conozco a Ramón, un hombre muy guapo, por cierto —dijo Pablo, intentando ser bromista—. Hace muchos años, en una discoteca, una chica guapísima me confundió con él y me besó apasionadamente. Pasamos varios minutos intercambiando caricias y arrumacos hasta que, muerto de risa, le confesé que me había confundido con otra persona. La muchacha me miró sorprendida, se levantó sin chistar y se alejó ligera.

—¡Yo era la chica guapísima! —exclamó Jimena—. El mundo es realmente un pañuelo. Al llegar le comenté a María que tu rostro me parecía familiar, pero te he recordado justo ahora que has

mencionado la anécdota. Besas muy rico, papacito —añadió en tono seductor—. Me acuerdo de que esa noche no pude dormir pensando en ti.

—Estabas un poco más flaca —dijo Pablo pellizcándole un rollito de la cintura.

—¿De qué hablan? —preguntó María al acercarse.

—De historia —respondió Pablo achispado. Las palabras de su nueva amiguita le habían producido una erección instantánea y su mujer aparecía para aguarle la fiesta.

—Te cuento que conocía tu media naranja hace muchos años —indicó Jimena a su anfitriona, señalando a Pablo con la cabeza—. Yo había terminado con un enamorado y salí a divertirme con unas amigas, bebimos un montón de tequila y después fuimos a una discoteca de moda. De pronto vi entrar a tu esposo al salón vip y lo confundí con Ramón Sanz, un chico que me gustaba. Me tiré encima de Pablo y lo besé. El malvado de tu marido se quedó callado hasta que no pudo aguantar la risa y me confesó la verdad. ¡Quería matarlo! Es un cuento entretenido que podrán contar a sus hijos. A propósito, ¿cuándo esperan tener su primer bebé?

María miró a Pablo; Pablo, al techo. Jimena comprendió que la pregunta había sido inapropiada y bajó la mirada abochornada.

—Esperaremos un tiempo —musitó finalmente María.

Segundos después, Jimena empezó a enumerar las posibles complicaciones de una lipoescultura. Los esposos Leguía asentían sin más, simulando interés. Don Bernardo se aproximó al sofá, se detuvo frente a Pablo y le revolvió el cabello.

—¿Puedo robarte a mi hijo unos minutos? —preguntó el padre con una sonrisa mirando a su nuera.

—Es de mala educación interrumpir una conversación, señor —le recriminó María con animosidad—. Su objetivo era generar un altercado con el suegro para indisponer al marido e imposibilitar una conversación, pero luego comprendió que solamente prolongaría lo inevitable.

—Tú no me vas a enseñar educación, hijita —replicó el ingeniero Leguía con desprecio mal disimulado—. Los viejos no aprendemos nuevos trucos —agregó tratando de suavizar la agresión. Su sonrisa ya no era auténtica.

—Lléveselo nomás —indicó displicente la muchacha señalando a su aletargado esposo—. En realidad, aquí nos estorba un poco.

Don Bernardo ayudó a su hijo a levantarse tirándole del brazo derecho. María ocupó de inmediato el asiento libre y continuó hablando con su amiga, pero miró de reojo cómo Pablo y su padre

se alejaban en dirección a la cocina.

—¿Cómo te va, Pablito? —preguntó afectuosamente el viejo después de sacar una botella de agua del refrigerador y servir dos vasos.

—Estoy con un montón de chamba —contestó Pablo apoyando los codos sobre uno de los muebles de cocina—. Lima ha comenzado a convertirse en una ciudad cosmopolita y muchas transnacionales han empezado a instalarse aquí, pero no hay suficientes edificios de oficinas. Cada día llegan nuevos proyectos.

—Me alegro de que las cosas en el trabajo vayan bien —comentó don Bernardo—. ¿Y qué tal la vida matrimonial? ¿Es lo que esperabas?

—La convivencia es difícil —murmuró Pablo—. María tiene un fuerte carácter y no es muy cariñosa. Desde hace varias semanas me hace la vida imposible por un asunto del seguro de salud que no viene al caso comentar. Te confieso que estoy emocionalmente agotado y que en ocasiones preferiría vivir en un hotel.

—Sabes que puedes dormir en mi casa cuando quieras —declaró su padre con la voz quebrada—. Me entristece muchísimo verte desdichado, Pablito. Si sientes que tu matrimonio ha sido una equivocación, todavía estás a tiempo de enmendar el error.

—Es una buena mujer —señaló el arquitecto—. Los problemas se resolverán, papá. No te preocupes. Trabajaré más duro.

—Una cosa más, Pablo. Ten mucho cuidado con ese chico, Pepe. No me parece una persona decente.

—Dices eso porque eres homofóbico. Es el mejor amigo de María.

—No seas tonto —profirió don Bernardo—. Ya te expliqué mi posición al respecto. La orientación sexual de una persona no tiene ninguna relación con su grado de maldad. Simplemente te pido que estés atento.

—Gracias por el consejo —murmuró Pablo amagando un bostezo.

Al salir de la cocina, el padre volvió al comedor y el hijo se dirigió al sofá para reunirse con su mujer. A las seis, Pablo despidió a los invitados en la puerta del edificio. Pepe lo abrazó, don Bernardo le dio un beso en la frente y le susurró al oído que lo quería, y Jimena le entregó con disimulo una servilleta de papel con su número telefónico escrito con lápiz labial. Cuando volvió al apartamento, María lo esperaba sentada sobre el sofá bebiendo una copa de merlot. Pablo contuvo las ganas de salir corriendo y se sentó a su costado.

—¿Qué te pareció Jimena? —preguntó la mujer.

—Es muy ocurrente —respondió Pablo.

—¿Te gusta físicamente?

—En verdad no es mi tipo —murmuró Pablo tratando de caer en la trampa—. No sabría qué hacer con ese par de tetas descomunales. Además, creo que usa ropa demasiado pequeña para su talla. Tú sabes a que me refiero.

—Jimena me contó que le pellizcaste una nalga —le dijo María con calculada frialdad. Su amiga le había dicho la verdad, pero ella necesitaba dar el primer golpe. La vida le había enseñado muchas tácticas de combate y algunas jugadas de ajedrez.

—Nunca haría eso, no seas ridícula.

—¿Qué tal con tu papá? —preguntó la muchacha mirándolo con ojos penetrantes.

—Bien —contestó el arquitecto—. Mi viejo es un gran tipo.

—Es grosero conmigo —dijo María tras beber un sorbo de su copa—. No sé qué se cree…, ni que tuviera millones. Quiero que le digas que ya no es bienvenido en esta casa, que no lo quiero ver. Odio su tonito condescendiente y paternal.

—¿Ha pasado algo? —interrogó Pablo alarmado.

María se tranquilizó. Era evidente que el suegro no le había contado nada sobre la conversación que había escuchado. Al menos, no era un entrometido.

—Nada —soltó María al fin—. Simplemente, estoy cansada. Voy a dormir. Por favor, lleva los platos a la cocina, coloca los cubiertos en el fregadero y súbeme un té verde. Mañana me encargo de limpiar todo.

—Ahora subo.

La tregua duró tres horas. Esa noche, Pablo durmió en el sofá. Despertó a las seis de la mañana, se dirigió a la cocina, sacó una botella de vodka del primer estante de la alacena, se sirvió medio vaso y lo bebió de un golpe. A partir de ese día, repitió el ritual religiosamente. El arquitecto descubrió que el licor liberaba sus alas, aliviaba su tensión y lo distraía de su infierno personal. Gracias al sopor que le producía el alcohol, el arquitecto se hizo inmune a los gritos destemplados de María.

Unos días después, cuando buscaba unos papeles en su escritorio de la oficina, Pablo encontró la servilleta con el número telefónico de Jimena, la llamó y le propuso tomar un trago en el bar inglés de un conocido hotel. A pesar de haber comprendido de inmediato la intención de la llamada, la mujer aceptó y el arquitecto pasó a por ella a las siete de la noche. La mujer llevaba puesta una blusa

blanca abierta hasta el tercer botón, un collar de perlas falsas, minifalda ceñida de color rojo y zapatos de tacón de aguja. Con su cara pintarrajeada, su cabello ondulado suelto y sus pasitos cortos y apurados, era fácil confundirla con una prostituta. Jimena abrió la puerta del copiloto mirando alrededor con paranoia, entró rápidamente en el todoterreno, besó a Pablo en la mejilla y le pidió que se apuraran aduciendo que tenía vecinos chismosos. Se dirigieron al bar, se acomodaron en una mesa y pidieron dos vasos de whisky con hielo.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Jimena.

—Muy bien —contestó sonriente el arquitecto—. Ahora estamos diseñando la Torre Huascarán, un edificio de oficinas que con sus ciento cuarenta metros será el más alto de la ciudad. Como cualquier ménsula empotrada al suelo, el edificio está sometido a flexión y para alcanzar la altura prevista se requiere utilizar concreto reforzado en los cimientos y vigas de aleación de acero para resistir las cargas horizontales de sismo y viento. Uno de mis chicos planteó el proyecto hace casi un año, realizamos una presentación con diapositivas para los directivos de una multinacional y el presupuesto fue aprobado el jueves pasado.

—¡Entonces, estamos festejando! —exclamó la muchacha levantando los brazos, meneando los hombros, haciendo rebotar las pelotas de silicona contra la mesa y mostrando un poco de mercancía al potencial comprador.

—Todavía no —precisó el arquitecto—. Lo celebraremos cuando esté listo. La construcción llevará treinta meses. Si te comportas, te invitaré a la inauguración.

—No puedo portarme bien por tanto tiempo —susurró la muchacha—. Acércate, quiero contarte un secreto.

Pablo se inclinó hacia ella, alargó el cuello y mostró la oreja izquierda. Ella se acercó e introdujo su lengua hasta el fondo del oído. El arquitecto retrocedió sobresaltado. La mujer sonrió, abrió su cartera, encendió un cigarrillo, bebió un sorbo de whisky y contempló a su presa durante un minuto.

—No te hagas el tonto, cariño —dijo al fin Jimena mostrando una dentadura impecable—. Tú me llamaste. Descuida, no quiero nada serio y María no tiene por qué enterarse. Simplemente deseo terminar lo que empezamos hace tantos años. Acaba tu trago y vámonos.

—Mejor pidamos otra ronda —sugirió el arquitecto—. Necesito más alcohol.

—Está bien —murmuró la muchacha.

Mientras tomaban la segunda copa, Pablo se dio cuenta de que había cometido un terrible error. Jimena era una depredadora. Sus risotadas ordinarias, su ropa ajustada, su perfume barato y sus comentarios vulgares le causaban repugnancia. Quería irse, pero necesitaba una excusa. Segundos después, simuló recibir un mensaje de texto.

—Es María —dijo el arquitecto con afectada pesadumbre—. Lo siento, tenemos que marcharnos.

—¿Qué tal un besito de despedida? —sugirió Jimena.

Pablo acercó la cara por encima de la mesa, ella la tomó con las manos y le dio un beso húmedo y apasionado. «Sigues besando rico», dijo al terminar, relamiéndose. Apuraron sus vasos de whisky, pagaron la cuenta y se dirigieron al estacionamiento sin hablar. El arquitecto se detuvo unos metros antes de la puerta del edificio de ella, se despidió con un beso en la mejilla y le dijo que la llamaría en otra ocasión. Ella descifró el mensaje, sonrió con malicia, agradeció la cita, bajó del todoterreno y caminó contoneándose con exageración para mostrar el culo, volviendo ocasionalmente la cabeza para asegurarse de que el arquitecto la seguía con la mirada. Pablo esperó a que la mujer accediera al edificio, encendió el motor, cambió la marcha y recorrió calles y avenidas a toda velocidad, como si huyera de alguien. En el camino lamentó su pésima elección, pero advirtió que sus reparos y prejuicios ante una eventual infidelidad se habían desvanecido. Resolvió que en lo sucesivo conseguiría en otra parte lo que no podía obtener en casa. Era socialmente aceptado que los esposos tuvieran relaciones extramatrimoniales, aunque debían ser discretas y ocasionales. Transcurridos veinte minutos, llegó al edificio, aparcó el todoterreno en el estacionamiento, masticó un chicle de menta mientras subía las escaleras y entró en el dúplex de puntillas, con sigilo, como un ladrón. Comprobó aliviado que María dormía, se lavó los dientes y se metió en la cama. Eran las diez de la noche.

***

Dos días más tarde, un viernes, se conmemoraba el aniversario de la fundación del estudio de arquitectos y se había organizado una recepción para amigos y clientes en el Club Nacional, el más encopetado club social de la ciudad. El evento empezaba a las ocho de la noche y se esperaba la presencia de trescientos invitados. Se trataba de un gran acontecimiento y el arquitecto Leguía estaba nervioso. «Trae a tu esposa», le había dicho Sandro León. Pablo

llamó a María para avisarla de que debía estar lista a las siete en punto y que él llegaría al apartamento un poco antes de esa hora para cambiarse. El arquitecto llegó al dúplex a las seis y cuarenta, sudoroso, cansado e irritado. Necesitaba con urgencia una ducha. Al entrar en el dormitorio, encontró a su mujer sentada sobre la cama. Tenía puesta una bata de felpa, parecía furiosa y sujetaba una hoja de papel con la mano izquierda.

—Hace media hora recibí este correo electrónico —informó María mostrando el papel impreso—. Es de Jimena. Dice que el miércoles la llevaste a un bar y que trataste de besarla. Quiero que lo leas. Estaré en la cocina, preparándome un té.

Todavía perplejo, Pablo comenzó a leer. Estaban todas aquellas tonterías sobre amor de hermana, reciprocidad y amistad duradera. A continuación, Jimena relataba los pormenores de la cita: la llamada telefónica, la elegante decoración del bar, la hora a la que habían llegado, la cantidad de copas que habían bebido, el nombre del camarero que los atendió y el supuesto intento de beso. Jimena sabía muy bien que si uno coloca una mentira entre varias verdades, la vuelve verosímil. Naturalmente, la chica había omitido la lengua en el oído, los ademanes de prostituta, la provocación constante. El arquitecto estaba indignado. María volvió al dormitorio, caminó despacio hasta su lado de la cama, se sentó con la espalda apoyada contra el cabecero y bebió un sorbo de su té caliente. Estaba tranquila, controlada. Quería hablar.

—¿Disfrutaste la lectura? —preguntó la muchacha.

—Las cosas no ocurrieron de esa manera —profirió Pablo replegándose un poco para evitar la posibilidad de una visita al hospital debido a las quemaduras causadas por agua caliente—. El relato está fuera de contexto. Ha omitido un montón de cosas.

—No me digas —dijo la mujer con una sonrisita burlona—. ¿Así que hay más?

—Trato de decir que tu amiga ha mentido —murmuró el arquitecto.

—¿La llamaste el miércoles? —inquirió María. Pablo asintió con la cabeza—. ¿Fueron a un bar? —continuó la muchacha implacable.

—Sí —contestó el marido. Se sabía vencido.

—¿Trataste de besarla? —remató la mujer.

—No —respondió Pablo con rotundidad—. Fue justo al revés. Jimena me metió la lengua en el oído y me propuso ir a un hotel.

—¿Entonces, para qué la llevaste a un bar? —interrogó María con el entrecejo fruncido. En el fondo quería creer en su marido, pero la evidencia era contundente.

—Solamente quería conversar —atinó a decir Pablo—. Tú siempre me haces sentir humillado y poquita cosa, gritas todo el día y no te interesas en mi trabajo. Jimena se ofreció con descaro durante el almuerzo del otro domingo y yo solo quería sentir un poco de cariño, para variar. Después me di cuenta de lo que estaba pasando y la dejé en su casa. Sé que no es una buena excusa, pero es la verdad. Por favor, vístete y vámonos. Llegaremos tarde.

—¡No pienso ir a tu estúpido evento! —chilló la mujer.

—Es el aniversario del estudio, María. Todos estarán allí.

—No me interesa.

—Como quieras —musitó Pablo incordiado.

El arquitecto se duchó, se afeitó, se vistió con un traje color azul marino y una camisa blanca, eligió una corbata a rayas y regresó al cuarto de baño para peinarse. El espejo reflejaba a un hombre de mediana edad, exitoso en su profesión pero desdichado en su vida privada. Se preguntó cuántas veces había visto ese mismo reflejo a lo largo de los años, cuántas mujeres había despreciado para dedicarse sin distracciones a lo único que sabía hacer bien: trabajar. Concluyó que se había casado a la edad correcta, pero con la mujer equivocada. Salió del apartamento dando un portazo, condujo deprisa por la vía rápida que conducía al centro de la ciudad y entró en el club a las ocho en punto.

La fastuosidad de la celebración era impresionante. El salón principal estaba decorado con sobriedad y elegancia. Cada detalle había sido considerado; cada adorno, elegido; cada camarero, cuidadosamente seleccionado. La carta de vinos había sido elaborada por un prestigioso sumiller. Decenas de periodistas y fotógrafos pululaban por doquier buscando una exclusiva. Prominentes banqueros, políticos, empresarios, artistas, escritores y por supuesto arquitectos poblaban la habitación. El arquitecto Leguía permaneció cerca de Sandro León y se integró en el grupo formado por los socios del estudio y sus esposas. «Está enferma», contestó a quienes preguntaron por su mujer. Pablo no era fotogénico: casi nunca sonreía y su baja estatura complicaba los encuadres, pero los reporteros gráficos pugnaban por un retrato del mentor junto a su pupilo. La mejor fotografía, la que apareció en una página de sociedad y fue comentada por todos, fue un primer plano de Sandro mirando a la cámara con intensidad y el rostro ligeramente desenfocado de Pablo detrás del hombro izquierdo. La imagen sugería una inminente sucesión. Cuando se dirigían a la mesa para comer un bocadillo, el viejo zorro susurró a su protegido: «Disfruta el momento, hijo. Hoy celebramos éxitos, pero mañana

podríamos lamentar fracasos». Dos horas y seis whiskys después, Pablo estaba borracho. Veía borroso y serpenteaba torpemente para esquivar personas y objetos. Se soltó la corbata, se acomodó en una silla del fondo del salón y dormitó arrullado por la música ambiental hasta que uno de los arquitectos de la firma le avisó de que lo estaban esperando para la foto de grupo. Pablo se espabiló, se ajustó nuevamente la corbata, se reunió con sus compañeros de trabajo, se colocó en la primera fila y se abotonó la chaqueta. Las fotografías lo mostraron con el rostro descompuesto y los párpados caídos. A continuación, los camareros distribuyeron copas de espumoso y todos los empleados formaron un gran círculo para el brindis de rigor.

—¿Por qué no dices unas palabras, Pablo? —sugirió Alfredo Risso, el socio más viejo del estudio y también el más respetado.

El arquitecto Leguía asintió, caminó tambaleándose hasta el centro del círculo, levantó su copa, carraspeó y exclamó entre risas: «¡A la gloria del gran arquitecto del universo!». Los desinformados pensaron que Pablo hablaba de sí mismo y la frase les pareció un autobombo presuntuoso, y dos socios de la firma iniciados en la masonería consideraron que la invocación del principio creador en tono de burla era una falta de respecto a su logia. El grupo se dispersó rápidamente y empezaron las murmuraciones. Sandro León trató de desestimar las críticas atribuyendo el comportamiento de su protegido al alcohol, pero la mayoría de los socios del estudio comenzó a desconfiar de la actitud desafiante e iconoclasta del jefe del departamento de diseño. Poco antes de la una de la mañana, Pablo se despidió, subió a su todoterreno y condujo a toda velocidad hasta su apartamento. Una vez allí, fue a la cocina, bebió un vaso de agua, se instaló en el sofá, se quitó los zapatos y se durmió poco después. Esa noche soñó con un avión de alas retráctiles surcando un cielo rojizo.

***

Dos meses después del evento en el Club Nacional, un jueves, el estudio de arquitectos organizó una cena para sus empleados en un restaurante de comida china. A solicitud de Sandro León, el arquitecto Leguía dio un pequeño discurso sobre la importancia de los recursos humanos en una organización y fue ovacionado al terminar. Algunos miraban con admiración y otros con envidia al que pronto sería socio del estudio. Pablo estaba feliz con el reconocimiento y retribuía con sonrisas las palmadas en la espalda.

María llamó a las once y diecisiete, pero el arquitecto no quiso contestar. Poco después de la medianoche, Pablo se despidió de sus compañeros, subió a su todoterreno y se dirigió a un conocido local de *striptease*. Estacionó, pasó un control de seguridad, atravesó un largo corredor, pagó el derecho de admisión y accedió al mercado de carnes. A su derecha, sobre el escenario, una guapa morena de veintitantos años daba vueltas alrededor de una barra dorada; a la izquierda, frente al bar, varias muchachas merodeaban en busca de clientes; al fondo, las mesas llenas de turistas, ejecutivos y almas en pena eligiendo novias de alquiler. Un camarero saludó con una venia al arquitecto y lo guió hasta una mesa ubicada lejos del escenario. La luz era tenue y el piso irregular, así que Pablo tuvo que caminar con precaución para no tropezar. Pidió un vodka con agua tónica y se arrellanó en un desvencijado sillón de cuero. Su teléfono móvil sonó, vio que era María y apagó el aparato. «Que se joda», pensó sabiendo perfectamente que pagaría luego por su rebeldía. Una despampanante rubia vestida con un diminuto vestido de color blanco se aproximó al arquitecto y le pidió un cigarrillo.

—Gracias, mi amor —profirió la muchacha tras encender el palito de cáncer.

—¿De qué parte de Colombia eres? —preguntó Pablo al identificar el acento.

—Soy de Cali —respondió la muchacha con una sonrisa—. ¿Lo conoce?

—Sí, he estado varias veces —contestó el arquitecto—. ¿No quieres sentarte?

La chica se acomodó a su lado. Tenía bonitas facciones, sonreía sin parar e irradiaba dulzura. El camarero apareció con el vodka del arquitecto en una bandeja, lo dejó sobre la mesa, preguntó a la chica si deseaba tomar algo, solicitó con exagerada sumisión la conformidad de Pablo, y se retiró con una venia.

—Me llamo Perséfone —señaló la muchacha—. ¿Y usted?

—Pablo —dijo el arquitecto.

Hablaron durante unos minutos, pidieron otra ronda de tragos, Pablo preguntó por los detalles de la transacción, ella sugirió una tarifa por sus servicios y él aceptó. Pidieron la cuenta, la muchacha fue a cambiarse y se reencontraron poco después en la puerta del local. Entraron en el vehículo y Pablo empezó a conducir en dirección a un hotel. Cuando habían avanzado tres manzanas, un automóvil de lujo intentó cruzar la avenida sin detenerse y se estrelló contra el costado izquierdo del todoterreno. El fuerte impacto hizo trizas los vidrios de las ventanillas e inutilizó la puerta

del conductor. Recuperado de la borrachera por el susto, el arquitecto preguntó a Perséfone si se encontraba bien, le pidió que bajara y salió detrás de ella por la puerta del copiloto. Estaban ilesos. Del automóvil alemán de lujo descendieron tres hombres con rasgos asiáticos y uno de ellos sangraba por la nariz. Las sirenas se oían cada vez más cerca, así que Pablo entregó a la muchacha todo el dinero que tenía en la billetera y le ordenó que se alejara lo más rápido posible. Ella obedeció. Un patrullero llegó a la escena poco tiempo después y bajaron dos uniformados. El de mayor rango, un obeso sargento de apellido Gutiérrez, se acercó a los ocupantes del vehículo de lujo para comprobar su estado de salud y pedir papeles. El cabo Reynoso hizo lo propio con Pablo.

—¿Ha tomado, señor? —preguntó el cabo al percibir el aliento alcohólico del arquitecto.

—Solamente un par de cervezas —mintió Pablo. Sabía que no tenía escapatoria.

El arquitecto encendió el teléfono para llamar al abogado de la firma y advirtió que había recibido un mensaje de voz. «Pablo, llámame cuando puedas», había dicho María a la una y cinco de la mañana. Tras pensarlo un momento, la llamó.

—María, he tenido un accidente —informó Pablo con la voz entrecortada.

—¿Qué pasó? —preguntó ella alarmada—. ¿Estás bien?

—Sí, por suerte todos estamos bien —contestó su marido.

—¿Estamos? —interrogó la mujer—. ¿Con quién estás?

—Me refería a los ocupantes del otro vehículo —explicó Pablo cansado de ponerse siempre a la defensiva—. ¿Puedes dejar de joder y escucharme un minuto?

—Seguramente has tomado —señaló ella.

—Acabo de salir de una reunión con la gente del estudio —farfulló Pablo a modo de explicación—. Llegaré tarde, no me esperes despierta.

—Nunca lo hago —dijo María antes de colgar.

El choque representó un duro golpe para la economía de Pablo. La compañía de seguros se negó a cubrir los gastos del siniestro al recibir los resultados de la prueba de alcoholemia, de manera que el arquitecto tuvo que pagar no solamente la reparación de su todoterreno, sino también la del otro vehículo. Corto de fondos, Pablo tuvo que echar mano de buena parte del dinero que había ahorrado para la operación de su esposa. Contó a María lo ocurrido con las finanzas familiares algunos días después del accidente, mientras veían una película de terror tumbados en la cama. Al

escuchar la mala noticia, la mujer aulló con todas sus fuerzas y se dio de cabezazos contra la almohada.

—¡Sabía que esto pasaría! —exclamó María alternando entre el llanto y la risa histérica—. Es imposible confiar en ti. ¿Qué voy a hacer ahora?

—María, fue un accidente —se excusó el arquitecto procurando tranquilizar a su esposa—. Yo no quería que esto pasara. Admito que fue una tontería manejar con tragos encima, pero el otro conductor quiso cruzar la avenida sin mirar.

—¿Qué vamos a hacer, Pablo?

—Vamos a calmarnos —susurró su marido—. Recuerda que mi incorporación como socio del estudio es inminente y cuando se produzca ya no tendremos que preocuparnos por dinero. Te aseguro que todo saldrá bien.

María bajó la cabeza y comenzó a llorar en silencio. Se había equivocado terriblemente al casarse con un cretino. Todas las señales le habían advertido que la relación no funcionaría, pero ella no quiso escuchar: la incompatibilidad de arianos con acuarianas, la ausencia de atracción física, las extrañas miradas que Pablo solía lanzarle cuando ella lo increpaba por su desidia, la espantosa propuesta de matrimonio en el todoterreno. Cientos de pequeños puntos que se conectaban a la perfección si eran observados desde cierto ángulo. Pablo se inclinó hacia su esposa, la rodeó con los brazos y apoyó la cabeza sobre la de ella. Después de unos segundos, él también lloraba. María aceptó el armisticio. Permanecieron abrazados por largo rato, calmándose, regulando la respiración. El dolor compartido los acercó y la ternura volvió. Con el rostro bañado en lágrimas, Pablo besó la frente de su esposa. Luego, por un segundo, la boca. Ella lo miró sorprendida, sonrió con tristeza y comenzó a acariciarle la nuca. Tras unos minutos, María tendió a su esposo sobre el lado derecho de la cama y se colocó encima de él. Hicieron el amor sin sobresaltos, sin violencia, sin máscaras. Pablo se comportó como el amante perfecto que siempre pudo ser. Ella tuvo dos orgasmos y quedó por completo satisfecha. Al terminar la sesión, todavía jadeantes, se miraron a los ojos. Eran dos extraños. Se cubrieron rápidamente con las sábanas y comprendieron al unísono, con claridad irrefutable, que el matrimonio había terminado. A partir de esa noche, pasaron de los gritos al silencio absoluto y Pablo no volvió a dormir en el sofá. No tenía sentido discutir. Ya no había razones para luchar.

A pesar de los problemas domésticos de Pablo, las cosas en la oficina seguían marchando estupendamente. Los proyectos llegaban

a montones y la firma de arquitectos recibía constantes premios y condecoraciones. Todos señalaban a Pablo cuando alguien preguntaba sobre la verdadera causa del éxito, sobre el poder detrás del trono ocupado por Sandro León. Colegas y clientes apuntaban que la capacidad del arquitecto Leguía era impresionante, que podía trabajar al tiempo en varios proyectos y manejarlos con solvencia. También decían que era contestón, soberbio, malcarado y que la minuciosidad era el rasgo predominante de su carácter. Una prestigiosa universidad le ofreció la cátedra de Análisis y Diseño de Estructuras, pero Pablo declinó con amabilidad arguyendo que tenía demasiado trabajo. En los días siguientes, comenzó a ser invitado a galas, premios y charlas magistrales. Con el pretexto de la presión laboral, el arquitecto incrementó la dosis matutina de vodka. Salía de la oficina después de las diez de la noche, se reunía con sus compañeros de trabajo en bares, discotecas y clubes para tomar unas copas y llegaba de madrugada al apartamento haciendo mucho ruido con la expresa intención de despertar a su mujer. Quería que se fuera, pero no tenía el coraje para echarla. Ella casi nunca notaba el alboroto porque desde la aceptación del final de su matrimonio había decidido quitarse los audífonos apenas entraba en el apartamento. No deseaba enterarse de lo que Pablo decía, ni siquiera quería oírlo respirar.

El día que recogió su todoterreno del taller, tres semanas después del accidente, Pablo llamó a María a las doce y la invitó a almorzar. Ella aceptó. El marido pasó por la oficina de su mujer a la una de la tarde y fueron a un asador. El arquitecto pidió la carta de vinos y eligió una botella de malbec patagónico para acompañar su bistec de chorizo. María se sirvió una copa y su esposo consumió el resto del vino mucho antes del postre.

—Has bebido demasiado —indicó María preocupada—. Así no puedes manejar.

—Estoy celebrando, mujer —rio el arquitecto, dueño del mundo.

—Cambiar el nombre de las cosas no cambia las cosas, Pablo —señaló ella—. Hace unos días encontré las botellas vacías de vodka que escondes en un estante de la alacena. Eres alcohólico y requieres ayuda profesional. A pesar de todo, quiero ayudarte. No importa lo que pase después entre nosotros, considéralo un acto de caridad cristiana. Si sigues así, las cosas terminarán muy mal.

—Estás exagerando —masculló desdeñoso el arquitecto—. Me siento fantástico. Mi único problema eres tú.

—Me largo de aquí —murmuró María cartera al hombro—. Tomaré un taxi.

—Como quieras —dijo Pablo apurando el último sorbo de vino.

Cuando su mujer se fue, pidió al camarero una copa de sambuca. Volvió a la oficina media hora después e hizo la vida imposible a los profesionales bajo su mando. Al salir del trabajo, Pablo fue directamente al local de *striptease*. Era viernes por la noche, estaba cachondo y tenía un asunto pendiente con Perséfone. Estacionó en la puerta, saludó a los guardias de seguridad, pagó la entrada, entró en el local y encontró a la rubia colombiana mirando hacia el escenario con los brazos acodados sobre la barra. La muchacha lo vio, se acercó a saludar, tomó la mano derecha del arquitecto y se acomodaron en una mesa. Pablo estaba locuaz y ella aparentaba estar impresionada con la simpatía de su cliente. Bebieron muchísimas copas, se manosearon sin pudor y acordaron ir a un hotel. Al pedir la cuenta, el arquitecto notó que el monto era equivalente a la quinta parte de su sueldo. Entregó su tarjeta de crédito al camarero, firmó el recibo y esperó a Perséfone en la calle. Uno de los empleados del local se ofreció a conducir el todoterreno hasta el hotel a cambio de una cantidad exorbitante de dinero y Pablo aceptó sin regatear. El hotel cobraba por horas, estaba ubicado sobre la avenida Nicolás Arriola y era frecuentado por parejas eventuales y prostitutas. Las habitaciones eran limpias y pasaban películas pornográficas. El arquitecto pasó toda la noche con la caleña y volvió al dúplex a las once de la mañana. María lo esperaba en la sala, sentada sobre el sofá.

—Buenos días —dijo ella al ver entrar a su marido. Su mirada reflejaba tristeza.

—No tengo ganas de pelear, María.

—Yo tampoco —replicó la mujer—. Por favor, siéntate, me gustaría conversar contigo. Ni siquiera preguntaré dónde estuviste.

Pablo accedió. Se dirigió al comedor, tomó una silla, la cargó hasta la sala y se sentó frente a María. Ella no le quitaba los ojos de encima.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó el marido—. Me parece que las palabras sobran. No pienso disculparme por mis acciones.

—Se acabó, Pablo —decretó María con indecible pena—. Ya empaqué mis cosas. Me llevo un par de maletas y mañana viene Pepe con un camión de mudanza para llevarse el resto. Si quieres localizarme, estaré en casa de Guadalupe por unas semanas. Espero que comprendas que mi decisión no es precipitada.

—Estamos mal desde hace mucho tiempo —murmuró Pablo.

—¿Qué te dio la primera pista, genio? —preguntó María, primero alzando la voz y luego arrepintiéndose—. Discúlpame,

estoy tratando de mantener la serenidad. El único asunto urgente que debemos discutir es la fecha de entrega del dinero que requiero para mi operación.

—Ahorita no tengo nada —dijo el arquitecto palpándose los bolsillos delanteros del pantalón—. Ya te expliqué cómo hemos quedado después del accidente de tráfico. Supongo que en unos seis meses habré reunido lo que necesitas.

—No puedo esperar tanto —indicó María—. Te van a incorporar como socio del estudio, supongo que podrías pedir un pago a cuenta de dividendos. ¿Por qué no hablas con Sandro León?

—Debes de estar bromeando —soltó Pablo.

—Entonces, vende tu todoterreno —sugirió la mujer—. Piénsalo, te estoy haciendo un inmenso favor. Si sigues conduciendo ebrio, tarde o temprano sufrirás otro accidente. Peor aún: podrías matar a alguien.

—Tendrás tu dinero —dijo el arquitecto levantándose de la silla —. Ahora quiero dormir un poco. Ya sabes dónde está la puerta.

—¡Detente ahí mismo! —ordenó ella—. Esta conversación terminará cuando yo lo diga. Fui una imbécil al confiar en ti por tanto tiempo. No eres más que un borracho inservible y me has causado un daño psicológico irreparable. Tengo tanto ruido en mi cabeza que apenas puedo escuchar los latidos de mi corazón.

—Seguramente olvidaste ponerte los audífonos —dijo Pablo socarrón, buscando ganar al menos una batalla—. Te daré la plata apenas pueda, ahora déjame en paz.

—Necesito una promesa en firme —articuló María con lágrimas en los ojos. Su decepción era total y no quedaba nada por rescatar, ni siquiera un buen recuerdo.

—Tengo una idea —manifestó el arquitecto Leguía con cierta dosis de maldad—. ¿Por qué no vendes el anillo de compromiso?

María no esperaba la pregunta y quedó pasmada, incapaz de responder, como un venado deslumbrado por un reflector. Tras unos segundos bajó la mirada, se levantó, se dirigió a la cocina y retornó a la sala portando dos vasos con agua. Bebió de uno hasta la mitad, lo dejó sobre una mesa, arrojó el contenido del otro vaso a la cara de su marido, se repantigó en el sofá y esperó.

—¡Estás mal de la cabeza! —explotó Pablo pasados unos instantes secándose la cara con la manga de la camisa—. Ahora veo que hice el peor negocio de mi vida al casarme contigo. No has aportado ni un centavo para mantener esta casa, chillas todo el día y ni siquiera puedes tener hijos. No me sirves para nada.

Empezaron los insultos. Pablo se dirigió a la cocina y se puso a

lavar los trastos para mantener las manos ocupadas y evitar así cualquier tentación de violencia física. Ella lo siguió. Después de unos minutos riñendo, Pablo reventó y ordenó a María que se largara de su apartamento con un potente grito. María estaba lista para responder, pero sonó el timbre de la calle y prefirió atender el intercomunicador. Harto del griterío, un vecino amenazó con llamar a la policía. «No se preocupe, la discusión terminará pronto», informó ella. A continuación, subió al dormitorio, bajó dos maletas, las colocó a un costado de la puerta principal, llamó un taxi y regresó a la cocina. Su marido continuaba lavando la vajilla con enfermiza prolijidad. Tras algunos minutos más sin hablar, con el ruido de fondo de platos y cubiertos chocando entre sí, María anunció que se marchaba. Pablo cerró la llave del fregadero, se secó las manos con un paño y se dirigió al vestíbulo. Ella abrió la puerta principal, levantó sus maletas, las colocó al otro lado del umbral, tiró la llave del apartamento al suelo y dijo una frase hiriente antes de cerrar. El arquitecto oyó las palabras de su mujer con indolencia, caminó unos metros y se acercó a la ventana de la sala para observar la partida de su esposa. Cuando llegó el taxi, María colocó su equipaje en el maletero y entró en el vehículo. Nunca miró hacia atrás.

Las manecillas del reloj de la cocina marcaban las once y cuarenta. Era la primera mañana de primavera.

9

Mientras conducía por la pista de acceso a El Carmen con las ventanillas cerradas y la música a todo volumen, Pablo reflexionó brevemente acerca de su visita al fundo de Ocucaje y meditó sobre las probables consecuencias de su desencuentro con Ismael Martínez. «¡Pobre doña Caridad!», fue lo primero que pensó. La anciana le había recomendado con insistencia tener una conversación con su sobrino antes de tomar una decisión definitiva sobre su mudanza, sin haber previsto que en ocasiones la antipatía entre dos desconocidos es mutua e instantánea. A pesar de todo, estaba contento. La experiencia le había permitido aclarar sus pensamientos, precisar sus anhelos y apuntalar su incipiente amistad con Elena y Andrés. Además, en el camino había ideado la manera de materializar sus sueños: el terreno de dos mil hectáreas ubicado en Paracas que había recorrido años atrás cuando realizaba un levantamiento topográfico, el mismo que pocos días antes había servido como escenario del vuelo inaugural de su aeromodelo de alas retráctiles, era la base del edificio que Pablo había construido en su cabeza. Una superficie de esas dimensiones era suficiente para desarrollar un gran proyecto agrícola o una pequeña ciudad, con la ventaja adicional de servir como zona de amortiguamiento de la reserva natural de Paracas, un área protegida que era hogar de diversas especies de flora y fauna silvestres. El arquitecto recordó que el museo de sitio de la reserva exhibía una surtida colección de fósiles y una muestra permanente de textiles hechos de algodón y lana de camélidos, cerámica, cestería y fardos funerarios de la cultura de Paracas, una civilización precolombina que dominó el territorio durante casi mil años y que era materia de estudio de antropólogos, parapsicólogos e investigadores debido a los alargamientos de cráneo que realizaban los curanderos de aquella civilización ancestral para aliviar cefaleas o para expulsar los espíritus malignos causantes de las enfermedades mentales, una práctica utilizada también en Centroamérica, Egipto y otras partes del mundo. El proyecto que el urbanista Pablo Leguía había

comenzado a esbozar buscaba limitar la expansión de la zona industrial de la vecina ciudad de Pisco y mitigar el impacto ambiental de la planta de fraccionamiento de hidrocarburos que se había construido en un terreno colindante y que entraría en funcionamiento apenas se terminara el tendido de un poliducto de seiscientos kilómetros desde un inmenso campo gasífero ubicado en la selva del Cusco.

El arquitecto Leguía llegó a la casona a las cuatro y cuarenta de la tarde, aparcó el todoterreno en el estacionamiento, subió las escalinatas corriendo, saludó a Rosalía con un gesto amistoso, cruzó el patio central atestado de turistas, se metió en su habitación, encendió el ordenador portátil y dedicó el resto de la jornada a planear las actividades necesarias para ejecutar el proyecto más importante de su vida. También resolvió volver a Lima lo antes posible para reunirse con Miguel Patiño, el dueño del terreno. Pasó la noche en duermevela, se levantó de la cama a las siete de la mañana, tomó una rápida ducha, ordenó sus cosas y se dirigió al patio central para desayunar. Doña Caridad y su nieta Catalina estaban sentadas en un rincón, bebiendo café. La muchacha parecía azarada.

—Buenos días, Pablito —saludó cariñosa la anciana—. Por favor, acompáñanos.

—Gracias, pero no puedo. Tengo que regresar a Lima con urgencia —se excusó Pablo mirando de reojo a Catalina—. Estaré aquí el miércoles a las seis de la tarde.

—¿Cómo te fue con Ismael? —preguntó doña Caridad.

—Bien —mintió Pablo—. Hablamos poco tiempo, pero he conseguido aclarar mis ideas y confirmar mis deseos de mudanza.

—Me alegro —musitó la señora.

Pablo se sentó en una mesa contigua, comió un par de tostadas con mermelada de fresa, tomó un café cargado con tres cucharaditas de azúcar y solicitó al camarero que añadiera una copa de pisco quebranta a su zumo de naranjas recién exprimidas. Al terminar se despidió de doña Caridad con un beso en la frente, de Catalina con una sonrisa fingida, y partió con destino a Lima.

Debido al tráfico de los lunes, llegó a su apartamento de Surco a las doce y media. Apenas cruzó la puerta, se dirigió a la habitación donde tenía archivada la documentación de los trabajos que había realizado como profesional independiente. Rebuscó entre cajas y tubos de cartón durante veinte minutos hasta que finalmente halló un plano de la propiedad de Paracas. Caminó hasta el comedor y extendió el pedazo de papel sobre la mesa. El terreno tenía forma

trapezoidal y colindaba no solo con la carretera que unía Paracas con la Panamericana Sur, sino también con el camino asfaltado al borde del mar que comunicaba ese puerto con la ciudad de Pisco. A continuación, llamó por teléfono a Miguel Patiño.

—¡Pablo! —exclamó Miguel tras escuchar el saludo del arquitecto—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien —respondió Pablo—. Ando en mil cosas y tengo solamente unos minutos. Quiero saber si estás interesado en vender el terreno de Paracas.

—La respuesta depende de una pregunta —señaló Miguel tras unos segundos en silencio—. ¿Cuánto me ofreces?

—Esperaba que tú me dieras una cifra.

El señor Patiño y el arquitecto Leguía discutieron los criterios de valoración varios minutos. Miguel opinaba que al tratarse de un terreno en área de expansión urbana industrial debían considerar el metro cuadrado como unidad de medida, mientras que Pablo insistía en señalar un valor por hectárea. El vendedor habló del fácil acceso por carretera, el comprador se quejó de la aridez de la tierra. Al final, Miguel propuso un precio por metro cuadrado basándose en los montos pagados por otras propiedades de la zona. Después de multiplicar el número por diez mil, luego por dos y después por mil, Pablo llegó a una cantidad astronómica. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, analizando opciones, buscando alternativas, encontrando salidas. Explicó brevemente el proyecto a Miguel, y este, que conocía la impecable reputación del arquitecto, aceptó una reducción en el precio de venta a cambio de una participación en la iniciativa. Cerraron el trato y acordaron reunirse dos días después para ultimar detalles y suscribir un compromiso de contratar con arras confirmatorias.

Cuando terminó de hablar con Miguel Patiño, Pablo estaba entusiasmado y también preocupado. La cifra era altísima y desafortunadamente las compras apalancadas con el bien adquirido estaban limitadas por la legislación peruana. Necesitaba inversionistas. Pasó el resto de la tarde llamando a corredores de inmuebles para averiguar precios referenciales de tierras en la zona de Paracas y descubrió que existía un sobreprecio en la oferta de Miguel, pero que no había otros terrenos disponibles de esa extensión. A las siete habló a lo largo de media hora con un banquero de inversión que había conocido un tiempo antes y se comprometió a enviarle un resumen ejecutivo del proyecto a la mayor brevedad. Pablo fue a la cocina, volvió al comedor con una botella de pisco y encendió su ordenador portátil. Trabajó en el

resumen hasta las dos de la mañana y a continuación comenzó a colocar sus libros en un baúl. Se durmió a las cinco y despertó a las ocho, revitalizado y contento. Su voz interior le decía que estaba haciendo lo correcto, su dios personal le aseguró que sus esfuerzos serían recompensados. Se duchó, se vistió con un chándal de color azul y dedicó gran parte de la mañana a la reparación de su aeromodelo. Arregló la sección dañada del ala derecha, colocó el tren de aterrizaje de vuelta en su lugar e instaló un motor más potente. Poco antes del mediodía bajó a la cocina, picoteó algunos bocadillos, se dirigió al comedor con una botella de pisco en la mano y encendió el ordenador.

El resumen ejecutivo que Pablo había elaborado la noche anterior no transmitía lo que realmente quería decir. No era convincente ni apasionado. Motivado por el deseo altruista de compartir su felicidad, elaboró un nuevo plan de negocio y resolvió reescribir buena parte del resumen con la intención de mandarlo por correo electrónico a todos sus contactos personales y profesionales, más de cuatrocientos, junto con una convocatoria para participar en la sociedad de accionariado difundido que sería la propietaria del terreno. Había leído alguna vez que si uno deseaba ver cumplidos sus sueños, debía decretarlos. En primer lugar, pormenorizó los lugares que había visitado durante el fin de semana y señaló que había tenido una epifanía. A continuación describió los antecedentes de la iniciativa y narró parte de su pasado: escribió acerca de sus inicios profesionales, de sus años felices, de su nostalgia, de sus remordimientos, de sus esperanzas quebradas, de su matrimonio con María, del «amor que te hace volar y luego te rompe las alas». Estableció las reglas de participación del proyecto, mencionó la empresa que estaba formando con Mónica y Humberto para la venta de sus invenciones y especificó el número de hijos que planeaba tener con Rebeca. Para concluir, elaboró la lista de personas que integrarían el consejo directivo y enumeró las necesidades inmediatas: una avioneta, un ómnibus para el traslado de trabajadores, dos buldóceres, cuatrocientos plantones de huarango y dinero para cubrir el pago de su tarjeta de crédito. Tecleó su número de cuenta bancaria para recibir las aportaciones y se despidió con una invocación: mantener el proyecto en reserva hasta la celebración de la primera junta de accionistas. Releyó varias veces el texto, lo tituló «Sueños por cumplir», corrigió algunos errores, incluyó las direcciones de correo de los destinatarios y se sirvió varias copas de pisco. Cuando todo estaba listo, tuvo dudas. Comprendía que brindaba información

personal a demasiada gente, pero luego concluyó que era la única manera de reunir los fondos que se requerían para la compra del terreno. Apuró las últimas gotas de su copa de pisco, encendió un cigarrillo y presionó el botón de envío. Era la una y cuarenta.

En un momento determinado de la vida, toda persona debe enfrentarse a la decisión que definirá su porvenir. Se trata de un suceso único e inevitable que casi siempre viene disfrazado de nimiedad y que produce efectos considerables en el futuro debido a un proceso de amplificación. Algunas veces, la resolución es producto de un razonamiento riguroso y sus resultados pueden ser predichos con cierta exactitud. En contadas ocasiones, supone resolver un dilema existencial para el que todas las decisiones previas han sido solamente preparación. En cualquier caso, las consecuencias de la decisión tomada se soportan hasta la tumba. Al enviar ese correo electrónico, Pablo había sellado su suerte.

El arquitecto permaneció pegado a la pantalla del ordenador, atento a las respuestas. Uno de sus tíos lo llamó por teléfono para preguntarle si se encontraba bien. Transcurridas tres horas, habían respondido solamente cinco personas. Acto seguido, redactó un nuevo correo electrónico dando detalles de las reuniones que había sostenido en los días previos, quejándose de la falta de interés, exigiendo el depósito urgente de las aportaciones y estableciendo un plazo perentorio de dos días para responder a la oferta. Envió el correo sin vacilación, se levantó despacio, abrió las cortinas y miró por la ventana. La calle estaba desierta. En la casa de la esquina, fuera de la vista de Pablo, una niña de once meses acababa de descubrir el sabor de la tierra húmeda. Una hora después, Pablo recibió una llamada de su prima Mónica.

—¡Hola Pablo! —exclamó la prima—. ¿Cómo estás?

—Como loco —respondió el arquitecto—. ¿Recibiste los correos que he enviado esta tarde?

—Sí —contestó ella—. De hecho, te llamo por eso. Noto que has planeado un itinerario en el sur y nos preguntábamos con Humberto cuándo tendrías tiempo para vernos. Arnaldo Mejía sale de viaje mañana por la noche y quiere definir su participación en la empresa antes de irse. Si incluimos a Arnaldo en la sociedad, tenemos que firmar los papeles de constitución mañana al mediodía. ¿Puedes venir a mi casa a las ocho?

—Ahí estaré —masculló el arquitecto Leguía.

Los esposos Alayza vivían en una bonita casa con tejado a dos aguas frente al malecón de Miraflores. Pablo calculó que a esa hora tardaría unos cuarenta minutos en llegar y que por lo tanto debía

comenzar a prepararse a las siete para llegar puntualmente, así que tenía cerca de una hora. Tras comprobar que no había nuevos mensajes de correo, colocó el resto de sus libros en el baúl, uno por uno, rememorando con cariño las historias que contaban. Luego recorrió el apartamento y reunió lo que necesitaba llevar a El Carmen al día siguiente para instalarse con comodidad en la habitación de la casona que sería su nuevo hogar por un tiempo. Guardó en una bolsa de plástico las piedras que coleccionaba como recordatorios de los lugares que le parecían hermosos o que habían sido escenario de acontecimientos memorables. Entre muchas otras, conservaba una piedra lisa del lago Titicaca, un fósil del desierto de Atacama, un guijarro del jardín de la casa donde murió su abuela, una roca volcánica de Costa Rica, una piedrecilla de la playa en la que había pasado su luna de miel. Su última adquisición era el pequeño trozo de ladrillo que había recogido en El Carmen después de alcanzar la iluminación. Cada una de las piedras tenía una historia única y transportaba a Pablo hasta el momento exacto en el que había sido levantada del suelo.

El tiempo pasó volando, y cuando Pablo miró el reloj eran las siete y media. Corrió a la ducha, se arregló en un santiamén, subió al todoterreno y condujo a toda marcha hacia la casa de Mónica. A las ocho y cuarto estaba detenido frente al semáforo de la intersección de Diagonal con Benavides, pensando en la excusa que daría a Mónica por su tardanza. Un muchacho se colocó delante del vehículo y comenzó a percutir un bongó. Era joven, tenía la barba crecida, la cabeza rasurada, vestía una camiseta de color verde y tocaba los pequeños tambores con prodigiosa destreza. Cuando la luz cambió, el músico se acercó a la ventanilla del conductor y extendió la mano. Pablo le dio todas las monedas que tenía y lo felicitó. El chico recibió el donativo, levantó la vista y mostró una gran sonrisa. «Gracias, Pablo», dijo a continuación. El arquitecto se alarmó al escuchar su nombre y pensó por un instante que su proyecto urbanístico de Paracas había salido en las noticias. El rostro del percusionista le resultaba familiar. Algunos segundos después, el recuerdo llegó como un rayo: había conocido a ese chico un par de años atrás, frente a una hoguera, en Nieve Nieve.

—¡Rafael! —exclamó Pablo alborozado—. ¡Qué bueno verte!

—Lo mismo digo, hermano. Te dije que nos volveríamos a encontrar.

—Escúchame —indicó el arquitecto en tono de urgencia—. Llegaré tarde a una reunión. ¿Puedes darme tu número telefónico para ubicarte después?

—No tengo teléfono —murmuró Rafael.

—¿Cómo hacemos? —preguntó Pablo con ansiedad.

—No sé, dime tú.

—Sube, hablemos en el camino —ordenó Pablo exasperado por los bocinazos de los automóviles que se encontraban detrás. Rafael rodeó el todoterreno y se acomodó en el asiento del copiloto. Mientras avanzaban por el malecón Balta en dirección al puente Villena, el viajero anunció a Pablo que tenía un mensaje para él.

—¿Mensaje de quién? —interrogó el arquitecto concentrado en el camino.

—De un amigo —respondió el músico—. Estás en un brete, Pablo. Algunas personas se están confabulando para hacerte daño. Debes ser muy cuidadoso: tu futuro se encuentra en el filo de la navaja —agregó.

—No te entiendo —balbuceó Pablo.

—Entonces parece que he llegado demasiado tarde —se lamentó Rafael—. De cualquier manera, aprenderás una lección importante al final de esta aventura. En tu momento más oscuro, recuerda que los polluelos caen varias veces del nido antes de aprender a volar.

—Alcancé la iluminación, Rafael —mencionó Pablo.

—Hablaremos sobre eso después. ¿Te provoca tocar el bongó?

—¡Por supuesto! —exclamó Pablo—. Tengo unas cuantas botellas de pisco en mi apartamento y he conseguido un poco de marihuana.

—Primero vamos a comer algo —sugirió Rafael—. ¡Me muero de hambre!

—Está bien. Te llevaré a mi restaurante italiano favorito.

Camino del restaurante, Pablo recibió una llamada de Mónica. La mujer le preguntó cuánto más tardaría en llegar y el arquitecto respondió que no podría asistir a la reunión porque se había reencontrado por casualidad con un viejo amigo. «Eres un irresponsable», le dijo Mónica antes de colgar. Pablo se encogió de hombros y subió el volumen de la radio. El restaurante italiano estaba situado en la intersección de la avenida La Paz con la calle Esperanza y pertenecía a una pareja de esposos italianos que había llegado al país hacía diez años. Giuseppe era un florentino bonachón de unos setenta años y era el encargado de atender al público con su español masticado. Maria Grazia, su mujer, tenía el aspecto tierno pero severo de una matrona romana y trabajaba en la cocina. Pablo y su acompañante subieron por las escaleras que conducían al segundo piso y se sentaron en una mesa ubicada al lado del balcón. Eran los únicos clientes. Giuseppe se acercó, abrazó

con cariño al arquitecto y estrechó la mano de Rafael con cierto asco. A continuación, el italiano anotó la orden, la leyó en voz alta, entregó el pedido a su esposa, sacó de la bodega de vinos la botella de chianti que Pablo había elegido, la llevó a la mesa, la abrió y sirvió dos copas.Volvió al cabo de quince minutos con los platos listos. Al terminar de comer, el arquitecto pidió al dueño del restaurante que se acercara.

—Hazme un favor, Giuseppe —dijo Pablo petulante—. Quiero realizar una cena de presentación para mostrar mis invenciones y se me acaba de ocurrir que podríamos hacerla aquí.

—Por supuesto —señaló el italiano. Las ventas del restaurante habían sufrido un importante descenso durante los últimos meses y la cena de presentación parecía una buena oportunidad para obtener una ganancia fácil—. ¿Cuántas personas? —agregó.

—Unas treinta —dijo el arquitecto.

Giuseppe realizó algunas operaciones matemáticas en una servilleta de papel y dibujó un círculo alrededor del resultado final. Rafael jugaba con su copa de vino.

—Hacemos un menú de tres platos y te cobro esta cantidad por persona —balbuceó el italiano, mostrando el número anotado en la servilleta—. El vino es extra. Tiene que ser un lunes, los demás días atendemos al público.

—¿Qué te parece este lunes? —interrogó el arquitecto.

—Va bien —respondió Giuseppe feliz de la vida—. ¿A las siete?

—Estupendo. Hablamos en la semana para coordinar los detalles.

Después de estrechar la mano del italiano para cerrar el trato, Pablo le pidió la cuenta, verificó que la suma estaba correcta y le entregó su tarjeta de crédito. El florentino volvió a los pocos minutos e informó de que la tarjeta había sido rechazada. Tras un silencio incómodo, Giuseppe propuso incluir la consumición en la cuenta de la cena de presentación. El arquitecto agradeció la gentileza y se despidió del dueño con un fraternal abrazo.

Rafael y Pablo bajaron las escaleras del restaurante, subieron al todoterreno y partieron hacia el dúplex. En el camino, Rafael señaló que se sentía demasiado cansado, indicó que no tocarían el bongó esa noche y solicitó al arquitecto que por favor lo dejara en una avenida principal para tomar un autobús. Pablo se orilló en el cruce de Benavides con República de Panamá y se despidió del viajero con un apretón de manos. «Te deseo mucha suerte», le dijo Rafael antes de bajar del vehículo.

Al entrar a su apartamento, Pablo se dirigió directamente al

comedor, se acomodó en una silla y encendió su ordenador portátil. Ningún familiar o amigo cercano había respondido a la convocatoria, tampoco las personas que había nominado para integrar el consejo directivo. Se sintió desairado, pero decidió esperar. A continuación, envió un correo a sus familiares y amigos cercanos invitándolos a la cena de presentación de sus invenciones que se realizaría el lunes siguiente a partir de las siete de la noche en el restaurante Giuseppe de Miraflores, pensando que de esa forma aseguraría la propiedad intelectual de sus productos ante una eventual reclamación del ingeniero Arnaldo Mejía. Apagó el ordenador, subió a su habitación y se quedó dormido con la ropa puesta mientras veía una película de suspense.

El miércoles se levantó al amanecer, ingirió su dosis diaria de vodka y se dedicó con ahínco al proyecto urbanístico de Paracas. A las nueve de la mañana recibió una llamada telefónica de Miguel Patiño, el dueño de la propiedad. Acordaron reunirse a las once en el dúplex de Pablo para firmar el contrato preparatorio, de manera que el arquitecto se vistió, fue al banco a retirar lo que quedaba de sus ahorros y guardó una pequeña cantidad para los gastos de la semana. Esperaba que alguno de los destinatarios de su correo se animara a participar y depositara fondos en su cuenta antes del vencimiento del plazo de dos días que había señalado la tarde previa. Volvió al apartamento poco antes de la hora establecida, se reunió con Miguel cerca de una hora, entregó el monto acordado en un sobre y recibió una copia del estudio de suelos realizado en el predio algunos años antes. El contrato contemplaba el pago del saldo de precio en treinta días e incluía la obligación de transferir al vendedor un porcentaje de las acciones de la nueva sociedad. A partir de la una de la tarde, el arquitecto comenzó a llamar insistentemente a las personas que había designado como integrantes del consejo directivo. Algunos señalaron que devolverían la llamada cuando tuvieran tiempo o se negaron a participar alegando conflictos de intereses. Otros ni siquiera atendieron el teléfono.

El arquitecto Sandro León había leído los correos electrónicos de Pablo a las siete de la mañana y se preocupó: Pablo era su mejor proyectista y se encontraba a un paso de ser incorporado como socio, pero estaba actuando como un majareta y resultaba necesario enviar una nota a proveedores y clientes para aclarar que la firma no respaldaba ni avalaba las actividades realizadas por el arquitecto Leguía. Preparó un texto y lo leyó durante la reunión de socios que se realizó a las nueve de la mañana para atender la crisis. El

venerable Alfredo Risso señaló que no convenía hacer un escándalo y que era preferible esperar unos días. Argumentó que Pablo había señalado con absoluta claridad en sus correos que su proyecto no tenía nada que ver con el estudio. «Publicar una nota sería redundante», sentenció. La mayoría estuvo de acuerdo. Al terminar la reunión, el arquitecto Risso se acercó a Sandro León.

—¡Te felicito! Pablo te ha designado presidente del consejo directivo de su empresa —dijo con sorna el anciano—. Sé lo que has tratado de impulsar hace un momento, Sandro. Disculpa mi franqueza, pero me parece que estás siendo desleal. La devoción que ese chico siente por ti es incondicional y su talento es inigualable. Antes de tomar una decisión drástica, piensa en el chico. Está pasando por un momento difícil y necesita ayuda.

—Gracias, Alfredo —replicó Sandro tras meditar las palabras de su socio—. Tienes razón. Esperemos a que las cosas se calmen un poco. Por favor, no te confundas: quiero mucho a Pablo, pero los intereses del estudio están primero.

—Ahí es donde te equivocas —indicó el patriarca de la firma, un hombre surgido de la miseria que amaba su alma mucho más que sus propiedades. Luego dio media vuelta, entró a su oficina y cerró la puerta.

Sandro León se dirigió a su escritorio, se arrellanó en el sillón de cuero, llamó a su esposa, le contó lo que estaba sucediendo con Pablo y preguntó su opinión. «Anda a visitarlo», sugirió la mujer. El arquitecto León permaneció en la oficina hasta el mediodía revisando unos planos y después se dirigió a un restaurante de comida criolla para almorzar con un potencial cliente. Su teléfono móvil sonó a la una y media, justo cuando mencionaba a su interlocutor los grandes proyectos que el estudio había realizado en los últimos años. Sandro miró la pantalla del teléfono, reconoció el número de Pablo y apagó el equipo. «Lo llamaré más tarde», se dijo.

A las tres de la tarde, Pablo había terminado de embalar las cajas, bolsas y maletines que llevaría a El Carmen y comenzó a bajar el equipaje al estacionamiento para colocarlo en la parte trasera del todoterreno. El baúl que contenía sus libros era muy pesado, así que le tomó algún tiempo acomodarlo en el vehículo. Puso el aeromodelo de alas retráctiles encima de todo y cerró la puerta. Subió al apartamento por última vez, se despidió con cariño del que había sido su hogar por unos pocos años y dejó la puerta sin asegurar. Cuando salió del edificio y dobló a la derecha por la avenida, se llenó de regocijo por su libertad recobrada. Volvía a la condición de nómada que había tenido durante su juventud y

permanecería así hasta que terminara de construir su casa en Paracas. No deseaba lujos, bastaba con una cabaña rústica con olor a eucalipto decorada con sus pertenencias más apreciadas: un ajedrez con tablero de madera y piezas de obsidiana y mármol que había recibido como herencia de su abuelo; un carboncillo del rostro de César Vallejo que su amigo Gastón le había regalado antes de morir; un cuchillo ceremonial chimú con incrustaciones de turquesa y una concha de *Spondylus* rojo que había comprado en uno de sus viajes a Chiclayo.

Antes de salir de la ciudad, Pablo se detuvo en una estación de servicio para recargar combustible. En la tienda del establecimiento comió una empanada de carne y compró media docena de latas de cerveza para el camino. Llegó a El Carmen al atardecer y contempló la puesta de sol mientras transitaba por la alameda que conducía a la casona. Subió corriendo las escalinatas, pidió a José y Augusto que lo ayudaran a llevar el equipaje a su habitación y pasó las siguientes cuatro horas decorando el ambiente a su gusto. En algún momento encendió su ordenador portátil y comprobó que no había recibido nuevos mensajes. Poco después de la medianoche, Pablo decidió ir a Guayabo a buscar a Marito. Encontró a su amigo sentado en la puerta de la casa de su hermana Esther, tomando cerveza con un anciano. Aparcó el vehículo frente al inmueble y se acercó.

—¿Qué hacen? —preguntó Pablo al saludar a Marito con una palmada en la espalda.

—Nada —respondió Marito tras apurar su vaso de cerveza—. La noche está preciosa y nos provocó mirar estrellas fugaces. Él es Enoc, uno de los fundadores de Guayabo.

—Mucho gusto, Enoc —farfulló el arquitecto—. ¡Qué extraño nombre!

—Mi papá tenía un extraño sentido del humor —susurró el anciano—. Fui el último de doce hermanos varones y, como se le habían terminado los nombres cuando nací, decidió llamarme igual que el hijo de Caín.

—No entiendo el chiste —indicó el arquitecto.

—Entonces te contaré la misma historia que me relató mi papá, hijo de un liberto, cuando le pregunté el significado de mi nombre —señaló el viejo mientras se servía un vaso de cerveza—. Durante siglos se utilizó el texto bíblico de la maldición de Caín para justificar la esclavitud de la raza africana, indicando que la piel negra era la señal con la que Dios había marcado al hermano de Abel. Mi padre me llamó Enoc para que no olvidara jamás que soy

descendiente de un esclavo.

—Sigo sin comprender la broma —insistió Pablo.

—No necesito llamarme Enoc para recodarlo —dijo el anciano con una sonrisa desdentada.

A continuación, el arquitecto explicó durante veinte minutos su proyecto de Paracas e invitó a participar a sus interlocutores. Numerosos pensamientos pasaban por su cabeza, se distraía fácilmente y olvidaba lo que decía. Al final, aclaró que no era necesario aportar dinero para ser dueño de una propiedad. Marito y Enoc se miraron a los ojos y comenzaron a reír. No había un ápice de mofa en la risa; era más bien una manifestación de alegría extrema. Pablo interpretó las cosas de forma diferente, se sintió ofendido, se dirigió al todoterreno sin despedirse y condujo de vuelta a la casona. Era la una y media de la madrugada. Al subir las escalinatas de acceso, se percató de que Rosalía dormitaba en la recepción. La mujer era realmente bella: cuerpo de atleta, cabello corto y una intensa mirada de pantera. Pablo se acercó, le tocó el hombro y le preguntó en tono seductor si quería dormir en su habitación.

—No, gracias —dijo Rosalía azorada.

—Puedo darte un poco de plata —susurró el arquitecto—. De esa manera transformamos el asunto en una simple transacción comercial.

—¡Vete de aquí! —exclamó la morena asustada.

A las seis de la mañana, Pablo despertó con el ánimo al límite. El episodio con Marito de la noche anterior y el posterior altercado con Rosalía le parecieron escenas de un mal sueño. A las siete y media estaba sentado en una de las mesas del patio central, bañado y cambiado, tomando el desayuno. Los empleados del hotel, usualmente gentiles y cariñosos, le lanzaban miradas de reproche y reprobación. Catalina entró en el patio, se acercó a Pablo, lo saludó con un beso en la mejilla y se sentó en la silla contigua.

—Escúchame, Pablo —musitó Catalina—. Quiero hablarte de lo que pasó el otro día.

—No te preocupes por eso —indicó el arquitecto—. Estabas necesitada y actuaste sin pensar. Solamente quiero saber si te gustó.

—Más o menos —replicó la muchacha con voz queda—. Para ser honesta, me he sentido culpable todos estos días.

—¿Por qué no lo intentamos otra vez? —preguntó el arquitecto antes de echarse a reír.

—¿Estás bien, Pablo? —preguntó Catalina algo asustada.

—Nunca estuve mejor —contestó Pablo después de beber con

fruición un trago de su zumo de naranja con pisco—. Estoy a punto de cerrar un trato millonario que involucra la compra de un terreno de dos mil hectáreas en Paracas.

—Suena genial —comentó la chica un poco más tranquila.

Conversaron durante media hora sobre doña Caridad. Gracias a la charla, Pablo supo que la anciana estaba emparentada con todas las grandes fortunas del país, así que resolvió pedirle ayuda para conseguir los fondos que requería. Al terminar de desayunar, se despidió de Catalina con un beso en la mejilla y se dirigió al establo para buscar a Juancheli. Al llegar, encontró al bigotudo moreno cepillando la crin del viejo alazán.

—¿Cómo estás, Pablito? —preguntó Juancheli.

—Muy contento de estar aquí —respondió el arquitecto—. Traje casi todas mis cosas, así que mi mudanza a El Carmen es una realidad. Me parece increíble haber pasado tantos años sufriendo en la ciudad con el paraíso tan cerca. Mi lugar de residencia definitivo será Paracas, pero pasaré algunos meses aquí.

—¡Estupendo! —exclamó Juancheli con júbilo—. No deseo importunarte, pero mi hija Rosa me ha preguntado si cumplirás tu promesa de reembolsar los gastos del bautizo de mi nieta.

—Por favor, dame unos días —dijo Pablo ya esperanzado con el desenlace favorable de la charla con doña Caridad—. He invertido todo lo que tengo en mi nuevo proyecto y estoy esperando los aportes de las personas que he invitado a participar.

—Muchas gracias —dijo el bigotudo moreno. ¿Qué pasó con Rosalía anoche? —preguntó a continuación con una dosis de candor.

—Nada —respondió el arquitecto súbitamente apercibido de que no había soñado el incidente—. Le hice una oferta y la rechazó, eso fue todo.

—Rosalía se ha quejado a Fernando, el hijo de doña Caridad —chismeó el cuidador de caballos—. Tienes que ser más cuidadoso: la muchacha tiene marido y está muy enfadada. Augusto me contó que incluso amenazó con renunciar. Creo que ahora está más tranquila, pero dice que te tiene miedo. Me has debido preguntar a mí, conozco unas chiquillas lindas que pueden bailar festejo con la verga adentro.

—Gracias, lo tomaré en cuenta —dijo Pablo acariciando la crin del alazán—. Te cuento que anoche estuve con Marito y Enoc. Se portaron mal conmigo —añadió.

—¿Enoc? ¿Quién es Enoc?

—Un viejito de unos ochenta años. Marito afirmó que era uno de

los fundadores de Guayabo —contestó el arquitecto.

—¡Ese Marito! —exclamó Juancheli con una sonrisa—. Tiene la costumbre de ponerle apodos a la gente. A ti te ha puesto «Negrito desteñido».

—No —insistió Pablo con el entrecejo fruncido—. Así se llamaba el anciano. Incluso nos explicó el origen de su nombre.

—Qué raro —dijo el moreno—. Te aseguro que no hay nadie con ese nombre en Guayabo, pero igual le preguntaré a Marito cuando lo vea.

—Voy a Paracas —anunció el arquitecto—. ¿Qué te parece si damos un paseo a caballo cuando vuelva?

—Te estaré esperado —dijo Juancheli—. Cuídate mucho.

Cuando Pablo caminaba en dirección a la casa, Juancheli resolvió que esa tarde le pediría un préstamo. Por la forma en la que el arquitecto gastaba el dinero, el moreno estaba seguro de que era rico y deseaba sacar algún provecho de su amistad. Le había tomado cariño, pero necesitaba pagar el recibo de la luz al día siguiente. En el interior de la casona, Pablo acababa de cruzar el umbral del patio central y se encontró con doña Caridad.

—Buenos días, Pablo —saludó la anciana—. ¿Puedo hablarte un minuto?

—Claro que sí, doña Caridad —contestó el arquitecto—. Justamente quería hablarle del proyecto que estoy desarrollando en Paracas.

—Ya me enteré de tu proyecto —señaló la matriarca—. Enviaste unos correos a dos de mis hijos. La idea suena interesante y te deseo mucho éxito. En realidad, quería hablarte de lo que ocurrió anoche con Rosalía. Fernando está molesto e incluso sugirió que te echáramos del hotel, pero logré tranquilizarlo diciéndole que conversaría contigo. ¿Qué te pasó?

—Me equivoqué —respondió Pablo mirando al suelo—. Me sentía solo, Rosalía me parece una mujer guapa y le hice una propuesta.

—Los hombres y sus apremios —musitó risueña la anciana—. Bueno, tienes que disculparte con la muchacha; la pobre está muy afectada. Eres un adulto y puedes hacer lo que quieras, pero, por favor, no te involucres con el personal del hotel.

—Lamento los inconvenientes —farfulló Pablo mirándola a los ojos—. ¿Ahora podemos hablar de mi proyecto?

—Mejor más tarde —contestó doña Caridad—. Amanecí con un dolor en la pierna izquierda y quiero descansar un rato en la mecedora de la terraza.

—Es muy importante —dijo el arquitecto.

—Estás demasiado acelerado, hijito —retrucó la anciana—. Eres una de las personas más inteligentes que he conocido, pero debes tomar con calma tus sueños. ¿Me ayudarías a levantarme del sillón?

Pablo se colocó delante de doña Caridad y le tomó la mano con delicadeza. La señora consiguió ponerse en pie al segundo intento, pidió a su joven amigo que la acompañara hasta la terraza y caminaron lentamente con los brazos entrelazados hasta la mecedora. El arquitecto ayudó a su consejera a sentarse y se despidió con un tierno beso. Luego pasó a su habitación y encendió su ordenador portátil para revisar si habían llegado nuevos mensajes. Nada, ni siquiera un correo no deseado. Apagó el equipo, se lavó los dientes, se dirigió al estacionamiento, subió al todoterreno y salió del hotel con destino a Paracas. En el trayecto, Pablo trató de hallar una explicación a la poca acogida que había recibido su convocatoria. Concluyó que quizá había sido demasiado sincero al compartir sus sentimientos, recordó con pesar que las personas suelen anteponer sus miedos a sus deseos y pensó en María por un instante.

***

En Lima, los padres y hermanos de Pablo estaban reunidos por segunda vez con el psiquiatra Roberto Jiménez y trataban de asimilar los riesgos e implicaciones de la decisión que estaban a punto de adoptar.

—¿No hay otra alternativa, doctor? —preguntó Luis masajeándose las sienes con las puntas de los dedos—. Estamos hablando de internar a mi hermano en un manicomio.

—Comprendo su preocupación —indicó el médico—. Sin embargo, no debe olvidar que se trata de un asunto de vida o muerte. En este momento, Pablo es un peligro público. Además, serán solamente dos semanas y me aseguraré de que sea tratado como corresponde. El hospital Emilio Venturo es ideal, las instalaciones son adecuadas y el personal de apoyo es experimentado y competente.

—¿Es muy caro? —preguntó Aurelio, el primogénito, pensando como siempre en la economía familiar.

—Para nada —respondió el doctor Jiménez—. El hospital Venturo es público. Mis honorarios son aparte —aclaró.

—¿No estaremos cometiendo un error? —preguntó la madre nerviosa, indecisa—. Hablamos del futuro de Pablo, de su carrera

profesional. Usted sabe muy bien que el deporte favorito de los limeños es hacer leña del árbol caído. Por Dios Santo, ¿no se dan cuenta de que lo estamos obligando a cargar con un estigma por el resto de su vida sin siquiera consultarle?

—Me parece que tu reflexión es extemporánea, Inés —señaló don Bernardo—. Después de los correos del martes, todo el mundo piensa que Pablo está loco y seguramente algunos ya empezaron a afilar las hachas. Además, nuestro hijo siempre ha sido terco y jamás aceptará ingresar en un hospital.

—¿Y si lo encerramos en un cuarto de su apartamento por dos semanas y lo obligamos a tomar los medicamentos? —sugirió doña Inés—. Así nadie se enteraría. ¿Qué le voy a decir a la gente? ¿Que mi hijo es un demente y que está en un manicomio?

—Si me permiten —intervino el médico—. Su internamiento representa un problema legal, pero al mismo tiempo supone una ventaja. Me explico. Según la ley, la orden de ingresar a un paciente en un hospital psiquiátrico debe ser dictada por un juez y el trámite puede tomar varios meses, de manera que en casos de urgencia reemplazamos la orden judicial con una autorización de la familia. Esto no convalida el procedimiento, pero al menos otorga protección relativa ante eventuales denuncias por secuestro. La hospitalización, como les adelanté hace un momento, también puede ser beneficiosa desde un punto de vista jurídico: Pablo podrá alegar demencia transitoria para deshacer todos los tratos comerciales que haya celebrado en las últimas semanas o para exonerarse de responsabilidad si comete algún delito.

—¿Un delito? —musitó mortificada la madre.

—Me temo que no podemos descartar esa posibilidad —masculló el doctor rascándose la cabeza—. Un paciente con trastorno bipolar en fase maniaca aguda tiende a ponerse colérico con facilidad y muestra un comportamiento desinhibido. Si alguna persona trata de interponerse en sus planes, Pablo podría reaccionar de mala forma y generar una trifulca de consecuencias fatales. Debe tomar en cuenta que en este momento su hijo tiene el buen juicio obstruido y no distingue claramente la realidad.

—¿Cómo puede estar tan seguro del diagnóstico? —preguntó Luis.

—No lo estoy —admitió el psiquiatra—. La evaluación final debe ser realizada en el hospital. Un diagnóstico en ausencia es difícil, pero puedo identificar algunos de los síntomas de la dolencia en los correos electrónicos que Pablo envió y en los testimonios brindados por ustedes. El proyecto que planea en Paracas suena

francamente descabellado.

—¿Sabe algo de urbanismo? —interrogó don Bernardo todavía aferrado a la esperanza de que su hijo fuera un genio incomprendido.

—Muy poco —farfulló el doctor Jiménez.

—¿Entonces, cómo rayos puede evaluar el proyecto de Pablo? —refunfuñó el padre—. Mi hijo es uno de los mejores arquitectos del país.

—Lo lamento —murmuró el médico—. No fue mi intención perturbarlo. Comprendo su angustia y entiendo que la decisión que debe tomar no es fácil, pero tenemos que actuar de inmediato. El bienestar de Pablo depende de ello.

—Pablo está en Chincha y no sabemos cuándo volverá —dijo Luis—. Tendríamos que traerlo por la fuerza.

—Te equivocas —señaló don Bernardo—. Este lunes a las siete de la noche presentará sus invenciones en un restaurante de comida italiana en Miraflores. Se me ocurre que podríamos colar al doctor entre el público para que haga una evaluación antes de tomar una decisión. Además, quiero ver la presentación. Algunas de las ideas de Pablo me parecen en verdad innovadoras y estimo que podrían tener éxito comercial. Si los inventos funcionan, habremos de reconsiderar nuestras premisas. No puedo imaginar peor tormento para una persona mentalmente sana que internarla por la fuerza en un manicomio.

—El lunes a las siete tengo una junta médica —se excusó el doctor Jiménez—. Hablemos el martes temprano. ¿Alguna otra pregunta?

***

Entretanto, en la municipalidad de Paracas, Pablo acababa de conseguir la documentación vinculada al terreno después de mostrar el compromiso de contratar que había firmado con el vendedor y enumeró las bondades de su proyecto al funcionario edil que lo atendió. Al otro lado de la ventanilla, el empleado le recordó que debía pagar un impuesto por la transferencia equivalente a un tres por ciento de la propiedad cuando se firmara el contrato definitivo de compraventa. Pablo se quedó turulato, no había considerado ese coste en su presupuesto inicial. Instantes después, bramó desencajado que el tributo era injusto y tuvo que ser desalojado del local por un guardia de seguridad. Almorzó en una de las fondas ubicadas frente a la bahía y trató con desprecio al

camarero que se acercó a tomar el pedido. En el trayecto de regreso a El Carmen, compró una damajuana de pisco y bebió dos vasos llenos para calmar su ánimo, sin comprender que estaba tratando de apagar una hoguera con gasolina. Una hora más tarde, mientras atravesaba la alameda que conducía a la casona, su teléfono móvil sonó. La pantalla del aparato indicó que era Sandro León y Pablo decidió no contestar porque no era capaz de vocalizar bien debido al alcohol. «Lo llamaré luego», se dijo. Dejó el todoterreno en el estacionamiento del hotel, subió a toda marcha las escalinatas de acceso a la casa cargando la damajuana con ambas manos y se topó con Rosalía, la recepcionista.

—Mil disculpas, Rosalía —atinó a decir avergonzado el arquitecto—. Anoche estaba borracho y no pensaba con lucidez. Lamento haberte hecho sentir mal.

—Te disculpo, Pablo —murmuró la guapa morena asqueada por el aliento alcohólico del huésped—. Sé que eres una buena persona, pero tienes que dejar de tomar. Te hace daño.

—No te metas en mis asuntos —replicó Pablo furibundo.

A continuación, caminó resuelto hasta el patio central y encontró a doña Caridad sentada en el sillón de siempre.

—¿Cómo te va, Pablo? —preguntó la anciana al verlo entrar.

Minutos antes, la señora había atendido una llamada telefónica de don Bernardo y estaba al tanto de la condición médica de su huésped. En el fondo, se sentía culpable por haberlo alentado.

—Estupendamente —contestó el arquitecto—. Ya tengo los papeles de la municipalidad de Paracas, pero me faltan inversionistas. Tal vez usted pueda ayudarme.

—Yo no sé de esas cosas —dijo doña Caridad—. Mejor habla con alguno de mis hijos.

—Gracias por nada —contestó Pablo—. Después de todo lo que hemos conversado, esperaba más de usted.

—Hablemos después —musitó la señora con los ojos cerrados—. Tengo cosas que hacer.

Pablo la miró con desdén, dio media vuelta y se dirigió a su habitación. Apenas entró, encendió el ordenador y revisó su correo. Había recibido solamente un aviso publicitario ofreciendo a bajo coste pastillas contra la impotencia sexual. Pensó enviar un nuevo mensaje para recordar a los destinatarios del correo original que el plazo para participar en el proyecto vencía en pocas horas, pero desestimó la idea al concluir que su insistencia revelaría desesperación. Estaba descorazonado por su desventura, pero se dio ánimo recordando que nunca había sido un pusilánime. Llenó un

vaso con pisco y comenzó a trabajar en la presentación que debía realizar el lunes. Poco después de las siete de la noche, se dirigió a Guayabo y encontró a Marito departiendo con unos amigos. Detuvo el vehículo y se acercó.

—¡Negrito lindo! —exclamó el músico al verlo—. Pensé que te habías olvidado de nosotros. Ven, tómate una cervecita conmigo.

—Está bien, pero sigo molesto contigo por lo de anoche.

—Anoche estaba en mi cama, hermano —contestó Marito.

—¿No recuerdas que Enoc y tú se rieron de mi proyecto de Paracas?

—¿Enoc? —preguntó el moreno enarcando las cejas—. No conozco a nadie con ese nombre y a ti no te veo desde la semana pasada. ¿Estás chupando trago barato o qué?

—Olvídalo —masculló el arquitecto—. ¿Tocamos un poco de música?

Marito entró en su vivienda y a los pocos minutos salió con los instrumentos. El músico se hizo cargo del cajón y Pablo colocó el bongó entre las piernas. Al cabo de diez minutos tocando, estaban en éxtasis. Poco después se miraron a los ojos y estallaron en carcajadas. «¡Tienes el corazón negro, Pablito!», gritó maravillado el moreno, jubiloso. Esa noche, Pablo aprendió que la risa era el lenguaje de los sabios.

A la mañana siguiente, Pablo resolvió ir a Huacachina para explicar su proyecto a Ismael Martínez e intentar convencerlo de participar. Habían empezado su relación con el pie izquierdo, de manera que Pablo decidió donar todos sus libros a la biblioteca como demostración de su buena voluntad. Colocó el baúl de cedro en el maletero del todoterreno con ayuda de Augusto, acomodó su aeromodelo encima, y partió en dirección a Ica. «Nunca te avergüences de tus sueños», le había dicho su padre muchos años atrás mientras caminaban por un bosque de coníferas. Alentado por el recuerdo, pisó a fondo el acelerador. Se detuvo a recargar combustible en la estación ubicada a la salida de El Carmen y encontró a Rebeca tomando un refresco en la tienda del establecimiento. Pablo se acercó a saludar, conversaron por un momento y la muchacha lo invitó a la fiesta que se iba a celebrar el lunes por la noche en un conocido local de Barranco. «Trataré de ir», dijo el arquitecto antes de despedirse. Al pasar por Paracas, Pablo tuvo que contenerse para no llorar. Sin respaldo financiero, su sueño zozobraba y sus aspiraciones estaban a punto de irse por el drenaje. Cuando llegó a la biblioteca de Huacachina, Elena le informó de que Ismael estaba en su fundo y que no sabía cuándo

volvería. Andrés apareció en la escena a los pocos minutos, tarareando una melodía. Pablo y el músico iqueño se saludaron con un afectuoso abrazo y se sentaron en los sillones del patio frontal.

—¿A qué se debe la visita? —preguntó Andrés. Tras lo ocurrido la semana anterior en el fundo de Ocucaje, el músico pensó que no vería a Pablo nunca más.

—Vine a ver a Ismael —contestó el arquitecto Leguía—. Quiero hacer las paces y además vengo a ofrecerle un negocio. Como prueba de mi buena disposición, he traído un baúl lleno de libros para la biblioteca. Está en el todoterreno; por favor, ayúdame a trasladarlo.

Pablo pasó el resto del día en Huacachina, disfrutando del sol y de la buena compañía. Almorzó con Elena y Andrés en un restaurante frente a la laguna, bebió cerveza y pisco con unos amigos de la pareja, explicó su proyecto de Paracas a quien quisiera escucharlo y regaló su aeromodelo de alas retráctiles a una señora que se lo pidió con insistencia.

De regreso en la casona, doña Caridad había alertado a todos los empleados sobre la condición mental del arquitecto y dio instrucciones de tratarlo con extrema delicadeza. Cuando Pablo llegó al hotel, poco después de las nueve de la noche, todos le sonreían. Abrumado por las exageradas muestras de afecto, se encerró en su cuarto. Al encender el ordenador, comprobó que no tenía correos nuevos y se desplomó. Su sueño se había estrellado contra los peñascos de la realidad y estaba a punto de transformarse en una pesadilla. Con el corazón rebosante de dadivosidad, el arquitecto había colocado la primera piedra de un nuevo mundo y se había tropezado con ella.

Durante los siguientes tres días, los empleados le llevaron la comida al cuarto e hicieron guardia frente a la puerta. En el interior de la habitación, Pablo se entregó a todo tipo de ruegos y sortilegios. Su dios personal lo recriminaba por su incompetencia, lo reprendía severamente por su debilidad. Prometeo bebía de su damajuana de pisco y ardía en llamas con el fuego que había robado a los dioses. En el exterior, todos estaban a la expectativa. Escuchaban con aflicción los llantos desgarrados del chico y tocaban la puerta cada cierto tiempo para asegurarse de que estuviera bien. Algunos pegaron en la pared estampas de la Virgen del Carmen.

El lunes a las once de la mañana, Pablo se sirvió lo que quedaba de pisco en un vaso, salió de la habitación, caminó a trompicones hasta el patio central y se sentó en uno de los sillones. Estaba

demacrado, con el rostro tenso, derrumbado. Llevaba dos días sin dormir. Diez minutos después volvió a su cuarto, empaquetó algunas cosas y se dirigió al estacionamiento. Debía partir de inmediato a Lima: tenía que realizar una presentación esa noche y no había fabricado los prototipos de los productos que pensaba mostrar. En realidad no quería hacer la exposición, pero no deseaba defraudar a sus invitados. Ante la insistencia de doña Caridad, aceptó que un chófer condujera el todoterreno hasta Lima. Se acomodó en el asiento trasero del vehículo y durmió casi todo el camino. Cuando llegaron al apartamento de Surco, don Bernardo esperaba en la puerta. Pablo pasó toda la tarde realizando diversas actividades a la vez: preparó un breve discurso, derritió barras de silicona en una olla para fabricar el estuche impermeable para dispositivos portátiles y pintó con colores llamativos las maquetas de los artefactos. A las siete y quince, el payaso de circo entró en el restaurante Giuseppe acompañado de su padre con una caja llena de cacharros e hizo el papelón de su vida.

10

El arquitecto Pablo José Leguía salió del pabellón número cinco del hospital psiquiátrico Emilio Venturo un miércoles al mediodía, dos semanas después de haber sido recluido contra su voluntad. Poco antes se había despedido de las enfermeras, de los auxiliares, de los celadores y de sus compañeros del equipo de fútbol. No pudo hallar a su amigo Jorge Vargas, la única luz que había encontrado en ese lóbrego albergue para enajenados. Al cruzar la puerta principal del pabellón para reunirse con su padre, Pablo miró hacia atrás un instante y dio un suspiro de alivio. La experiencia más traumática de su vida acababa de finalizar, dejándole una marca indeleble en el espíritu. Había sido excarcelado, pero sabía que en adelante existiría siempre la posibilidad de que su asustadiza familia y un psiquiatra inescrupuloso resolvieran revocar su libertad condicional. Regresaba a un trabajo que ya no le gustaba, a un apartamento vacío, a una soledad sin libros. A pesar de todo, se sentía optimista. Era un hermoso día soleado, los árboles habían recuperado su verdor y la cordillera podía distinguirse a lo lejos. Sentado en el asiento del copiloto del automóvil de su padre, con la ventanilla bajada y la cabeza fuera para aspirar el aire contaminado pero dulce y exquisito de su liberación, Pablo pensaba en sus prioridades: recuperar al menos una parte del dinero que había entregado a Miguel Patiño en calidad de arras para adquirir el terreno de Paracas, reunirse con Mónica y Humberto para poner en marcha la empresa que habían acordado constituir y hablar con María para tratar de salvar su matrimonio.

—¿Te provoca almorzar con tu mamá? —preguntó don Bernardo contento de ver a su hijo restablecido.

—Me encantaría —contestó Pablo—. ¿Cómo está?

—Mucho más tranquila. Se muere de ganas de verte.

—Supongo que ya puedes contarme lo que ha ocurrido mientras estuve internado —indicó Pablo—. Por favor, no omitas ningún detalle.

Durante gran parte del trayecto hacia el edificio de

apartamentos donde vivía su madre, en Miraflores, Pablo escuchó con atención la narración de su padre. Se enteró del sentimiento de zozobra que sus familiares habían experimentado cuando amigos y parientes comenzaron a llamar, algunos con morbosa curiosidad y otros sinceramente preocupados. Supo también del desconcierto y la indecisión que su padre había sentido antes de tomar la decisión de internarlo. Al finalizar el relato, don Bernardo acarició la cabeza de su hijo y contuvo la respiración para no llorar. Poco después, cuando el automóvil recorría el malecón de Miraflores en dirección a la Bajada de Armendáriz, Pablo vio el océano allá abajo, aspiró la brisa marina y recobró su identidad. Para la mayoría de los limeños, la masa de agua fría de color verde oscuro con la que convivían cotidianamente era un estorbo, una barrera al crecimiento urbano y también el punto de descarga de todos los sumideros de la ciudad. Para Pablo, el mar de Lima había sido desde siempre el decorado de recuerdos inolvidables y sucesos importantes. La única reminiscencia que conservaba de su infancia era el contacto con el mar. Sucedió en la playa La Herradura y el recuerdo era agridulce: cargado en los brazos de su mamá, Pablo quedó fascinado con el vaivén de las olas, pero comenzó a llorar apenas tocó el agua fría. A los catorce años, en la playa dos del Club Regatas, besó por primera vez a una chica. Años más tarde, en una terraza frente al mar de Barranco y con el cielo multicolor de fondo, resolvió estudiar arquitectura. Casi toda su historia había transcurrido al costado de esa porción del océano Pacífico, desde La Punta hasta Chorrillos.

Después de más de una hora de camino, el ingeniero Bernardo Leguía detuvo el vehículo en la puerta del edificio donde vivía su exmujer, convencido de que continuaba queriéndola a pesar de los años y los desencuentros. Doña Inés había estado esperando con impaciencia la llegada de Pablo y bajó corriendo las escaleras al oír el timbre. Al verse, el hijo y su madre se abrazaron con fuerza, lloraron de tristeza y también de alegría. Entraron en el automóvil y fueron a un chino ubicado frente a la avenida República de Panamá. Hablaron muy poco durante el almuerzo. Don Bernardo comentó algunas noticias de actualidad y doña Inés contó con una pizca de envidia que su hermana acababa de comprarse un inmenso apartamento en la zona más exclusiva de San Isidro. Pablo comió con voracidad y quiso marcharse apenas terminó. Amaba a sus padres, pero no los soportaba por mucho tiempo. Poco antes de las cuatro de la tarde, padre e hijo dejaron a doña Inés en su casa y se dirigieron al apartamento de Surco. Cuando estaban a pocas manzanas del dúplex, el arquitecto sintió una terrible angustia.

Todavía no era tiempo de afrontar sus miedos.

—Me quedaré en tu apartamento por unos días —anunció don Bernardo cuando estacionaba su vehículo a pocos metros del edificio.

—Gracias, pero prefiero estar solo —murmuró Pablo.

—Eso no es posible —replicó el padre con autoridad—. El médico dice que un familiar debe acompañarte durante la primera semana para supervisar tu tratamiento.

—¿En qué consiste el tratamiento?

—Tienes cita con el doctor Jiménez este viernes a las cuatro de la tarde en su consultorio de Lince —señaló don Bernardo repitiendo el guión que había memorizado—. Durante los próximos meses te reunirás con él dos veces por semana, martes y viernes. Aquí están las pastillas que debes tomar durante los próximos diez días —añadió extendiéndole una bolsa de plástico.

Pablo recibió los medicamentos y su padre apagó el motor. Bajaron del automóvil, cruzaron la calle, atravesaron la entrada principal del edificio, subieron las escaleras y se detuvieron en la puerta del apartamento. Estaba cerrada, pero el padre tenía una copia de la llave. Desde el umbral, el arquitecto vio de inmediato que las cosas que había llevado a El Carmen estaban apiladas en medio de la sala. Al advertir la expresión de asombro de su hijo, don Bernardo le explicó que Aurelio había ido hasta Chincha para recuperar sus pertenencias. Pablo se abalanzó sobre el montón, empezó a buscar su colección de piedras y tras algunos minutos comprobó que no estaba. A continuación, llamó por teléfono a su hermano para indagar sobre sus preciosas rocas. Aurelio le dijo que en efecto había encontrado varias piedras metidas en una bolsa dentro de la habitación de la casona y que las había puesto en el maletero de su automóvil, pero que las había tirado a un lado de la carretera en el trayecto de regreso a Lima porque hacían un ruidito insoportable al chocar entre sí. Pablo no respondió de inmediato. Contó hasta diez y procuró calmarse, pero una furia incontenible estalló en su interior y entró en erupción. Con los ojos desorbitados y las venas del cuello hinchadas, recriminó a voz en grito improperios a su hermano por su estulticia y maldijo a su descendencia. Don Bernardo estaba atemorizado: jamás había visto a su hijo comportarse de esa forma. Tras unos minutos tratando de defenderse de los agravios, Aurelio colgó el teléfono con un rotundo «Vete al carajo, loco de mierda». Pablo regresó a la sala, se tumbó en el sofá temblando de rabia y comenzó a llorar. Primero en silencio, con las manos tapándole el rostro para esconder su tristeza.

Luego prorrumpió en sollozos y lamentó a chillidos su desgracia: se había quedado sin recuerdos. Además, la frase final de su hermano Aurelio le dio un indicio de lo que sucedería en el futuro. Cada vez que tuviera una discusión por cualquier causa, la perdería. En lo sucesivo, su opinión sería descalificada debido a su historial psiquiátrico. Extenuado debido a la discusión con su hermano y devastado por la irreparable pérdida de sus objetos más queridos, Pablo se quedó dormido sobre el sofá. El mundo real acababa de darle la bienvenida.

A la mañana siguiente, el arquitecto se sentó en una de las sillas del comedor e hizo un rápido balance de sus finanzas. En menos de tres meses, había utilizado todos sus ahorros y traspasado el límite de su tarjeta de crédito. Gastó muchísimo en restaurantes, en alcohol, en putas, en aparentar una posición económica que no tenía frente a los adinerados terratenientes que había conocido en el sur. Pablo había aprendido con los años que uno debía parecer igual que su audiencia para venderle una idea diferente, así que trató de imitar las costumbres y aficiones de los personajes acaudalados de la región con el propósito de ganar su confianza. Sumó, multiplicó, restó y dividió con ayuda de una calculadora y el resultado fue espeluznante. El apartamento en el que vivía estaba hipotecado por el banco y con las mensualidades había amortizado solo una pequeña parte del capital. Lo mismo ocurría con el todoterreno, adquirido gracias a un préstamo personal. Si vendía todo en ese momento y cancelaba ambos créditos, la diferencia no le alcanzaría para pagar el importe total de la tarjeta. Podía solicitar un préstamo a Mónica y Humberto con cargo a las regalías de las invenciones, pero no le parecía conveniente empezar la sociedad de esa manera. La mejor solución a corto plazo consistía en efectuar pagos mínimos con la tarjeta y esperar una mejora del mercado inmobiliario para solicitar una segunda hipoteca y cancelar la deuda más cara con el dinero obtenido. Estimó que el sueldo que percibía del estudio de arquitectos le alcanzaría a duras penas para cubrir las cuotas mensuales de sus obligaciones financieras y que no quedaría nada para solventar sus gastos básicos. Si no recuperaba al menos una parte de las arras que había entregado a Miguel Patiño, estaría en la ruina. Sin más dilación, Pablo agarró su teléfono móvil y llamó al propietario del terreno de Paracas donde alguna vez, hacía no mucho tiempo pero en otra vida, había pensado fundar una ciudad.

—Buenos días, Miguel, te habla Pablo Leguía —saludó el arquitecto.

—Buenos días, Pablo —masculló Miguel cauto—. ¿Cómo te ha

ido?

—Muy bien, gracias por preguntar —respondió Pablo—. Te llamo porque quiero deshacer el trato de la compra del terreno. Faltan solamente seis días para el vencimiento del plazo y no he podido conseguir los fondos para pagar la diferencia porque he estado internado en un hospital dos semanas. Supongo que ya lo sabes.

—Sí, me enteré —musitó Miguel con una inflexión de la voz—. No te preocupes, Pablo. No tienes que explicarme nada. Lo que pasa es que ya dispuse de la mitad del dinero, pero si quieres puedo entregarte la diferencia.

—Muchas gracias —dijo el arquitecto. Calculó que el monto recuperado le alcanzaría para sobrevivir algunos meses.

—Hazme un favor —indicó Miguel en tono de súplica—. Me pregunto si es posible pagarte en partes. Ocurre que ya tenía ese dinero comprometido para otro negocio.

—¿Cuántas partes? —preguntó Pablo.

—Hablemos a mediados de la próxima semana para coordinar —contestó el señor Patiño, un conocido manirroto—. Me parece que puedo devolver esa cantidad en menos de un año, pero no creo que pueda abonarte todos los meses.

—Te llamo la próxima semana —señaló el arquitecto cansado de las evasivas de su interlocutor—. Sería bueno firmar un cronograma de pagos para evitar malentendidos. Ya sabes lo que dicen: cuentas claras, amistades largas.

—Nosotros no somos amigos —replicó Miguel antes de colgar contrariado por la desconfianza que mostraba Pablo.

Con el teléfono móvil todavía en la mano, Pablo concluyó que obtener dinero de Miguel Patiño sería una empresa imposible. De cualquier manera, tampoco tenía el respaldo legal para cobrarlo. A continuación, llamó a Mónica.

—¿Cómo está mi primo favorito? —saludó afectuosamente Mónica al atender la llamada.

—He estado mejor —farfulló el arquitecto—. En primer lugar, discúlpame por haberte dejado plantada hace unas semanas. Me encontré con un amigo en la calle y fuimos a comer. Al final, nunca supe lo que se decidió sobre la inclusión de Arnaldo Mejía en la sociedad.

—No llegamos a ningún acuerdo —comentó la mujer tras suspirar—. Arnaldo salió de viaje al día siguiente y debe volver esta semana. Humberto y yo hemos decidido no participar en el negocio, pero creo que Arnaldo sigue interesado. Habla con él.

—Entiendo —musitó Pablo anonadado.

—Llámame en un par de semanas para ir a tomar un cafecito —murmuró Mónica con ánimo consolador—. No te desanimes, Pablo. Quiero que sepas que te queremos muchísimo y que estamos dispuestos a apoyarte en lo que necesites.

—Gracias por tus palabras —masculló el arquitecto aguantándose las ganas de llorar—. Conversemos en unos días.

Apenas terminó de hablar, Pablo sintió un intenso dolor en el pecho. No se trataba de una afección cardiaca; era más bien la somatización de su aflicción. La cabeza le daba vueltas y le latían las sienes. Después de dos llamadas telefónicas y quince minutos de conversación, sus esperanzas se habían evaporado. Sumido en el infortunio, subió a la habitación, se tendió de espaldas sobre la cama, encendió el televisor y eligió un canal de noticias para enterarse de lo que estaba ocurriendo en el mundo. En Sudáfrica se había hecho efectiva la ley de matrimonio homosexual y un tifón había matado a centenares de personas en Filipinas. Pablo verificó que el planeta había seguido girando durante su encierro en el hospital, pero que no había sucedido nada que lo afectara directamente. Cerró los ojos por un momento y al reabrirlos no fue capaz de identificar el techo blanco con tres lámparas dicroicas bajo el que había dormido por años. No sintió turbación ni desasosiego, sino amargura. Una lágrima solitaria cargada de tristeza, decepción y desaliento le corrió por la mejilla y se estrelló contra la almohada. Apagó el televisor y se puso de costado. Sobre la mesa de noche había un grueso libro de color negro con una gran cruz dorada en la cubierta. Una biblia. El arquitecto la había leído completa un par de veces, cuando estaba en el colegio. No le parecía un libro especialmente interesante, pero como no tenía otro a mano debido a la donación que había realizado a la biblioteca de Huacachina, decidió hojear el Génesis. Pasó un largo rato entretenido con el relato de la creación, recordando la diferencia entre el árbol de la vida y el árbol del conocimiento. Concluyó que Adán y Eva nunca fueron expulsados del paraíso, sino que adquirieron la capacidad de juzgar y perdieron su inocencia. En los días posteriores a su experiencia de iluminación, Pablo comprendió que el principal obstáculo para su crecimiento espiritual era su racionalidad. Estaba empachado con los frutos del árbol del conocimiento, los había devorado a un ritmo asombroso desde que era un chiquillo en forma de libros, revistas, música, películas y programas de televisión. Gracias a su aptitud para el aprendizaje, había aprendido materias vinculadas a todos los campos del saber y podía disertar

sobre ellas con competencia. Conocía los rudimentos de todas las ciencias y dominaba varias artes. Recién salido de un hospital psiquiátrico, quebrado y con la vida hecha añicos, el arquitecto resolvió que toda esa información era inútil. A continuación, empezó a leer la historia de Caín y Abel, recordó a Enoc y buscó el versículo que fue utilizado para justificar la esclavitud de los africanos. Resultaba evidente que la vinculación de la marca de Caín con la piel de color negro era producto de una exégesis sesgada y caprichosa, y que tal interpretación había sido esgrimida durante centurias por terratenientes y tratantes de esclavos como pretexto para legitimar su mercantilismo. Al llegar a la parte de la maldición, Pablo se quedó boquiabierto. «Cuando trabajes la tierra, no te dará fruto», decía el libro negro que tenía sobre el regazo. Relacionó corazón negro, maldición y proyectos abortados, pero desechó de inmediato la absurda y precipitada conclusión. El arquitecto recordó súbitamente que Juancheli le había dicho que no había nadie llamado Enoc en Guayabo, y que Marito quedó descolocado cuando le preguntó por el anciano. ¿Quién era Enoc? ¿Había soñado la escena de aquella noche en la puerta de la casa de Esther? ¿Había sufrido alucinaciones en el paroxismo de su episodio maniaco?

***

Tres días después de salir del psiquiátrico, a las ocho y dieciocho de la noche, Pablo superó su vacilación y llamó al teléfono móvil de María, pero una grabación le indicó que el número que había marcado no existía. Insistió varias veces, con invariable resultado. Decidió telefonear a Guadalupe, la amiga de su mujer.

—¡Pablo! —exclamó la chica al contestar—. ¿Cómo has estado?

—Más o menos —respondió Pablo con honestidad—. Acabo de salir del hospital.

—¿Qué te pasó? —preguntó la muchacha, haciéndose la tonta.

—Nada serio —contestó el arquitecto Leguía—. Tuve un desbalance químico.

—La única vez que he estado internada en un hospital fue cuando me operaron de la vesícula —comentó Guadalupe con la voz engolada reviviendo su recuerdo—. Las camas no son confortables y la comida es horrible.

—Quisiera hablar con María, por favor —pidió Pablo con suma amabilidad—. He tratado de llamarla a su teléfono móvil, pero una grabación indica que el número ya no existe.

—Tiene un nuevo número —replicó la mujer—. Me ha pedido que lo mantenga en reserva, así que no te lo puedo dar. Lo lamento mucho.

—¡Quiero hablar con mi esposa, carajo! —clamó Pablo con violencia.

—¡No me grites! —reaccionó Guadalupe.

—¿Se está quedando en tu casa? —preguntó el arquitecto—. Dame tu dirección, por favor. Iré de inmediato. Quiero recuperar a mi esposa, Guadalupe. Te suplico que me comuniques con ella —añadió con la voz entrecortada.

—María no está aquí —murmuró la mujer apiadada por el ruego —. Ha regresado a su antiguo apartamento en Miraflores. Por favor, no le digas que hemos hablado. Te deseo mucha suerte, Pablo. Te hará falta.

Inquieto ante la inminencia del reencuentro con su esposa, Pablo tuvo dificultades para conciliar el sueño. Despertó a las siete de la mañana, se espabiló, tomó el desayuno con su padre, le contó detalles de la conversación con Guadalupe y le anunció que iría a buscar a su mujer esa mañana de domingo. A don Bernardo le pareció una mala idea que su hijo afrontara sus problemas de inmediato, pero no deseaba contradecirlo por temor a otro ataque de furia. El arquitecto se duchó rápidamente, se vistió con unos *jeans* y una camisa de color salmón, se acicaló, y fue a buscar a María. En el camino, recordó con claridad el día que la besó por primera vez y los ojos se le humedecieron por la nostalgia. Después de conducir durante quince minutos, estacionó a una veintena de metros del edificio donde vivía su esposa y recorrió la distancia hasta la puerta principal arrastrando los pies. María vigilaba la calle por una de las ventanas enrejadas del *living* de su apartamento, vestida con un pareo de color marrón. Al ver a su marido, no se inmutó. El arquitecto abrió la puerta del edificio y se situó frente a la ventana.

—Buenos días —tartamudeó Pablo.

—¿Cómo te va, Pablo? —preguntó la mujer sin el menor rastro de dulzura en la voz. En realidad, no le interesaba saber la respuesta.

—Mejor ahora que te veo —respondió el marido—. Salí del hospital hace pocos días. ¿Podemos hablar?

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —interrogó María.

—No fue difícil encontrarte —dijo el arquitecto por toda explicación—. ¿Me dejas pasar?

—Ahorita vienen por mí para ir a la playa —se excusó la esposa

—. Prometo que te llamaré en unos días para tomar un café.

—Tu número telefónico ya no existe —señaló Pablo—. ¿Lo has cambiado?

—Hace unas semanas comencé a recibir llamadas malévolas y me recomendaron conseguir un nuevo número —mintió.

—¿Cuál es? —preguntó el arquitecto con su teléfono móvil en la mano, listo para presionar los botones del aparato.

—No pienso dártelo —contestó María con tosquedad.

—¿Me puedes abrir la maldita puerta? —dijo Pablo con el gesto demudado por la descortesía de su esposa—. No quiero seguir hablando a través de una reja, todos tus vecinos se enterarán de lo que decimos.

—¡De ninguna manera entrarás en mi casa! —exclamó la mujer —. No quiero estar a solas contigo. Durante tu internamiento en el psiquiátrico, muchas personas me sugirieron que no te vea nunca más, que eres peligroso.

—¿Muchas personas? —replicó Pablo—. ¿Quieres decir que has hablado con otros sobre mi hospitalización?

—¡Todo el mundo lo sabe, Pablo! —gritó María desencajada.

—Quiero hablarte del dinero para tu operación —musitó Pablo.

—No te preocupes por eso —indicó la chica levantando la barbilla en señal de suficiencia—. Ya tengo el dinero que necesito. También pagué todas mis deudas.

—¿Cómo así? —preguntó el arquitecto.

—Vendí el anillo de compromiso —le espetó la mujer desde el otro lado de la reja—. Gracias por haberme dado la idea —añadió con sarcasmo.

Pablo guardó silencio por unos instantes. No sabía cómo responder, ni siquiera podía razonar. Luego hizo un último esfuerzo.

—Te amo —dijo al fin ofreciendo su corazón—. He pensado en ti todos estos días y quiero que estemos juntos. Dame una nueva oportunidad.

—Demasiado tarde —contestó ella—. Por favor, vete. Mi abogado te llamará en unos días para ver lo del divorcio. Descuida, no quiero nada de ti. Eres un buen chico y sé que estás pasando por un momento duro, pero ya no quiero involucrarme en tus asuntos. Te lo advertí, Pablo. Te dije que algo malo iba a pasar.

Tan pronto como la mujer terminó la frase, un lujoso automóvil alemán estacionó en la puerta del edificio. Un hombre corpulento descendió de él con un ramo de flores en la mano, levantó la vista y sonrió al ver a María.

—Ya salgo, Felipe —dijo ella.

«¿Felipe?», repitió Pablo en su mente, ofuscado. El antiguo novio de María, el mismo que le había sido infiel cuando estaban a punto de contraer matrimonio, subió las escalinatas de acceso al edificio y saludó con una venia de cortesía al extraño sujeto de mirada perdida que estaba parado frente a la ventana de María. A los pocos minutos apareció la mujer, recibió el ramo de flores, besó a Felipe en los labios en señal de agradecimiento y se despidió de su esposo con un «Adiós» cargado de crueldad.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Felipe apenas estuvieron en el vehículo.

—Nadie importante —musitó María.

A continuación, tomó la mano derecha de su hombre entre las suyas y le dio un beso en la mejilla. Se sentía segura con él.

***

En las semanas posteriores al abandono del hogar conyugal, María se dedicó a recoger los fragmentos de su autoestima. Al principio estuvo desorientada y algo asustada, pero no se amilanó ante la adversidad. Fue a la peluquería, se arregló las uñas y se compró un par de vestidos nuevos. Recordó que alguna vez había estado dispuesta a comerse el mundo y resolvió no refugiarse en la melancolía. Pasaron los días, también la desolación. Cuando Pablo la llamó por teléfono para pedirle que firmaran los papeles del divorcio, la mujer reaccionó mal porque aún conservaba la esperanza de una reconciliación. Cuando se enteró por Pepe de que su marido había sido internado por la fuerza en un hospital psiquiátrico, concluyó que había hecho bien en abandonarlo. La había tratado como una basura por meses y ella lo encaró con valentía hasta que la convivencia se hizo insoportable. Se percató de que no sentía ninguna lealtad hacia Pablo, infirió que ya no le importaba y dictaminó que era merecedor del castigo. Dos días después del internamiento de su esposo, la mujer sostuvo una larga conversación con Pepe. Su amigo le aseguró que Pablo nunca volvería a ser la misma persona y que era mejor alejarse de él. Le dijo también que era más fácil olvidar el problema que resolverlo, que su aún esposo era un desequilibrado y que por eso estaba en un manicomio, que por suerte no tenían hijos, bienes comunes ni obligaciones solidarias y que era posible divorciarse por poder. A la mañana siguiente, María vendió sin ningún remordimiento el anillo de compromiso en una joyería y con el dinero obtenido pagó sus deudas. Desde un principio había sentido que algo no andaba bien

en la cabeza de Pablo, pero luego constató que era un profesional exitoso, que era apreciado por mucha gente y que tenía un buen corazón. Desesperada por conseguir marido, reconsideró su primera impresión, pero con el tiempo determinó que se había equivocado. El día que su esposo cumplió seis días en el hospital, María llamó por teléfono a Felipe, le propuso salir a cenar y quedaron en encontrarse a las ocho de la noche en un discreto bistró. Al ver a su antiguo novio, la mujer se dio cuenta de que nunca lo había olvidado. Pidieron una botella de malbec, conversaron durante tres horas, fueron a la casa de Felipe y comenzaron a besarse en la sala. La mujer superó sus reparos iniciales y disfrutó de una noche de sexo apasionado con el hombre de su vida. Un par de días después pasó frente a su antiguo apartamento y notó que estaba desocupado, así que habló con la propietaria y firmó el contrato de alquiler ese mismo día. Después de tanto sufrimiento, tristeza y dolor, todo volvía a la normalidad. María había despertado al fin de la horrorosa pesadilla en la que se transformó su relación con Pablo. Estaba nuevamente con Felipe, había recuperado su apartamento de siempre, no tenía deudas y quedaba dinero suficiente para pagar su operación. Su marido no era más que un mal recuerdo, pero tenía que deshacer el matrimonio. Con el blanco en el punto de mira, llamó por teléfono al abogado que le sugirió Pepe y decidió iniciar el trámite de divorcio por maltrato psicológico para evitar la posibilidad de que Pablo se negara a firmar los papeles. Era fácil probar que su esposo había estado en un psiquiátrico y el abogado tenía la certeza de que ningún juez creería en la palabra de un demente. El letrado también le recomendó solicitar una orden de alejamiento, pero María se negó señalando que era una medida innecesaria. De camino a la playa a bordo del automóvil de Felipe, la muchacha reflexionó unos instantes acerca del encuentro que acababa de tener con Pablo. No sintió absolutamente nada al verlo, ni siquiera conmiseración. Le pareció una piltrafa inservible, un hombre abatido, un juguete roto.

Pablo quedó petrificado cuando vio a María besar en la boca a Felipe. Segundos después, siguió con la mirada el recorrido del automóvil en el que partieron hasta que ya no pudo distinguirlo y se dirigió a su todoterreno con el corazón acelerado, la respiración agitada y los oídos tapados. Se acomodó en el asiento, colocó la llave en el encendido y vio el reflejo de los ojos muertos en el espejo retrovisor. No sintió vértigo mientras caía por el abismo. Tampoco temor. Simplemente, bajó la cabeza en señal de derrota y lloró de impotencia. Había sobrevivido a dos semanas de cárcel

junto a decenas de drogadictos y esquizofrénicos, pero sintió que no era capaz de hacer frente a sus tribulaciones sin su esposa. Pasados unos minutos consiguió serenarse, se enjugó las lágrimas saladas con el dorso de la mano derecha, se limpió los mocos con la manga izquierda de la camisa, encendió el motor, y manejó sin rumbo recordando los pocos momentos felices que había pasado junto a María. El adiós de su mujer le resonaba dentro de la cabeza. Un par de horas más tarde, el indicador de falta de combustible se encendió en el tablero y el arquitecto recorrió el tramo hasta su apartamento con una extraña sensación de irrealidad. Al abrir la puerta del dúplex encontró a don Bernardo leyendo el diario en el sofá de la sala, lo saludó con un gruñido, subió corriendo a su habitación y se tendió de espaldas sobre la cama que había compartido con su esposa durante tantos meses. Unos minutos después, se quedó dormido. La realidad acababa de darle un puñetazo en la nariz.

En los días posteriores, Pablo pasó la mayor parte del tiempo postrado en cama. Se levantaba al mediodía para comer algo, ingería las pastillas sin chistar, bebía un poco de agua para intentar pasar el permanente nudo en la garganta y regresaba al estado de coma inducido. No podía pensar, no quería sentir, no deseaba vivir. En un rincón de la habitación, el perro negro de la depresión le movía la cola. Cuando tocaba ir a la cita con el médico, se vestía con lo primero que encontraba, dormía en el trayecto al consultorio y escuchaba con indolencia el sermón del psiquiatra sobre su eventual mejoría. Don Bernardo preparaba los alimentos, lavaba los trastos, hablaba por teléfono y leía diarios y revistas. Al principio estuvo alarmado por la narcolepsia de su hijo, pero el doctor Jiménez lo tranquilizó indicando que podía tratarse de un efecto secundario de la medicación y que el sueño tenía comprobados poderes curativos. El día que Pablo cumplió una semana fuera del hospital, pidió a su padre que se marchara indicando que necesitaba estar solo. Don Bernardo anotó instrucciones precisas sobre la dosificación de los fármacos, se aseguró de que hubiera alimentos suficientes en el refrigerador y en la alacena, reunió sus cosas, besó a su hijo en la mejilla, le dijo que pasaría a buscarlo para ir juntos a la siguiente reunión con el médico y le hizo la señal de la cruz en la frente antes de partir.

Al poco tiempo, la abulia cedió el paso a la culpa y empezaron los escalofríos, las pesadillas y los ataques de pánico. La parca se unió a la fiesta y el perro negro comenzó a ladrar con furor. Pablo quería morirse; luego pensó en matarse. Una tarde, mientras fantaseaba con disparos en la cabeza, cuchillos afilados, cerros de

pastillas y precipicios, recordó que el doctor Jiménez le había dicho que las ideaciones suicidas eran comunes en pacientes bipolares. Prendió un cigarrillo, vació su mente y creyó hallar un diminuto punto de luz en la negrura de la noche. A continuación se levantó de la cama, se duchó, se vistió con una camisa blanca y un impecable traje azul de dos botones, condujo su todoterreno hasta el apartamento de María, estacionó bajo un árbol no lejos de la puerta del edificio y esperó a que su mujer regresara del trabajo. Poco antes de las siete, la vio bajar de un taxi y perdió el coraje. Un hormigueo le recorrió todo el cuerpo, el rostro se le enrojeció y se le llenaron los ojos de lágrimas. La escena se repitió durante varios días y luego empeoró. Obsesionado con su esposa, Pablo comenzó a acecharla. Se levantaba temprano y estacionaba en una bocacalle para verla llegar a la oficina. A la hora del almuerzo, aparcaba a cincuenta metros de la puerta del edificio y la observaba cruzar la avenida junto a sus compañeras de trabajo. La mujer se movía con agilidad, estaba preciosa y sonreía con frecuencia, como la noche que Pablo la conoció. Aunque el arquitecto no podía comprender cómo María trataba de ser feliz mientras él pasaba por una circunstancia tan penosa, reprimió sus ganas de odiarla. Nada de lo que había ocurrido era culpa de ella y estaba dispuesto a perdonarle todo. De alguna manera, la había estafado. Un día, el arquitecto averiguó el número telefónico de su esposa y comenzó a llamarla por las noches desde cabinas públicas para no revelar su identidad. En cuanto oía la voz de la mujer, colgaba el auricular. Tres semanas después de su salida del hospital, Pablo reunió el valor para volver a hablarle. A las seis y media de la tarde, se sentó en las escalinatas del edificio de María y esperó su llegada. El arquitecto recordó de pronto que faltaban cinco días para Navidad, que su hermano Luis había organizado la cena familiar de Nochebuena y que él no había comprado regalos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella aterrorizada al reconocerlo.

—Vine a verte —dijo Pablo pensando en la obviedad de la respuesta—. ¿Podemos hablar?

—No tenemos nada de qué hablar —contestó turbada—. Los abogados se están encargando de todo. Tienes que irte, Pablo. Felipe está por llegar.

—María —susurró el arquitecto en tono de plegaria—. Todavía estamos a tiempo de enmendar las cosas. Quiero que sepas que te amo y que quiero compensarte por haberte hecho sufrir. Lo estoy pasando francamente mal y pensar en ti es mi único consuelo.

Quiero que seas tú quien me rescate.

—Ya no te quiero, Pablo —le espetó la mujer con dureza desde una distancia segura—. Lo nuestro no fue más que un mal sueño. ¡Ya déjame en paz!

Al oír las palabras de su esposa, el arquitecto emitió un gemido lastimero, se hincó de rodillas, la miró a los ojos y le dijo:

—Si me rechazas, moriré.

—¡No me interesa! —chilló María despiadada—. Mereces tu suerte. Ahora lárgate de mi casa y desaparece de mi vista.

—Mujer —dijo Pablo al erguirse agotando su última reserva de dignidad—. Todo lo que me ha ocurrido a mí te lo deseo a ti.

—¡Hijo de puta! —le contestó María cuando descifró la magnitud de la maldición.

A continuación, la mujer corrió hacia la puerta de su apartamento con el corazón en un puño, metió la llave en la cerradura al cuarto intento y colocó los seguros apenas entró. Temblaba como un azogado. Caminó unos pasos en dirección al dormitorio, pero las piernas dejaron de responderle y cayó pesadamente sobre la alfombra del comedor. Tras unos minutos, comprendió que lo que acababa de oír era su castigo por haber golpeado con saña a un rival moribundo. El tiro de gracia le había salido por la culata.

En el exterior del apartamento, Pablo murió de pie. Tras pronunciar su conjuro, observó el rostro de María desfigurado por el odio y atestiguó impasible el nervioso ajetreo de su aún esposa para entrar al apartamento. El tintineo de las llaves de su mujer al chocar contra la manilla de la puerta le resonó en la cabeza como un cristal rompiéndose a pedazos. En ningún momento pensó que había transformado su derrota en triunfo, ni siquiera sintió júbilo por su victoria pírrica. Apenas María cerró la puerta de su apartamento, el arquitecto bajó la cabeza y caminó en silencio hasta el todoterreno. Tenía la garganta seca, los labios amoratados y el rostro lívido. En el interior del vehículo, concluyó que había ganado la batalla final, pero que había perdido el botín. Lamentó haber luchado por su mujer incluso contra ella misma y entendió al fin que todas las flores que le dio se habían marchitado mucho tiempo atrás. Con el alma en los pies y la mente en blanco, Pablo arrancó el motor, bajó la ventanilla y condujo hasta su dúplex como piloto automático.

Al día siguiente, la ciudad amaneció con un sol esplendoroso. A las ocho y cinco de la mañana, Pablo recibió una llamada en su teléfono móvil mientras tomaba el desayuno.

—¿Con el señor Pablo Leguía, por favor? —preguntó un hombre con voz cavernosa.

—Sí, con él —contestó Pablo.

—Habla Felipe Pasco, señor Leguía —dijo con serenidad la voz al otro lado de la línea—. Soy el enamorado de María.

El primer impulso del arquitecto fue cortar la llamada, pero en realidad quería escuchar lo que Felipe tenía que decir.

—Mucho gusto, señor Pasco —replicó Pablo—. Yo sigo siendo el marido.

—De eso quería hablarle —señaló Felipe—. María me llamó anoche y me contó acerca del encuentro que tuvieron. Estaba sumamente afectada. Quiero pedirle por las buenas que la deje en paz y que no vuelva a acercársele.

—¿Qué se siente al salir con una mujer casada, señor? —preguntó el arquitecto—. ¿Cree usted que no debemos hacer a otros lo que no queremos que nos hagan a nosotros? ¿Puede asegurar que María no hará con usted lo mismo que hizo conmigo?

—Esta ha sido una llamada de advertencia, señor Leguía —indicó Felipe—. La próxima vez que se acerque a María, lo mataré —añadió antes de colgar.

Pablo se quedó estupefacto. Nunca antes lo habían amenazado de muerte, ni siquiera durante el atraco a mano armada que había sufrido hacía muchos años. Terminó de comer los huevos fritos que se había preparado, subió a su habitación, se lavó los dientes, se tendió sobre la cama y analizó sus opciones. Pensó en llamar a su abogado para contarle lo que había pasado y pedirle que presentara una orden de alejamiento contra Felipe, pero consideró que eso solamente complicaría las cosas. Haciendo a un lado sus sentimientos, decidió cumplir el deseo de María y desaparecer de su vida para siempre. Luego se dio cuenta de que ya no tenía posibilidad de compartir su dolor y resolvió hacerse doblemente fuerte.

Las Navidades representaron para Pablo un periodo de apacible tregua y le permitieron recomponer la armonía familiar. Con el paso de los días, las imágenes de su traumática estancia en el hospital adquirieron tonalidades sepia y comenzaron a desvanecerse. El tiempo que pasó en El Carmen, las visitas a Huacachina e incluso su experiencia de iluminación parecían recuerdos lejanos. Dos días antes de Año Nuevo, el arquitecto envió un correo electrónico a Ana, una mujer con la que había compartido una relación difusa, intermitente e indestructible a lo largo de casi diez años y a la que abandonó cobardemente cuando

ella más lo necesitaba. A pesar de su profunda decepción, Anita probó su generosidad y mantuvo el contacto. La intención original de Pablo era enviarle un simple saludo navideño, pero terminó relatando todo lo que había sucedido en los meses anteriores. Cuando terminó de escribir, estaba llorando. La respuesta de Ana llegó tres horas después, en forma de salvavidas: «Te acompaño en esta soledad, en este vacío y en el renacimiento. Renacerás, lo sé. Descansa, busca una trinchera segura y espera».

La baja médica de Pablo terminó el 3 de enero. Esa mañana, el entusiasmo que el arquitecto mostró al despertar ante la expectativa de reencontrarse con sus compañeros de trabajo se transformó en desazón al cabo de algunos minutos. Aun así, llegó a la oficina poco antes de las nueve de la mañana, saludó a la recepcionista con un beso en la mejilla, se dirigió directamente a su escritorio y suspiró aliviado al notar que sus cosas estaban intactas. Se acomodó en su sillón de siempre y garabateó una hoja de papel mientras rememoraba las conversaciones que había sostenido con Jorge Vargas. De alguna forma supo que jamás volvería a ver a su amigo, pero de igual modo le agradeció sus sabios consejos y le deseó lo mejor. De pronto, tocaron a la puerta. Era Sandro León.

—¿Cómo te has sentido, hijo? —interrogó Sandro León con afectada dulzura—. ¿Estás listo para retomar tus actividades habituales?

—Supongo que no me queda otra —respondió Pablo divertido—. Por favor, póngame al día con los asuntos pendientes.

El arquitecto Leguía y su mentor pasaron cuarenta minutos hablando de los proyectos del estudio. No tocaron temas personales, pero era evidente para Pablo que su jefe evitaba el contacto visual. Antes de retirarse, Sandro León le comentó que los socios habían decidido postergar su incorporación, pero que habían acordado, no obstante, incrementar su salario en un sesenta por ciento. Pablo aceptó el gato y dejó ir a la liebre, aunque permaneció circunspecto para aparentar decepción. La posición de socio ya no le interesaba y el aumento le permitiría mejorar rápidamente sus finanzas personales. Cuando el arquitecto León se marchó, Pablo lamentó el tono condescendiente que su jefe había usado con él y creyó que nunca más volvería a considerarlo su pupilo. Apretó los dientes, aceptó su condición de paria y se puso la máscara de piedra.

En las semanas siguientes, Pablo se refugió en el trabajo y recuperó resueltamente el respeto y la admiración de los socios del estudio gracias a su impecable desempeño. El arquitecto Leguía se levantaba a las siete de la mañana, tomaba una ducha, se vestía con

elegancia, se acicalaba con prurito y llegaba a la oficina antes de las nueve. Trabajaba con esmero hasta la una y casi siempre almorzaba solo. Regresaba a las dos y pasaba el resto de la tarde diseñando edificios, corrigiendo planos y coordinando con sus subalternos. A las ocho de la noche apagaba la luz del escritorio, se detenía en una cafetería que quedaba cerca de su casa para comer un bocadillo, llegaba a su apartamento después de las nueve y se quedaba dormido antes de las diez. Ningún desvío en el camino, ninguna tentación. Ya no tenía margen de error. Sandro León estaba impresionado con la resiliencia de Pablo: el muchacho acababa de salir de las tinieblas y sin embargo parecía encontrarse en su mejor momento profesional. En una clara demostración de afecto, consideración y confianza, el arquitecto León presentó a los socios una moción para reconsiderar la incorporación de Pablo como socio minoritario, pero la propuesta fue rechazada tras una reñida votación. Alfredo Risso se abstuvo. Hombre sabio, conocía la importancia del paso del tiempo.

A pesar de que procuraba mantener un comportamiento mesurado, un trato amable y un espíritu colaborador, Pablo notó que sus compañeros de oficina lo miraban con recelo y estaba seguro de que algunos incluso se habían regodeado con su desgracia. En sus tratos con la mojigata, pacata y chismosa sociedad limeña, las cosas no resultaron mejor. María se había encargado de ventilar las intimidades más sórdidas de su fracasado matrimonio para acallar los cuestionamientos sobre su precipitado romance con Felipe, de manera que Pablo dejó de ser invitado a eventos sociales como muestra de solidaridad hacia la supuesta víctima. Con el paso de los días, el arquitecto intentó retomar el contacto con algunos de los destinatarios del correo de invitación al proyecto urbanístico de Paracas, pero descubrió muy a su pesar que, si en el pasado había encontrado algunas puertas cerradas, en el futuro lo que recibiría serían constantes portazos en la cara. Su reputación estaba por los suelos y su credibilidad era nula. Aunque entendía las razones y reacciones de la gente, consideraba injusto que lo juzgaran en función de sus actos más descabellados y le parecía mal que trataran de convertir una pequeña parte de su historia en su biografía. Además de haber estado en un manicomio, Pablo era un gran amigo, un buen hermano, un hijo cariñoso y un brillante profesional. Concluyó que la genialidad que sus colegas le habían atribuido por años podía ser cuestionable, pero que su locura estaba certificada. Pablo comprendió completamente la gravedad de su situación un martes a las tres y once de la tarde, pero resolvió a

continuación que bregaría sin desmayo para no formar parte de la basura que la sociedad suele barrer bajo la alfombra.

Los fines de semana, Pablo pasaba muchas horas sentado frente al mar escudriñando los recuerdos de sus desventuras y tratando de encontrar sentido a la experiencia que había vivido. Bajo el sol abrasador del verano, el arquitecto solía rememorar las charlas con doña Caridad, los paseos a caballo con Juancheli, las manos venosas de Marito tocando el cajón. A veces, sí, también pensaba en María. Una tarde, repensó la dura frase de despedida que había lanzado a su mujer y se dio cuenta de que, si se cumplía el anatema, María viviría una experiencia de iluminación, vislumbraría los arcanos de los dioses, padecería indeciblemente por ello y resurgiría más fuerte, más compasiva, más sabia. Con la conciencia tranquila, Pablo la fue dando por perdida. En ocasiones reflexionaba sobre el desequilibrio químico que causa el desamor, sobre el estigma que el mundo le había tatuado en la frente, sobre su irremediable e infinita soledad. Las palabras de Ana habían sido un bálsamo maravilloso y el arquitecto se aferraba a ellas cuando flaqueaba. En algún momento, Pablo advirtió que, después de alcanzar la cima del conocimiento universal gracias a su experiencia de iluminación, todo había ido cuesta abajo. Había traspasado la línea de la cordura y no era posible desandar el sendero, pero también había descubierto un mundo mágico en el que el caos cobraba sentido. «Toda virtud tiene un precio», pensaba Pablo, consciente de que algunas veces ese precio era demasiado alto. Encajar las piezas del puzle era un trabajo arduo, pero a Pablo le gustaban los retos.

***

Siete meses después de salir del psiquiátrico, Pablo había logrado reconstruir con la mano derecha gran parte de lo que había destruido con la izquierda. Las cosas en la oficina marchaban estupendamente, había resuelto sus dificultades financieras y tuvo el privilegio de saber quiénes eran sus verdaderos amigos. Sus heridas de guerra comenzaron a sanar, pero las cicatrices eran enormes. Como había prometido, pagó los gastos del bautizo de la nieta de Juancheli y también pidió a su abogado que ofreciera a María la suma que requería para su miomectomía, pero la mujer rechazó la oferta. Miguel Patiño no cumplió con su ofrecimiento de devolver la mitad de las arras alegando que estaba en su derecho y, un sábado por la mañana, Pablo se enteró de que el ingeniero Arnaldo Mejía había inscrito como suya la patente del dispositivo

de apagado remoto para vehículos y que poco después la había vendido por un dineral a una empresa estadounidense. Prefirió no pelear: no quería ensuciar su alma. Tampoco quiso volver al sur; el recuerdo era todavía lacerante y no estaba listo para separar la maleza del cultivo. Una vez llamó por teléfono a doña Caridad y la señora lo atendió con cortesía, pero resultó evidente que la complicidad había desaparecido. Pasó mucho tiempo investigando acerca del diagnóstico que le habían atribuido y determinó que era desacertado, así que un día de abril decidió dejar de tomar las pastillas porque sintió que afectaban su memoria, ralentizaban su agilidad mental y obstaculizaban su razonamiento espacial. Poco después, prescindió de los servicios del doctor Jiménez. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Todo, excepto él mismo. Tras haber conocido el éxtasis místico y visitado luego la locura, no volvió a ser quien había sido. Muchas personas lo trataban con desconsideración y hablaban mal a sus espaldas, así que tuvo que aprender a sobrellevar el prejuicio con la frente en alto. Se transformó en un ser huraño, adquirió hábitos nocturnos y comenzó a observar su entorno con distancia. Pablo aún no lo sabía, pero se estaba convirtiendo en un espléndido jaguar.

Un domingo por la tarde, el arquitecto Leguía decidió dar un paseo para estirar las piernas. El cielo estaba nublado y soplaba mucho viento, pero la temperatura era agradable. Salió de su apartamento, caminó unas manzanas, encontró un bonito parque y se sentó en un banco. A unos metros, un niño trataba de elevar una vistosa cometa multicolor, pero no conseguía despegarla del suelo. A las cuatro y cuatro, el artilugio alzó el vuelo gracias a un elemental principio aerodinámico que permitió a Pablo desentrañar finalmente la lección que según Rafael debía aprender al término de su odisea: «Con el viento en contra, se despega más rápido».

BIOGRAFÍA

Alfonso Pereyra, nacido en Lima, Perú, en 1971, es abogado y ha combinado desde muy joven el ejercicio de su profesión con una pasión secreta por la lectura y la escritura. *Alas retráctiles* es su primera novela.

Alas retráctiles
Alfonso Pereyra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Alfonso Pereyra, 2015

Diseño de la cubierta: Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de cubierta: © Victor Tongdee / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015

ISBN: 978-84-08-14100-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones:

Los dados del Señor
Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil

Una obstinada
Carlos de la Fuente

Luz de otoño
Antonio Asúnsolo

Cortando el aire
Pilar Laura Mateo Gregorio

Ahora
Juan Fernando Ramírez Custodio

Béndelet
Juan Antonio Caro Cals

La vida oculta
Julio García Llopis